REVISTA DE LA CEPAL

NACIONES UNIDAS

29

Revista de la

CEPAL

Secretario Ejecutivo
Norberto González

Secretario Ejecutivo Adjunto de
Desarrollo Económico y Social
Gert Rosenthal

Secretario Ejecutivo Adjunto de
Cooperación y Servicios de Apoyo
Robert T. Brown

Secretario Técnico
Adolfo Gurrieri

NACIONES UNIDAS
COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA Y EL CARIBE
SANTIAGO DE CHILE, AGOSTO DE 1986

La Secretaría de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe prepara la *Revista de la* CEPAL. Las opiniones expresadas en los artículos firmados son las de los autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de la organización. Las denominaciones empleadas y la forma en que aparecen presentados los datos no implican, de parte de la Secretaría, juicio alguno sobre la condición jurídica de países, territorios, ciudades o zonas, o de sus autoridades, ni respecto de la delimitación de sus fronteras o límites.

LC/G. 1427

Agosto de 1986

Notas explicativas

En los cuadros del presente trabajo se han empleado los siguientes signos:

Tres puntos (...) indican que los datos faltan o no constan por separado.
La raya (—) indica que la cantidad es nula o despreciable.
Un espacio en blanco en un cuadro indica que el concepto de que se trata no es aplicable.
Un signo menos (–) indica déficit o disminución, salvo que se especifique otra cosa.
El punto (.) se usa para separar los decimales.
La raya inclinada (/) indica un año agrícola o fiscal (por ejemplo 1970/1971).
El guión (-) puesto entre cifras que expresen años, por ejemplo, 1971-1973, indica que se trata de todo el período considerado, ambos años inclusive.
La palabra "toneladas" indica toneladas métricas, y la palabra "dólares", dólares de los Estados Unidos, salvo indicación contraria.
Salvo indicación en contrario, las referencias a tasas anuales de crecimiento o variación corresponden a tasas anuales compuestas.
Debido a que a veces se redondean las cifras, los datos parciales y los porcentajes presentados en los cuadros no siempre suman el total correspondiente.

PUBLICACIONES DE LAS NACIONES UNIDAS

ISSN 0251-0257

Revista de la
CEPAL

Santiago de Chile — Número 29

SUMARIO

Nota 7

Raúl Prebisch 1901-1986. *Aníbal Pinto.* 9

Exposición del Dr. Raúl Prebisch en el vigesimoprimer período de sesiones de la CEPAL. 13

La juventud latinoamericana entre el desarrollo y la crisis. *Germán Rama.* 17

La juventud argentina: entre la herencia del pasado y la construcción del futuro. *Cecilia Braslavsky.* 41

Los jóvenes en el Brasil: antiguos supuestos y nuevos derroteros. *Felicia Reicher Madeira.* 57

Ausencia de futuro: la juventud colombiana: *Rodrigo Parra Sandoval.* 81

Juventud chilena y exclusión social. *Javier Martínez* y *Eduardo Valenzuela.* 95

La radicalización política de la juventud popular en el Perú. *Julio Cotler.* 109

Los jóvenes y el desempleo en Montevideo. *Rubén Kaztman.* 121

La juventud de los países del Caribe de habla inglesa: el alto costo del desarrollo dependiente. *Meryl James-Bryan.* 135

Meditaciones sobre la juventud. *Carlos Martínez Moreno.* 155

Juventud popular y anomia. *Javier Martínez* y *Eduardo Valenzuela.* 173

La juventud como movimiento social en América Latina. *Enzo Faletto.* 185

La juventud universitaria como actor social en América Latina. *Henry Kirsch.* 193

Publicaciones recientes de la CEPAL. 205

Nota

El 29 de abril de 1986 moría Raúl Prebisch en su casa de Las Vertientes, en Santiago de Chile. La *Revista de la* CEPAL perdía a su fundador y Director; la institución, a su intelectual más destacado y, el Tercer Mundo, a un íntimo conocedor de sus problemas y un pertinaz defensor de sus intereses. El sentimiento de privación que ha provocado su deceso en todos los que lo conocieron es tan grande como lo fueron su impulso vital, su sentido fraternal de la amistad y su capacidad creadora de ideas y organizaciones. En homenaje a su memoria, la *Revista de la* CEPAL quiso que fuera Aníbal Pinto, colega y amigo de tantos años, el que escribiera las palabras de despedida. A ellas sigue el texto de la exposición que Raúl Prebisch pronunció en el vigesimoprimer período de sesiones de la CEPAL, pocos días antes de su deceso. El resto del número, el último que dirigió, está dedicado a la juventud, sus problemas y sus aspiraciones, Así lo quiso, pues estaba convencido de que en los jóvenes se reflejan con gran nitidez los graves dilemas de nuestro tiempo.

Secretario Técnico

Raúl Prebisch

(1901-1986)

Sobre una cosa podría apostarse con seguridad: que la muerte del Maestro Prebisch no significará el olvido o desvanecimiento de sus ideas. Ellas, ciertamente, no permanecerán incólumes o siempre actuales frente al paso del tiempo, pero, sin duda, constituirán testimonios decisivos de la evolución de América Latina en el último medio siglo. Ningún reconstructor de la historia regional podrá prescindir del constante flujo de hipótesis y proposiciones que brotó de su empeño por descifrar el curso de los hechos e imaginar respuestas para nuestros problemas económicos y sociales. Porque perteneció, sin duda, a quienes se propusieron, a la vez, interpretar y transformar el mundo en que vivió, su legado irradió y echó raíces en ámbitos muy amplios, más allá de los espacios académicos o institucionales. Naturalmente, la perduración de sus ideas no implicará una absolución por parte de quienes las criticaron desde la diestra o la siniestra. Posiblemente sucederá lo contrario: que se activará su escrutinio censor. Pero ello, en verdad, será otro testimonio de su importancia; de que es y será muy difícil analizar este tiempo sin tener en consideración sus análisis principales.

La trascendencia de sus ideas, de su gestión intelectual, va de la mano con una circunstancia paradójica: la relativa impersonalidad de las mismas. A la inversa de lo que sucede muchas veces, su contribución nunca se personalizó. Si se recuerdan sus trabajos, especialmente sus intervenciones en conferencias o seminarios, jamás se encontrará una referencia al "yo pienso así o asá". Fue siempre un institucionalista; un hombre empeñado en trascender su dimensión individual para situarse en una esfera de testigo social —de un "intelectual orgánico"— como podría aventurar un nostálgico de Gramsci. Es por ello que quienes lo conocieron bien a menudo le hacían ver, medio en serio medio en broma, que correspondía al arquetipo del misionero, a pesar de su tranquilo agnosticismo. Claro está que en esa colocación influía decisivamente esa virtud tan escasa: la de su modestia, profundamente arraigada y espontánea, que se asociaba con su gran personalidad y su imponente nimbo de autoridad, que nunca eclipsó su natural bonhomía y sentido del humor.

Desde otro ángulo, el hecho de que sus incesantes aportes hayan quedado institucionalizados como "cepalinos", haciendo justicia también al organismo que creó y a la contribución de otros economistas y sociólogos afines, implica una gran responsabilidad para quienes continuarán sus pasos, que cargarán con el deber de mantener y renovar su herencia, única manera de continuar abriendo camino propio en el futuro.

El doctor Prebisch fue un hombre de muchos mundos. Por de pronto, porque sus ideas y propuestas traspasaron las fronteras de su país y de la región. No sólo fue una de las grandes figuras intelectuales de América Latina en este siglo. También fue considerado como uno de los suyos en los cónclaves de la periferia y concitó el respeto y la atención en los centros, fueran capitalistas o socialistas, aunque se difiriera de sus plantemientos.

Al examinar en retrospecto su larga y fructuosa existencia es dable identificar una sucesión de tiempos o ciclos, configurados por la entrada y radicación en distintos escenarios y la renovación ampliada de su bagaje de ideas, que en cada vuelta logró integrar nuevas dimensiones, sin extraviar jamás sus hilos conductores. Al cerrar su tarea, casi como una predestinación o un anhelo siempre presente, volvió a su tierra de origen, sin perder por ello sus otros vínculos e identidades.

Primero se decanta su tiempo argentino, crisol decisivo para su evolución posterior. Después de graduarse (1923) y ser nombrado profesor de Economía Política de la Universidad de Buenos Aires (1925-1948), entró al conservador mundo de la banca y las finanzas, culminando esta fase como primer Director del influyente Banco Central de su país (1935-1943). Desde esa atalaya encara el paso desde años de un período de extraordinario auge hasta las vicisitudes de la gran depresión que, si bien no fueron tan aflictivas como las de otros países del área, remecieron el edificio social y político y también la ideología ortodoxa predominante en lo económico.

Esos años de prueba fueron sin duda el divisor de aguas entre quienes siguieron apegados al principio de que la mejor política era no tener política y aguardar la mudanza espontánea de los vientos y quienes llegaron a la conclusión —por la presión de los hechos y de la reflexión consiguiente— de que algo se debía y podía hacer para contrapesar sus efectos. En las palabras del propio Maestro, "en la elaboración de ideas en esos tiempos iniciales tuvo una gran influencia la depresión mundial. Apremiado entonces por la necesidad de enfrentar las muy adversas repercusiones de aquel fenómeno, tuve que ir arrojando por la borda teorías neoclásicas de las cuales me había nutrido en mi juventud universitaria" (Prebisch, 1981).

La Argentina no parece haber estado entre las economías que viraron más radicalmente hacia expedientes y objetivos heterodoxos —como ocurrió en Brasil y Chile, por ejemplo. Sin embargo, particularmente en el plano bancario y financiero, su política se afilió con los que procuraron reanimar el mercado interno para contrapesar las restricciones de la coyuntura exterior (Díaz Alejandro, 1983). Como se ha dicho al respecto, ellos también fueron keynesianos antes que Keynes. Aunque no conocemos una documentación satisfactoria respecto a la influencia del gran economista inglés sobre Prebisch, poca duda cabe de que él pasó a ser una de las fuentes de su revisión heterodoxa, tanto así que escribió uno de los primeros trabajos al respecto en América Latina (Prebisch, 1947).

Sea como fuere, esa vertiente parece secundaria en el cuerpo teórico que iría construyendo al calor del análisis y las políticas sobre la gran crisis, tanto en el Banco Central como después en su actividad académica y como consultor. En este curso fue abriéndose paso hacia su tiempo latinoamericano. Entró en él con larga proyección porque no se detuvo en los expedientes reactivadores a los que se hizo referencia sino que continuó preguntándose acerca de los papeles respectivos que habían tenido esos profundos vaivenes en las economías del centro y de la periferia en que las primeras eran los agentes dinámicos y las segundas sus víctimas por reflexión. Y desde allí, progresivamente, fue desentrañando los elementos históricos y estructurales que establecían esa realidad y que tenían su raíz cardinal en lo que llamó "esquema pretérito" de división internacional del trabajo, implantado por la Pax Britannica bajo el palio teórico e ideológico de los economistas clásicos, particularmente Ricardo.

Al asumir el cargo de Secretario Ejecutivo de la CEPAL (1949-1963), pudo continuar y dedicarse plenamente a proseguir ese examen, reuniendo a su alrededor a un grupo de jóvenes economistas que apoyaron su labor y, más tarde, hicieron sus propias contribuciones a la constitución del pensamiento cepalino.

El escrutinio de aquel molde histórico antes identificado y de sus saldos negativos para la periferia —deterioro de los términos del intercambio, concentración de los frutos del progreso técnico en los centros, cuadros diversos de dependencia para la periferia, etc.— hoy día tan patentes, condujo lógicamente a sus postulaciones positivas. Ellas se resumieron en la tesis de la industrialización comprensiva —más allá del enfoque puramente sectorial— concebida como un instrumento de diversificación estructural encaminado a promover el incremento de la productividad del trabajo, la ampliación de las oportunidades de empleo y el establecimiento de nuevas modalidades de inserción internacional capaces de sobrepasar la mera especialización primario-exportadora.

No es posible abundar aquí sobre estos temas. Importa sí recordar que esos análisis encontraron oídos atentos en otras áreas de la periferia, amén de renovar profundamente el repertorio ideológico tradicional sobre la morfología de la dependencia. No es de extrañar, entonces, que por ese camino se abriera un tercer ciclo del Maestro, que lo sitúa en la UNCTAD, transformado en el portavoz más elocuente y escuchado del Tercer Mundo.

Así y todo, nunca cortó sus lazos con América Latina. Continuó ligado a ella a través del ILPES, instrumento primordial en el desarrollo de las ideas y técnicas sobre planificación y en la formación de personal calificado para llevarlas a cabo. Y ya con 75 años a cuestas se reincorpora plenamente a su casa matriz para emprender otra de sus obras, la *Revista de la CEPAL*, donde inicia una audaz exploración intelectual: la de desentrañar la naturaleza del que bautizó como "capitalismo periférico".

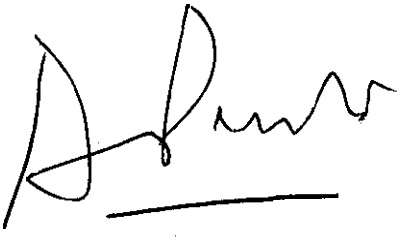
Entró ahí sin reservas, pero con la ponderación de siempre, a asociar el análisis económico con las variables sociales y políticas, teniendo como norte la comunión de los objetivos materiales del desarrollo con los requisitos de la equidad y de la convivencia democrática. Su análisis comprensivo y afilado

desnudó cuestiones matrices. Y si no escatimó reproches sobre la "sociedad privilegiada de consumo" y su impotencia para darle un empleo socialmente benéfico al excedente económico —real o potencial—, tampoco los ahorró para censurar las desviaciones populistas, el engaño y amenaza de la ilusión inflacionaria o la hinchazón estéril del aparato de Estado. Algunos objetaron el radicalismo de sus ponencias sobre la utilización social del excedente, otros no gustaron de su desconfianza respecto a la extensión desmedida de la propiedad pública y la consiguiente abolición de la privada. Si para unos aparecía como un revolucionario, para otros se veía como un reformista.

En verdad, no era ni una ni otra cosa y más bien podría clasificarse en la categoría de los grandes reformadores, en los que el cambio va de la mano con la continuidad, habiendo tramos distintos en que el acento se coloca sobre uno u otro término. Desde este ángulo, poca duda cabe que el Maestro veía este presente como un tiempo en que el acento debía estar por los cambios.

A la postre, cerró la larga órbita de su periplo por la vida regresando con sus ideas e inquietudes a su propio país, donde colaboró generosa y esforzadamente con la empresa democrática del Presidente Alfonsín.

Admirable y lograda historia. Y si estamos convencidos, como señalábamos al comienzo, de que sus ideas continuarán siendo indispensables para entender la historia latinoamericana de este siglo, tampoco nos cabe duda de que quienes lo conocieron no echarán al olvido su gran calidad humana.



Referencias bibliográficas

Díaz Alejandro, Carlos (1983): *Latin America in the 1930's*. Yale Economic Growth Center.
Prebisch, Raúl (1947): *Introducción a Keynes*. México D.F. y Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
——— (1981): *Capitalismo periférico: crisis y transformación*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Exposición del Dr. Raúl Prebisch en el vigesimoprimer período de sesiones de la CEPAL

(México D.F., 24 de abril de 1986)

Señor Presidente, señor Secretario Ejecutivo, autoridades de la Mesa y participantes en esta conferencia. Ayer escuchamos el memorable discurso del señor Presidente de México en el cual se refirió en términos sumamente claros a la necesidad de una renovación en el pensamiento de la CEPAL, idea que alienta, por cierto, a quienes dentro de la CEPAL estamos pensando lo mismo.

Frente a los enormes problemas, todos ellos muy difíciles, que tienen que afrontar la América Latina y el Caribe en estos momentos, se impone en forma ineludible la renovación del pensamiento. Y no es ésta una preocupación surgida en los años recientes, sino que viene planteándose desde mucho atrás. Sin embargo, el dramatismo de los hechos actuales exige iniciar con un gran vigor esa tarea que el señor Presidente de México recomienda a la CEPAL. ¿Por qué razones renovar el pensamiento? Son muchas. Desde el punto de vista de los procesos internos la más importante concierne a las consecuencias de los profundos cambios que han ocurrido en la estructura de la sociedad y en las relaciones de poder que tanto influyen en la distribución del ingreso y, en última instancia, en la acumulación de capital.

Para decirlo en pocas palabras,puesto que no es el momento de entrar en disquisiciones académicas, diría que el modo de acumulación de capital reproductivo, es decir, de capital que multiplica el ingreso, el empleo y la productividad, ya no corresponde a esos cambios estructurales que se han dado en nuestras sociedades. El fruto del considerable progreso técnico que ha habido en los últimos decenios en gran parte se ha concentrado en los estratos favorecidos, cuya misión dinámica debería ser, como lo ha sido en la historia del capitalismo de los centros, la acumulación de capital. La acumulación de capital debería surgir primordialmente, según el sistema, de esos estratos favorecidos.

Pero, ¿qué ha pasado en nuestros países en estos decenios a los cuales me estoy refiriendo? Ha habido una imitación frenética de las formas de consumo de los centros. Con una productividad muy inferior tratamos de imitar con celeridad las formas de consumo de los centros en donde la acumulación de capital y la productividad han venido desarrollándose durante un período extraordinariamente largo. O sea que esa misión de los estratos favorecidos sólo se ha cumplido en parte, porque otra parte del fruto del progreso técnico se ha dedicado a la sociedad privilegiada de consumo. Creo que es necesario que reconozcamos ese hecho fundamental: en unos países más, en otros menos, el consumo imitativo de los estratos superiores ha actuado en desmedro de la acumulación de capital y, en consecuencia, ha limitado la absorción productiva de fuerza de trabajo, que en buena medida ha quedado rezagada en el fondo de la estructura social. Allí están el desempleo y el subempleo para poner en evidencia estos hechos.

Sin embargo, han pasado los tiempos en que la fuerza de trabajo se sometía incondicionalmente a las leyes del mercado; y también los tiempos en que el Estado era prescindente en materia de distribución del ingreso. Esto es manifiesto en todas partes, aunque con diferencias de grado. ¿Qué sucede entonces? Que conforme esos nuevos fenómenos se van produciendo, surgen nuevas formas de consumo privado y social de la fuerza de trabajo, que no se dan a expensas del consumo privilegiado de los estratos favorecidos, sino que se superponen al mismo. Así también el desarrollo, a veces hipertrófico, del Estado, aumenta el gasto público que generalmente también se superpone al consumo privilegiado y no se hace en desmedro de él. Me refiero tanto a los gastos civiles como a los gastos militares, que en algunos casos han llegado a cifras impresionantes.

Así pues, se han ido superponiendo formas de gasto cuyo incremento en conjunto tiende a superar el ritmo de incremento de la productividad; y entonces sobrevienen fenómenos inflacionarios diferentes de los que hemos visto en el pasado, los que no admiten tratamientos que antes fueron eficaces. La política monetaria restrictiva fue eficaz en otros tiempos, en el capitalismo pretérito de

nuestros países, para frenar o corregir la inflación; hoy no lo es más. Y no estoy haciendo una crítica a los bancos centrales y gobiernos que han tenido que recurrir a ese instrumento, por la sencilla razón de que hasta ahora no han tenido otro en sus manos. No tiene el sistema, tal como funciona, otra forma de atacar esa tendencia al desequilibrio dinámico entre el gasto y la acumulación de capital reproductivo. Pero esto no quiere decir que los efectos del monetarismo no sean graves. En realidad son gravísimos, puesto que en esencia la filosofía del monetarismo, no siempre expresada claramente, es la de provocar la contracción de la economía, con la consiguiente desocupación de la fuerza de trabajo, hasta que el poder sindical se resigne a aceptar salarios reales inferiores y a no resarcirse de otras cargas que se le imponen.

Acaso este sacrificio fuera excusable si permitiera la resolución fundamental del problema, pero no es así; y este hecho decisivo debe ser reconocido. Este reajuste provoca la desocupación y la baja de los salarios reales, pero dicha situación no se puede mantener persistentemente porque existen fuerzas económicas y sociales cada vez más poderosas que luchan en favor de la recuperación del empleo y del salario. No es concebible que la fuerza de trabajo abandone sus reivindicaciones; al contrario, volverá a ellas y se generará una nueva espiral inflacionaria. ¿Qué nos dice todo esto? Que tal cual está funcionando el sistema, el ajuste para frenar la inflación recae sobre los elementos más débiles del sistema, que son obligados a retroceder en lo que hubieran avanzado para hacer frente a los gastos del Estado que no han podido reducirse y al consumo privilegiado de los estratos favorecidos. He aquí el elemento de desigualdad social, de inequidad, que se debe, en última instancia, a la forma de funcionamiento del sistema. Hago estas consideraciones porque estoy convencido de que en las políticas de estabilización y de acumulación de capital se impone una renovación del pensamiento.

Las crisis manifiestas que estamos presenciando justifican plenamente tal renovación en estas materias. Pero no sólo en ellas, señor Presidente. Desde los primeros tiempos en la CEPAL hemos tenido serias disidencias con el Fondo Monetario Internacional. El Fondo siempre ha recomendado a nuestros países políticas de ajuste externo que también recaen sobre los elementos más débiles del sistema. Si hay desequilibrio en el balance de pagos, se recomienda afrontarlo con la contracción de la economía, hasta que la relación entre importaciones y exportaciones recupere su equilibrio. En la CEPAL hemos impugnado sistemáticamente esta forma perversa de restablecer el equilibrio externo. Forma que, sin embargo, ha vuelto a aparecer en el problema de la deuda. ¿Qué significa esto? Que el ajuste recae otra vez sobre los elementos más débiles del sistema internacional que son nuestros países. Estos tienen que reajustar el balance de pagos, comprimir la economía, restringir las importaciones, para generar un saldo positivo a fin de pagar los servicios de la deuda. Hay en esto una asimetría inaceptable. Mientras los banqueros comerciales internacionales han seguido disfrutando de cuantiosísimas ganancias, el ajuste tiene que ser soportado por los eslabones más débiles.

Sobre este problema de la deuda, el más candente en estas sesiones, sólo voy a hacer esta reflexión. Una de las razones, muy laudables, por cierto, que aducen los gobiernos para no tomar medidas unilaterales, es que las mismas tendrían efectos de largo alcance en la inversión extranjera que nuestros países necesitan, sobre todo durante períodos de muy baja acumulación de capital. Es, pues, comprensible que, por ese sentido de previsión, unido a otras consideraciones bien conocidas, se haga un esfuerzo sostenido por continuar las negociaciones. ¿Hasta cuándo? Es algo impredecible. Pero, he aquí que esta situación lleva en sí un peligro enorme, porque si continúa este tipo de negociaciones mientras el aliento de la economía tiene que postergarse a fin de generar recursos para pagar los servicios, no vendrá capital extranjero; no vendrá a economías que no crecen o que decrecen y que están sujetas a crecientes tensiones sociales.

Hay aquí un dilema que es necesario ver con claridad, y cuya solución no se alcanzará mientras no haya una decisión política de los gobiernos de los países acreedores. ¿Por qué una decisión política? Porque el origen de este problema es político. El mercado de eurodólares se originó en una decisión política de los grandes países, y pricipalmente de los Estados Unidos. Dejar sin regulación dicho mercado de eurodólares, no obstante las voces de alerta que se lanzaron en su tiempo, ha sido una decisión política. Cubrir el déficit fiscal de los Estados Unidos no en la forma tradicional ortodoxa, mediante aumento de impuestos y reducción de gastos, sino absorbiendo ahorro interno y

cantidades gigantescas de ahorro del resto del mundo a través de altísimas tasas de interés, es una decisión política. ¿Cómo no vamos a sostener entonces que el problema de la deuda es esencialmente político? Por la índole, por el origen y por las graves consecuencias que va a tener la persistencia de esta situación en todos los países afectados y, en última instancia, en los centros industriales, ésta debe enfocarse con una visión de largo alcance, y con comprensión de los peligros muy grandes para la economía mundial que ella encierra, porque no sólo se trata del problema de la deuda sino, como abundantemente se ha dicho en esta reunión, de otros problemas que se le superponen.

También quisiera decir algo —ya que estamos hablando de renovación de ideas, de ideas que van a la zaga de los acontecimientos— acerca de la política de comercio exterior de los países latinoamericanos. ¿Cuándo comienza en Latinoamérica la sustitución de importaciones? Durante la gran depresión mundial, cuando la política monetaria de los Estados Unidos y la enorme elevación de los derechos de aduana destruyeron todo el sistema de comercio multilateral y pagos, que estaba funcionando muy bien. La caída de las exportaciones de nuestros países fue formidable. Y no hubo otra salida que la sustitución de importaciones. Yo tuve que actuar en esa época, y no recuerdo que en aquella situación haya habido algún insano que dijera "No hay que sustituir importaciones sino exportar manufacturas". ¿Exportar manufacturas, hacia dónde? ¿Hacia un mundo que estaba dislocado y donde el proteccionismo era una forma normal de resguardar las economías? No hubo otra solución que la sustitución. No fue una imposición doctrinaria. Fue una imposición de los acontecimientos. Luego vinieron las dificultades de las postguerra, hasta que por fin, reconstruida Europa y alentada la economía mundial, sí se presentaron la oportunidad y la necesidad de exportar manufacturas.

Algunos países latinoamericanos aprovecharon muy inteligentemente esa oportunidad. Otros, por inercia, siguieron sólo con la política sustitutiva de importaciones, llegaron tarde a las exportaciones de manufacturas y la practicaron, generalmente, con intermitencias, sin persistencia de propósitos. Sin embargo, cuando los primeros adquirieron gran capacidad competitiva mediante la adquisición de nuevas tecnologías, se encontraron con crecientes medidas de protección. Una contradicción muy grande entre las expectativas y la realidad. A ello vino a agregarse la lenta tasa de crecimiento de los centros. Todo esto nos plantea también la necesidad de reconsiderar las ideas. No dedicarse exclusivamente ni a la sustitución de importaciones ni a las exportaciones, sino combinar ambas cosas. Es un tanto alentador que el Banco Mundial reconozca finalmente la necesidad de combinar la sustitución de importaciones con la exportación de manufacturas. Había sido reacio a ver las cosas de ese modo, pero hoy lo reconoce.

A propósito, quisiera recordar que ya en 1961, hace un cuarto de siglo, la CEPAL, en sus escritos presentados a los gobiernos, dijo que la política de industrialización en la América Latina había sido asimétrica, pues había estimulado la sustitución de importaciones, es decir, la producción industrial para el mercado interno, y no había dado estímulos equivalentes a la exportación de manufacturas; y recomendó combinar las dos medidas. Eso es lo que dijimos entonces, y lo reprodujimos en el último número de la *Revista de la CEPAL*, que acaba de aparecer; pero sigue diciéndose con frecuencia que la CEPAL es responsable de la continuación de una política unilateral en esta materia.

Este no es un problema de preferencias doctrinarias. La medida en que nuestros países tendrían que proseguir la sustitución de importaciones, combinada con las exportaciones, dependerá de la capacidad receptiva de los centros. Si el crecimiento de los centros sigue siendo muy inferior a lo que fue en el pasado y siguen proliferando las medidas proteccionistas, la necesidad de sustituir importaciones será mucho mayor que si se abren las puertas de economías desarrolladas en franco crecimiento a las exportaciones no solamente de manufacturas, sino de productos primarios de los países en desarrollo. Ella depende, en última instancia, de la capacidad receptiva de los centros; no es un capricho de los países en desarrollo sino una exigencia de su crecimiento. Y si alguna vez, como espero, podemos llegar a tasas de crecimiento que permitan por lo menos la absorción del incremento de la fuerza de trabajo, será indispensable un esfuerzo de comercio exterior muy superior al que se está haciendo en estos momentos. Por otro lado, la sustitución de importaciones, que habrá de continuar, aunque en la medida que he dicho, según las circunstancias internacionales, dará un campo de acción muy grande a la transferencia de tecnología y a la competencia de las empresas extranjeras, solas o

combinadas con la empresa nacional, sea esta pública o privada. Se abriría allí un amplísimo campo de cooperación internacional. Por lo tanto, son los centros los que van a definir la intensidad de la política sustitutiva, que tiene que hacerse concertadamente entre dos o más países, por razones muy conocidas.

Por si estos fenómenos no fueran materia suficiente de honda preocupación de los países latinoamericanos y sobre los cuales tendría que plantearse la necesidad de nuevas ideas según la iniciativa del señor Presidente de México, hay otros problemas que no pueden dejar de mencionarse al pasar en esta rápida consideración de todo aquello que nos preocupa. Quisiera referirme a la reforma monetaria internacional, tema que surge de tiempo en tiempo y que debiera preocuparnos mucho más ahora, para no quedar en la situación que Keynes describía en una nota confidencial a su gobierno durante las reuniones de Bretton Woods, en la que se quejaba de que la presencia de los países en desarrollo podía convertir dicha reunión en una "jaula de monos". En realidad creo que habrá que hacer una jaula de monos, si en el futuro se llega a plantear la reforma del sistema monetario internacional.

Señores, yo he visto de cerca y he sufrido en mi país las consecuencias del patrón oro, la extrema vulnerabilidad que el patrón oro significaba para nuestras economías. Pero, se ha abandonado el patrón oro, que tenía elementos de contención a la creación arbitraria de dinero internacional, y se lo ha sustituido por el patrón dólar, con lo cual la creación de dinero ya no depende de las necesidades mundiales, sino de las necesidades internas del país que tiene ese privilegio de creación monetaria. Mucho me temo que gran parte de los fenómenos que hemos visto en los últimos quince o veinte años dependen de esa transformación del patrón oro al patrón dólar. Ha habido dos fases en la política monetaria de los Estados Unidos: una de euforia, en donde la creación monetaria traspuso los límites de ese país y generó un fenómeno de prosperidad en todo el mundo, hasta que esa prosperidad empezó a tener de más en más efectos inflacionarios. Y otra, en que la inflación obligó finalmente a los Estados Unidos a contenerla. Pero lo hizo mediante la restricción monetaria y el alza de la tasa de interés. Primero, expansión monetaria mundial, después succión de los recursos del resto del mundo. Grave fenómeno para nuestros países, que debiera también estar en el cuadro de las ideas que deben ser renovadas.

Nadie tiene hoy la verdad revelada, señores, ni en el Norte ni en el Sur. Ambos tenemos atisbos de verdad, hemos hecho análisis, algunos de los cuales son promisorios, pero no podemos aceptar como verdad revelada lo que se piensa en el Norte. Respeto mucho las ideas del Norte, pero no deben ser tomadas por su valor nominal. Es esencial que, alguna vez, los hombres del Norte y del Sur nos pongamos a examinar la índole de nuestros problemas, dejando de lado los dogmas, las ideas preconcebidas, hasta llegar a una cierta comunidad de puntos de vista. Porque estoy persuadido de que, habiendo los países en desarrollo logrado su industrialización, podrían tener un considerable papel dinámico en el desarrollo de las economías del hemisferio norte. Estamos desperdiciando esa oportunidad. Hay que llegar a fórmulas que no serán las del pasado, a fórmulas de entendimiento en las cuestiones que he mencionado y en muchas otras, como la acumulación de capital y la política de inversiones extranjeras. Nada más, señores. Muchas gracias.

REVISTA DE LA CEPAL N° 29

La juventud latinoamericana entre el desarrollo y la crisis

*Germán W. Rama**

El ciclo de transición estructural, y las intensivas políticas de modernización y participación social por la vía de la educación, generaron un conjunto de cambios en las estructuras sociales cuyas beneficiarias fueron las generaciones jóvenes.

Las oportunidades de movilidad social ascendente no fueron de igual intensidad para las distintas categorías socio-ocupacionales. Sin embargo, a pesar de las diferencias de oportunidades, los hijos de familias de menores ingresos pudieron incorporarse en cierta proporción a posiciones superiores.

Ante este proceso de irrupción social, las estructuras de poder procuraron limitar sus efectos estableciendo diferentes niveles de calidad de estudios, o dando acceso a cargos de jerarquía desigual según el origen social.

La crisis acentúa la tendencia a frenar y revertir los procesos de movilidad ascendente. Los grupos jóvenes que no habían logrado educación son desalojados del mercado de empleo; los de origen social bajo que habían logrado educarse son empujados hacia la exclusión social; el ingreso y más aún la permanencia en la universidad dependen en gran medida del origen social elevado, y son la mejor protección ante la crisis; y, finalmente, en vez de movilidad ocupacional ascendente, comienzan a reproducirse las posiciones de una generación a otra. Incluso en algunos países se hace difícil para los hijos de los obreros acceder a las posiciones de sus padres, a pesar de tener mayor nivel de educación; los que quedan en la categoría son proporcionalmente menos que los que desembocan en ocupaciones marginales.

El autor concluye que la crisis ha acentuado el carácter polarizado de las sociedades, pues al agravar las consecuencias del agotamiento del ciclo de cambio estructural, plantea una situación en que las relaciones sociales se establecen entre grupos relativamente cristalizados. El problema de la juventud se transforma, más claramente aún que antes, en los problemas de las juventudes de grupos sociales distintos y estratificados.

*Director de la División de Desarrollo Social de la CEPAL.

Introducción

La juventud latinoamericana actual tiene rasgos que la hacen diferente de las de otras regiones, y diferente también de las juventudes de la región en el pasado. Se encuentra en la conjunción entre dos grandes procesos históricos: uno es el ciclo de la transformación estructural de las sociedades latinoamericanas, que cambiaron, con diversa intensidad y ritmo, a partir de la postguerra; el otro es el de la crisis económica de los años ochenta, que puso de relieve las insuficiencias de los modelos de desarrollo existentes. La juventud tiene un papel crucial en ambos procesos. Por su enorme peso en la estructura de edades de la región, fue primero objeto del proceso de incorporación a las formas modernas de organización social; luego, cuando la recesión frenó o desarticuló la modernización, pasó a ser un grupo de edad particularmente afectado por la exclusión.

También ha variado mucho el papel que ella misma asume. Durante la etapa de la transformación estructural, de sociedades en movimiento, tuvo un papel importante entre los actores políticos. Los asentamientos poblacionales, las pautas culturales, las formas de producción y de organización social estuvieron sujetos a diversos cambios, que creaban también diversas o desiguales oportunidades de incorporación a la sociedad y también a algunos de los procesos sociales y políticos que pretendían construir algún modelo de sociedad alternativa. No es por azar que el período se haya caracterizado por su altísima inestabilidad política y por violentas disensiones, y que en todos los casos se haya registrado una considerable participación política de sectores de la juventud.

En la mayor parte de las sociedades latinoamericanas la crisis llega cuando el cambio ya ha creado una nueva estructura social y las tranformaciones futuras no se basan en procesos de incorporación, sino en procesos de articulación entre los grupos sociales y en la transformación productiva, dentro de la lógica de una economía industrial moderna. Para la mayoría de las sociedades, la "fuga hacia adelante", como mecanismo de incorporación y de postergación de conflictos, se ha agotado, y se ha llegado a etapas de organización, racionalización y acuerdos entre grupos e

intereses diferentes, las que no facilitan la acción de la juventud en cuanto tal: los que se articulan son grupos en los que la juventud toma parte a través de los mayores.

Este proceso —del que la estabilidad y recuperación democrática es ejemplo paradigmático— coincide con el de la crisis económica en una conjunción pletórica de riesgos. En el caso de la juventud, se traduce en una doble marginación: por una parte, no puede incorporarse a la sociedad por la vía de la ocupación y la constitución de familia; por otra, se difiere su participación, por cuanto las políticas de ajuste implican gran concentración de las decisiones y de la ejecución de políticas, y han descartado por el momento la movilización social como motor de una búsqueda de nuevas formas de organización social y política.

El panorama tiene otras complejidades debidas a los efectos del endeudamiento externo —significativo legado de la generación anterior a la generación joven— y a la reducción de los márgenes de autonomía de los Estados latinoamericanos, sometidos a condiciones impuestas por los acreedores y que los Estados deben a su vez hacer cumplir en sus respectivas sociedades nacionales.

Sin duda, en virtud de desigualdades de desarrollo y problemáticas diferentes, la situación es diversa en ciertas áreas donde la constitución nacional está aún en ciernes, como es por excelencia el caso de América Central. La reducción de la autonomía se trasmuta entonces en intervención externa, o bien se mantiene como problema central la vigencia de un modelo autoritario de imposición social y política.

I

Transformación, cristalización y crisis recesiva de las estructuras sociales

En América Latina, la transformación se produjo mediante la expansión de las estructuras sociales y no —salvo excepciones— mediante un proceso de revolución que modificara la posición relativa de los grupos en el seno de una estructura social preexistente. A diferencia de las sociedades europeas, que cambiaron a partir de estructuras campesinas y artesanales culturalmente muy integradas, en América Latina se movilizó toda la sociedad, a partir de situaciones segmentarias, hacia nuevas estructuras sociales indefinidas, tanto a nivel de proyecto como de posible concreción, debido a la inestabilidad propia de un proceso de crecimiento en economías periféricas y a la escasa coherencia entre objetivos políticos y sociales.

Más que pasar de lo tradicional a lo moderno, se pasó —en lo político, lo educativo y lo económico— de la subcultura local o de grupo subordinado a la cultura de los medios de comunicación de masas, y de las instituciones familiares o de nivel parroquial a las instituciones nacionales y de escala masiva. En este tipo de transformación predominó la dinámica sobre la estática; la movilización de la sociedad sobre la reproducción social; el papel del Estado como orientador del proceso sobre el de las clases sociales como portadoras de proyectos, y los procesos de incorporación por la vía de la modernización sociocultural sobre los de incorporación por la vía de la producción, que define relaciones entre los grupos por el trabajo y por la disputa sobre cómo se orienta el desarrollo y se define la distribución (Touraine, 1976).

El proceso va construyendo nuevas instituciones, nuevos grupos sociales y nuevas articulaciones entre ellos, y va consolidándolos, lo que establece límites a las transformaciones posibles: los intereses de los grupos internos y la articulación con el sistema económico internacional hacen que no todos los posibles sean probables, salvo a un costo social y cultural muy elevado. Pasan a ser probables sólo aquellos cambios que se asumen a partir de lo ya existente.

El ciclo de la movilización de las sociedades derivó en una consolidación que retornó regresivamente a estructuras sociales oligárquicas previas, o en una consolidación de un orden social propio de la economía burguesa europea de la primera mitad del siglo, o finalmente en algún tipo de organización social con capacidad de cambio progresivo que incluyó la diferenciación de actores sociales y un sistema de equilibrio y conflicto, ya sea entre grupos con posiciones diferentes en el proceso de producción, o bien entre grupos definidos más por la cultura y la opinión que por sus posiciones ocupacionales o de ingreso.

En cualquier caso, los grupos y clases se consolidaron. El empresariado con racionalidad capitalista fue creado por la acción del Estado, que dio los marcos y los instrumentos para su desarrollo. Una vez constituido, llegó a ser un actor social que en algunos casos participó en alianzas, en otros enfrentó al Estado y en otros más lo controló. El proletariado se había caracterizado hasta entonces por una continua y masiva incorporación de recién llegados a la actividad industrial, lo que hacía difícil la constitución de una identidad como base para su acción social; llegó luego a ser, en su parte más moderna, una categoría vinculada a producciones tecnológicas avanzadas, de niveles educativos progresivamente homogéneos y más altos. Su expansión dejó de ser constante, incluso comenzó a decrecer, tanto en porcentajes de la PEA como en volúmenes absolutos en algunos países (Delich, 1986; Lagos y Tokman, 1983). Se fue renovando en buena medida mediante hijos de los mismos proletarios, con lo que se constituyó una tradición de pertenencia al grupo obrero. La situación no fue totalmente diferente entre profesionales y técnicos. La acelerada expansión de las matrículas universitarias en los años sesenta y setenta iba a la par con el incremento de ocupaciones que deparaban ingresos relativamente elevados a los profesionales; en el decenio siguiente la progresión fue más lenta. Las matrículas y las posiciones ocupacionales o de ingresos se estancaron o retrocedieron. En las sociedades que iniciaron más tempranamente el ciclo de modernización, los estudiantes universitarios suelen provenir de familias de profesionales también universitarios, o bien de estratos culturalmente afines a los universitarios (Klubitschko, 1980).

Al finalizar el ciclo de expansión por cambio estructural de las sociedades, este tipo de movilidad se agotó en los países ya modernizados (CEPAL, 1986). El volumen de posiciones de tipo medio y medio alto sólo creció, en el mejor de los casos, en forma paralela al crecimiento poblacional o al crecimiento del producto. Por ejemplo, una vez cubierta la escolaridad básica de una población ya urbanizada, el incremento de la categoría de maestros no pudo ser superior al de la población en edad escolar. La demanda de nuevos trabajadores respondió cada vez más a la transformación tecnológica, que implicaba una relativa reducción de las posiciones ocupacionales de mera ejecución, junto con la expansión de las que requieren mayor calificación educativa o técnica.

El ciclo de transformación estructural se realizó, en la mayoría de los casos, en el marco de una tensión entre procesos que creaban y reproducían la desigualdad social (CEPAL, 1985c) y otros que apuntaban a la democratización social. Los efectos contradictorios de esta situación se hicieron más evidentes con la crisis de los años ochenta.

Se mantuvo una pronunciada concentración del ingreso (Altimir, 1979; Di Filippo, 1984). En algunos casos se incrementó; en otros, permitió cierto acceso a algunos estratos de ingresos medios y medios bajos. Al asociarse a una estructura productiva industrial, adquirió mayor rigidez. No se establecieron para toda la sociedad mecanismos de distribución terciaria del ingreso por la vía de políticas sociales universales y de ejecución homogénea (por ejemplo, servicios preescolares y escolares con programas de alimentación y de nivelación en el aprendizaje, seguros nacionales de salud o asignaciones para los gastos de la reproducción biológica y social de las familias, asalariadas o no). Este tipo de beneficios favoreció sólo a ciertas categorías, que los obtuvieron por medio de los mecanismos corporativistas que caracterizaron el desarrollo social (Mesa Lago, 1985). El proceso de concentración tuvo manifestaciones diversas según se tratara de zonas rurales o urbanas, de regiones de retraso o de polos de crecimiento (Cordero y Tello, 1984), de forma tal que hubo distintos grupos de población cuyas articulaciones con el proceso del desarrollo tuvieron carácter segmentario, y cuyos recursos de movilidad correspondieron a circuitos parale-

los: no sólo tenían diferentes puntos de partida y de llegada, sino que frecuentemente no había posibilidades de transferirse de uno inferior a otro superior (Rama, 1985).

Junto con crearse la noción de una sociedad en movilización, fue desapareciendo en la conciencia colectiva de los grupos sociales inferiores la noción de los límites de las expectativas de movilidad individual o grupal (Rama, 1964). Se produjo, entonces, una verdadera revolución de las expectativas. Los sistemas de poder podían controlar la distribución de los ingresos, pero no fijar límites a las aspiraciones de integración a la nación y a la modernización social, y en consecuencia, algunos sistemas institucionales —como el político y el educativo— registraron grandes ampliaciones de la participación. (Los países que mantuvieron hasta fechas más recientes la exclusión electoral de los analfabetos o que excluyeron de la expresión política a los sectores inferiores por desmovilización o gestión autoritaria fueron también aquellos de política de escolarización primaria más débil). Más aún, el incremento de la educación media y superior fue mucho mayor que el registrado en países desarrollados en una etapa equivalente; sin embargo, no se había logrado aún la efectiva universalización de la escuela primaria, lo que demuestra el grado de exclusión implícito en las políticas sociales (Rama, 1983).

El desequilibrio entre los procesos que tendían a la concentración y los que tendían a la distribución afectó la validez de estos últimos: por ejemplo, la educación se extendió a grupos sociales inferiores, pero se desvalorizó en cuanto aprendizaje (Tedesco, 1984). Se produjo, además, muchas veces la ruptura, mediante una regresión autoritaria periódica, de los mecanismos políticos democráticos que ponían en peligro la concentración del poder y del ingreso. Estas contradicciones se ponen de manifiesto en la evolución de las sociedades nacionales en los años sesenta y setenta, a través de los indicadores de transformación estructural, por una parte, y por otra de la reiteración de regímenes autoritarios, ya sean conservadores o populistas. En comparación, son escasos los ejemplos de continuidad institucional democrática en sociedades de participación total.

Las transformaciones estructurales en las que se inscribió la incorporación de la juventud en el período comprendido entre los años 1950 y 1980 se pueden apreciar a través de los siguientes indicadores (Rama, 1984):

a) *En lo demográfico*, se duplicó con creces el volumen de la población, se incrementó la densidad, y hubo mayor asentamiento en las ciudades (el porcentaje urbano pasó del 40% al 63%). Estas crecieron a una tasa de alrededor de un 5% anual. Se hizo posible así una mayor interacción social que incluyó a los jóvenes, cuya participación en la población total, y sobre todo en la urbana, se incrementó.

b) *En lo educacional*, se registraron los cambios más pronunciados de todo el período. Se redujo el analfabetismo, que afectaba a casi la mitad de la población mayor de 15 años, y llegó a ser residual para las generaciones jóvenes (salvo en Brasil y algunos países de América Central). La incorporación a la escuela primaria comenzó a universalizarse; no así el egreso, al que sólo llega algo más de la mitad del grupo de edad. La educación media, antes reservada a élites, pasó a ser masiva en las ciudades, y la de tercer nivel se expandió en forma explosiva, como se manifiesta en el salto de la tasa bruta de escolaridad: en 1950 ésta era de dos matriculados por cada cien jóvenes de 20 a 24 años; en 1980, es uno de cada seis jóvenes[1] (Ibarrola, 1986; Tovar y Negretti, 1986).

c) *En lo ocupacional*, la población económicamente activa se duplicó con creces (índice 218). La ocupación en el sector primario decreció al 33.7% (perdiendo 20 puntos porcentuales); la del sector secundario ascendió del 17% al 24.5%,y la del terciario evolucionó del 29.3% al 41.8% de la población activa total. La población ocupada no sólo dejó de ser predominantemente rural, sino que en las actividades urbanas aumentó regularmente la proporción de trabajadores no manuales. La información acerca de los años ochenta (disponible sólo para algunos países) muestra relaciones mínimas de 63 y máximas de 109 trabajadores no manuales por cada cien manuales. Estas relaciones son aún más nítidas entre

[1]En México la matrícula de la educación superior era de 29 895 en el año 1950 y alcanzó a 1 218 667 en 1984 multiplicándose por cuarenta en el lapso indicado. Por su parte en Venezuela la matrícula respectiva evoluciona de 24 907 alumnos en 1961 a 307 133 en el año 1981, multiplicándose en poco más de veinte años doce veces.

los asalariados. Los trabajadores no manuales de los sectores secundario y terciario en relación a los asalariados manuales del sector secundario, o dicho de otra forma, los empleados frente a los obreros, oscilaron, según países, entre una relación de 1 a 1 y una de 1.6 a 1. En resumen: las sociedades latinoamericanas no sólo dejaron de ser rurales, sino que dejaron además de ser obreras.

d) *En la formalización del empleo,* el incremento porcentual de las ocupaciones modernas en industria y servicios amplió el espacio de la actividad asalariada. Las ocupaciones por cuenta propia y de ayudantes familiares no remunerados disminuyeron su participación en la PEA total; se redujo porcentualmente (y en términos absolutos, en muchos países) la población activa rural, donde predominaban, y el crecimiento del sector informal urbano no alcanzó a compensar dicha disminución. La categoría de asalariados ha pasado a ser mayoritaria en la PEA en la región, salvo en los países que aún se definen por el predominio agrario y la modernización incipiente. La salarización implica a su vez mayores calificaciones educativas y una congruencia creciente entre éstas y los niveles de status de las ocupaciones.

e) *En cuanto al crecimiento y distribución del ingreso,* el producto interno bruto (PIB) por habitante se duplicó con creces en el período 1950-1980 a pesar de la considerable tasa de crecimiento de la población. Las diferencias son muy considerables según grupos de países. Los agrarios y de modernización incipiente (Bolivia, Haití y América Central, salvo Costa Rica), registraron un índice de incremento inferior a 150. Los países de temprana y avanzada modernización del Cono Sur, un índice del orden del 150; cabe recordar que partían de los niveles más altos de la región. Los índices oscilaron entre 150 y 250 en los países de modernización acelerada y desequilibrada o parcial, que (en orden de menor a mayor logro) comprenden a Perú, Paraguay, Colombia, República Dominicana, Ecuador y México. Con el mismo índice de 250 figuran Costa Rica y Panamá, cuyas sociedades se modernizaron en un lapso muy breve; Venezuela compartió esta situación, aunque con un índice inferior de incremento del PIB por habitante (185). Entre todos se destaca especialmente Brasil, cuyo PIB por habitante en el período 1950-1980 se incrementó de acuerdo a un índice del 350.

Más homogéneo que los incrementos ha sido el tipo de estructura de la distribución del ingreso, que mantuvo un alto grado de concentración en el primer decil y una situación pauperizada por lo menos en los dos inferiores. Los estudios de la CEPAL (1985c) tienden a mostrar una reducción del porcentaje de población bajo la línea de pobreza, aunque dicha reducción es inferior a la que cabría haber esperado si hubiera sido proporcional al incremento del ingreso. La situación de los tramos medios es más compleja. En algunos países —especialmente en los de modernización temprana y en algunos de modernización acelerada— los deciles inmediatos al superior registraron mejorías en la participación del ingreso, constituyéndose así estilos de distribución de ingreso de tipo mesocrático (Graciarena, 1979), gracias al desarrollo de la ocupación en los sectores modernos de actividad, al consiguiente poder social de los trabajadores de dichos sectores y a las políticas de expansión del mercado para bienes industriales de consumo duraderos y semiduraderos. En muchos países los deciles de la media de la escala, aunque sin mayor cambio de su participación monetaria, se beneficiaron por la distribución terciaria de ingresos que significó el desarrollo de los servicios sociales gratuitos o semigratuitos a cargo del Estado (Tironi, 1982). Finalmente, en la década del setenta los países que practicaron políticas de ajuste de corte neoliberal registraron sensibles caídas del salario real y de la ocupación, las que afectaron a sectores obreros y de clases medias.

Como tendencia general, puede afirmarse que el incremento real de los ingresos medios, bajos y más bajos no dependió de un cambio en la estructura de la distribución del ingreso, sino fundamentalmente de la tasa de incremento del PIB por habitante, y también de la redistribución por la vía de ingresos terciarios que haya tenido lugar debido a políticas sociales del Estado.

f) *En procesos de incorporación,* a los mercados urbanos de empleo, se produce simultáneamente la integración de jóvenes, migrantes rurales y mujeres, fenómeno que no tiene precedente en los países hoy desarrollados (Durston, 1986). Ese proceso explica el explosivo crecimiento de la fuerza de trabajo urbana que —como bien lo ha señalado Víctor Tokman (1984)— fue similar al registrado en los Estados Unidos en el período 1870-1903, al de Suecia a comienzos de siglo o al

del Japón entre las dos guerras. Sin embargo, se caracterizó por una PEA con creciente proporción de mujeres, y con una población muy joven y, fundamentalmente, por una enorme discrepancia entre los niveles educativos de la población joven y la adulta (Boucher, 1982; Vogel, 1979).

Estas características influyeron en el menor costo de la fuerza de trabajo y en las condiciones de explotación a que fue sometida. En el caso específico de los jóvenes, se produjo una situación de acceso a posiciones ocupacionales no manuales y manuales con calificación educativa, que pertenecen al universo de las de status medio, sin embargo, el incremento proviene en gran parte de mujeres en posiciones no manuales de menor jerarquía (CEPAL, 1986).

A comienzos de la presente década, el ciclo del cambio social por transformación estructural manifestaba síntomas de agotamiento. En los países de temprana modernización del Cono Sur y en los de modernización acelerada con integración social (Costa Rica, Panamá y Venezuela), la población dedicada a actividades rurales constituía ya un porcentaje muy reducido; aunque continuaran las migraciones hacia las ciudades, su aporte ya no podría ser significativo en la formación de los estratos inferiores urbanos y en el desplazamiento relativo hacia arriba de los estratos siguientes. En países de modernización acelerada y desequilibrada —como Brasil— la población rural ya se estabilizó, en valores absolutos, entre 1970 y 1980. Finalmente, en países de modernización acelerada donde primó la urbanización sobre la industrialización —por ejemplo, Perú— la pronunciada informalización de todas las actividades productivas cerró a los migrantes las posibilidades de participación social en condiciones superiores a las rurales.

En la estructura ocupacional urbana de ciertos países —como, por ejemplo, Argentina y Uruguay— la comparación intercensal de la última década tiende a mostrar un fenómeno de "cristalización" de la estructura ocupacional: la distribución de las posiciones tiende a ser aproximadamente la misma diez años después y sólo cambia el mayor nivel educacional medio de los estratos (Arriagada, 1984; CEPAL, 1985a; Silvestri, 1986). Observaciones similares sobre la lenta incorporación de jóvenes a ocupaciones de status medio y alto se señalan como ejemplo de una modernización frustrada en Colombia (Parra, 1985). En países como Ecuador, Panamá y Venezuela que registraron una virtual "mutación social" (Durston y Rosenbluth, 1984; Durston, 1985; Tovar y Negretti, 1986), parece difícil que se mantenga el intenso crecimiento de las ocupaciones en el sector servicios modernos, en especial en los comunitarios y sociales a cargo del Estado. Finalmente, México y especialmente Brasil (Kaztman, 1983), se mantuvieron como excepciones paradigmáticas de incremento acelerado de las posiciones ocupacionales modernas en la industria y en los servicios modernos de apoyo a la producción. Sus tasas de crecimiento económico, y en especial, del producto industrial, así como su considerable población rural y urbana con educación mínima durante las etapas iniciales de su desarrollo, permitieron un proceso de incorporación continuo a las actividades productivas, acompañado de una fuerte polarización entre los ingresos de ocupados en posiciones bajas y altas. En Brasil dicha incorporación fue incluso superior a la expansión educacional, lo que produjo una disminución de la escolaridad promedio de muchas categorías ocupacionales (Madeira, 1985). En Chile el doble efecto de la finalización del cambio por modificación estructural y de la aplicación de un modelo neoliberal y de apertura económica extrema promovió una peculiar estructura socio-ocupacional en la que disminuyeron las ocupaciones obreras industriales, así como las técnicas y administrativas medias vinculadas al Estado, y se redujeron los ingresos de las categorías civiles de empleados públicos. Junto con ello, hubo un desarrollo, inusual en la región, de posiciones no manuales independientes (Martínez y Tironi, 1983).

Finalmente, en el caso de los países de estructura agraria y modernización incipiente, hubo una acelerada urbanización y desarrollo del aparato moderno del Estado, sin un correspondiente desarrollo industrial y con graves problemas estructurales en el agro. Este sufrió los efectos de formas de producción capitalistas orientadas a la exportación, con una estructura de propiedad muy concentrada y con una masa campesina (indígena, en ciertos países): se promovió así un proceso de pauperización campesina sin alternativas de migración a ocupaciones urbanas, lo que creó explosivas condiciones sociales en el ámbito rural (Torres Rivas, 1981; Rosenbluth, 1986).

El ciclo de la transformación estructural, en

la medida en que promovió la movilidad de la sociedad entera y con ello cierta medida de gratificación para cada grupo, generó una experiencia intrageneracional y más aún intergeneracional con poderosos elementos de integración nacional y también de conformidad social. En los países de temprana modernización, en que los grupos ya estaban incorporados y se encontraban en sociedades incapaces de promover una nueva etapa de desarrollo, la pugna por la distribución y por el modelo de desarrollo ocupó la escena política (Filgueira, 1983).

La crisis de los años ochenta sobrevino en momentos en que el ciclo de transformación estructural comenzaba a llegar a su fin. Se habían utilizado hasta el exceso los mecanismos de incorporación a la modernización (urbanización y educación, por ejemplo); sin embargo, no se habían producido transformaciones en la estructura de la producción, propiedad, tecnología y conocimientos que hubieran permitido incorporar a la región al ciclo de las mutaciones científico-tecnológicas y de organización de las sociedades y culturas que se estaba produciendo en los países desarrollados (CEPII, 1984; CCE, 1983).

La crisis, producida tras un ciclo en que la sobreabundancia de flujo de capitales "dopó" al sistema con el consumismo, recayó sobre sociedades que, salvo las excepciones anotadas, habían agotado ya los mecanismos de incorporación fáciles, y cuyas juventudes se estaban formando con miras a un modelo de expansión de estructuras sociales que había dejado de tener vigencia. A ese modelo correspondían, además, las expectativas de incorporación de esas juventudes a las sociedades.

II

Las formas de incorporación de la juventud

En el transcurso de las dos décadas comprendidas entre 1960 y 1980 se modificaron las condiciones de incorporación de los jóvenes en la sociedad. Por una parte, se modificó la distribución entre los tipos de ocupaciones, y se crearon así espacios que no podían ser llenados por las generaciones adultas. En unos casos éstas no se encontraban en disposición de desplazarse del mundo rural al mundo urbano, o de cambiar a nuevas ocupaciones. En otros casos, aunque hubiera existido disposición para el cambio, carecían de las calificaciones educativas y el bagaje cultural necesarios. Hacia 1970, según los censos, 49.8% de la PEA rural en 16 países no había cumplido un año de estudios, y apenas el 2.3% tenía 7 y más años. En esos mismos países los porcentajes de la PEA en las capitales nacionales eran del 8.1% y del 39.6%. En consecuencia, en el caso hipotético de una migración masiva y total de la PEA rural, ésta sería en su gran mayoría no empleable, dadas las exigencias de educación que implicaban las posiciones ocupacionales urbanas (Terra, 1981).

Por otra parte, los jóvenes no sólo contaban con una educación que los capacitaba para incorporarse a las nuevas ocupaciones, sino que, por su instrucción y por su acceso a medios de comunicación de masas, habían sido socializados para participar en las relaciones sociales y simbólicas que implican las posiciones ocupacionales y las situaciones sociales derivadas de su desempeño. El sistema educativo tradicional vigente en América Latina se había formado a imagen del existente años atrás en los países desarrollados, y había sido concebido para un educando de nivel sociocultural medio superior (Tedesco, 1984). Al extenderse a toda la población y comprender a grupos de subculturas diferenciadas resultó pedagógicamente inadecuado para lograr transmisión de conocimientos; en cambio, fue muy efectivo en cuanto permitió socializar anticipadamente para la integración simbólica en el mundo moderno. Las familias rurales así lo comprendieron: no mostraron interés por la escuela mientras el futuro de los hijos fue permanecer en el medio rural, pero, al cambiar las condiciones, al comunicarse con el mundo urbano y al ver la

Cuadro 1

AMERICA LATINA (SEIS PAISES): CAMBIOS EN LA INCORPORACION LABORAL DE LOS JOVENES

(Porcentajes)

	Argentina		Brasil		Chile		Ecuador		Honduras		Panamá	
	1960	1980	1960	1980	1960	1980[b]	1962	1982	1960	1974	1960	1980
	(25 a 34 años)[a]		(25 a 34 años)		(25 a 29 años)		(25 a 29 años)		(25 a 34 años)		(25 a 29 años)	
PEA con 7 y más años de escolaridad	28.3	66.5	15.6	35.2	29.6	70.6	12.0	37.0	18.5	35.6	28.6	50.0
PEA con 6 años de escolaridad o menos	71.7	33.5	84.4	64.8	70.4	29.4	88.0	63.0	81.5	64.4	71.4	50.0
Ocupaciones no manuales urbanas y del sector primario	36.5	44.6	17.9	30.4	22.1	37.8	16.0	31.9	12.8	26.4	24.9	38.5
Ocupaciones manuales urbanas	42.7	44.3	32.9	40.8	48.9	38.5	28.9	32.2	21.8	26.6	25.1	33.7
Ocupaciones en actividades primarias	12.3	8.3	44.4	22.6	24.0	11.5	52.0	22.9	66.0	44.8	39.8	19.2
Otros	8.5	2.8	4.9	6.2	5.0	12.2	3.1	13.0	5.4	2.2	10.2	8.6

Fuente: CEPAL, sobre la base de datos censales.

[a] Para Chile, Ecuador y Panamá el tramo de edad considerado es de 25 a 29 años; para Argentina, Brasil y Honduras es de 25 a 34 años. Esta diferencia proviene de la organización de la información y no afecta la comparabilidad de las cifras.

[b] Corresponde a datos de la Encuesta Nacional de Hogares de octubre-diciembre de 1980 (Instituto Nacional de Estadísticas).

emigración como destino previsible de sus hijos, modificaron su actitud, sobre todo respecto de las hijas, que en mayor número emigraban a las ciudades.

Dada la especial relación de los jóvenes con el mundo del trabajo en un momento de cambio, se produjeron diversos fenómenos, que se analizan en los puntos siguientes.

1. *La desruralización de la juventud*

El cuadro 1 presenta datos de países considerados representativos de diferentes categorías de modernización. Argentina representa una modernización temprana y avanzada: sólo 12.3% de su juventud estaba en ocupaciones agrícolas hacia 1960, y sólo podía transferirse a ocupaciones urbanas un porcentaje muy reducido. Chile, dentro de la misma categoría, tenía aún un sector considerable de población rural: uno de cada cuatro jóvenes tenía ocupaciones agrícolas en 1960, mientras en 1980 la cifra era de sólo uno de cada diez. Como representativo de una modernización mediante una mutación a una economía de servicios figura Panamá, que redujo de cuatro a dos de cada diez la participación de las ocupaciones rurales en el total de los jóvenes en la PEA. La categoría siguiente está formada por países de modernización acelerada y desequilibrada, y representada por el caso de Brasil. En 1960 tenía casi la mitad (44.4%) de sus jóvenes en ocupaciones agrícolas; en 1980 la participación se redujo a dos de cada diez. Ecuador representa otra situación que se ha denominado de modernización acelerada y parcial; no sólo, como en el caso anterior, dejó a grupos excluidos de la modernización, sino además su dinamismo estuvo fuertemente concentrado en las actividades terciarias y en particular en el Estado, sin transformaciones equivalentes en el sector secundario de actividad. Es, sin duda, el caso más notable en cuanto a reducción de la participación de las ocupaciones rurales en la PEA joven: en veinte años se registró una transferencia del 30% de los jóvenes al mundo urbano. Finalmente, los datos correspondientes a Honduras representan una categoría de modernización incipiente, que parte de una participación rural aún mayor que los dos países anteriores; si bien ésta se reduce, aún mantiene al 44.8% de los jóvenes en actividades agrícolas en el año 1974 (porcentaje igual al del Brasil en 1960). Probablemente el porcentaje se mantiene, a pesar de haber condiciones de expulsión del mundo rural, por falta de centros y actividades urbanas en condiciones de recibir una mayor corriente emigratoria.

2. *El universo de los trabajadores urbanos manuales*

Esta denominación comprende los obreros industriales, los trabajadores manuales por cuenta propia —incluyendo a los vendedores ambulantes— y el personal de servicio, tanto en relaciones personales como institucionales.

El universo social urbano, que en el siglo XIX francés fue visto como el de "las clases trabajadoras, las clases peligrosas" (Chevalier, 1978) que dio pie al análisis de F. Engels sobre "La situación de la clase obrera en Inglaterra" y a las construcciones históricas de E.J. Hobsbawm (1968), fue percibido en América Latina asociando la urbanización con "la inevitabilidad de la marginación de crecientes sectores de la población urbana", puesto que lo que se definía como industrialización dependiente hacía "imposible para las crecientes promociones migratorias y para las nuevas generaciones populares, nacidas en las mismas ciudades, incorporarse de manera estable y consistente en la estructura de roles y posiciones de la nueva sociedad urbana que emerge con la industrialización" (Quijano, 1970).

Los procesos de incorporación de la juventud en las ocupaciones manuales y no manuales demuestran que, lejos de cumplirse la predicción de una marginación creciente, entre 1960 y 1980 se dio un inesperado desarrollo de las ocupaciones no manuales de vendedores, administrativos y profesionales y técnicos, todas las cuales se expandieron vertiginosamente, y que la PEA manual en actividades secundarias y terciarias, incluyendo también los tipos de ocupación marginal, no llegó a predominar en el universo urbano. Más aún, con la excepción de Brasil, todos los países considerados tenían en 1980 volúmenes prácticamente iguales de ocupaciones manuales y no manuales en las ciudades.

La otra cara del fenómeno es que el universo de los manuales urbanos no llegó en ningún momento a incorporar la mitad de la generación joven considerada. En los países de industrializa-

ción temprana, cuyo patrón de producción correspondía a empresas de escala reducida y tecnología que requería alto insumo de mano de obra, se dieron los registros más altos de trabajadores manuales. Hacia 1960 se destacaba en este sentido la situación de Chile, que comprendía en esta categoría al 48.9% de los jóvenes. La cifra sugiere el peso de una experiencia proletaria o popular urbana, que seguramente influyó en los comportamientos políticos que caracterizaron a ese país en las décadas siguientes. En otro país de temprana industrialización, Argentina, 42.7% de los jóvenes estaban en esta categoría, cifra que llegó en 1980 a 44.3%, posiblemente el registro más alto de su historia. La gran diferencia entre ambos países es que en Chile, en 1960, los jóvenes trabajadores manuales duplicaban con creces el número de los jóvenes no manuales; en Argentina la distancia era mucho menor. En ambos, en 1980, los volúmenes de jóvenes trabajadores manuales y no manuales se habían equiparado.[2]

Otros procesos más recientes de industrialización presentan patrones tecnológicos de bajo insumo de mano de obra. El desarrollo es aún escaso en Ecuador, Honduras y Panamá. El caso de Brasil es elocuente en varios sentidos: a pesar del alto incremento del PIB total y del PIB industrial en el período 1960-1980, la PEA manual urbana (incluyendo los servicios) sólo aumentó en ocho puntos porcentuales.

Tanto en Brasil como en Panamá se registró una reducción de más de veinte puntos porcentuales de la ocupación en actividades primarias en el lapso intercensal, y apenas se incrementó en ocho puntos la categoría de trabajadores manuales urbanos. En Ecuador la discrepancia es aún mayor por la caída de treinta puntos en las ocupaciones primarias y un crecimiento de sólo cuatro puntos en las ocupaciones manuales urbanas; las cifras seguirían siendo sumamente significativas aun en el caso de postularse que el grueso de la abundante categoría de "otros" en 1982 correspondiera a omisiones en el registro de manuales urbanos.

En resumen, el proceso de incorporación de los jóvenes resulta indicativo de las tendencias del mercado de empleo, tanto pasadas como futuras. Es evidente que no hubo un incremento constante de la marginación y del trabajo informal, y que las ciudades latinoamericanas no llegaron a ser "universos obreros". También queda claro que en el futuro lo serán aún menos, sea cual fuere la tasa de crecimiento de la industria.

3. *El universo de los trabajadores urbanos no manuales*

La denominación comprende empleadores, gerentes, profesionales y técnicos dependientes e independientes, oficinistas, vendedores y trabajadores por cuenta propia en el comercio (no ambulante). Todos ellos tienen en común el ser trabajadores no manuales, aunque las diferencias internas son significativas en cuanto a status y remuneraciones. El mayor peso femenino en la composición de las subcategorías de oficinistas y vendedores, y luego en las de profesionales y técnicos, arrastra hacia abajo el promedio de remuneraciones de esas categorías (CEPAL, 1986).

Sin embargo, al igual que en las sociedades industriales (Lipset y Bendix, 1963), las ocupaciones no manuales en América Latina han tenido un prestigio mayor que las manuales, probablemente, además, por la reciente urbanización y el prestigio del empleo burocrático en la jerarquía de las sociedades de tipo oligárquico del pasado reciente. Tales ocupaciones exigen un mayor nivel de educación, considerado en la región un bien muy estimable, como lo comprueba su demanda social (Filgueira, 1978). En general, su nivel de ingreso monetario parece haber sido elevado (es de recordar la fuerte asociación entre mayores remuneraciones al trabajo y mayor educación que caracteriza la región); ciertamente deparaban condiciones de estabilidad ocupacional y seguridad social superiores a las de los trabajadores manuales, y sobre todo a las de los rurales (Mesa Lago, 1986). Finalmente, las escasas encuestas existentes indican una fuerte tendencia de los titulares de estos empleos a autoidentificarse como miembros de las clases medias, aunque no siempre correspondieran objetivamente a esa condición (Solari, 1964).

Hacia 1960, la proporción de jóvenes que accedía a ocupaciones no manuales era de entre un octavo y un sexto en Honduras, Ecuador y Brasil, y poco menos de un cuarto en Chile y Panamá; sólo en Argentina se incorporaba más

[2]Los datos de 1980 para Chile presentan deformaciones por el alto porcentaje incluido en la categoría "otros", que comprende una cuantiosa desocupación.

de un tercio. Hacia 1980 se registró una tendencia a la uniformidad entre los países, en torno a una participación en la categoría de no manuales de alrededor de un tercio (con la excepción de Honduras, que se ubicó por debajo de un cuarto, y la de Argentina, que logró la significativa cifra de 44.6%).

En esta enorme expansión influyeron simultáneamente variables económicas y sociales. Entre las primeras se destaca el papel de los servicios modernos —financieros, administrativos, técnicos— como apoyo indispensable a la producción en un sistema capitalista. Entre las segundas figura el desarrollo de los servicios sociales y comunitarios, que supone un enorme contingente de profesionales y técnicos, y cuya expansión ha estado ligada a los esfuerzos de integración nacional y de creación de la ciudadanía social (Ecuador es un ejemplo paradigmático de ello).

Una expansión de esta cuantía en un plazo tan breve ha llevado a plantear si cabe o no hablar en este caso de una movilidad ascendente. Los que la niegan observan que el grueso del crecimiento se encuentra en las subcategorías de menor status e ingreso y que incluso entre la de profesionales y técnicos se registra una fuerte feminización, que está asociada a la baja de status y de ingresos de la categoría (por ejemplo la de los docentes). Los que la afirman hacen notar la vinculación entre ocupaciones no manuales y mayores ingresos del trabajo, la formalización del trabajo, que se manifiesta en la inclusión en sistemas de seguridad social, los escalafones que abren camino a avances ocupacionales que no tienen los trabajadores manuales, las condiciones de trabajo cotidiano menos penoso y, por último, el prestigio social que sigue teniendo ese tipo de ocupaciones.

Sin entrar en los diversos aspectos de la discusión, es evidente que en la etapa inicial de la expansión, el hecho de transponer la barrera entre trabajo manual y no manual constituyó en sí una movilidad ascendente y que luego, al masificarse este último, pasan a ser de importancia decisiva las diferencias internas; no podría, en consecuencia, considerarse como un ascenso social el acceder a las subcategorías más bajas de lo no manual. Sin embargo, para la generación que por primera vez en la historia familiar traspuso la barrera, el cambio seguramente fue percibido, desde el punto de vista simbólico, como movilidad ascendente.

4. *Usos y beneficios de la educación*

Los datos referentes a educación para los seis países que se han escogido como representativos de diferentes categorías de modernización demuestran que en todos ellos, durante el período 1960-1980, el porcentaje de la PEA joven con educación postprimaria se duplicó, salvo en Ecuador, en que se triplicó.

El cuadro 2 presenta categorías educativas que abarcan 7 años y más en Argentina, Chile, Ecuador y Panamá; 5 años y más para Brasil, y 4 años y más para Honduras. Las diferencias en cuanto a los años de educación que se consideran para establecer las categorías significativas responden a diferencias de desarrollo educativo entre los países de la región. Ponen de manifiesto, además, la dificultad de correlación entre los indicadores de educación y los de crecimiento económico: en dos países de modernización y crecimiento económico acelerados (Ecuador y Brasil), los logros son muy diferentes, y Chile, a pesar de su estancamiento relativo, ha alcanzado metas educativas que superan en mucho los niveles de Brasil, a pesar del rápido crecimiento económico de este último.

El primer y notorio uso que tuvo la educación fue el de hacer posible la emigración de quienes tenían escolaridad completa, los que dejaron de desempeñar ocupaciones agrícolas manuales, asalariadas o no asalariadas.

Los porcentajes de jóvenes con 7 y más años de escolaridad ocupados manualmente en actividades primarias eran tanto en 1960 como en 1980 mínimos de la PEA joven, y su incremento entre una y otra generación fue ínfimo. No se cumplieron las expectativas de que la mecanización y tecnificación del agro promovieran una oferta de nuevos puestos adecuada para jóvenes educados; por otra parte, dado que la oferta educativa de más de seis cursos escolares en el propio medio rural no se amplió más que en Chile, sólo habrían podido incorporarse en otros países los jóvenes que estudiaron en centros urbanos y mantuvieron su residencia rural.

El segundo uso de la educación fue hacer posible la incorporación a la categoría ocupacio-

Cuadro 2

AMERICA LATINA (SEIS PAISES): NIVELES DE INSTRUCCION Y CATEGORIAS OCUPACIONALES DE LOS JOVENES, 1960 Y 1980

(Porcentajes)

	Argentina		Brasil[a]		Chile		Ecuador		Honduras[b]		Panamá	
	1960 (25 a 34 años)	1980	1960 (25 a 34 años)	1980	1960 (25 a 29 años)	1980[c]	1962 (25 a 29 años)	1982	1960 (25 a 34 años)	1974	1960 (25 a 29 años)	1980
PEA 25 a 34 años	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
7 y + años de educación.	*28.3*	*66.5*	*15.6*	*35.2*	*29.6*	*70.6*	*12.0*	*37.0*	*18.5*	*35.6*	*28.6*	*50.0*
No manuales	16.6	39.3	10.5	24.2	14.9	33.4	7.7	24.9	9.1	18.3	19.8	33.9
Manuales asalariados	3.7	20.1	3.4	8.5	9.8	22.0	2.5	8.2	6.5	11.9	7.0	14.0
Manuales asalariados en actividades primarias	(0.2)	(1.3)	(0.2)	(0.3)	(0.8)	(2.2)	(0.4)	(0.8)	(1.4)	(2.6)	(0.3)	(1.0)
Manuales no asalariados	0.8	7.1	1.7	2.5	2.7	5.3	1.8	3.9	2.9	5.4	1.8	2.9
Manuales no asalariados en actividades primarias	(0.1)	(1.4)	(0.6)	(0.5)	(0.6)	(1.5)	(0.5)	(0.4)	(1.7)	(3.1)	(0.2)	(0.7)
0-6 años de educación[d].	*71.7*	*33.5*	*84.4*	*64.8*	*70.4*	*29.4*	*88.0*	*63.0*	*81.5*	*64.4*	*71.4*	*50.0*
No manuales	18.4	4.6	7.3	6.1	7.2	4.4	7.7	5.3	3.5	7.7	5.1	4.3
Manuales asalariados	41.5	19.5	34.6	33.3	51.0	17.5	38.7	23.1	30.2	24.5	21.9	23.1
Manuales asalariados en actividades primarias	(8.0)	(3.8)	(13.2)	(8.9)	(17.5)	(5.0)	(23.5)	(9.7)	(17.6)	(13.3)	(8.1)	(7.4)
Manuales no asalariados	7.6	5.5	37.2	19.1	9.4	5.2	37.4	17.4	39.9	29.0	34.0	12.8
Manuales no asalariados en actividades primarias	(3.7)	(1.8)	(30.1)	(12.8)	(5.1)	(2.8)	(27.6)	(10.9)	(37.4)	(25.4)	(31.2)	(10.0)

Fuente: CEPAL, sobre la base de datos censales.

[a] Las cifras de Brasil corresponden a 5 años y más y 0-4 años de educación respectivamente.

[b] Las cifras de Honduras corresponden a 4 años y más y 0-3 años de educación respectivamente.

[c] Corresponde a datos de la Encuesta Nacional de Hogares de octubre-diciembre de 1980 (Instituto Nacional de Estadísticas).

[d] Se ha excluido la categoría de personas para cuya condición de actividad no se dispone de información.

nal de trabajadores no manuales. Esta presenta tasas de crecimiento muy considerables y exige estudios postprimarios; salvo en Honduras, quienes carecen de ellos van siendo progresivamente eliminados de esas ocupaciones. En Argentina, por ejemplo, los jóvenes con escolaridad primaria incompleta que tenían ocupaciones no manuales eran el 18.4% de la PEA en 1960, y se redujeron en 1980 al 4.6%, a pesar del fuerte incremento de la categoría ocupacional.

Las ocupaciones no manuales se hacen más complejas, por una parte; por otra, la oferta de jóvenes educados es superior a la demanda, lo que permite a los empleadores exigir mayores niveles formales de educación para un mismo trabajo. A este respecto cabe observar que el proceso de masificación y de aumento del período de escolaridad tendió a reducir el nivel de conocimientos en los grados escolares. Por último, la progresiva salarización de las actividades no manuales establece una relación formal entre el nivel de escolaridad y las exigencias de las organizaciones para determinados cargos. Todo ello explica el ciclo de "fuga hacia adelante" que presentan los sistemas educativos latinoamericanos. Al exigir otros grupos sociales niveles educativos antes reservados al grupo superior, este último se desplaza a un nivel más alto, y así sucesivamente. Este proceso de demanda se parece al de las sociedades desarrolladas y de las centralmente planificadas; sin embargo, a diferencia de éstas, no presenta una separación nítida entre ciclos escolares obligatorios y superiores basada en la selectividad, practicada mediante el control regular de los conocimientos y los exámenes de admisión a ciclos no obligatorios.

El tercer uso de la educación fue permitir la incorporación a la categoría de trabajadores manuales asalariados. Esta brinda ingresos superiores a los percibidos por los trabajadores manuales por cuenta propia, especialmente para jóvenes que no tengan un capital de conocimientos y experiencias en la respectiva actividad. Como en el caso de las ocupaciones no manuales, el empleo en organizaciones de cierta escala va acompañado de mecanismos de protección social (vacaciones, derecho a jubilación, servicios de salud).

Para los jóvenes de Argentina y Chile (países de temprana modernización), la categoría de manuales asalariados se reduce porcentualmente: crece la participación en la PEA de la categoría de trabajadores no manuales, y al mismo tiempo se estabiliza o disminuye la proporción de trabajadores manuales asalariados, lo que implica reducciones mayores en la incorporación de jóvenes. En los otros países, en cambio, la situación es diversa: se reduce vertiginosamente la categoría de jóvenes con actividad agrícola y se incrementan las categorías de trabajadores no manuales y manuales asalariados en el total de la PEA joven. Sin embargo, lo común a todos los países es el incremento de la participación de los más educados en la categoría de trabajadores manuales asalariados; ya en Argentina y Chile superan en número a los menos educados.

Las tendencias futuras de la inserción juvenil —suponiendo una superación de la crisis— ponen claramente de manifiesto el agotamiento del ciclo de la movilidad estructural.

La categoría de trabajadores no manuales, que se expandió en forma acelerada, no podrá seguir haciéndolo a ese ritmo. Dentro de la categoría, se hará mayor la polarización entre posiciones de alto y bajo status, en parte por la masificación y en parte por la tecnificación de tareas. Esta polarización se vinculará a requisitos de educación no sólo postprimaria sino postsecundaria o postuniversitaria.

El volumen de la categoría de asalariados manuales hace prever un estrangulamiento de la movilidad de tipo estructural para las nuevas generaciones provenientes de familias rurales y de trabajadores urbanos manuales por cuenta propia. Además, el efecto de tecnologías que reducen el uso de mano de obra puede ser muy grande en este sector, lo que daría origen a una reducción porcentual y a un incremento de la selectividad sobre la base de los niveles educativos.

Ante la cristalización de la estructura ocupacional, la respuesta de sociedades como las latinoamericanas, fuertemente estratificadas según ingresos y poder, ha sido buscar formas de controlar una movilidad que ya no corresponde a una transición estructural.

Algunos mecanismos han surgido como respuesta al "exceso" de expectativas de movilidad ascendente a través de la educación. Uno, histórico, fue mantener a la población rural al margen de la educación. Otro, antiguo en unos países y

presentado como "modernización" en otros, consiste en transferir el gasto educativo de la enseñanza primaria a instituciones de nivel local, cuyos recursos son proporcionales a los ingresos de los residentes en su jurisdicción; de esta manera, la educación es de calidad diferente según la localidad, e inferior en las más pobres. Otro más ha sido el evitar que haya una educación homogénea en calidad en el ciclo básico, y crear circuitos académicos de excelencia relativa que abarcan desde la formación preescolar hasta la universitaria, al margen de una educación, generalmente fiscal, considerada como "educación de pobres".

Sin embargo, aunque los sistemas educativos fueran homogéneos, e incluso compensaran las desventajas relativas de los educandos con menores recursos socioculturales, se produciría necesariamente una selección, desde los niveles básicos, que en algún grado correspondería al carácter técnico y por ende a la jerarquía de las ocupaciones de una sociedad diferenciada, sea ésta capitalista, socialista o perteneciente a algún modelo utópico[3]. Una vez cumplida la transición estructural, las aspiraciones y expectativas necesariamente dejarán de ser las de movilidad ocupacional para todos. Teóricamente, podrían ser, por una parte, las de homogeneidad en servicios y recursos a nivel básico —alimentación, salud, educación— que dieran formación y oportunidades similares para todos en cada nueva generación, y, por otra, la modificación de la distribución de los ingresos de forma tal que los de las categorías más bajas bastaran para atender las necesidades de las personas, incluyendo la cultura, lo que probablemente reduciría en forma considerable los ingresos y el poder de las categorías más altas.

III

Las manifestaciones de la crisis en la juventud

El agotamiento —o al menos la etapa "fácil"— de la transición estructural coincidió en la región con la crisis recesiva derivada del endeudamiento externo y de las políticas económicas aplicadas para enfrentarla.

En cuanto a los jóvenes, su situación en relación al mercado de trabajo se invirtió en forma dramática. De principales beneficiarios del modelo de expansión anterior, pasaron a ser los más perjudicados por la recesión. Algunos rasgos precisan el fenómeno:

a) El Estado cortó abruptamente el gasto —en especial el social— interrumpiendo la política de expansión del empleo en servicios sociales y comunales, que eran uno de los soportes de la expansión del sector terciario.

b) Las empresas productivas y de servicios se encontraron con una demanda restringida y dejaron de hacer nuevas contrataciones. Incluso, cuando comienzan a expandir su producción en 1985 —en algunos países o sectores— lo hacen con el personal existente, cuya distribución y eficiencia ha debido mejorar para hacer frente a la crisis.

c) Los procesos de expansión de la formación educativa que podrían haber formado parte de una política antirrecesiva, no se establecieron por la obligada reducción del gasto fiscal. Sin embargo, la educación con las estructuras preexistentes y con un deterioro en su funcionamiento acogió a un volumen creciente de jóvenes que prolonga-

[3]Es sugestivo que los análisis sobre movilidad ascendente y educación denuncien que esta última ya no depara oportunidades de lograr la primera, entendiendo por tal el acceso a ocupaciones de alto status. El planteamiento supondría que las posiciones de cúpula deberían expandirse a la misma tasa que los niveles educativos superiores, universitarios por ejemplo, lo que habría de convenir que es imposible, salvo —paradoja del enfoque— que se redujera la expansión educativa. Los temas siguen siendo los de las expectativas de transición estructural indefinida y los de consideración del valor de la educación en términos no de cultura y capacitación, sino de pasaporte a las posiciones de altos ingresos y status intelectual, lo que puede formar parte de la ilusión mesocrática sobre la movilidad social.

Cuadro 3
CHILE: CONDICION DE ACTIVIDAD DE LOS JOVENES, 1980 Y 1984
(Porcentajes)

	1980						1984					
	Ambos sexos		Hombres		Mujeres		Ambos sexos		Hombres		Mujeres	
	15-19	20-24	15-19	20-24	15-19	20-24	15-19	20-24	15-19	20-24	15-19	20-24
Estudiantes	66.8	18.7	68.1	20.4	65.6	17.0	71.7	19.6	74.7	22.6	68.6	16.6
Quehaceres domésticos	8.5	18.7	0.6	0.3	16.2	36.1	7.9	17.7	1.0	0.6	14.9	34.2
Jubilados e inactivos	6.4	4.1	7.6	5.4	5.3	3.0	5.5	4.8	6.8	6.0	4.3	3.6
Activos	18.3	58.5	23.7	73.9	12.9	43.9	14.9	57.9	17.5	70.8	12.2	45.6
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: CEPAL, sobre la base de cifras del Instituto Nacional de Estadísticas (INE), Encuesta Nacional de Hogares, octubre-diciembre de 1980 y de 1984.

ron sus estudios ante las dificultades para incorporarse al mercado de empleo.

Como resultado de toda esta situación, los jóvenes menores de 25 años constituyen en muchos países alrededor de la mitad de la desocupación urbana abierta, y los que buscan trabajo por primera vez llegan a ser una de cada cuatro personas desocupadas, como sucede por ejemplo en Uruguay (CEPAL, 1985a).

En el medio rural, diversos indicadores parecen señalar que las oportunidades de emigración a las ciudades parecen haberse limitado y que crecen los porcentajes de jóvenes con algo más de educación dedicados a las actividades agrarias. Estas últimas aumentaron su producción para enfrentar la crisis, pero no registraron modificaciones estructurales ni tecnológicas significativas que otorguen mejores posibilidades de incorporación a los jóvenes más educados que se queden en el campo.

La información sobre un caso nacional, Chile, tiene valor ilustrativo porque en esa sociedad se había completado ya el ciclo de la transición; los esfuerzos modernizadores por la vía de la educación estuvieron entre los más significativos de la región, y los porcentajes de desocupación, elevados ya antes de la crisis, alcanzaron con ésta los registros más altos de la región.

Informaciones relativas a 1980 y 1984[4] muestran que la proporción de estudiantes en el grupo joven, ya antes muy elevada, se incrementó aún más, pasando del 66.8% al 71.7% para el tramo de edad de 15 a 19 años y del 18.7% al 19.6% para el siguiente tramo, de 20 a 24 años (cuadro 3). Ese incremento fue paralelo a una reducción porcentual de la categoría de activos de 15 a 19 años, que descendió, de un registro ya bajo del 18.3% al 14.9%. Resulta así reforzado el mecanismo de reducir la presión sobre el mercado de empleo de una generación joven de participación muy alta en el total de población en edad activa.

La condición de estudiante en 1980 (cuadro 4) era ya relativamente accesible para las distintas categorías socio-ocupacionales en el tramo de edad de 15 a 19 años (50.4% de hijos de empleadas domésticas y 85% de hijos de empleadores). Ante un mercado de empleo más limitado creció la demanda colectiva de estudios: prácticamente todas las categorías aumentaron su participación en la enseñanza (69% de hijos de empleadas domésticas y 90.5% de hijos de empleadores en 1984).

La continuación de estudios durante el tramo de edad de 20 a 24 años se manifestaba en 1980 más determinada por el origen social. Dos categorías superiores —empleadores no agrícolas y sectores medios asalariados— mantenían

[4]Las tabulaciones sobre las que se basa esta sección abarcan datos correspondientes a 21 ciudades principales del país y fueron preparadas por el consultor Arturo León en el marco de una investigación patrocinada por la Unidad para la Integración de la Mujer en el Desarrollo, de la División de Desarrollo Social de la CEPAL.

Cuadro 4

CHILE: ORIGEN SOCIAL DE LOS ESTUDIANTES, 1980 Y 1984

(Cifras absolutas y porcentajes)

Ocupaciones de jefes de hogar		Total	Empleadores no agrícolas	Sectores medios asalariados	Sectores medios independientes	Artesanos tradicionales	Clase obrera (nivel superior)	Resto clase obrera	Trabajadores marginales	Empleadas domésticas	PEM POJH	PEA agrícola
1980	15-19	493 819 (70.7)	12 781 (85.0)	97 971 (82.8)	57 196 (70.3)	32 677 (67.4)	106 970 (69.5)	51 113 (62.5)	18 759 (53.0)	8 647 (50.4)	9 881 (64.7)	10 749 (62.2)
	20-24	108 793 (24.1)	5 865 (45.2)	41 322 (40.9)	11 604 (21.3)	7 458 (21.8)	13 491 (15.1)	4 462 (9.1)	973 (6.1)	103 (1.8)	1 089 (9.6)	2 049 (19.2)
1984	15-19	460 006 (74.7)	21 561 (90.5)	85 632 (82.2)	44 293 (81.2)	28 585 (74.9)	78 928 (71.8)	45 357 (71.7)	21 480 (62.2)	11 145 (69.0)	28 334 (65.2)	11 078 (62.8)
	20-24	131 289 (23.2)	8 970 (48.8)	38 962 (35.5)	16 783 (29.8)	4 324 (14.7)	15 439 (16.7)	6 263 (12.3)	2 773 (9.0)	1 449 (9.2)	2 574 (6.8)	2 680 (4.3)

Fuente: CEPAL, sobre la base de cifras del Instituto Nacional de Estadísticas (INE), Encuesta Nacional de Hogares, octubre-diciembre de 1980 y 1984.

estudiando a más del 40% de sus hijos a esa edad; otras tres —sectores medios independientes, artesanos tradicionales y activos en el sector primario— se situaban en el entorno del 20%; el nivel superior de la categoría obrera mantenía al 15%. Las ocupaciones de status más bajo —nivel inferior de obreros, trabajadores marginales, obreros estatales y ocupados en programas tipo PEM-POJH— se situaban por debajo del 10%. El registro más bajo (1.8%) correspondía a las empleadas domésticas.

En 1984 las oportunidades educacionales se incrementaron para los empleadores y los sectores medios independientes, que tienen en común percibir ingresos no salariales y también para las categorías sociales que corresponden a la condición obrera y subobrera. La caída más pronunciada correspondió a los sectores medios asalariados. Estos movimientos aparentemente contradictorios se explican cuando se tiene presente que las categorías socio-ocupacionales inferiores tienen altos porcentajes de sus hijos de estas edades estudiando en el ciclo de enseñanza media gratuita. Los hijos de categorías superiores ya han completado el ciclo secundario, y la educación sperior es pagada; en consecuencia, los sectores medios asalariados, que tuvieron importantes caídas en sus ingresos, enfrentan dificultades para financiar el costo de los estudios.

La inserción social de los jóvenes entre 20 y 24 años ya revestía en 1980 rasgos de exclusión, como lo señala el estudio de Javier Martínez en este mismo número de la *Revista de la CEPAL*. El porcentaje de cesantes y de los que buscaban trabajo por primera vez era del 12.7%; sumado al de inserción marginal —ocupaciones tipo PEM y POJH y domésticas— totalizaba el 20.5% de todos los jóvenes activos e inactivos (cuadro 5).

La situación se deterioró gravemente como efecto de las políticas económicas aplicadas a raíz de la crisis. El desempleo ascendió al 18%; sumado a las inserciones marginales, totalizó 28.2% de los jóvenes. Este incremento se originó en la reducción de los ocupados (trabajadores por cuenta propia, obreros, empleados y empleadores) que del 38.1% que eran descendieron al 29.8% mientras que los jóvenes inactivos (dedicados al estudio o a los quehaceres domésticos) mantuvieron prácticamente su representación, ligeramente superior al 40%. Dicho de otra forma, en 1984 de cada diez jóvenes entre 20 y 24 años, dos estudiaban, dos se dedicaban a quehaceres do-

Cuadro 5

CHILE: INSERCION SOCIAL DE LOS JOVENES DE 20 A 24 AÑOS, 1980 Y 1984

(Porcentajes)

	Ambos sexos		Hombres		Mujeres	
	1980	1984	1980	1984	1980	1984
Cesantes	7.9	11.0	10.9	13.4	5.1	8.7
Buscan trabajo por primera vez	4.8	7.0	5.5	7.5	4.2	6.5
PEM-POJH	2.6	5.5	3.2	8.7	2.0	2.4
Empleadas domésticas	5.2	4.7	0.3	0.3	9.7	9.0
Trabajadores por cuenta propia y familiares no remunerados	5.4	5.1	8.5	8.1	2.5	2.3
Obreros	15.0	11.4	26.7	19.6	4.0	3.5
Empleados	17.1	13.0	18.2	12.9	16.1	13.0
Empresarios, técnicos y profesionales	0.6	0.3	0.6	0.3	0.4	0.3
Estudiantes	18.7	19.6	20.4	22.6	17.0	16.6
Quehaceres domésticos e inactivos	22.8	22.5	5.6	6.6	39.1	37.8
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: CEPAL, sobre la base de cifras del Instituto Nacional de Estadísticas (INE), Encuesta Nacional de Hogares, octubre-diciembre de 1980 y 1984.

mésticos, tres tenían una ocupación en actividades relativamente formales y tres permanecían desocupados o sólo lograban insertarse marginalmente en el mercado de empleo.

La exclusión de los jóvenes es mayor mientras menor sea su educación (cuadro 6). En 1984 el 33.7% de los que tenían como nivel máximo la instrucción básica estaba desocupado o en inserciones marginales; el porcentaje se reducía levemente para los que tenían educación secundaria (31.8%) y caía abruptamente para los de educación superior (7.8%). Entre 1980 y 1984 estos últimos incrementaron su situación de exclusión en 1.7 punto porcentual mientras los jóvenes con educación secundaria (que abarcan tres cuartas partes del tramo de edad y fueron los más afectados por la crisis) lo hacen en 9.4 puntos porcentuales.

Los miembros de la categoría de nivel educacional superior se protegen de la crisis manteniéndose estudiando (73.2%). Los de nivel primario y en menor medida los de nivel secundario (31.7 y 24% respectivamente) quedan excluidos en su mayor parte de los estudios y del mercado de empleo, dedicados a tareas domésticas que posibilitan la reproducción social de las familias y la participación en el mercado de empleo de otros miembros del hogar. De ellos sólo una décima parte logra continuar en el sistema educativo.

En la inserción ocupacional no marginal de las categorías educacionales, uno de los fenómenos más notables es el menor acceso a la condición obrera de los jóvenes con educación primaria (se reducen de dos a uno de cada diez) y la reducción del acceso de los que tienen educación secundaria a las posiciones de empleados y obreros. Ser obrero se vuelve, en 1984, prácticamente imposible para los jóvenes que sólo tienen educación primaria; al ser tan limitada la contratación y tan amplia la oferta, para ser obrero se hace necesario tener algún grado de educación postbásica.

La última etapa de esta visión se obtiene analizando la inserción social de los jóvenes según las categorías socio-ocupacionales de los jefes de familia (cuadro 7), es decir considerar los fenómenos de movilidad ascendente y descendente que registran las nuevas generaciones ante una estructura ocupacional que los rechaza.

Al analizar las ocupaciones de los jefes de las familias de los jóvenes excluidos (cuadro 8) se

Cuadro 6

CHILE: NIVELES DE INSTRUCCION Y CATEGORIAS SOCIALES DE LOS JOVENES DE 20 A 24 AÑOS, 1980-1984

(Porcentajes)

	1980			1984		
	Primaria (1)	Secundaria (2)	Superior (3)	Primaria (1)	Secundaria (2)	Superior (3)
Cesantes	7.9	9.2	1.9	10.6	12.7	2.1
Buscan trabajo por primera vez	1.5	5.7	4.0	4.1	7.8	5.0
PEM-POJH y obreros públicos	3.3	3.0	0.2	8.0	6.0	0.6
Empleadas domésticas	13.4	4.5	—	11.0	4.5	0.1
Trabajadores por cuenta propia y familiares no remunerados	7.2	5.7	2.3	7.7	5.5	1.1
Obreros privados	20.4	16.8	1.2	11.4	13.4	0.3
Empleados públicos y privados	5.5	19.4	17.6	2.0	15.1	10.6
Empleadores, profesionales y técnicos	—	0.4	1.3	—	0.2	0.6
Estudiantes	4.6	11.4	66.7	13.6	10.6	73.2
Quehaceres domésticos e inactivos	36.1	23.9	4.6	31.7	24.0	6.4
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
Distribución columnas	14.9	70.1	14.9	11.5	74.8	13.7

Fuente: CEPAL, sobre la base de cifras del Instituto Nacional de Estadísticas (INE), Encuesta Nacional de Hogares, octubre-diciembre de 1980 y 1984.

Cuadro 7

CHILE: CATEGORIAS SOCIALES DE PADRES Y DE HIJOS DE 20 A 24 AÑOS, 1984

(*Porcentajes*)

Categorías hijos \ Categorías padres	Total	Cesantes buscan trabajo por primera vez PEM-POJH	Empleadas domésticas y trabajadores marginales	Resto obreros	Obreros	Artesanos tradicionales	Sectores medios independientes	Sectores medios asalariados	Empleados no agrícolas
Cesantes	12.6	23.9	11.0	15.2	12.9	8.1	14.3	7.9	6.2
	71 417	24 196	5 131	7 741	11 905	2 370	8 037	8 692	1 131
Buscan trabajo por primera vez	8.5	10.2	7.4	11.9	5.6	7.5	8.9	7.9	4.1
	47 861	10 389	3 463	6 056	5 202	2 201	5 000	8 630	753
PEM-POJH	5.8	13.6	7.5	6.8	6.0	6.0	1.3	3.0	—
	32 848	13 812	3 491	3 475	5 596	1 752	737	3 300	—
Empleadas domésticas	1.8	1.4	8.4	1.8	1.5	3.1	1.5	0.4	1.7
	10 571	1 382	3 925	892	1 405	905	839	487	306
Trabajadores por cuenta propia y familiares no remunerados	4.6	2.8	15.3	1.3	2.6	5.8	9.0	1.5	8.5
	25 900	2 813	7 121	655	2 420	1 713	5 066	1 661	1 556
Obreros	12.6	10.4	14.4	21.2	24.6	18.4	6.9	4.8	1.0
	71 013	10 554	6 724	10 774	22 771	5 424	3 892	5 214	176
Empresarios, técnicos, empleados públicos y privados	13.9	9.7	5.7	12.1	11.0	19.8	13.9	26.9	18.0
	78 815	9 830	2 646	6 146	10 204	5 828	7 852	29 473	3 247
Estudiantes	23.2	12.5	9.0	12.3	16.7	14.7	29.8	35.5	48.8
	131 289	12 744	4 222	6 263	15 439	4 324	16 783	38 962	8 970
Quehaceres domésticos e inactivos	16.8	15.4	21.3	17.3	19.0	16.7	14.2	12.0	11.9
	95 354	15 658	9 922	8 831	17 572	4 891	8 023	13 166	826
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
Distribución columnas	100.0	18.0	8.3	9.0	16.4	5.2	10.0	19.4	3.3
Valores absolutos	(565 068)	(101 378)	(46 692)	(50 834)	(92 513)	(29 408)	(56 226)	(109 614)	(18 376)

Fuente: CEPAL, sobre la base de cifras del Instituto Nacional de Estadísticas (INE), Encuesta Nacional de Hogares, octubre-diciembre de 1984.

Cuadro 8

CHILE: ORIGEN SOCIAL DE LOS JOVENES EXCLUIDOS Y ESTUDIANTES, 1984

Hijos de 20 a 24 años / Jefes de familia	Desocupados PEM-POJH	Trabajadores marginales	Obreros nivel inferior	Obreros nivel superior	Artesanos	Sectores medios independientes	Sectores medios asalariados	Empleadores
Cesantes y buscan trabajo por primera vez PEM-POJH y empleadas domésticas	34.1	18.4	27.2	18.5	15.6	23.2	15.8	10.3
Subtotal excluido	15.0	15.9	8.6	7.5	9.1	2.8	3.4	1.7
Estudiantes	49.1	34.3	35.7	26.0	24.7	26.0	19.2	12.0
	12.5	9.0	12.3	16.7	14.7	29.7	35.5	48.8

Fuente: CEPAL, sobre la base de cifras del Instituto Nacional de Estadísticas (INE), Encuesta Nacional de Hogares, octubre-diciembre de 1984.

aprecia la sistemática correlación que existe entre la exclusión y el origen social. En la parte inferior de la escala, los jefes de familia desocupados o activos en programas de empleo de emergencia (PEM-POJH) tienen a casi la mitad de sus hijos en situación de exclusión social, y sólo a un 12.5% estudiando; en la parte superior, los empleadores tienen la distribución exactamente inversa. En los escalones intermedios, la exclusión disminuye y la permanencia en la educación aumenta, de acuerdo a un patrón de estratificación social muy definido: las categorías de trabajadores marginales y obreros de más baja condición tienen excluidos a un tercio de sus hijos, las categorías de obreros de status superior y los artesanos, una cuarta parte; los sectores medios independientes —poniendo de manifiesto la polarización interna de la categoría— tienen también a una cuarta parte excluida, pero a la vez mantienen estudiando casi a un tercio de los jóvenes. Finalmente, los sectores medios asalariados prolongan la permanencia de sus hijos en el sistema de enseñanza para preservarlos de la exclusión, formarlos para un mercado de empleo muy competitivo y retrasar el momento del enfrentamiento con la realidad ocupacional.

En cuanto a la situación de exclusión, son evidentes dos hechos que se relacionan también con la estratificación social. El primero es que cuanto más alta sea la posición de los jefes de familia en la escala de status, menor es el porcentaje de sus hijos en ocupaciones marginales. El segundo es que la mayor parte de quienes están en esas ocupaciones, proviene de familias de cesantes y de personas que buscan empleo por primera vez.

Los efectos sociales de las políticas económicas aplicadas para enfrentar la crisis, sumados al agotamiento del ciclo de transición estructural y a los resultados de orientaciones que tienden a restablecer las jerarquías en las relaciones entre grupos sociales, muestran una reproducción de la estratificación social y una acentuación de sus polarizaciones. Si se tiene presente que las tres categorías inferiores de los jefes de familia representan más de un tercio del total, se podría considerar que una parte considerable de las nuevas generaciones pasa a formar parte, no ya de un estrato social bajo, sino de un estrato separado de la sociedad. En el otro extremo, las categorías de jefes de familia cuyos hijos permanecen relativamente protegidos de la crisis constituyen apenas algo más de una quinta parte del universo total. La exclusión también afecta muy fuertemente a las categorías intermedias de trabajadores manuales e independientes, por lo que no es de extrañar la sensación de que la crisis afecta a *la* juventud como tal. Sin embargo, y como se ha demostrado, la crisis lleva a la culminación de un proceso de recomposición de la estratificación y de la polaridad social.

Sin duda no es ésta la situación de toda la región, ni en cuanto al grado de desocupación ni en cuanto a la intensidad con que los efectos de la crisis se concentran en los grupos inferiores. En situaciones de plena participación, estos últimos logran una distribución relativamente más equitativa de los costos sociales. Sin embargo, cabe

suponer que en los diversos países se haya vuelto más determinante la posición social en relación con el destino de cada categoría de jóvenes, lo que lleva a pensar que, en el actual contexto, hablar de *las* juventudes puede ser más correcto que postular una unidad generacional.

IV
Algunas reflexiones finales

Así como en el proceso de crecimiento económico en las décadas anteriores predominó la expansión de los mercados productivos y de consumo urbanos, en los procesos sociales en relación a la juventud lo decisivo fue la incorporación en el moderno sistema ocupacional, en la educación y la cultura urbanas. En ambos casos lo determinante fue el ritmo de crecimiento: en lo económico, éste se realizó sin mayores cambios en cuanto a la distribución de los ingresos, mientras que en lo social hubo modificaciones en la distribución del capital cultural. Este desequilibrio fue posible en el marco de un cambio de estructuras productivas, ocupacionales y de satisfacción de necesidades sociales alimentado por el proceso de urbanización y modernización, así como por la necesidad de legitimar sistemas de poder afectados por un proceso de incorporación permanente de nuevos sectores al sistema social.

Los procesos económico y social estuvieron enmarcados por la transición estructural que se registró en la región desde la inmediata postguerra. La transición determinó sociedades en movimiento, en las que los jóvenes fueron particularmente beneficiados tanto por los cambios en la estructura productiva —con nuevas ocupaciones sólo accesibles para los más educados— como por los procesos intencionales y espontáneos de modernización social e integración nacional.

El cambio no estuvo regido por la equidad de oportunidades y la creación de una homogeneidad social; estos objetivos, cuando orientaron las políticas sociales, se enfrentaron con las estructuras de poder previas y con el tipo de desarrollo económico, fundado más en el crecimiento que en la distribución. Sin embargo, la mayoría de los grupos jóvenes recibieron algunas satisfacciones, porque de una u otra forma todos se desplazaban en el espacio social.

Hacia los años 1980, en cambio, en algunos países las sociedades ya estaban cristalizadas; en otros, la transición "fácil" se había agotado, y en otros más la modificación estructural había sido muy débil, debido a bloqueos económicos y sociales.

Las posibilidades del desarrollo futuro pasaban a ligarse, en lo económico, con la capacidad de ampliar los mercados mediante modificaciones en la distribución de ingresos que la asemejaran a la de los países desarrollados, y en lo social, con el logro de nuevas generaciones con niveles básicamente homogéneos de desarrollo físico, sanitario y educativo, adecuados a la complejidad de los requerimientos tecnológicos y culturales de las nuevas formas productivas y sociales que ya caracterizaban a los países desarrollados.

En esta etapa se ha producido la crisis económica de la región, que pone freno al proceso de transición estructural y genera una cristalización del tipo de estratificación social que estaba emergiendo de una transición no presidida por la equidad.

Las jóvenes generaciones no sólo sufren los efectos de la crisis en la falta de empleos y en el deterioro de los servicios sociales; además, al imponerse la recesión sobre la dinámica, la situación deja de definirse por grupo de edad y pasa a determinarse según orígenes sociales, a su vez

altamente polarizados por la concentración del ingreso y del poder que se construyó en el período previo.

Los sistemas políticos democráticos, que se consolidaron o emergieron como modo de responder a esa concentracón, deben enfrentarse al problema de cómo modificar la distribución y sentar las bases para la ciudadanía social en el marco de la crisis. Sin duda, uno de los mayores desafíos es cómo iniciar un nuevo estilo de desarrollo, que se anuncie desde las políticas hacia la juventud, y que sea capaz de establecer así una nueva legitimidad de la democracia. Es el dilema que expresan las palabras de un joven encuestado en un país latinoamericano: "Yo estoy con la democracia, ¿pero está la democracia conmigo?".

Referencias bibliográficas

Altimir, Oscar (1979): *La dimensión de la pobreza en América Latina*, Serie Cuadernos de la CEPAL, N° 27. Santiago de Chile.

Arriagada, Irma (1984): *Uruguay: El estancamiento de un proceso modernizante*. División de Desarrollo Social, CEPAL. Santiago de Chile.

Boucher, León (1982): *Tradition and change in Swedish education*. Oxford: Pergamon Press.

CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (1985a): *La evolución de la sociedad y de las políticas sociales en el Uruguay* (LC/G. 1342). Santiago de Chile.

——— (1985b): *Los jóvenes y el empleo en Montevideo* (LC/R. 469). Santiago de Chile.

——— (1985c): *La pobreza en América Latina: dimensiones y políticas* (LC/G. 1366), Estudios e Informes de la CEPAL, N° 54. (Informe final del Proyecto interinstitucional de pobreza crítica para América Latina). Santiago de Chile.

——— (1986): *América Latina: las mujeres y los cambios socioocupacionales 1960-1980* (LC/R. 504). Santiago de Chile.

CEPII (Centre d'Etudes Prospectives et d'Informations Internationales) (1984): *Economie mondiale 1980-1990: la fracture?* París: Ed. Económica.

Commission des Communautés Européennes (1983): *Europe 1995. Mutations technologiques & enjeux sociaux*. París: Ed. Futuribles.

Cordero, Rolando y Carlos Tello (*comp.*) (1984): *La desigualdad en México*. México: Siglo XXI editores.

Chevalier, Louis (1978): *Classes laborieuses et classes dangereuses*. París: Ed. Librairie Genérale Française.

Delich, Francisco (1986): Clase obrera, crisis industrial y recomposición social. *Metáforas de la sociedad argentina*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Di Filippo, Armando (1984): Uso social del excedente, acumulación, distribución y empleo. *Revista de la CEPAL*, N° 24. Santiago de Chile, diciembre. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S. 84. II.G.5.

Durston, John (1985): *Ecuador: auge y crisis de su modernización social* (LC/R.416). Santiago de Chile: CEPAL.

——— (1986): *La lógica social de un estilo de desarrollo en crisis: transformaciones socioocupacionales en seis países latinoamericanos, 1960-1983*. División de Desarrollo Social. CEPAL. Santiago de Chile.

Durston, John y Guillermo Rosenbluth (1984): Panamá: un caso de "mutación social". Revista *Pensamiento iberoamericano*, N° 6. Madrid, julio-diciembre.

Filgueira, Carlos, H. (1978): *Expansión educacional y estratificación social en América Latina, 1960-1970*, Proyecto UNESCO/CEPAL/PNUD sobre desarrollo y educación en América Latina y el Caribe. Buenos Aires: DEALC.

——— (1983a): Educar o no educar. ¿Es éste el dilema? *Revista de la CEPAL*, N° 21. Santiago de Chile, diciembre. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: s.83.II.G.5.

——— (1983b): *Estructura y cambio social: tendencias recientes en Argentina, Brasil y Uruguay* (E/CEPAL/SEM.10/R.9). Santiago de Chile: CEPAL. [Versión resumida: El Estado y las clases: tendencias en Argentina, Brasil y Uruguay. Revista *Pensamiento iberoamericano*, N° 6. Madrid, julio-diciembre de 1984.]

Filgueira, Carlos, H. y Carlo Geneletti (1981): *Estratificación y movilidad social en América Latina*, Serie Cuadernos de la CEPAL, N° 39. Santiago de Chile.

Germani, Gino (1955): *Estructura social de la Argentina*. Buenos Aires: Ed. Rasgal.

Graciarena, Jorge (1979): La estrategia de las necesidades básicas como alternativa. Sus posibilidades en el contexto latinoamericano. *Revista de la CEPAL*, N° 8. Santiago de Chile, agosto. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: s.79.II.G.4.

Hobsbawm, Eric J. (1968): *The Pelican Economic History of Britain. From 1750 to the Present Day. Industry and Empire*. Londres: Ed. Penguin Books.

Ibarrolla, María de (1986): Horizontes inciertos, caminos por hacer. Relaciones complejas y contradictorias entre la escolaridad superior y el empleo en México. *La juventud universitaria en América Latina*. Juan Carlos Tedesco y Hans R. Blumenthal (*comp.*). Caracas: Ed. CRESALC-ILDIS.

Kaztman, Rubén (1983): Notas sobre las transformaciones sectoriales del empleo en América Latina (E/CEPAL/SEM.10/R.3). [Presentado al seminario sobre cambios en la estructura y estratificación sociales en América Latina: análisis comparativo de países y perspectivas regionales en los 80. Santiago de Chile, septiembre de 1983: CEPAL. Editado posteriormente en *Problèmes d'Amèrique latine*, N° 77, bajo el título Les transformations sectorielles de l'emploi. París: Documentation Française, 1985.]

Klubitschko, Doris (1980): *El origen social de los estudiantes de la Universidad de Buenos Aires*, Proyecto UNESCO/CEPAL/PNUD

sobre desarrollo y educación en América Latina y el Caribe, Fichas 19. Buenos Aires: DEALC.

_____ (1984): El origen social de los estudiantes universitarios: el caso de Venezuela. *Universidad y desarrollo en América Latina y el Caribe*. Jorge Graciarena y otros. Caracas: Ed. CRESALC/UNESCO.

Lagos, Ricardo y Víctor Tokman (1983): Monetarismo global, empleo y estratificación social. *Trimestre económico*, Vol. L, N° 199, julio-septiembre.

Lipietz, Alain (1985): *Mirages et miracles. Problèmes de l'industrialisation dans le tiers monde*. París: Ed. La Découverte.

Lipset, Seymour Martin y Reinhard Bendix (1963): *Movilidad social en la sociedad industrial* (con un apéndice sobre Movilidad social en la Argentina, por Gino Germani). Buenos Aires: Ed. Eudeba.

Madeira, Felicia (1985): *Os jovens e as mudanças estruturais no Brasil ao longo da decada de 70* (LC/R.443). Santiago de Chile: CEPAL.

Martínez, Javier y Eugenio Tironi (1983): *Tendencias de cambio en la estratificación social chilena 1970-1980* (E/CEPAL/SEM.10/R.4). Santiago de Chile: CEPAL. [Una síntesis del texto fue publicada posteriormente en la revista *Pensamiento iberoamericano*, N° 6, Madrid, julio-diciembre de 1984.]

Mesa Lago, Carmelo (1985): *El desarrollo de la seguridad social en América Latina*. Serie Estudios e Informes de la CEPAL, N° 43. Santiago de Chile. [Publicado posteriormente en *Revista de la CEPAL*, N° 28, abril de 1986.]

Parra, Rodrigo (1985): *Ausencia de futuro: la juventud colombiana*. Bogotá: CEPAL/ Editorial Plaza & Janés.

Quijano, Aníbal D. (1970): Dependencia, cambio social y urbanización latinoamericana. *América Latina: Ensayos de interpretación sociológica-política*. F.H. Cardoso y F. Weffort. Santiago de Chile: Ed. Universitaria, p. 131.

Rama, Germán W. (1964): *Grupos sociales y enseñanza secundaria*. Montevideo: E. Arca.

_____ (1983): La educación latinoamericana. Exclusión o participación. *Revista de la CEPAL*, N° 21. Santiago de Chile, diciembre. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.83.II.G.5.

_____ (1984): *La evolución social de América Latina (1950-1980), transición y cambio estructural*. [Presentado al Seminario del Proyecto RIAL y la Universidad de Los Andes. Cali, agosto de 1984.]

_____ (1985): Education et société. Revista *Problèmes d'Amerique latine*, N° 77, 3er trimestre. París: Documentation Française.

Rosenbluth, Guillermo (1986): *Determinantes y consecuencias de las relaciones sociales en países pequeños con dominante agrario. El caso de Honduras 1950-83*. División de Desarrollo Social, CEPAL. Santiago de Chile.

Silvestri, Primo (1986): *La estructura social argentina entre modernización temprana y estancamiento*. División de Desarrollo Social, CEPAL. Santiago de Chile.

Solari, Aldo (1964): Sistema de clases y cambio social en el Uruguay. *Estudios sobre la sociedad uruguaya (I)*. Montevideo: Ed. Arca.

Tedesco, Juan Carlos (1984): Elementos para un diagnóstico del sistema educativo tradicional en América Latina. *El sistema educativo en América Latina*. Ricardo Nassif, Germán W. Rama y Juan Carlos Tedesco. Buenos Aires: UNESCO-CEPAL-PNUD/Editorial Kapelusz.

Terra, Juan Pablo (1981): *La educación y los problemas del empleo*. Proyecto UNESCO/CEPAL/PNUD sobre desarrollo y educación en América Latina y el Caribe. Informes Finales/3. Buenos Aires: DEALC.

Tironi, Ernesto (1982): Necesidades básicas y efectos del gasto político sobre los niveles de pobreza. *Pobreza, necesidades básicas y desarrollo*. Santiago de Chile: CEPAL/ILPES/UNICEF.

Tokman, Víctor (1984): Empleo y estratificación social. *Desarrollo social en los '80*. Santiago de Chile: CEPAL/ILPES/UNICEF.

Torres Rivas, Edelberto (1981): *Estructuras sociales rurales en América Latina*. Proyecto UNESCO/CEPAL/PNUD sobre desarrollo y educación en América Latina y el Caribe. DEALC/26. Buenos Aires: DEALC.

Touraine, Alain (1976): *Les sociétés dependantes*. París: Editions J. Duculot.

_____ (1985): *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina*. Santiago: PREALC, *mimeo*.

Tovar, Amneris y Dióscoro Negretti (1986): Educación superior y empleo en Venezuela. *La juventud universitaria en América Latina*. Juan Carlos Tedesco y Hans R. Blumenthal (*comp.*). Caracas: Ed. CRESALC-ILDIS.

Vogel, Ezra F. (1979): *Japan as number one*. Harvard: Harvard University Press.

REVISTA DE LA CEPAL Nº 29

La juventud argentina: entre la herencia del pasado y la construcción del futuro

*Cecilia Braslavsky**

La situación y perspectivas de los jóvenes han cambiado mucho en la Argentina en las últimas décadas debido al magro crecimiento económico, la agudización de los conflictos políticos y la reducción de la movilidad social. Dentro de este escenario, la autora examina diversos aspectos de la realidad juvenil en dicho país, tales como la evolución demográfica, las desigualdades regionales, la condición especial de las mujeres jóvenes, el papel de la familia en la socialización juvenil, los efectos positivos y negativos del proceso de expansión educacional y la inserción en el mundo del trabajo.

En estas circunstancias existen considerables diferencias entre las generaciones adultas y la generación joven, la principal de las cuales está en los desafíos que han debido enfrentar. La juventud actual se encuentra en un país pobre, cuyo proceso de estancamiento es muy difícil revertir debido a la caída de los precios de las exportaciones de los productos tradicionales argentinos; a la pérdida de sus mercados tradicionales todavía no compensada plenamente con la conquista de otros nuevos; a la existencia de procesos inflacionarios descontrolados hasta hace poco tiempo, con la consecuente pérdida de confianza en una economía productiva y la búsqueda de grupos y clases sociales. Este nuevo país pobre tiene además aproximadamente un 40% más de población que hace 20 años y una deuda externa de 48 000 millones de dólares, antes inexistente. Los jóvenes son los principales herederos de esa pobreza y son también potencialmente uno de los actores sociales de su superación.

*Consultora de la División de Desarrollo Social de la CEPAL.

I

El escenario de los jóvenes argentinos contemporáneos

Es sabido que la Argentina es uno de los países latinoamericanos cuya sociedad atravesó más tempranamente por un proceso de modernización capitalista. En relación con otros países de la región, logró antes la urbanización, la industrialización, la secularización de importantes aspectos de la vida social, la participación electoral del conjunto de la población y el acceso a la educación primaria, así como otros bienes y servicios para atender las necesidades básicas y también otras surgidas del propio proceso de modernización (Germani, 1965). Menos sabido es que los jóvenes argentinos contemporáneos nacieron, crecieron y viven en un escenario social "cristalizado", es decir, en una sociedad cuyos espacios disponibles para la inserción de la juventud son casi los mismos de 1960.

La cristalización de la estructura social se produjo fundamentalmente por dos factores. En primer lugar, se acentuó una relación de dependencia respecto de los países de mayor industrialización, cuyas consecuencias en el largo plazo fueron negativas para los procesos modernizantes. En segundo lugar, el sistema político fue incapaz de promover avances cualitativos hacia una mayor y mejor producción autosostenida, que habría podido ampliar los espacios vinculados a esa producción y redistribuir además sus beneficios con creciente equidad. Tal incapacidad del sistema político procedió de la falta de interés de sus grupos hegemónicos por cumplir dichos propósitos, así como de la persistente inestabilidad, de los sucesivos bloqueos de ciertos grupos a los intentos movilizadores de otros y de las convulsiones sociales desencadenadas por las demandas de grupos muy numerosos de la población, que no pudieron encontrar cauces para recomponer el sistema político e iniciar las transformaciones necesarias. Se alternaron así a partir de 1958 y hasta 1983 gobiernos civiles y militares que no lograron consolidar por más de tres años consecutivos un equipo de gobierno con estrategias de mediano y largo plazo adecuadas para

generar un dinamismo social equivalente al de períodos anteriores (Cavarozzi, 1983).

Si bien puede decirse que la estructura social argentina tendió a cristalizarse hace aproximadamente 25 años, no sucedió lo mismo con la trama de relaciones entre personas y grupos, y, en particular, de los estilos de relaciones interpersonales y grupales. Entre 1958 y 1983 se rompieron lazos de solidaridad, se difundieron comportamientos eminentemente competitivos sobre fases individualistas, y se desarrollaron la desconfianza y el miedo a la sociedad, y sobre todo, al Estado.

Debido a la cristalización de la estructura social, los jóvenes se integran en ella de forma bastante similar a la de sus padres; o —dicho de otro modo— con diferencias mucho menores respecto de los adultos que en otros países de América Latina. La tendencia predominante en la sociedad argentina es la reproducción, en la generación joven, de las tendencias y diferencias ya existentes en la generación intermedia (25 a 35 años) e incluso de muchas de las tendencias y diferencias que se manifestaban en la generación de sus padres (45 a 55 años). Esto se manifiesta justamente en la existencia, entre los jóvenes contemporáneos, de grupos al menos tan diferentes y distantes entre sí como los que existían hace dos décadas. Avanzando algo más sobre lo que se mostrará en este artículo, puede formularse la hipótesis de que esos grupos de jóvenes son, en términos de inserción social, bastante similares a los grupos de jóvenes que luego se transformaron en sus padres, y aun a los distintos grupos que pueden diferenciarse entre sus padres. Naturalmente la tendencia a que se reproduzcan en la generación joven los modos de inserción social que ya existían —y que permanecen— en las generaciones adultas, no implica inmutabilidad o paralización de la dinámica social.

II

Dimensiones y distribución de la juventud argentina

1. *Dimensiones y origen nacional de la juventud argentina*

La población joven de Argentina constituye aproximadamente una sexta parte de la población total del país (cuadro 1). Su cantidad en 1980 (4 553 104) supera en mucho a la población total de varios países latinoamericanos. Algo más de la mitad de estos jóvenes tienen entre 15 y 19 años, y algo menos de la mitad entre 20 y 24 años. Los primeros están más vinculados al estudio y han sido fuertemente afectados por los procesos de congelación política y deterioro social, en particular educativo, de los últimos diez años: sin embargo, tienen mayores posibilidades de encontrar caminos para compensar las diversas pérdidas de posibilidades a las que se vieron expuestos. Los segundos son ya más autónomos, están más vinculados al mundo del trabajo y han sido más afectados por los procesos demográficos de mediano plazo y los económicos de corto plazo. En Argentina, la población joven tiende a aumentar, aunque con altibajos y mucho más lentamente que en los otros países de la región, mientras la población en la tercera edad se incrementa más velozmente. Esta estructura demográfica, junto con algunas características de la estructura ocupacional, salarial y de las prestaciones sociales del país, permite prever que los jóvenes de hoy deben ser capaces de atender sus propias necesidades y, además, tomar a su cargo una proporción creciente de las necesidades de un conjunto de adultos pasivos en aumento. Es probable que esto sólo se logre mediante procesos de capitalización nacional, desarrollo científico y consecuente modernización tecnológica independiente, reactivación productiva, racionalización administrativa y recomposición social.

Para enfrentar esta situación el grupo de población de edad joven tiene, respecto de las generaciones anteriores, la ventaja potencial de cierta homogeneidad de origen. A diferencia de

Cuadro 1
ARGENTINA: PORCENTAJES DE JOVENES EN LA POBLACION TOTAL POR SEXO Y EDAD, 1960, 1970, 1980

Grupos de edad	1960			1970			1980		
	Total	Varones	Mujeres	Total	Varones	Mujeres	Total	Varones	Mujeres
15 a 24	16.1	15.09	16.3	17.1	16.6	17.6	16.3	16.5	16.1
15 a 19[a]	8.4	8.3	8.5	9.0	9.1	8.8	8.4	8.5	8.2
20 a 24[a]	7.6	7.5	7.7	8.2	7.5	8.8	7.9	8.0	7.9

Fuente: Dirección Nacional de Estadística y Censos, *Censo nacional de población, 1960*; Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC), *Censo nacional de población, familias y vivienda, 1970* y *Censo nacional de población y vivienda, 1980*.

[a] Para el año 1970 los resultados fueron obtenidos por muestra.

lo que ocurría a fines del siglo pasado y aun a principios del corriente, la gran mayoría de los jóvenes residentes en el territorio nacional son argentinos de segunda, tercera o cuarta generación. Sólo 177 921 jóvenes eran en 1980 extranjeros, y aunque desde esa fecha hasta hoy se han radicado en el país numerosos uruguayos, chilenos, paraguayos, coreanos y jóvenes de otros orígenes, no es posible que el perfil de la juventud haya cambiado en demasía en lo que respecta a su origen nacional.

2. *Desigualdades regionales y juventud*

Uno de los principales objetivos de la sociedad y del Estado argentino de fines del siglo pasado fue homogeneizar una población de orígenes nacionales muy diversos. Actualmente este objetivo está logrado. Sin embargo, es curioso que la joven generación no haya podido sacar provecho de este hecho homogeneizando también sus posibilidades de participación social. La estructura de diferencias regionales tiende a ser tan cristalizada como la de diferencias sociales, lo que impide que los jóvenes de todas las regiones del país tengan posibilidades de participación apropiadas para la reactivación nacional y, más aún, para un aprovechamiento medianamente equitativo de esa reactivación.

El desarrollo históricamente desigual y no integrado de las distintas regiones del país —agravado por enormes distancias no acortadas en medida suficiente por colonias agrícolas productivas, ni por una infraestructura adecuada de caminos y rieles aptos para la comunicación interregional— contrarresta las ventajas de la nacionalidad compartida y constituye trabas para transformarla en una identidad compartida.

Los jóvenes del noroeste (Catamarca, La Rioja, Tucumán, Salta, Jujuy y Santiago del Estero) comparten problemas propios de los pueblos andinos, como la aridez del clima y del suelo y las grandes extensiones entre poblados en un contexto de aislamiento montañoso. Los jóvenes del nordeste, en especial los de las regiones fronterizas con el Brasil, enfrentan situaciones características de áreas de frontera con un país que se desarrolla más velozmente, produce más barato y penetra culturalmente. Los jóvenes que viven en muchas ciudades de la Patagonia participan de impulsos modernizadores que los demás desconocen. Los de Córdoba, el Gran Buenos Aires y el área cordillerana central o cuyana, son los más afectados por la decadencia económica: los primeros por la desindustrialización, los segundos por los procesos de destrucción de las economías regionales. Los jóvenes cordobeses y porteños se diferencian, sin embargo, por sus posibilidades de recoger una herencia mayor de participación,y también de bloqueos a la participación; de ella podrían extraer enseñanzas útiles para superar los efectos de la decadencia.

En el marco de las enormes diferencias regionales, dos hechos afectan particularmente a la juventud. El primero es que, si bien dos de cada diez jóvenes viven en ámbitos urbanos, en más de un tercio de las 23 provincias argentinas, en par-

Cuadro 2

ARGENTINA: INDICADORES DE LA SITUACION DE LA JUVENTUD, POR REGION Y PROVINCIA, 1980

	Población total	Población joven (15-24) en la población total	Población joven rural (15-24) en el total de jóvenes	Mujeres jóvenes a cargo del hogar (14-24)	Población joven con instrucción insuficiente[a] (15-24)	Jóvenes en la PEA[b] (14-24)	Población joven que estudia (15-24)
				Porcentajes			
Total del país	27 947 446	16.3	17.0	31.2	19.7	47.4	30.9
Región Metropolitana	9 766 030	15.2	6.8	20.5	10.2	51.9	32.5
Capital Federal	2 922 829	14.4	—	12.7	6.2	48.8	39.5
Gran Buenos Aires	6 843 201	16.1	6.8	28.4	14.2	55.0	25.6
Región Pampeana	8 012 080	16.0	21.6	33.2	19.3	49.7	27.9
Resto Provincia Buenos Aires	4 022 207	15.4	0.3	29.4	14.0	51.6	31.4
Santa Fe	2 465 546	15.6	18.3	32.2	18.2	49.5	27.0
Entre Ríos	908 313	17.0	32.0	37.4	25.6	45.3	27.5
Córdoba	2 407 754	16.6	23.8	30.4	17.1	48.6	31.2
La Pampa	208 260	15.8	33.7	36.9	21.7	53.7	22.5
Cuyo	1 876 620	16.9	30.4	35.0	21.7	45.2	31.2
Mendoza	1 196 228	16.6	32.9	35.8	21.6	49.5	28.1
San Juan	465 976	17.2	29.9	36.1	19.2	43.0	33.5
San Luis	214 416	17.0	28.5	33.1	24.4	43.2	32.1
Nordeste	2 247 710	18.6	39.2	42.3	40.1	44.4	26.8
Corrientes	661 454	18.7	32.8	36.5	38.1	40.5	30.5
Chaco	701 392	18.8	37.1	45.6	43.3	46.5	26.6
Formosa	295 887	18.2	40.6	44.5	36.8	42.9	26.1
Misiones	588 977	18.9	46.5	42.6	42.2	47.9	24.0
Noroeste	3 012 387	17.0	32.4	36.2	28.2	40.2	33.2
Catamarca	207 717	16.2	39.0	35.4	24.5	38.7	34.8
La Rioja	164 217	17.0	34.2	35.5	22.1	39.7	34.2
Tucumán	972 655	18.1	28.0	35.7	25.6	41.8	32.8
Salta	662 870	17.5	24.9	35.0	29.0	42.5	33.2
Jujuy	410 008	17.1	23.8	34.5	29.6	38.8	37.6
Santiago del Estero	594 920	16.4	44.6	41.6	38.8	40.1	26.8
Patagonia	1 032 619	18.9	17.2	35.6	24.3	53.4	23.6
Neuquén	243 850	18.7	22.6	37.2	32.1	52.8	22.9
Río Negro	383 354	17.2	26.7	37.2	32.1	51.6	24.7
Chubut	263 116	17.7	16.2	34.4	23.6	52.2	23.2
Santa Cruz	114 941	18.5	10.3	33.8	18.5	51.7	23.8
Tierra del Fuego	27 358	22.6	10.3	34.1	15.4	59.0	23.2

Fuente: Instituto Nacional de Estadística y Censos. *Censo nacional de población y vivienda, 1980.*

[a] Sin instrucción o con estudios primarios incompletos.

[b] Porcentaje de la población joven incorporada a la PEA, tenga o no trabajo.

ticular en todas las del nordeste, entre un tercio y la mitad de los jóvenes siguen siendo rurales. Las provincias más pobres tienden a tener más juventud rural, que por cierto se educa peor, trabaja peor, y tiene que realizar mayores esfuerzos de integración si se decide a participar en la búsqueda de otros horizontes (cuadro 2).

Esa búsqueda de nuevos horizontes se realiza, naturalmente, en forma diferente según sea la provincia de origen y la imagen que los jóvenes se construyen acerca de lo que está pasando en regiones que no son las suyas. Se sigue orientando principalmente hacia la Capital Federal, el Gran Buenos Aires, y la gran ciudad de Córdoba, que entre 1975 y 1980 tuvieron un saldo migratorio juvenil positivo. Sin embargo, es probable que esta migración se guíe por una imagen atrasada de las posibilidades de inserción social que esas ciudades brindan. Lo más novedoso en materia de migración juvenil es la orientación hacia la Patagonia, constituida por las cinco provincias más australes del país (Río Negro, Chubut, Neuquén, Santa Cruz y Tierra del Fuego), que posee riquezas minerales y turísticas y una cuota ciertamente mayor de estabilidad política que el resto del país, asentada en algunos casos en el liderazgo de caudillos provinciales comprometidos con proyectos de modernización local. La Patagonia fue y es objeto de políticas nacionales de promoción regional (liberalización de impuestos para la radicación de industrias, asignaciones salariales por zona para los empleados públicos, etc.). Esto hace que se haya constituido en un real polo de atracción poblacional, lo que, sin embargo, no llega todavía a contrarrestar su atraso anterior ni el mayor atractivo de otras regiones del país.

III

La situación de las mujeres jóvenes argentinas

Las diferencias regionales ya indicadas coexisten, en la Argentina, con una acentuada diferenciación en la inserción social de los dos sexos. Sin embargo, la diferenciación por sexos está por encima de las diferencias regionales, ya que se reproduce incluso en las regiones que pueden considerarse más avanzadas.

La diferencia más relevante entre las jóvenes mujeres y los jóvenes varones argentinos es la permanencia de 762 690 mujeres jóvenes en condición de "domesticidad excluyente" (Braslavsky, 1985 b) y c)). Esto quiere decir que esa cantidad de mujeres sólo se inserta socialmente en la familia, donde tiene a su vez diversos grados de participación en las tareas de atención de sus miembros.

En 1980, más de 3 de cada 10 mujeres de 15 a 24 años no estudiaban ni trabajaban. Entre ellas un grupo muy numeroso no tenía obligaciones familiares que pudieran ocuparlas en el hogar durante toda la jornada, puesto que no estaban casadas ni eran madres de familia. Es difícil postular que todas se hacían cargo de hermanos menores o de sus padres. Más probable es que simplemente esperaran el matrimonio, como su única perspectiva de realización personal.

Las concepciones conservadoras acerca del lugar social de la mujer, transmitidas a través de la educación formal, en particular, de los estereotipos familiares difundidos por los libros de texto (Wainerman y Berck, 1984; Wainerman, 1983) y mediante los valores que sostienen los grupos más influyentes dentro de la jerarquía de la Iglesia Católica, son algunos de los factores ideológicos que inhiben la participación creativa de las mujeres jóvenes en estrategias adecuadas para enfrentar los desafíos planteados a su generación. El porcentaje de dichas jóvenes es muy alto para un país como la Argentina. A esos factores ideológicos se agregan, sin duda, las dificultades estructurales para ofrecer a las jóvenes alternativas educacionales o laborales de participación, en particular en las provincias más pobres.

Tanto los factores ideológicos como los estructurales se asocian en muchos casos con la perpetuación de estilos de vida propios de la concentración del poder en fuertes oligarquías

locales conservadoras, que se articulan a veces alrededor de partidos políticos provinciales influyentes. En otros casos, dichas oligarquías se organizan en torno a sectores de los grandes partidos del país que en algunos casos mantienen también sólidas conexiones con las jerarquías eclesiásticas locales. En estas circunstancias, se conserva la enseñanza religiosa que se imparte en las escuelas públicas, que desde 1978 dependen de los gobiernos provinciales, a la vez que no se seculariza el contenido de los programas de las materias no religiosas. Esto facilita la penetración de las concepciones y valores que señalan como único lugar apto para la participación femenina el hogar, además de las instituciones religiosas y educativas.

El encadenamiento de factores y la dinámica del juego político que se da en algunas provincias argentinas hacen que el porcentaje de mujeres jóvenes que declaran estar al cuidado del hogar sea uno de los indicadores más válidos, aunque menos utilizados, de las diferencias interprovinciales. Mientras en la Capital Federal sólo el 6.1% de las chicas de 14 a19 años y el 14.3% de las de 20 a 24 años declaran estar al cuidado del hogar, los porcentajes ascienden, respectivamente, al 35.2% y al 60.1% en el Chaco. Esta última es una provincia con altos porcentajes de población rural e indígena, saldo migratorio juvenil negativo, desarrollo industrial más que precario y los peores niveles del país en cuanto a educación de la población adulta y a escolarización (cuadro 2).

Sin duda, otros factores también contribuyen a la transmisión y aceptación de valores tradicionales en la socialización de las jóvenes argentinas. Uno de ellos es la retracción de la población a los ámbitos privados, tales como los familiares y religiosos, en períodos en que los ámbitos públicos se tornaron agresivos y peligrosos.

IV
Familia y juventud

Los jóvenes argentinos de hoy nacieron entre 1955 y 1965. Crecieron y se socializaron en hogares sujetos a cambios intensos, entre los que cabe mencionar: a) los desplazamientos de familias enteras o de algunos de sus miembros de las zonas rurales a las zonas urbanas; b) la creciente incorporación de las madres al mundo del trabajo, y c) los efectos de una violencia creciente, en particular la del Estado, y del consecuente repliegue de las familias sobre sí mismas como efecto de la privatización de la vida cotidiana.

Si bien todos esos cambios, por separado, son comunes a uno u otro país de América Latina, su combinación en la Argentina hizo que las consecuencias de algunos fueran contrarrestadas por las de otros, lo que configuró una situación distinta y muy particular. Los desplazamientos del campo a la ciudad y la creciente participación de las madres en la vida pública, ya sea a través del trabajo o de otras modalidades (partidos políticos, sociedades de fomento, fundaciones, etc.), podrían haber contribuido a un alejamiento entre las generaciones, debido fundamentalmente a la disminución del tiempo de las generaciones adultas para la organización de actividades conjuntas, la reducción de espacios sociales compartidos y la participación en ámbitos de socialización muy diferentes para cada generación. En efecto, en la generación de los padres el peso de las pautas de la vida rural fue para muchos más importante que el de las pautas de la vida urbana, mientras que en la de los jóvenes la socialización se produjo principalmente de acuerdo a pautas urbanas, incluso en el caso de los jóvenes rurales. La expansión de la escuela, concebida de acuerdo a las características de la vida urbana, y de los medios de comunicación masivos, donde el campo casi no tiene presencia, contribuyó a una socialización urbana, que en muchos casos tuvo además un carácter anticipado: facilitó al casi medio millón de jóvenes migrantes su inserción en las ciudades, con menores costos emocionales y sociales (Cunha, 1986). Sin embargo, las familias argentinas no vieron disminuida su capaci-

dad de socializar a las generaciones jóvenes, y en los últimos años no se plantearon conflictos generacionales de amplia repercusión social.

La ausencia de graves conflictos generacionales, y la conservación e incluso el refuerzo de la capacidad de socialización de los jóvenes por parte de las familias, se debe fundamentalmente a la privatización de la vida cotidiana que tuvo lugar entre 1976 y 1983. Esa privatización fue a su vez la respuesta social al aumento de la violencia en los ámbitos públicos y, en particular, al aumento de la violencia del Estado.

La violencia fue una constante en la sociedad argentina desde fines de los años sesenta y hasta los primeros años del actual decenio. Durante este período no puede afirmarse que desapareció: más bien, modificó sus formas de manifestarse. En sus primeras etapas la violencia formó parte de una rebelión social, o tuvo el carácter de manifestación juvenil radical revolucionaria, con componentes mesiánicos. Muchos justificaban diversos tipos de agresiones con un profundo cuestionamiento al carácter capitalista dependiente de la sociedad argentina, aunque sin proponer un proyecto alternativo claro y compartido por todos los cuestionadores. Poco a poco esa violencia juvenil, con sus componentes revolucionarios y mesiánicos, fue derrotada por la violencia reinstauradora de grupos paraestatales y del propio Estado, que agregó, además, al cuadro general la iniciación de la guerra de las Malvinas. Sin duda, cada una de las diversas manifestaciones de violencia que convulsionaron a la sociedad de los últimos veinte años tuvo un carácter particular y debe ser analizada con distintos parámetros. Sin embargo, todas tienen al menos dos rasgos comunes de consecuencias directas sobre las familias, los jóvenes, y las relaciones entre los jóvenes y sus familias: el primero es que la juventud fue su gran protagonista, y el segundo es que la violencia contribuyó a generar, en las familias, un clima de temor a la participación de los jóvenes en la vida pública, y en los jóvenes, una creciente apatía. Las manifestaciones de violencia juvenil que persisten tienen un carácter individual o de pequeños grupos, y se asocian precisamente a esa apatía. La violencia del Estado contribuyó, además, a reforzar la desconfianza de los jóvenes en las instituciones estatales como interlocutores válidos. Estos procesos estuvieron en la base de la privatización de la vida cotidiana y del fortalecimiento relativo de los vínculos familiares en comparación con otros vínculos sociales.

La privatización de la vida cotidiana fue más fuerte que los procesos que podrían haber alejado a los jóvenes de sus padres y haber hecho perder terreno a la familia como agente socializador. La familia tuvo, en consecuencia, un papel protagónico en la socialización de los jóvenes argentinos contemporáneos: contribuyó a preservar la conciencia social democrática y el patrimonio cultural del avance autoritario y oscurantista en los ámbitos públicos, a orientar algunas formas de socialización extrafamiliares, pero muy protegidas, en clubes, organizaciones comunitarias y religiosas, y a compensar, de algún modo, la despreocupación social por la futura inserción laboral de los jóvenes. Si bien estos procesos de conservación democrática tuvieron el costo de conservar también ciertos prejuicios y tabúes, su consecuencia principal fue que los pocos jóvenes que lograron evadirse de la decadencia creciente del sistema educativo, acceder a ocupaciones de privilegio relativo en un marco de creciente desocupación y desjerarquización laboral, y asumir roles políticos dirigentes en el proceso de transición democrática que se inició en 1983, lo hicieron en virtud de sus ventajas familiares comparativas, que les permitieron enfrentar diversas situaciones en mejores condiciones que otros miembros de su generación.

V

Niveles educativos de la juventud

La juventud actual recibió directamente tanto los beneficios como los efectos negativos del proceso de expansión del sistema educacional, que se aceleró a partir de 1950 y cuyos niveles privilegiados fueron el primario hasta 1960, el prescolar y el medio en el decenio siguiente y el superior o universitario a partir de 1970. Se vio afectada también en los últimos años de gobierno militar por limitaciones impuestas en algunos niveles y modalidades claves del sistema, en particular por la destrucción del nivel primario de adultos, la menor expansión del nivel medio, el cierre de colegios industriales y las políticas de limitación de las actividades universitarias (Tedesco y otros, 1984).

La expansión del sistema de educación formal no fue acompañada de una mejora equivalente de su rendimiento. La retención en los niveles primario y medio del sistema de educación formal continuó siendo muy baja, en particular en las provincias pobres y en las áreas rurales. Para la cohorte que corresponde a los jóvenes nacidos en 1955, la deserción escolar fue del 51.2%, y se elevó a más del 70% en la mayor parte de las provincias del nordeste y del noroeste, así como en algunas de la Patagonia. Nueve años después, es decir para los jóvenes menores de hoy, la deserción había disminuido, pero era todavía del 47.8% como promedio nacional, alcanzando más del 60% en todas las áreas rurales, a excepción de las de algunas provincias de la región pampeana.

A lo largo del paso de esta cohorte por el sistema educativo, la calidad del mismo se deterioró continuamente. Ya en 1972, en los currículos de la escuela primaria, en particular en el de la Provincia de Buenos Aires, comenzó a restringirse la enseñanza de la lecto-escritura en los primeros grados. Esta situación hizo crisis algunos años después, cuando se prohibió enseñar en primer grado más de 13 letras del alfabeto (Municipalidad de Buenos Aires, 1984). El resultado de esta y de otras decisiones curriculares quedó en evidencia mediante los resultados obtenidos por 74 114 egresados de escuelas primarias en exámenes de ingreso a colegios secundarios de todo el país en diciembre de 1981 (estos adolescentes tienen actualmente 17 años). Ellos demostraron en promedio contar con sólo el 60% de los conocimientos necesarios de lengua y el 29% de los de matemáticas. Las pruebas se basaban en los currículos de cuarto y quinto grado, y no en los de séptimo (La Nación, 1982). En el nivel secundario, el deterioro fue aún peor. Los programas vigentes y los libros de texto de mayor circulación fueron elaborados en la década de 1960. La computación, la informática, la historia social, la economía política, la física atómica, por ejemplo, sólo se enseñaban en los "mejores colegios" públicos y privados; algunos de estos contenidos tampoco se enseñaban en las universidades.

Los jóvenes que permanecieron dentro del sistema educativo una misma cantidad de años no estuvieron necesariamente sometidos de igual manera al descenso de su calidad. En virtud de la constitución de circuitos o segmentos educativos con distintas condiciones para el aprendizaje y con un modelo educativo diferente, hubo jóvenes que formalmente accedieron a niveles de educación superiores, sin acrecentar con ello sus posibilidades de acceso al pensamiento abstracto ni a parcelas modernas y avanzadas del saber.

Un hecho claro a los ojos de los investigadores, pero oculto ante ciertas apariencias cotidianas, es que los segmentos que ofrecen mejores condiciones para el aprendizaje y que promueven un modelo educativo donde la adquisición de conocimientos científicos y la ejercitación del pensamiento abstracto ocupan un lugar central, seleccionan a la población de acuerdo a su origen socio-ocupacional y educacional. Sin embargo, por complejos mecanismos que han sido estudiados en detalle en investigaciones recientes, en el sistema educativo se ha construido una apariencia meritocrática, de acuerdo a la cual todos los que pasan por él consideran que su tránsito está condicionado por cualidades personales, en particular por la inteligencia y la dedicación (Braslavsky, 1985a; Filmus, 1986).

Los procesos de deterioro de la calidad de la

enseñanza por vía del retroceso o estancamiento en los contenidos seleccionados respecto del avance del saber elaborado universal se sentaron en la ritualización autoritaria de la vida escolar. La práctica escolar se transformó en hacer "como si" se aprendiera, mientras sólo se cumplían una serie de ritos normativos (Vecino y otros, 1979). La autoridad se usó para imponer al autoritarismo, única manera de mantener "en orden" a grupos numerosos de adolescentes y jóvenes dentro de instituciones a las que asistían en buena medida para obtener una credencial necesaria, sin interesarse en los contenidos que se entregaban (Coleman, 1968).

Muchos de los procesos descritos están modificándose. Se ha revitalizado la expansión de algunos niveles y modalidades claves del sistema educativo; se han revisado los currículos de escuela primaria en varios lugares del país; y se están transformando las prácticas autoritarias en los colegios secundarios y en las universidades. Sin embargo, la juventud argentina tiene un perfil y un nivel educativo que corresponde fundamentalmente a lo que fue la educación en los diez años previos a 1983.

Los resultados del modelo educativo previo a 1983 son de dos tipos: los objetivos y los vinculados a la construcción de la conciencia social.

Entre los resultados objetivos, los cinco más importantes son: el aumento del nivel de instrucción formal de la generación joven respecto de las anteriores (cuadro 3); la homogeneización de los niveles de instrucción formal de los hombres y mujeres jóvenes y, en los años recientes, la tendencia al aumento del de las mujeres; la falta de correspondencia entre la cantidad de años promedio en el sistema educativo y la cantidad y calidad de los conocimientos adquiridos; la desigualdad en los niveles de preparación de los jóvenes de las distintas jurisdicciones, áreas geográficas y grupos sociales, aun cuando accedieran a niveles de instrucción formal idénticos, y la persistencia de la instrucción insuficiente en contingentes significativos de jóvenes.

Con referencia a la conformación de la conciencia social, puede decirse que los jóvenes que no pudieron concluir la escuela primaria, los que no accedieron al nivel medio y los que no ingresaron a la universidad están convencidos, en su mayoría, de que fracasaron porque fueron menos capaces. La selección de los jóvenes para su acceso a niveles sucesivos dentro del sistema de educación formal, así como su permanencia en cada uno de esos niveles o su asistencia a establecimientos mejores o peores, pudo funcionar de manera de atribuirse una fuerte función legitimadora: contribuyó a generar en muchos jóvenes actitudes autosuficientes o bien conformistas, según si el tránsito por el sistema educativo les hubiera significado beneficios mayores o menores que a sus coetáneos. Comenzó así en las escuelas primarias, y se continuó a lo largo de todo el sistema educativo, un proceso de construcción diferencial de la autoestima, que dejó aparentemente de un lado a quienes tenían éxito en la escuela y del otro a los que no. En la realidad dejó del lado de los segundos sólo a jóvenes de sectores de bajos recursos, mientras permitía una pequeña incorporación de algunos de ellos al grupo de los primeros.

La concentración en el tema del rendimiento escolar ocultó a la mayoría de los jóvenes la relación entre la situación regional, social y educacional de la población y el uso de las oportunidades escolares. A partir de esta percepción distorsionada de las posibilidades educacionales que la sociedad les ofrece, muchos jóvenes justifican también sus diferentes oportunidades laborales.

Cuadro 3

ARGENTINA: NIVEL DE INSTRUCCION POR SEXO Y GRUPOS DE EDAD, SEGUN CENSOS DE 1960, 1970 Y 1980

(*Porcentajes*)

Grupo de edad	Censo	Sexo	Nivel de instrucción					
			Sin instrucción	Primario	Secundario	Sup. o Universitario	Sin especialización	Total
5-9	1960	Varón	30.6	69.4	—	—	—	100
		Mujer	29.7	70.3	—	—	—	100
	1970	Varón	23.4	69.9	—	—	6.7	100
		Mujer	22.5	70.3	—	—	7.2	100
	1980	Varón	12.3	87.7	—	—	—	100
		Mujer	11.8	88.2	—	—	—	100
10-14	1960	Varón	4.9	84.8	10.3	—	0.1	100
		Mujer	4.7	84.6	10.7	—	0.1	100
	1970	Varón	1.9	83.3	8.5	—	6.3	100
		Mujer	1.9	83.1	0.8	—	6.2	100
	1980	Varón	1.2	83.5	15.3	—	—	100
		Mujer	1.1	81.9	17.0	—	—	100
15-19	1960	Varón	5.2	63.4	28.7	2.5	0.2	100
		Mujer	4.9	63.7	29.4	1.9	0.2	100
	1970	Varón	2.4	58.1	33.3	2.0	4.2	100
		Mujer	2.9	54.6	35.8	2.1	4.6	100
	1980	Varón	1.6	46.0	48.6	2.9	—	100
		Mujer	1.5	42.7	50.9	4.9	—	100
20-24	1960	Varón	5.1	67.0	20.3	7.4	0.2	100
		Mujer	5.7	69.1	20.9	4.0	0.3	100
	1970	Varón	3.0	60.0	26.1	9.9	1.0	100
		Mujer	3.2	58.8	28.0	8.9	1.1	100
	1980	Varón	2.2	49.5	35.3	13.0	—	100
		Mujer	2.2	46.5	35.8	15.6	—	100
25-29	1960	Varón	5.6	71.1	16.9	6.0	0.4	100
		Mujer	6.4	74.7	15.5	3.0	0.4	100
	1970	Varón	3.6	63.9	23.0	9.0	0.5	100
		Mujer	4.1	64.7	24.4	6.1	0.7	100
	1980	Varón	2.7	54.4	29.3	13.6	—	100
		Mujer	2.7	51.9	31.3	14.0	—	100
30 y +	1960	Varón	11.3	72.4	11.7	4.0	0.6	100
		Mujer	14.7	75.5	9.6	1.5	0.7	100
	1970	Varón	7.5	71.9	14.8	4.8	0.9	100
		Mujer	10.3	73.8	12.9	1.9	1.1	100
	1980	Varón	5.7	67.6	19.4	7.2	—	100
		Mujer	7.4	69.8	18.3	4.5	—	100

Fuente: a) Dirección Nacional de Estadística y Censos, *Censo nacional de población, 1960*. Tomo I. Total del país, cuadros 10, 13 y 14. b) 1970: INDEC, *Censo nacional de población, familias y viviendas*, 1970. Resultados obtenidos por muestra, cuadro 9. c) INDEC, *Censo nacional de población y vivienda, 1980*. Tomo I. Total del país, cuadros 4, 7 y 8.

Tomado de Braslavsky, C. y C. Bersotti. *Proceso histórico de la superación de las desigualdades educativas de los jóvenes y mujeres en la Argentina*, ponencia presentada a la Reunión Técnica Regional sobre Superación de las Desigualdades Educativas de los Jóvenes y Mujeres en América Latina y el Caribe, Panamá, julio de 1983.

VI

El trabajo entre los jóvenes

En 1869, fecha del Primer Censo Nacional de Población, el 89.8% de los varones de 15 a 19 años y el 95.3% de los de 20 a 24 años participaba de la actividad económica. Las mujeres económicamente activas eran el 64.2% y el 65.9%, respectivamente (Recchini de Lattes y Lattes, 1975). Es decir, la actividad más difundida entre los jóvenes de ambos sexos y ambos grupos de edad era el trabajo remunerado fuera del hogar. Como consecuencia de la expansión del sistema de educación formal y de la transformación de la economía agroexportadora en una economía con un sector industrial en gestación y luego en heterogeneización (que requirió menor cantidad de fuerza de trabajo, pero parte de ella más educada), así como de cambios en las imágenes sociales sobre las actividades deseables para los jóvenes de cada sexo y a cada edad, se produjo una redistribución progresiva de los jóvenes entre la actividad económica (o trabajo), el estudio y la permanencia en el hogar. Sin embargo, esta redistribución no debe sobreestimarse.

La gran mayoría de los jóvenes trabaja. La proporción de hombres y mujeres que lo hacen es diferente, ya que numerosas jóvenes mujeres tienden, aunque en menor medida que en las generaciones anteriores, a permanecer sólo al cuidado del hogar.

Los rasgos más característicos del trabajo juvenil son los siguientes: al igual que los adultos, los jóvenes están mayoritariamente en relación de dependencia respecto de un empleador particular o del Estado; también han sido afectados por los procesos de terciarización de la economía y ampliación del trabajo por cuenta propia; están sobrerrepresentados en los trabajos con menores posibilidades de realización personal, agrupación sindical y remuneraciones, y, dentro de la ocupación industrial, no se concentran en ningún sector particular, sino que reproducen en su distribución la distribución de las generaciones que los precedieron.

En 1980, el 74% de los jóvenes de 15 a 24 años trabajaba en relación de dependencia; la cifra era de 66% para el total de la población económicamente activa. La diferencia corresponde a la incidencia del empleo doméstico, que constituía el 12% del empleo juvenil de 15 a 24 años, y más del 30% del empleo de las mujeres jóvenes de esa edad. La proporción de los jóvenes menores en relación de dependencia era de 71.5% y la de los jóvenes mayores de 76.3%. Los datos de las encuestas permanentes de hogares de 31 conglomerados urbanos muestran que en 1984 el 67.4% de los jóvenes que trabajaban percibía un salario.

En 1984, el 11% de los jóvenes de las 31 ciudades consideradas en las encuestas trabajaba por cuenta propia o en alguna relación de dependencia, probablemente familiar, sin percibir salario. Numerosos jóvenes no contestaron a los encuestadores con precisión, de lo cual puede también deducirse que su situación era incierta. La mayoría de los jóvenes que trabajaban por cuenta propia o sin salario y que no sabían definir su situación laboral con precisión, así como muchos de quienes sí percibían un salario, estaban además integrados a grupos de ocupación que pueden considerarse críticos, tal como ya ocurría en 1980.

Cuanto más temprano se produce la incorporación al mercado de trabajo, mayores posibilidades hay de que los jóvenes ingresen a grupos ocupacionales sin destino. Debido especialmente al bajo nivel educativo con que comienzan a trabajar, no pueden ocuparse sino como personal de servicio doméstico, peones, aprendices, personal de maestranza, cadetes y otras actividades no calificadas. Los jóvenes ocupados en esas actividades en 1980 eran casi el 24% del total de los jóvenes trabajadores, en tanto que las mismas sólo concentraban al 8% del total de la población económicamente activa. El 50% de los jóvenes en esas ocupaciones no tenían instrucción formal o no habían completado la enseñanza primaria.

Pese al avance de las tendencias a la terciarización de la economía y al gran número de jóvenes en ocupaciones no calificadas, el grupo de ocupación juvenil más numeroso es el de los trabajadores especializados en la rama industrial,

con más de medio millón de jóvenes de ambos sexos. La distribución de los jóvenes entre los distintos sectores industriales es casi idéntica a la de los adultos. En la industria metalúrgica, por ejemplo, estaban concentrados en 1980 el 22.5% de los jóvenes trabajadores especializados y el 21.5% del total de los trabajadores. En la industria textil, los porcentajes respectivos eran 4.2 y 3.2. La comparación de la distribución de los trabajadores especializados de distintos grupos de edad entre los distintos sectores industriales refleja que no hay relación entre diferencias en el empleo industrial y diferencias generacionales. Esto indica al menos tres procesos: a) las industrias contratan a sus trabajadores según criterios ajenos a la edad; b) las generaciones de trabajadores se renuevan dentro de cada sector, y c) la tendencia a una mayor movilización social de los gremios de algunos sectores, por ejemplo el metalúrgico, no está necesariamente asociada a una mayor presencia juvenil. Por otra parte, se pone claramente en evidencia la cristalización de la estructura social, que ya se mencionó, y se pueden inferir procesos de socialización asociados a esa cristalización, en particular la existencia de mecanismos de socialización laboral diferenciados; los padres de cada sector de la industria parecen allanar a sus hijos el ingreso al sector industrial mediante la transmisión de técnicas de trabajo y de información acerca de los mecanismos de funcionamiento, contratación, ascenso, etc., del sector del mercado de trabajo al cual pertenecen.

Además de las tendencias generales señaladas, existe entre los jóvenes una presencia cada vez mayor de la categoría estudiante-trabajador o trabajador-estudiante; aumenta la desocupación y hay deterioro salarial. Ya en 1981, el 65% de los estudiantes de la Universidad Nacional de Buenos Aires trabajaban. En 1982 trabajaba el 68% de los estudiantes de la Universidad Tecnológica Nacional. La situación parece repetirse en los demás establecimientos de nivel terciario y superior. En 1984, la desocupación juvenil en 31 conglomerados urbanos alcanzó la cifra récord de casi el 11% de la población económicamente activa de esa edad. Entre marzo de 1980 y marzo de 1984 aumentó considerablemente la proporción de jóvenes que participa de la franja de salarios más bajos. En la Capital Federal en marzo de 1980, un 2.5% de los trabajadores jóvenes ganaba hasta un 60% del salario mínimo y un 8% más de 4 salarios mínimos, mientras que en 1984 un 14.5% ganaba hasta un 67% del salario mínimo y sólo un 1.7% percibía más de 4 salarios mínimos. Esta tendencia se reproducía en muchas otras ciudades (INDEC, 1985).

La situación laboral de los jóvenes es sólo un espejo de la situación laboral del conjunto de la población; no es peor ni mejor, y es una de las dimensiones de la pobreza en que ha caído la Argentina.

VII

La juventud entre el pasado y el futuro

Se decía en la introducción que la juventud argentina se encuentra ahora en un país pobre. Su pobreza es tanto material como política (Demo, 1985). No sólo no existen los recursos para satisfacer las necesidades materiales, sino que las prácticas y las concepciones políticas han quedado también cristalizadas en parte. Recién a partir de 1982, luego de la crisis de la guerra de las Malvinas, algunos partidos políticos, organizaciones intermedias y grupos sociales comenzaron a repensar el país. En este sentido, el Partido Radical apareció ante la juventud como el portador de una respuesta atractiva, que se orientaba hacia una dinámica social no violenta para dirimir los conflictos sociales, apoyaba el reforzamiento de lazos de solidaridad y la modernización de la economía, así como la modificación de ciertas políticas que afectaban particularmente a los jóvenes. En este último sentido incluyó en su plataforma preelectoral de 1982 la supresión del servicio militar obligatorio y de los exámenes de ingreso a las Universidades.

Luego de que el Partido Radical asumió el Poder Ejecutivo Nacional, se tomaron medidas coherentes con algunas de sus propuestas. En el caso de las específicamente dirigidas a la juventud, se redujo de diversas maneras (aunque no se suprimió) el servicio militar obligatorio, y se dispuso el ingreso libre a las universidades y a las carreras que cada joven quisiera cursar. Paralelamente, se generó desde el Estado una propuesta de "modernización", cuyo contenido aún no está plenamente definido. En principio parece consistir en crear condiciones para la inversión productiva, promover las exportaciones y apoyar las reformas que contribuyan al aumento de la productividad en ciertas ramas de la industria, así como a la racionalización del sector terciario y muy particularmente del empleo público. Sintetizando muy esquemáticamente la propuesta del gobierno, puede decirse que procurará superar la pobreza material a través de la modernización productiva, y la pobreza política a través de la participación no violenta en instituciones que durante muchos años fueron perseguidas, en particular las juventudes de los partidos políticos y los centros de estudiantes. Favorecerá también, indirectamente, la inserción de los jóvenes en el movimiento obrero organizado a través de los sindicatos.

Existen riesgos de que la modalidad que adquiera la modernización no contribuya en medida suficiente a generar condiciones para un desarrollo nacional menos condicionado por la dependencia de las grandes entidades y corporaciones económicas. A este respecto, parece particularmente necesario que se genere una sólida estructura científico-tecnológica apta para mediar entre la tecnología avanzada de los países altamente industrializados y la Argentina, así como para profundizar caminos independientes de desarrollo científico-técnico. Del mismo modo parece necesario incrementar todas las medidas tendientes a retener capital en el país.

No cabe duda de que la propuesta de participación ha sido aceptada por un conjunto importante de jóvenes. En los últimos años previos a 1983, la forma de participación juvenil más difundida era la música. A través de la asistencia a festivales de "rock nacional", realizados en espacios cerrados, se escuchaban canciones prohibidas en los medios de comunicación masivos; crecientemente, los temas de protesta fueron acompañados, a veces remplazados, por temas de amor a la vida, solidaridad, esperanza y paz (Vila, 1985). Desde 1982 muchos jóvenes se volcaron a los partidos políticos. Su presencia es hoy importante en los dos grandes partidos tradicionales (el Partido Radical y el Partido Justicialista), en otros partidos menores y también en dos nuevos, que parecen insinuarse como opciones particularmente atractivas para grupos crecientes de jóvenes por su más clara y homogénea definición ideológica: la Unión de Centro Democrática, con fuerte influencia de la "nueva derecha", y el partido Intransigente, que aparece como una opción de izquierda antimperialista, aunque más vinculada a estilos y concepciones previamente existentes.

En el marco de la profunda segmentación de la juventud argentina, las tendencias que se anuncian podrían llevar a una modernización sectorial, que sólo alcanzará a beneficiar a los grupos juveniles de determinados sectores industriales y de servicios. Por otra parte, el proceso de ingreso directo a las universidades presenta algunos problemas: se realizó sin una paralela generación de fuentes de ocupación con salarios suficientes y con posibilidades de capacitación en el trabajo, que hubieran podido ofrecer una alternativa a los jóvenes y en situación de deterioro de las condiciones de trabajo (y en particular de los salarios) de los investigadores y docentes universitarios: un profesor de este nivel a cargo de una cátedra percibe entre 60 y 250 dólares mensuales. Estas circunstancias nos permiten ser optimistas respecto de los procesos de reconstitución de la capacidad científico-tecnológica. La persistencia de un fuerte flujo de capitales hacia el exterior tampoco hace prever una importante acumulación de capital en el país.

Para enfrentar las tareas futuras y participar de la dinámica social, contribuyendo a evitar un tipo de modernización con los riesgos señalados, la juventud puede convertirse en un actor importante. Para eso necesita transformarse a sí misma superando algunas de las herencias del pasado (Rama y Faletto, 1985). En principio esas herencias son: la debilidad de su identidad compartida; la falta de confianza en los ámbitos públicos, ya sean sociales o políticos, que se refleja en una participación poco numerosa en los centros estudiantiles, partidos políticos, sociedades de fomento, comisiones sindicales, etc.; los pocos y

atrasados conocimientos adquiridos; el predominio en algunos grupos de prácticas competitivas para el ascenso individual o de prácticas de oposición para la lucha política, en lugar de prácticas solidarias y cooperativas, respectivamente; la penetración de concepciones prejuiciosas y conservadoras en algunos grupos, en particular entre las mujeres jóvenes, y la falta de formación para buscar por sí mismos la solución de algunos de sus problemas, junto con una cierta tendencia a exigir demasiado de quienes tienen roles complementarios con los suyos (los docentes, por ejemplo). Para transformarse a sí misma, la juventud cuenta con antecedentes significativos, por ejemplo la actividad del Movimiento de Juventudes Políticas, que procuró desde su fundación superar las prácticass políticas de oposición recíproca y generar formas constructivas y consensuales de dirimir conflictos; los movimientos de participación voluntaria en acciones de alfabetización de adultos, de atención a dispensarios, etc., en distintos momentos del país; las acciones solidarias emprendidas en el marco de la "Prioridad Juventud" de la Iglesia; los valores difundidos por algunas de las corrientes del movimiento de rock nacional; la organización de actividades académicas paralelas allí donde se consideró que las existentes carecerían de nivel suficiente, la clara definición por la calidad académica en los concursos universitarios para la provisión de cargos docentes en los que estatutariamente les correspondió participar, etc.

Por último, cabría agregar que este proceso no puede reemplazar a la existencia de políticas públicas especiales para la juventud, destinadas a resolver precisamente aquellos problemas que la juventud, muy particularmente la de bajos recursos materiales y educativos, no puede resolver por sí misma. En este sentido, parece prioritario que los organismos públicos, antes de formular cualquier otro tipo de política orientada a la juventud, atiendan el problema de la creciente desocupación de los jóvenes (que no está por cierto disociado de la creciente desocupación de los adultos) con participación del empresariado privado, que alberga en sus empresas al más alto porcentaje de jóvenes trabajadores.

En la Argentina, el problema del desempleo, y en particular del desempleo juvenil, es nuevo. Puede ser coyuntural o transformarse en crónico. En este último caso, la Argentina habría dividido su juventud aún más profundamente. La línea divisoria pasaría entre la generación de la modernización, por un lado, y la generación de la desocupación, por el otro. Las consecuencias de una situación de este tipo para la estabilidad democrática serían imprevisibles.

Referencias bibliográficas

Braslavsky, C. (1985a): *La discriminación educativa en Argentina*. Buenos Aires: GEL/FLACSO.

—— (1985b): *Juventud y sociedad en la Argentina*. CEPAL (LC/R. 401). Santiago de Chile.

—— (1985c): Las mujeres jóvenes argentinas entre la participación y la reclusión. *Mujeres jóvenes en América latina: aportes para una discusión*. Montevideo: CEPAL, ARCA/Foro Juvenil.

Cavarozzi, M. (1983): *Autoritarismo y democracia, 1955-1983*. Buenos Aires: CEAL.

Coleman, J.S. (1968): Harvard Educational Review (comp.), *Academic achievement and the structure of competition*. Nueva York.

Cunha, L.A. (1986): *La escuela democrática: lo nacional, lo regional y lo unitario*. Washington: OEA, *mimeo*.

Demo. P. (1985): *Juventude popular urbana e pobreza politica*. CEPAL (LC/R. 431). Santiago de Chile.

Filmus, D. (1986): *Apuntes para la evaluación del proceso de democratización del sistema educativo argentino*. Informe de investigación. Buenos Aires: FLACSO/PBA. *mimeo*.

Germani, G. (1965): *Estructura social de la Argentina*. Buenos Aires: Raigal.

INDEC (Instituto Nacional de Estadística y Censos) (1985): *La juventud en la Argentina*. Buenos Aires: Ministerio de Salud y Acción Social y Presidencia de la Nación.

La Nación (1982): Buenos Aires, 18 de agosto.

Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, Secretaría de Educación (1984): *Evaluación del diseño curricular 1981*. Buenos Aires.

Rama, G.W. y E. Faletto (1985): Sociedades dependientes y crisis en América Latina: los desafíos de la transformación político-social. *Revista de la CEPAL* N° 25. Santiago de Chile.

Recchini de Lattes, Z. y A. Lattes (1975): *La población argentina*. Buenos Aires: INDEC.

Tedesco, J.C., C. Braslavsky y R. Carcioffi (1984): *El proyecto educativo autoritario, Argentina, 1976-1982*. Buenos Aires: GEL/FLACSO.

Vecino, S., J.C. Tedesco y G.W. Rama (1979): *Proceso pedagó-*

gico y heterogeneidad cultural en el Ecuador. Buenos Aires: Proyecto UNESCO/CEPAL/PNUD sobre desarrollo y educación en América Latina (DEALC), documento N° 22.

Vila, P. (1985): *Rock Nacional. Crónica de la resistencia juvenil*. Buenos Aires: Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES). *mimeo*.

Wainerman, C. (1983): El mundo de las ideas y los valores: mujer y trabajo. *El deber ser y el hacer de las mujeres: dos estudios de caso en Argentina*. México, D.F.: El Colegio de México/PISPAL.

Wainerman, C. y R. Berck de Raijman (1984): La división sexual del trabajo en los libros de lectura de la escuela primaria argentina: un caso de inmutabilidad secular. *Cuaderno del CENEP*, N° 32. Buenos Aires.

REVISTA DE LA CEPAL Nº 29

Los jóvenes en el Brasil: antiguos supuestos y nuevos derroteros

*Felicia Reicher Madeira**

La autora examina la situación de los jóvenes en el marco de las profundas transformaciones que han tenido lugar en el Brasil en las últimas décadas. Tres son los aspectos que más le interesan. Primero, la ocupación y, dentro de este tema, la evolución del empleo, los salarios y la forma en que la crisis afecta a estos procesos. El hecho más destacado en este plano es el rejuvenecimiento en la PEA urbana a partir de los años setenta como consecuencia del aumento de la tasa de participación juvenil, lo que contradice las suposiciones convencionales en el sentido que la modernización produciría el efecto contrario. Segundo, la educación, donde subraya que los niveles educacionales en dicho país están bastante retrasados con relación al progreso observado en el campo económico; en efecto, es muy grande la proporción de jóvenes sin instrucción o con pocos años de escolaridad, sobre todo en las zonas rurales o de menor desarrollo relativo como el Nordeste. Finalmente, presta atención a la familia, donde repercuten de manera profunda los cambios que se producen en los otros ámbitos de la sociedad; en cuanto a la relación de los jóvenes con sus familias, tales procesos dan lugar a un complejo contrapunto entre solidaridad y conflicto.

*Consultora de la División de Desarrollo Social de la CEPAL.

Introducción

En los últimos treinta años en el Brasil, tal como en el resto de América Latina, ocurrió un proceso de cambios intensos que acarrearon profundas modificaciones cuantitativas y cualitativas en la estructura espacial, demográfica y social del país. Algunas de estas tendencias básicas podrían ser: el predominio de la ocupación asalariada, el aumento de los niveles de mercantilización de las relaciones de intercambio, la monetización de las relaciones de trabajo, el aumento progresivo de las ocupaciones urbanas, la tendencia a concentrar cada vez más los ingresos, la aparición de grandes desequilibrios regionales y el progreso de las oportunidades educativas.

El decenio de 1970 aportó como novedades la aceleración de estas tendencias y el surgimiento de otras nuevas, entre las que se destacan el incremento de los jóvenes y las mujeres en la población económicamente activa de las ciudades, la penetración intensa de los medios de comunicación de masas y la difusión por su intermedio de nuevas pautas de consumo, así como la generalización del crédito al consumidor. A partir del decenio de 1980, sin embargo, el país entra en un período de recesión caracterizado en general por un mayor desempleo en los sectores dinámicos, aumento del subempleo y deterioro del nivel de vida de la clase trabajadora.

Se ha dedicado un volumen ya importante de trabajos a comprender cómo se llegó a estas nuevas configuraciones. Para ello se utilizan las estadísticas oficiales y se toma como referencia un conjunto de variables socioeconómicas "clásicas", tales como ingreso, ocupación, zona residencial, nivel de enseñanza, etc.

En la mayor parte de dichos trabajos no suele tenerse en cuenta la especificidad que introducen en este conjunto de variables "clásicas" ciertos grupos delimitados biodemográficamente, como los varones jóvenes, las mujeres jóvenes y las mujeres adultas, que, cada uno a su manera, contribuyen a crear el nuevo ordenamiento social.

Sin especular mucho acerca de porqué tales aspectos se consideran secundarios o marginales (ciertamente, los argumentos son distintos para las mujeres adultas y los jóvenes de ambos sexos), se puede encontrar un punto de explicación

común: la poca importancia que se atribuye a la familia en la determinación de las condiciones de vida de la población.

En efecto, durante mucho tiempo, las relaciones familiares sólo fueron consideradas en los estudios de orientación más conservadora, y el análisis principal se limitó así a sus funciones ideológicas. Del lado progresista, la preocupación por las relaciones familiares se consideraba propia de investigadores contaminados por la ideología burguesa, por cuanto la problemática así formulada terminaba por ocultar la realidad de la lucha de clases.

En la información secundaria, se consideraban fundamentales los parámetros de la situación del hombre adulto, en general jefe de familia, sobre quien recaía toda la responsabilidad de la supervivencia biológica de la familia o del nivel de la vida familiar, cuando éste excedía el de la pura subsistencia.

Por una serie de caminos que terminaron por entrecruzarse, se llegó a una nueva perspectiva sobre la familia. Esta se transformó en un importante tema de estudio al destacarse el papel de la "actividad económica conjunta" de sus miembros para determinar el mantenimiento y la reproducción de sus condiciones de vida. Así legitimado, la solidaridad y la armonía entre los diferentes miembros terminaron por adquirir importancia en los análisis. Por otra parte, esta perspectiva, al reconocer el valor económico del trabajo doméstico, favoreció también el desarrollo de un debate provechoso acerca de la articulación del espacio productivo capitalista con la familia en su calidad de esfera de producción (que implica procreación y trabajo doméstico).

Aunque esta nueva forma de ver a la familia legitimó los estudios sobre el sentido económico de las actividades de la esposa, la cuestión de los hijos (niños o jóvenes) sigue prácticamente inexplorada. El análisis de la familia, examinado desde la perspectiva de estos últimos, suscita toda una gama de preguntas. Por ejemplo, si se la analiza como lugar privilegiado de la organización de la "estrategia de supervivencia familiar" o desde el punto de vista de la contribución de la mujer, lo que resalta es la dimensión de la solidaridad; vista desde la perspectiva de los jóvenes, lo que destacaría es en cambio el conflicto, o la relación entre conflicto y solidaridad. Si desde la mujer se nos empuja a debatir de inmediato la relación entre trabajo productivo e improductivo, desde el joven es casi inevitable referirse al futuro, a la democratización de la escolaridad y, desde ahí, a la movilidad social, la manipulación de las aspiraciones, las frustraciones, etc.

La falta de estudios que tengan en cuenta la dimensión de los jóvenes bastaría, por sí sola, para justificar un trabajo sobre lo sucedido en el Brasil en el último decenio con la participación de este segmento de la población en la población económicamente activa. También puede considerarse oportuno el ejercicio si se piensa, que los patrones que surgieron durante el último decenio, con consecuencias fundamentales para definir los derroteros de la sociedad brasileña, afectan de manera especial a los jóvenes de ambos sexos.

Más aún, las últimas investigaciones realizadas destacan dos aspectos. El primero es la necesidad de relativizar, en los análisis de la inserción del niño y el joven en el mercado de trabajo, el valor de la perspectiva más frecuente, que tiende a subrayar la marginalidad y la pobreza, y comenzar a pensar analíticamente en el trabajo de estas categorías (como se hizo con el trabajo de la mujer) como parte integrante y estructural del proceso social de producción. El segundo es procurar ver las relaciones de trabajo y el sentido de la escolaridad no sólo desde el punto de vista del capital, como se hace generalmente, sino también desde la perspectiva del actor concreto de que se trata, es decir, el joven.

El presente trabajo se propuso realizar dos tareas básicas y complementarias: mostrar cómo se condicionó a los jóvenes para participar de las tendencias del mercado de trabajo durante este período, y para contribuir así a configurar los nuevos perfiles de la sociedad brasileña, y, en segundo lugar, ver cómo estos cambios terminaron por poner en marcha mecanismos de expansión o acceso a la identidad del joven.

Con este propósito, se analiza primero el concepto de identidad joven, para luego destacar el comportamiento específico de la población joven en las tendencias del mercado de trabajo en el último decenio.

La organización de los datos se basó en estadísticas oficiales de los censos demográficos (1970-1980) y la Encuesta Nacional de Hogares por Muestreo (Pesquisa Nacional por Amostra

de Domicilios, PNAD). Las informaciones presentadas se refieren siempre al país como conjunto y a dos polos: uno, el Estado de São Paulo, el más dinámico del país, y otro, el Estado de Pernambuco, que representa la zona que padeció los efectos más nocivos del estilo de desarrollo que predominó en el país durante el decenio de 1970. Con mucha frecuencia, echamos mano de informaciones que figuran en trabajos sobre la integración trabajo/escuela en el quehacer cotidiano de jóvenes paulistas, basados en referencias empíricas de índole cualitativa.

Siempre que se pudo, la información se desglosó por sexo, dada la diversa repercusión de los grandes cambios en cada uno de ellos. También se decidió subdividir los grupos de edades, considerando niños a quienes tienen entre 10 y 14 años, adolescentes a los de 15 a 19 años y jóvenes a los de 20 a 24, según la subdivisión de los censos. El mantenimiento de esta división corresponde a las importantes diferencias de responsabilidades (en relación con el trabajo, la escuela, el descanso, etc.) de cada uno de estos tramos de edades en los últimos años.

I

¿Qué es un "joven"?

En las manifestaciones de los medios de comunicación de masas, los partidos políticos y los sectores organizados de la sociedad con motivo del Año Internacional de la Juventud, se pueden distinguir dos variantes: o se habla de la juventud brasileña en general, o se insiste en las enormes diferencias entre los jóvenes. En este último caso, naturalmente, están las posturas de carácter más polémico.

"Por ello entendemos que no se puede hablar de juventud en general, sino que debemos caracterizar al joven a partir de sus condiciones de vida, de trabajo y de la clase a que pertenece. En ese sentido, el joven trabajador es aquel que pertenece a la clase obrera y comparte con ella condiciones de vida y trabajo" (Quem somos)[1].

Uno de los canales de televisión, durante algún tiempo, presentaba entrevistas relámpago a los más diversos tipos de jóvenes (obreros, vendedores ambulantes, *bóiasfrias*[2], predicadores de sectas, y también a adultos) sobre qué era ser joven o vivir la juventud. No obstante la enorme diversidad de los entrevistados, vivir la juventud significaba, sobre todo, aprovechar un período transitorio de menor responsabilidad, ya fuera con el trabajo o la familia, y disfrutar al máximo el descanso, con frecuencia "curtir um som"[3], cortejar, practicar un deporte, parrandear con amigos, etc. En el fondo, el conjunto de testimonios demostraba una percepción social relativamente clara y generalizada de lo que es vivir el período de la juventud, no obstante diferencias enormes en las formas de participación en la sociedad.

Braslavsky (1985) traduce bien el sentido del conjunto de los testimonios al esbozar la noción de juventud tomando como referencia dos criterios. El primero distingue las etapas por las que atraviesan los seres humanos según su mayor o menor autonomía. En este sentido, lo que caracteriza al joven es un margen de autonomía mayor que el de los niños y menor que el de los adultos. Esto hace que los jóvenes oscilen entre dos tipos de comportamiento. Por una parte se perciben como capaces de realizar determinadas tareas y hacer frente a ciertos desafíos sociales, sentimiento que suele adoptar, con frecuencia, la forma de una "omnipotencia" personal y social. Otras veces manifiestan angustia, reconociendo así los límites internos y externos impuestos por la familia y la sociedad. En la práctica, el joven acaba con frecuencia por imprimir a las activida-

[1]Documento preparado por el *Jornal Juventude Operária* para el Año Internacional de la Juventud.

[2]Asalariados rurales que viven en las zonas urbanas.

[3]Expresión propia de los jóvenes, que significa disfrutar al máximo de la música moderna y estridente.

des que ejerce, incluso las más reglamentadas —la escuela y el trabajo— un carácter "intermitente", de idas y venidas, propio de quien no necesita socialmente enfrentarse a "toda" la responsabilidad. Ciertamente, este conjunto de rasgos distintivos de los jóvenes se encuentra en la base de otro elemento que siempre aparece en el discurso que caracteriza al joven: el conflicto con el mundo del adulto.

Un segundo criterio sitúa a la juventud como una etapa de transición entre la infancia y la vida adulta, transición que no se da en forma única; casi siempre se trata de una serie de cambios paralelos o consecutivos, que varían histórica y culturalmente. Las publicaciones científicas han considerado cinco formas de transición, que son las que reaparecen con más frecuecia en los testimonios y en consideraciones de sentido común: i) abandonar la escuela; ii) ingresar en la fuerza de trabajo; iii) dejar la familia de origen; iv) casarse y v) establecer una nueva unidad doméstica.

La tarea de esbozar un perfil del joven está lejos de tener un interés puramente teórico o académico. Es preciso que la problemática específica de los jóvenes se haga visible y socialmente reconocida, para que pueda pensarse en la formulación de políticas públicas destinadas especialmente a este sector de la población. Por otra parte, es indispensable tener presente este conjunto de rasgos para interpretar los resultados cualitativos o cuantitativos de las investigaciones, sobre todo porque tales resultados son, en última instancia, ayudas valiosas para formular políticas públicas en dos esferas sociales decisivas: la enseñanza y el mercado de trabajo. Las características propias de este agente social deben tenerse presentes, incluso al analizar informaciones oficiales, como las de los censos demográficos. De hecho, como se demuestra en el presente trabajo, al tener presentes estos conceptos se ponen en evidencia los criterios normativos o de motivación implícitos en las categorías censales, como por ejemplo la de desempleo e inactividad. El sesgo de la información oficial es un hecho ya ampliamente denunciado en los estudios sobre las mujeres; al analizarlo desde la perspectiva de los jóvenes, se descubren en él otras facetas.

La semejanza de la cuestión de los jóvenes con la de las mujeres no termina ahí. Ni el Estado ni los empleadores dejan de tener conciencia de que los jóvenes se caracterizan por una autonomía sólo relativa, y por una menor responsabilidad. Se les califica de trabajadores de contribución secundaria en la familia y se les trata en forma bastante diferente de los agentes sociales adultos del mismo sector social, lo que en la práctica significa atribuir menor valor de mercado a un trabajo de mayor valor comparativo.

Puede decirse que actualmente existe en el Brasil un sector de la población que se caracteriza por cierto grado de homogeneidad, en razón de la autonomía relativa que disfruta y de la cual se percata. En otras palabras, se puede hablar de una identidad de los jóvenes, que impregna la sociedad brasileña como un todo. Sin embargo, esto no permite hablar genéricamente de la "juventud brasileña", de la misma forma que no se puede hablar genéricamente del niño brasileño o la mujer brasileña. Los jóvenes están tan segmentado como la sociedad brasileña en conjunto. Se dividen por sexo; son rurales, urbanos o metropolitanos; son ricos, de medianos ingresos o pobres; son integrados o marginados; vienen del norte o del sudeste; son muchachas jóvenes, madres jóvenes, trabajadores, estudiantes o trabajadores y estudiantes. Naturalmente, cada una de las situaciones específicas que viven los jóvenes limita su capacidad, sus aspiraciones, los límites que los códigos sociales escritos y no escritos determinan, su nivel de conflicto y su mayor o menor responsabilidad.

Tomando como referencia la contraposición identidad/diferencias entre los jóvenes brasileños, a guisa de breve resumen y avance de conclusiones, podríamos decir que durante el decenio de 1970 un sector importante de la población joven pudo participar en forma más "moderna" en la sociedad, mediante el trabajo, la escuela o el ocio. No por ello han disminuido las distancias relativas y objetivas entre los jóvenes; sin embargo, las modificaciones durante ese período reforzaron la identidad de los jóvenes e incluso la hicieron extensiva a un sector más amplio de la sociedad. La expansión de las oportunidades de trabajo remunerado y de empleo formal refuerza las ambiciones y también la sensación de omnipotencia, y vuelve claramente más explícitos los conflictos entre las generaciones. La democratización de la escuela, junto con estimu-

lar las aspiraciones, suple las carencias de sociabilidad (sobre todo en el caso de las jóvenes); los medios de comunicación se encargan de crear símbolos visibles y claros de la identidad de los jóvenes, y el sistema de "consumo" los vuelve asequibles, ya sea mediante una calidad inferior, un abaratamiento del producto o un sistema de crédito.

II

El trabajo: actividad de muchos jóvenes brasileños

1. *El empleo*

En el marco de referencia de la teoría de la modernización, se espera que durante el proceso de urbanización e industrialización los niños, adolescentes y jóvenes disminuyan tanto su tasa de participación como su proporción en el conjunto de la población económicamente activa (PEA). La razón es simple. Mientras mayor sea la proporción de la población en el sector primario, mayor será la utilización de mano de obra joven y de edad avanzada. Al proseguir el proceso de modernización va disminuyendo la disponibilidad de esta mano de obra, por cuanto, junto con la urbanización, se prolonga la escolaridad, se introduce la legislación laboral y mejora el sistema de seguro social.

En general, esta expectativa se cumplió en el Brasil hasta 1970. La sorpresa de los años setenta consistió en que algunas de tales tendencias se invirtieron; puede incluso decirse que una de las características del período fue un rejuvenecimiento de la PEA urbana.

Este solo hecho desmiente el paradigma de la teoría de la modernización: la evolución del proceso de trabajo y el sistema escolar en los años setenta ha sido más un estímulo que un obstáculo para la contratación de menores. En números absolutos, entre 1970 y 1980 el contingente de menores que trabajan (10 a 17 años) aumentó 41%. Si bien el porcentaje es inferior al del total del contingente de trabajadores, cuyo incremento fue de 48%, el aumento relativo se registró a pesar de la gran disminución de mano de obra rural, en la cual la proporción de menores es bastante alta. Si se considera sólo el mercado de trabajo urbano, se comprueba que su capacidad de absorción de mano de obra infantil, adolescente y joven creció en 94%, mientras que la absorción de la mano de obra adulta aumentó en 85%.

Los datos al respecto se presentan en el cuadro 1. Antes de proceder a su análisis, cabe hacer dos consideraciones de carácter general. La primera dice relación con las diferencias entre hombres y mujeres en todos los grupos de edad, y demuestra que éstas se manifiestan desde muy temprano. La segunda se refiere a las expectativas de participación en el mercado de trabajo entre los diferentes subgrupos de estas categorías, que son muy parecidas en todo el país y que también presentan diferenciación por sexo.

Por ejemplo, en relación con la población masculina, se podría decir que en la población económicamente activa estaban cerca de la quinta parte de los niños, un poco más de la mitad de los adolescentes (entre 15 y 17 años), y las tres cuartas partes de los que habían cumplido la mayoría de edad legal[4].

Sin embargo, agregados de esta manera, estos valores ocultan diferencias significativas entres situaciones polares: urbano/rural y São Paulo/Nordeste. En cuanto a los niños, sus tasas de participación son cerca de cinco veces mayores en las zonas rurales que en las zonas urbanas. También son mayores en Pernambuco, aunque en ambos polos han aumentado durante el decenio. En São Paulo, el valor pasó de 28.3% a 30.7% y en Pernambuco de 37.6% a 42.0%.

Las tasas urbanas, aunque más reducidas, se

[4]En el Brasil, hay diversas disposiciones jurídicas al respecto. Por ejemplo, en la legislación electoral y laboral, se es mayor de edad a los 18 años; en lo civil, sólo a los 21 años.

según la edad. Mientras la curva masculina disminuye sólo cuando el avance de la edad sugiere la proximidad de la jubilación, las tasas femeninas de participación suelen disminuir después de los 25 años, posiblemente por efecto del matrimonio y la maternidad. En el Brasil, al contrario de lo que sucede en países más adelantados, las mujeres no se reintegran a las actividades económicas una vez crecidos sus hijos.

El gráfico señala que las tasas de participación femenina son superiores en el grupo de los 20 a los 24 años, y luego disminuyen. Este patrón es válido para el país y para la zona urbana, pero no para el campo, lo que refleja tanto la estructura del empleo disponible para las mujeres en cada región, como las posibilidades que tienen de acceder al mercado en virtud de sus responsabilidades en la esfera reproductiva. La estructura más formalizada de los sectores económicos no agrícolas, con jornadas regulares de trabajo y separación clara entre el espacio familiar y el productivo, dificulta la conciliación entre las diversas actividades de las mujeres y provoca una disminución de sus tasas de participación cuando éstas cumplen funciones reproductivas. Por otra parte, dicho mercado de trabajo es más favorable para las jóvenes y las solteras, en parte también por prejuicios de los empleadores. En el campo, el perfil de edades de la participación femenina es más irregular y sugiere que la índole del trabajo que ahí se realiza permite mayor conciliación entre las innumerables responsabilidades de las mujeres. No pocas investigaciones revelan la concomitancia de actividades productivas y reproductivas, que la mujer ejecuta en casa, en el patio, en la pequeña huerta. Esta misma simultaneidad de ocupaciones lleva a la mujer muchas veces a declararse como no trabajadora y provoca una subestimación de los datos, como se observa más adelante (Bruschini, 1985).

Inicialmente es preciso destacar que los datos del cuadro 1 señalan que en el transcurso de los años setenta, la tasa de participación femenina juvenil total creció sustancialmente y pasó de un 1/5 en 1970 a 1/4 en 1980, mientras que la de los hombres de las mismas edades fue muchísimo menor. Al examinar la relación entre sexo y edad, puede observarse que entre los niños, las diferencias más marcadas se dan en las zonas rurales, donde la participación de las niñas es sólo un tercio de la de los niños. En cuanto a los adolescentes (15 a 17 años), más de la mitad de los varones trabajaban; entre las adolescentes, la proporción no llegaba a un cuarto (21.4% en 1970 y 27.4% en 1980). En el caso de las adolescentes, la distancia entre el polo más desarrollado y menos desarrollado es enorme. En São Paulo, casi 40% de las adolescentes tenían algún trabajo remunerado en 1970, mientras que en Pernambuco la proporción no llegaba a 20%. Esta distancia entre los dos polos tiende a acentuarse considerablemente: en 1980, 43.4% de las adolescentes ya trabajaban en la zona paulista, en comparación con sólo 24.7% en la zona de Pernambuco. Entre las mujeres jóvenes, se matienen las diferencias entre los ámbitos rural y urbano, y los polos más y menos desarrollados.

Las tasas de participación de los jóvenes varones permanecieron estables durante los años setenta; en cambio, las mujeres jóvenes aumentaron su participación en el mercado de trabajo en general, tanto urbano como rural.

Si las tendencias de la evolución de la participación de las mujeres se examinan en el marco del contingente total de trabajadores, las conclusiones refuerzan lo que se comprobó en relación con los hombres: en las zonas urbanas y más desarrolladas, la fuerza de trabajo incorporó mayor proporción de jóvenes y mujeres. Los datos muestran que el dinamismo de la economía industrial, en franca expansión en los años setenta, incorporó aceleradamente a jóvenes adolescentes de ambos sexos y a mujeres casadas, ya que durante el mismo período, la fuerza de trabajo masculina creció muy lentamente.

Para tener un panorama más preciso de los factores que influyeron en este aumento porcentual de trabajadores jóvenes y mujeres adultas, es necesario considerar dos aspectos que se desprenden del modelo económico implantado en el país en el último decenio: uno que corresponde a un aumento "artificial" de trabajadores y otro a un aumento "real".

En el primer caso, la monetización de las relaciones de trabajo, en las que el trabajo asalariado se convierte en la forma más común y predominante de ocupación en el campo y en la ciudad, aumenta el número de personas registradas como trabajadores. El desarrollo del mercado nacional en el Brasil, conjuntamente con una mayor división social del trabajo, ha eliminado paulatinamente las posibilidades de producir pa-

refieren a números absolutos mayores y sus incrementos porcentuales fueron más importantes. En São Paulo, pasaron de 8.8% a 13.4% y, en Pernambuco de 4.3% a 11.7%.

Los trabajadores adolescentes no sólo son mucho más numerosos que los niños sino que también trabajan en condiciones muy diferentes. Son proporcionalmente más en São Paulo, y no en Pernambuco, y más en las zonas urbanas, cuyo ritmo de crecimiento es más vertiginoso.

Los adolescentes varones aumentaron su participación en las zonas urbanas: en São Paulo (53% a 63%) y en Pernambuco (35.6% a 49.4%). En la zona rural paulista, las cifras correspondientes sólo igualaron el crecimiento de la población y en Pernambuco incluso disminuyeron.

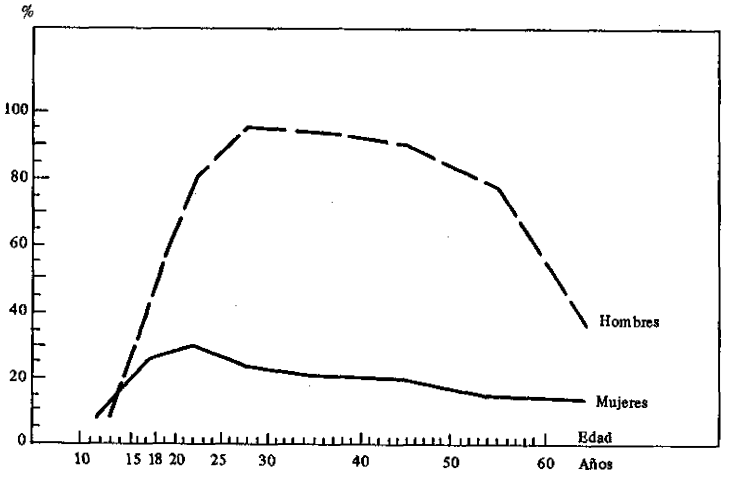
Resultó de interés distinguir entre los adolescentes mayores y menores de 18 años, límite de la mayoría de edad legal para el trabajo. Pudo apreciarse así que los mayores de esa edad aumentaron su participación. Al respecto cabe recordar que entre los 17 y los 18 años es muy difícil conseguir empleo: las empresas rechazan a los muchachos de esta edad, debido al servicio militar. Los jóvenes gozan además de una serie de ventajas laborales, y los patrones prefieren no cargar con esta legislación proteccionista.

Los jóvenes varones, en general, siguieron las tendencias de los hombres adultos, y los indicadores de participación en el mercado de trabajo permancieron relativamente estables en el conjunto del país y en las diferentes regiones. Las cifras sobre la participación de estas categorías de edad en el contingente total de trabajadores parecen contradecir la experiencia de los países desarrollados, cuyo paradigma de modernización postula una tendencia sistemáticamente descendente de la participación de los niños, adolescentes y jóvenes en la fuerza de trabajo a medida que avanza el proceso de desarrollo. Al respecto, en el país en conjunto disminuyó porcentualmente la participación de los niños y adolescentes en la población económicamente activa total; la baja fue menos acentuada entre estos últimos y la proporción se mantuvo prácticamente estable entre los jóvenes. Si se toma por separado la población rural y urbana, se comprueba en la primera una tendencia al decrecimiento o estabilidad en la participación de los niños (ésta pasa de 8.2% a 8.5%), adolescentes (9.2% a 9.5%) y jóvenes (14.8% a 14.4%). En la zona urbana, la participación se eleva en todos lo grupos: los niños pasan de 1.8% a 2.6%, los adolescentes de 5.4% a 6.7% y los jóvenes de 15.5% a 17.3%.

Para entender las tendencias entre los niños, adolescentes y jóvenes de sexo femenino, es preciso tener en cuenta en primer lugar que la situación entre las mujeres es muy diversa, como lo demuestra el gráfico 1, en el que se comparan las tasas masculinas y femeninas de participación,

Gráfico 1

BRASIL: TASAS DE ACTIVIDAD DE HOMBRES Y MUJERES SEGUN EDADES, 1970



Fuente: Bruschini (1985), con datos del Censo Demográfico de 1970 y del Perfil Estatístico de Crianças e Mães no Brasil, UNICEF, 1982.

Cuadro 1

BRASIL: TASA DE OCUPACION JUVENIL POR SEXO Y LOCALIZACION, 1970 Y 1980

Zonas de localización	Niños		Adolescentes 15-17		Adolescentes 18-19		Jóvenes		Total	
	1970	1980	1970	1980	1970	1980	1970	1980	1970	1980
Hombres										
Brasil										
Total	19.5	20.0	54.9	57.7	73.5	76.9	87.7	90.5	71.9	72.4
Zonas urbanas	6.6	11.3	38.8	50.4	61.4	73.3	82.2	89.0	65.5	70.3
Zonas rurales	33.4	35.6	73.4	72.2	87.0	85.0	94.6	90.0	80.1	78.8
São Paulo										
Total	13.1	15.6	57.9	64.6	74.7	82.8	88.8	93.0	72.3	75.3
Zonas urbanas	8.8	13.4	53.0	63.0	70.6	81.8	87.3	92.5	70.3	75.0
Zonas rurales	28.3	30.7	74.0	74.7	88.9	90.1	94.7	97.0	80.0	79.5
Pernambuco			15-19[a]							
Total	20.1	24.4	57.3	60.4	—	—	86.2	87.9	71.0	69.7
Zonas urbanas	4.3	11.7	35.6	49.4	—	—	77.2	85.2	58.1	64.5
Zonas rurales	37.6	42.2	81.7	78.8	—	—	96.9	93.5	75.3	78.2
Mujeres										
Brasil										
Total	6.5	8.4	21.4	27.4	27.3	37.1	27.7	38.5	18.2	26.6
Zonas urbanas	5.6	7.1	25.0	30.1	34.6	43.4	36.3	45.7	22.3	30.8
Zonas rurales	7.6	10.8	16.5	22.8	17.0	22.4	15.0	20.3	12.3	17.6
São Paulo										
Total	9.0	10.0	37.2	43.4	42.3	53.6	38.8	48.8	23.0	32.6
Zonas urbanas	9.1	9.2	39.3	43.9	46.9	57.0	43.4	51.5	25.5	34.2
Zonas rurales	9.0	14.7	28.1	39.3	21.8	30.5	15.6	25.0	11.3	20.6
Pernambuco			15-19[a]							
Total	5.0	8.9	18.8	24.7	—	—	24.2	34.9	17.0	25.4
Zonas urbanas	3.9	5.9	22.3	23.9	—	—	33.2	39.3	25.0	26.8
Zonas rurales	6.4	13.6	14.0	26.0	—	—	12.7	25.5	12.2	22.7

Fuente: 1970, tabulación especial: IBGE, *Perfil estatístico de mães e filhos*; Pernambuco, 1970, IBGE, *VIII Recenseamento Geral - 1970*. Serie regional. Vol. 1, tomo X. Censo demográfico. Pernambuco, 1980, IBGE, *IX Recenseamento Geral do Brasil - 1980*. Censo demográfico.

[a] No se dispone de datos por separado para los grupso de edades de 15 a 17 y de 18 a 19.

ra la autosubsistencia o para la comunidad local y ha obligado al trabajador a dedicarse a las actividades remuneradas como forma de sobrevivir. En consecuencia, durante el decenio se produjo un aumento grande de la salarización y de la monetización de los ingresos.

Como se sabe, el trabajo no remunerado tiende a subestimarse en los empadronamientos, sobre todo en los censos demográficos. Al comparar las diferencias entre los sexos, se comprueba que la subestimación de las mujeres es mucho más acentuada que la de los varones. En este sentido, la elevación de las tasas de actividad de los niños, jóvenes y mujeres en la zona rural puede corresponder en parte sólo a la monetización de las relaciones de trabajo.

En los datos aparece claramente que entre 1970 y 1980 hubo una baja de cuatro puntos porcentuales (16.7% a 12.6%) en la proporción de hombres que estaban en la fuerza de trabajo brasileña y no recibían la contraprestación monetaria correspondiente. Entre las mujeres, la caída fue aún mayor (47.2% a 38.9%). Como la proporción de no remunerados tiende a concentrarse en la población trabajadora infantil y joven, las bajas fueron más acentuadas en estos sectores. Naturalmente, en São Paulo, donde la destrucción de las antiguas formas de producción se debió a la actuación de un capitalismo mucho más vigoroso, la disminución de la proporción de trabajadores no remunerados también fue más acentuada, como lo demuestran los resultados comparados de los empadronamientos de 1970 y 1980. En el sector urbano de la economía, la participación de los trabajadores no remunerados ya era poco representativa en 1970, y prácticamente había desaparecido en 1980. En entrevistas realizadas en las encuestas sobre el terreno, se pudo comprobar que incluso los trabajadores familiares, es decir, los niños hijos de pequeños comerciantes, vendedores de ferias ambulantes, etc., exigían retribución por la colaboración que prestaban, fuese esta constante o esporádica.

Aunque interesa tener presente este aumento "artificial" en los niveles de participación de los llamados trabajadores secundarios, sin duda fue muy importante su aumento "real" que estuvo basado en el dinamismo de la economía industrial en franca expansión en el transcurso de los años setenta. Esta experiencia fue diferente a la del conjunto de América Latina y la explicación más aceptada de ello es la siguiente: "al revés de lo sucedido en muchos otros países, el crecimiento de la economía brasileña no se detuvo después de la primera crisis del petróleo en 1973. Aunque hubo una disminución considerable en los ritmos de expansión, sobre todo si se compara con las tasas de crecimiento industrial de 15 a 20% de la época del "milagro económico", la política gubernamental de aumento de la deuda externa a fin de financiar grandes proyectos industriales y de desarrollo, permitió mantener el crecimiento industrial hasta el final del decenio. Las dificultades comenzaron a agigantarse a partir de la segunda crisis del petróleo de 1979, cuando el gobierno adoptó una política "ortodoxa" de restricción del crédito y el gasto público, para hacer frente a los problemas de inflación y de balance de pagos" (Humphrey e Hirata, 1984).

Si bien es cierto que el dinamismo de la industria y de los servicios creó centenares de miles de nuevos empleos en los sectores más activos, no absorbió completamente el gran excedente de la fuerza de trabajo expulsada de las regiones rurales. Este excedente aumenta, día a día, el contingente de subempleados ligados a los servicios de consumo personal y del pequeño comercio, a las pequeñas actividades manufactureras y de reparación, con baja productividad, y a los sectores no monopolistas de la construcción.

Un conjunto de indicadores nos muestra que los jóvenes participan en ambas modalidades de empleo generadas en ese proceso, lo que contradice también otra idea frecuente: la de un proceso continuo y sistemático, que acompaña al desarrollo económico, de utilización del trabajo infantil y juvenil como forma de participación limitada en las llamadas subocupaciones del sector informal.

Si se toma como base la evolución de la estructura, en la distribución del empleo por sectores de la economía entre 1970 y 1980 se observa de inmediato la presencia de un factor que afectó fuertemente la reubicación de todos los trabajadores, independientemente del sexo, la edad y el lugar de residencia: la pérdida de importancia del sector primario en la absorción de la mano de obra. Tal pérdida generalizada refleja, ciertamente, el proceso intenso de urbanización que vivió el país en el presente decenio. En efecto, no obstante todos los intentos de fijar a la población

en el campo, el Brasil, al final del decenio de 1980, se define como un país eminentemente urbano.

La transferencia de la población del campo hacia la ciudad deriva de una serie de factores interrelacionados. "El cercado de las tierras en las regiones de las fronteras agrícolas todavía en expansión impidió la ocupación más intensa de esas zonas, al mismo tiempo que expulsó los residuos de las poblaciones de subsistencia. Paralelamente, la concentración de la propiedad agraria y la modernización del campo, tanto en las labores destinadas al mercado interno como externo, favorecieron los grandes desplazamientos humanos hacia las ciudades" (Patarra y Médice, 1983). Este es un proceso continuo desde el decenio de 1950, pero llega a su apogeo en el decenio de 1970. En el Brasil, durante este período, las modificaciones en las relaciones de trabajo del campo fueron tan intensas que exigieron incluso la reorganización de las categorías censales. La contrapartida de esta caída sustancial de la población ocupada en el sector agrícola es la expansión relativa de la población económicamente activa ocupada en los sectores secundario y terciario.

Además de esta observación general, cabe considerar temas tales como las diferencias en la distribución del empleo según regiones, así como por sexos y por edades.

En el conjunto del país, después de la pérdida relativa de 13 puntos porcentuales de trabajadores del campo que tuvo lugar durante los años setenta, la población trabajadora masculina se distribuyó entre los tres sectores de forma equilibrada. En São Paulo, la representatividad del sector agrícola era mucho menor (13.8%), y la fuerza de trabajo restante se dividía en proporciones muy próximas, siempre alrededor del 40%, con mayor porcentaje de ocupados en el sector secundario. En Pernambuco, que representaba al Nordeste, sector más castigado por el modelo de desarrollo impuesto, la situación era muy diversa: la agricultura concentraba casi la mitad de la población económicamente activa, seguida por el sector terciario. Más aún, en los sectores secundario y terciario, la proporción de trabajadores autónomos es mucho mayor.

Es un hecho ampliamente conocido que las condiciones históricas concretas configuraron en forma distinta los niveles y patrones de desarrollo de las diferentes regiones del país. Ya en 1940, las diferencias regionales eran marcadas, y se fueron ampliando a medida que se concentraban los beneficios en la región del Sudeste, especialmente en São Paulo; en el Nordeste, se hacen evidentes las deformaciones del desarrollo brasileño.

En ambos polos, durante el decenio de 1970, la participación de niños, y sobre todo de adolescentes y jóvenes, se localizó principalmente en el sector secundario de la economía, y dentro de éste, entre los empleados. En São Paulo, los niños pasaron de 17.6% en 1970 a 27.4% en 1980; los adolescentes, de 32.0% a 45.2% y los jóvenes de 40.0% a 51.0%. En Pernambuco, la tendencia fue también de crecimiento porcentual significativo, de la siguiente forma: de 2.8% a 6.9%; de 10.5% a 20.6% y de 18.7% a 30.7%.

Spindel (1985), al analizar sólo los trabajadores adolescentes registrados concluye que "cuando se hacen los cálculos sobre la base de los datos de la Ley de los 2/3 y de la "Rais" (relación anual de informaciones sobre sueldos), o sea, sólo para los menores registrados, se revela un dinamismo mucho más intenso. En el sector más capitalizado, la incorporación de menores, en los últimos 10 años, se dio a un ritmo más acelerado que en el mercado de trabajo en conjunto. La tasa de crecimiento de empleos para menores en el grupo de 12 a 17 años cumplidos fue del orden de 250%. De manera que se podría sacar la conclusión de que, además del "rejuvenecimiento" del trabajo urbano, se produjo también su "formalización"." Sin embargo, la gran novedad de los años setenta no fue sólo la elevación de las tasas de población activa de mujeres casadas y jóvenes de ambos sexos, sino también la "formalización" del empleo femenino en determinados sectores. Un examen detenido de la estructura del empleo en el transcurso de los últimos treinta años demuestra que el sector de prestación de servicios (con mayoría de profesoras y empleadas domésticas) perdió importancia, y su peso en la creación de empleos femeninos bajó de más de 50% a menos de 30% en el decenio de 1970. La contribución de las actividades sociales en la creación de empleos también disminuyó en el decenio de 1970; en cambio, hubo un incremento significativo de la ocupación femenina en el comercio y en las industrias de transformación.

La tendencia fue aún más evidente en São

Paulo. Salvo en el sector de servicios, las mujeres aumentaron más que la media general en todos los sectores de actividad urbana. El aumento más significativo se produjo en las industrias de transformación (vestuario, calzado, tejidos, material eléctrico, productos alimenticios y productos de materias plásticas y metalúrgicas).

Aunque haya habido también un aumento de las mujeres en empleos burocráticos, Hirata y Humphrey (1984), señalan que éstos no eran mayoritarios entre las empleadas en los establecimientos industriales de São Paulo: las mujeres constituían el 29.4% del total en los establecimientos de más de 50 empleados, pero ocupaban sólo el 28.9% de los puestos administrativos. Su presencia era escasa en las ocupaciones técnicas o en trabajos manuales calificados (salvo como costureras y operarias de máquinas overlock en las industrias textiles); se encontraban en gran número en ocupaciones semicalificadas. Constituían el 38.8% de la fuerza de trabajo semicalificada en la industria paulista, y tres de cada cuatro del total de mujeres empleadas estaban de una manera u otra ligadas a ocupaciones manuales de producción. Los mismos autores sugieren también que las vacantes en la industria se destinaron a las mujeres muy jóvenes. Ya en 1970 la fuerza de trabajo en la industria era muy joven, lo que se acentuó en el Estado de São Paulo en el último decenio. Las tasas de actividad para las mujeres jóvenes también aumentaron significativamente; además, hay claros indicios de que hubo un desplazamiento de mujeres jóvenes del sector de servicios hacia las ocupaciones industriales. Por su parte, las mujeres mayores y casadas se desplazaron hacia ocupaciones por día.

Para comprender la preferencia de los empleadores por mujeres jóvenes, cabe considerar, por una parte, que la socialización de las mujeres jóvenes ha privilegiado la obediencia a normas y patrones de comportamiento, lo que ciertamente interesa al empleador. Por otra parte, estos factores de carácter conductual adquieren un nuevo valor en la industria moderna: el de variables importantes de la buena relación entre el trabajador y la máquina. Como lo señala Spindel, "lo que los empleadores consideran "práctica" o "experiencia" en el trabajo de las niñas y jóvenes consiste muchas veces en lo que se llama "saber doméstico": la costura, para la industria del vestuario, o las habilidades de las bordadoras o tejedoras, que proporcionan un grado de capacidad muy apreciado en la industria eléctrica y electrónica, no sólo por la destreza manual, sino también por la práctica para memorizar entrecruzamientos de hilos en los procesos de montaje".

Los datos que anteceden, apuntan a la limitación que significa enfocar la problemática del niño o del joven trabajador centrándola, como se hace tradicionalmente, en los aspectos aparentes de marginalidad y pobreza. Es preciso considerar analíticamente el trabajo del niño y el adolescente (como se ha hecho con el trabajo de la mujer) como parte integrante y estructural del proceso social de producción.

2. *El salario*

En todos los sectores de la economía disminuyó, durante el decenio, la proporción de personas que percibían menos de un salario mínimo. Algunos estudios, aunque preliminares (Médici, 1983), previenen contra las conclusiones demasiado optimistas: durante el decenio de 1970 no se produjo una desconcentración de los ingresos, sino sólo un proceso de concentración menos pronunciado que en el decenio anterior. Tampoco cabe considerar el aumento salarial como una mejoría en la calidad de vida, dada la caída del valor real de los salarios en este período y las diferencias zonales. Aunque sea sin cifras desagregadas que permitan apreciar claramente estas diferencias, el tema de los salarios constituye la forma más concreta de evaluar los resultados de las condiciones de trabajo en general y de los niños, adolescentes y jóvenes en particular.

Durante los últimos diez años, los contingentes de baja remuneración siguieron siendo mayoritarios en la población. Nada menos que el 64% de los brasileños percibían sólo hasta dos salarios mínimos. Hay factores de cambio estructural que pueden estar influyendo en las cifras, como por ejemplo, la parcial eliminación del rubro trabajadores no asalariados, cuyos integrantes actualmente perciben un salario bajísimo. Además, en la población económicamente activa ha crecido la proporción de jóvenes y mujeres, reconocidamente peor remunerados: posiblemente crezca así la base de la pirámide de salarios individuales, mientras se reduce la base de la pirámide de ingresos familiares.

Este no es el lugar apropiado para analizar exhaustivamente los motivos e intereses del mantenimiento de esta jerarquía salarial con relación a la mujer. Basta recordar algunos factores que reconocidamente influyen en ello: el menor acceso de la mujer a cargos de jefatura y supervisión, la estrecha gama de oportunidades ocupacionales que se les ofrecen, su menor poder reivindicativo (consecuencia directa de un proceso de socialización que apunta a hacer de ellas seres dóciles y sumisos), y la menor tradición político-sindical de las actividades terciarias, en las que se concentran las mujeres, en comparación con las de la industria de transformación. En cuanto al trabajo de los jóvenes, la inferioridad de los salarios se justifica socialmente sobre la base de que el producto del trabajo del hombre joven es menos importante para la familia que el de los hombres adultos, y que el de la mujer joven es menos importante que el de la mujer adulta. Se universaliza así un patrón de tipo de familia, de división del trabajo por sexos y por edades, y de contribución al presupuesto familiar, que no siempre representa la realidad. En este punto vale la pena hacer una pregunta, aunque no pueda irse más allá de su simple formulación: ¿hasta qué punto pesó, en el mantenimiento de bajos salarios en el Brasil, la posibilidad de participación de otros miembros de la familia en el mercado de trabajo? Este recurso pudo mantener el nivel de consumo familiar o incluso mejorarlo, a pesar de los bajos salarios.

Las grandes diferencias salariales son, en todo caso, la manifestación más concreta y palpable de las relaciones de dominación y explotación que encierran las polarizaciones hombre/mujer, adultos/jóvenes, polo desarrollado/polo subdesarrollado, como se desprende claramente del cuadro 2.

No queda la menor duda de que la relación de dominación/explotación que más repugna es la que se establece entre Nordeste/Sudeste. Más de la mitad de la población económicamente activa masculina del Nordeste recibe menos de un salario mínimo. Este valor asciende a 76.6% entre las mujeres, por lo que se establece entre los sexos una diferencia de 22.6%. Comparativamente, la situación de São Paulo es substancialmente mejor. Entre los hombres, el 13.6% recibía hasta un sueldo mínimo. Este valor pasa a 35% en el caso de las mujeres; cabe observar, sin embargo, que la diferencia porcentual entre los sexos permanece invariable en ambos polos. Este tipo de desigualdades se repite en diversas regiones y en los diferentes grupos de edad. Para resumir el conjunto de resultados, podría decirse que los adolescentes reciben el doble del sueldo de los niños y los jóvenes el doble de los adolescentes. También es justo concluir, en general, que el sueldo de las mujeres tiende a ser la mitad del de los hombres.

Uno de los argumentos más frecuentes para justificar las diferencias salariales es el del número de horas trabajadas. Se supone que las mujeres y los jóvenes trabajan durante menor tiempo. Sin embargo, los antecedentes que relacionan promedios salariales, grupos de edad y horas trabajadas dejan en evidencia la falsedad de este argumento (Madeira, 1985). Los niños, los adolescentes y los jóvenes, en su gran mayoría, no están subempleados si se toma como indicador las horas trabajadas; en cambio, desde el punto de vista del nivel salarial, prácticamente todos ellos sí lo están. En realidad, los niños y los adolescentes continúan recibiendo sueldos bajísimos y se concentran en su gran mayoría en los que perciben hasta un sueldo mínimo.

Desde el punto de vista de la comparación entre los sexos, las menores diferencias se dan en el grupo de los adolescentes, lo que indica que el matrimonio es probablemente un factor que obliga a la mujer a aceptar trabajos de inferior nivel salarial.

3. *Los jóvenes y la crisis*

El período recesivo brasileño, iniciado en 1978, se traduce para ambos sexos en una contracción de la oferta de empleo en la industria, principalmente en São Paulo. Hirata y Humphrey (1984) indican que ésta afectó especialmente a la industria de transformación y, dentro de ésta, al sector de bienes de consumo duraderos. "En las plantas de montaje de automóviles hubo huelgas y movilizaciones contra los despidos en masa en 1981, y el empleo global en esa rama se redujo en más de un 20%. En dos empresas de construcción eléctrica y en una de repuestos para automóviles de São Paulo, estudiadas en 1982, la mano de obra contratada por hora se redujo en más del 50% a mediados de 1981; si bien se recontrató personal

Cuadro 2

BRASIL: DISTRIBUCION DE LA POBLACION ECONOMICAMENTE ACTIVA POR NIVELES DE INGRESO MENSUAL, 1980

Ingreso (medio) mensual	Hombres				Mujeres			
	Total	Niños	Adoles-centes	Jóvenes	Total	Niños	Adoles-centes	Jóvenes
Brasil								
Hasta 1/4 de salario mínimo	2.4	29.8	5.5	1.6	9.2	48.2	16.4	7.3
1/4 - 1/2	8.3	30.6	15.2	5.3	18.5	25.8	21.0	11.2
Más de 1/2 - 1	21.1	27.4	37.9	22.1	24.8	16.4	29.2	24.9
Más de 1 - 2	29.1	10.4	34.3	39.3	25.5	7.2	28.1	35.9
Más de 2 - 5	25.1	0.8	6.1	26.3	15.0	0.4	4.1	17.7
Más de 5	13.2	0.07	0.4	4.8	5.9	0.05	0.2	2.3
Sin declaración	0.3	0.1	0.3	0.5	0.3	0.1	0.3	0.3
Con ingreso	73.9	11.6	53.0	84.1	32.3	6.8	28.6	38.0
Sin ingreso	25.7	88.2	46.6	15.4	67.4	93.1	71.1	61.7
São Paulo								
Hasta 1/4 de salario mínimo	0.9	22.0	1.9	0.3	3.6	30.5	4.0	1.9
1/4 -1/2	2.9	23.9	5.5	0.7	9.6	27.6	11.4	4.2
Más de 1/2 - 1	9.8	33.2	25.9	6.7	22.0	26.1	29.7	17.3
Más de 1 - 2	28.7	19.1	53.8	40.0	33.7	14.7	46.5	43.6
Más de 2 - 5	36.2	1.1	11.8	43.4	21.9	0.6	7.8	28.9
Más de 5	20.9	1.0	0.6	8.2	8.4	0.05	0.2	3.7
Sin declaración	0.4	0.05	0.3	0.5	0.3	0.04	0.2	0.2
Con ingreso	80.7	14.7	66.8	89.6	39.8	10.7	46.3	49.8
Sin ingreso	18.9	85.3	32.9	9.9	59.9	89.3	53.5	50.0
Pernambuco								
Hasta 1/4 de salario mínimo	4.5	35.9	10.2	3.1	15.9	66.5	34.8	15.1
1/4 - 1/2	16.2	42.7	30.5	11.9	30.8	24.7	31.9	21.5
Más de 1/2 - 1	33.3	18.7	44.3	39.9	26.9	7.4	24.4	33.1
Más de 1 - 2	24.1	2.2	12.9	31.0	14.5	1.0	7.7	21.4
Más de 2 - 5	14.9	0.3	1.8	11.9	8.2	0.1	1.1	7.8
Más de 5	6.8	0.05	0.2	2.1	3.5	0.08	0.06	0.9
Sin declaración	0.3	0.1	2.9	0.5	0.3	0.08	0.2	0.2
Con ingreso	70.1	12.7	45.8	81.2	30.2	5.4	20.1	32.5
Sin ingreso	29.6	87.1	51.4	18.3	69.5	94.5	79.7	67.3

Fuente: Censo de 1980.

a fines de ese año, el contingente obrero siguió siendo muy inferior al de fines de 1980".

En esa época, varios reportajes mostraban cómo enfrentaban los desempleados la crisis: "después de buscar trabajo durante algún tiempo sin encontrarlo, el desempleado se las arregla como puede. Procura registrarse legalmente como trabajador por cuenta propia. Se transforma en vendedor ambulante, vendiendo pasteles, ropas y baratijas en general; instala su puesto en la feria o en los centros de la ciudad" (Caderno de Economia, Folha de São Paulo, 24 de febrero de 1985).

Las cifras correspondientes a 1983 muestran un incremento de los porcentajes de trabajadores en los sectores de comercio y servicios, donde se incluyen los "bicos" (trabajos inestables) y otras ocupaciones que no mantienen vínculos típi-

camente capitalistas con el mercado de trabajo; a ellas recurre el trabajador para hacer frente al desempleo. De hecho, los datos de la Encuesta Nacional de Hogares por Muestreo (Pesquisa Nacional por Amostra de Domicilios - PNAD) señalan que el número de trabajadores por cuenta propia o autónomos aumentó de 9 millones en 1976 a casi 11 millones en 1983, y que en el Estado de São Paulo el número de trabajadores autónomos aumentó un 51.2% en el mismo período, a una velocidad dos veces mayor que en todo el país. Esto último indica que, cuando la crisis hace necesario recurrir al trabajo informal, es más fácil encontrarlo en el polo más desarrollado del país.

No existen datos sobre el estado de la ocupación desglosados por sexo y edad respecto de 1983, por lo que no es posible comprobar si ese fenómeno fue más intenso entre los niños, adolescentes y jóvenes, y entre las trabajadoras. En verdad, los efectos diferenciados de la crisis económica sobre ambos sexos y diferentes grupos de edades no han sido todavía suficientemente aclarados. Hay quienes consideran que las propias condiciones discriminatorias en que se realiza la incorporación de las mujeres y de los jóvenes en la fuerza de trabajo pueden, en cierta forma, actuar como mecanismos de defensa en su favor. Hirata y Humphrey (1984) opinan que la misma división sexual del trabajo puede, hasta cierto punto, proteger a las mujeres (jóvenes o no) contra los efectos de la crisis económica: "La concentración de las mujeres en ciertos sectores de la actividad económica y en ocupaciones predominantemente femeninas limita la posibilidad de discriminación, por cuanto no se dan las condiciones para substituirlos por hombres". A su vez, Spindel, que entrevistó a adolescentes incluidos en el sector formal de la economía (incluso a algunos que trabajaban en los sectores que fueron más afectados por la crisis), sostiene que el simple hecho de que los jóvenes permanecieran en sus puestos, a pesar de los despidos masivos que tenían lugar en el período de la encuesta, permite deducir que ellos eran altamente valorizados en el mercado. En cambio, los mismos Humphrey e Hirata comprueban que en las empresas se justifica despedir en primer lugar a las mujeres y a los adolescentes, por cuanto éstos supuestamente no contribuirían de manera fundamental al presupuesto doméstico.

4. *Los jóvenes: ¿desempleo, inactividad o intermitencia?*

El desempleo juvenil como tal es en el Brasil semejante al del resto de América Latina, si se toman en cuenta los indicadores convencionales: las tasas de desempleo abierto son tradicionalmente muy bajas. Sin embargo, se sabe que estos datos tienen poco que ver con la real disponibilidad o deseo de ejercer una actividad remunerada constante por parte de la población joven brasileña. La gran mayoría de los jóvenes se encuentran en una situación de desempleo disfrazado, ya sea porque realizan trabajos precarios, comúnmente conocidos como "bicos", o porque son desempleados ya desalentados: han dejado de buscar trabajo, por falta de estímulo en el mercado.

Por otro lado, se sabe también que, cuando aumentan las posibilidades concretas de conseguir trabajo, como ocurrió en el Brasil durante el último decenio, el desempleo de los jóvenes llega a alcanzar valores altísimos, en general, más de la mitad de los desocupados totales.

Sin embargo, para evaluar este fenómeno es necesario utilizar una metodología apropiada, lo que se hizo, por ejemplo, en el caso de la Encuesta sobre empleo y desempleo en la zona metropolitana de São Paulo (Pesquisa de Emprego e Desemprego na Grande São Paulo), realizada por el SEADE (Fundação Sistema Estadual de Análise de Dados) y el DIEESE (Departamento Intersindical de Estatísticas e Estudos Sócio-Econômicos) (cuadro 3). En dicha encuesta se define como desempleado al individuo que se encuentra en una de las siguientes situaciones:

a) Desempleo abierto: buscó efectivamente trabajo en los últimos 30 días anteriores al día de la entrevista y no ejerció ninguna otra ocupación en los últimos siete días.
b) Desempleo oculto por el trabajo precario: realiza, en forma aislada, algún trabajo remunerado o no remunerado de ayuda en negocios de parientes, y se encuentra en una situación de búsqueda de trabajo.
c) Desempleo oculto por el desaliento: no tiene ningún trabajo, no buscó en los últimos 30 días por falta de estímulo del mercado de trabajo o por circunstancias fortuitas, habiéndolo buscado anteriormente hasta hace un año, como máximo.

Cuadro 3
SÃO PAULO: TASAS DE DESEMPLEO ABIERTO Y OCULTO, 1984

	Total	Abierto	Oculto
Sexo:			
Femenino	15.5	10.1	5.4
Masculino	10.4	5.6	4.8
Edad:			
10-14	39.7	24.0	13.0
15-17	34.8	22.3	
18-24	16.2	10.4	5.9
25-39	8.2	4.5	3.8
40 años y más	6.0	2.9	3.1

Fuente: Departamento Intersindical de Estatísticas e Estudos Sócio-Económicos (DIEESE), Sao Paulo, octubre a diciembre de 1984.

Los datos muestran que el desempleo, tanto abierto como oculto, es particularmente agudo entre los jóvenes. Cabe destacar, además, que no se trata solamente de desempleo de niños o adolescentes, sino que también es altísimo entre los jóvenes de entre 20 y 24 años; casi la mitad del desempleo de los niños o adolescentes.

Aunque los datos no estén separados por edad y sexo, cabe suponer, dada la tendencia general, que el desempleo afecta particularmente a la mujer joven. Sin embargo, esta comprobación no es sólo motivo de pesimismo. El simple hecho de que las jóvenes asuman abiertamente la necesidad de trabajar significa que efectivamente se abrieron oportunidades de empleo para ellas y que están dispuestas a aprovecharlas; por lo tanto, han dejado de formar parte del desempleo oculto.

En otra encuesta (Madeira, 1985a), se comprobó que entre los sectores populares de la zona metropolitana de São Paulo el simple hecho de cumplir quince años coloca al joven, desde su propia perspectiva o desde la de su familia, en una situación de disponibilidad e intenso deseo de trabajar. En esta misma encuesta, la utilización con un pequeño grupo de una técnica complementaria, de naturaleza cualitativa, reveló aspectos interesantes de este alto nivel de desempleo entre los jóvenes. Se trataba de jóvenes que estaban concluyendo la enseñanza media, pero cuyas familias percibían hasta cinco salarios mínimos de renta familiar; por lo tanto, se podía hablar de población pobre. En aquella ocasión, prácticamente todos se declararon desempleados, pero no por dificultad en encontrar empleo, sino porque el que podían conseguir no correspondía a sus expectativas. En el caso de las jóvenes, por ejemplo, cuya opción era el trabajo doméstico, tanto la familia como la joven misma preferían que se empleara la madre (en general, por días o en firmas de limpieza) y que la hija la sustituyera en el hogar.

Lo más interesante fue comprobar en los datos una enorme intermitencia en las actividades de los jóvenes. Aunque la naturaleza de la encuesta no permite generalizar, podría sugerir que el comportamiento de un número considerable de jóvenes responde, sobre todo en las niñas y adolescentes, a un rápido paso de una doble actividad (escuela y trabajo) a una actividad única (escuela o trabajo) o a la inactividad total. Esto no significa necesariamente que la naturaleza del trabajo fuese inestable; por el contrario, frecuentemente la actividad en sí era bastante formalizada, sólo que a menudo se la consideraba como algo transitorio, a veces con la finalidad única de adquirir un determinado bien, como una bicicleta, un equipo de sonido, etc. Algunos jóvenes pasaban tanto y tan rápidamente de una a otra situación que la impresión que dejaban era que podrían asimilarse a cualquier categoría —la de doble ocupación, la de estudiante, la de trabajador o la de inactivo— dependiendo del momento.

Tal inconstancia refleja ciertamente, que su responsabilidad es sólo relativa. Plantea además una pregunta: ¿se presta la rigidez de las categorías actividad/inactividad u ocupación/desocupación para definir la situación específica del niño o del adolescente? Como consideración final, cabe destacar la importancia de las inferencias que se hacen a partir de las categorías de actividad/inactividad. El problema de la droga y de la delincuencia se halla frecuentemente asociado a la inactividad; sin embargo, dada la intermitencia ocupacional a la que se ha hecho referencia, se encuentran jóvenes (y hasta niños) vinculados al consumo o a las cadenas de drogas tanto entre aquellos "integrados en una actividad" como entre aquellos que pasaron recientemente por un período de inactividad.

III

La escuela, actividad para pocos jóvenes

El estado del sistema educacional brasileño no corresponde al nivel de crecimiento y modernización de los sectores básicos de la economía que llevaron al país a una posición relativamente destacada en la periferia del sistema capitalista. De hecho, considerada exclusivamente desde el punto de vista de los indicadores relativos a la educación, la situación social del Brasil es crítica, y muy grande la proporción de niños, adolescentes y jóvenes que permanecen todavía sin instrucción.

Al situar al Brasil en el marco latinoamericano, puede apreciarse mejor la dimensión comparativa de sus niveles de analfabetismo (cuadro 4).

Cuadro 4
AMERICA LATINA (SEIS PAISES): ANALFABETISMO DE LOS JOVENES DE 15 A 24 AÑOS, 1980

Países	Total	Porcentajes
Argentina	85 559	1.9
Brasil	3 917 520	15.7
Chile	43 065	1.8
México	905 091	6.5
Panamá	17 106	4.7
Perú	217 524	6.3

Fuente: UNESCO (1984).

Al considerar el último decenio, puede apreciarse una enorme distancia entre los planes y la realidad. El Primer Plan Sectorial de Educación y Cultura (1971-1974) pretendía erradicar el analfabetismo a fines del siglo y para fines de 1970 establecía como meta un analfabetismo de sólo 10%. Para ello, el Plan preveía la expansión de la escolaridad obligatoria, el aumento de la oferta de vacantes en la enseñanza elemental y la creación de un organismo especializado para la alfabetización de adultos.

Los datos de los cuadros 5 y 6 prueban que, si bien a fines del decenio, se redujeron los índices de analfabetismo, una proporción considerable de personas permanecen sin instrucción. Los progresos realizados han sido lentos y no hay buenas perspectivas de solución: ya el fenómeno no afecta sólo a la población de mayor edad (lo que sería sólo el vestigio de una deficiencia anterior) sino que a todas las edades, incluso a los jóvenes que corresponden al actual sistema de enseñanza. Es decir, los porcentajes indican que el analfabetismo no está siendo detenido en su origen.

Lo que más llama la atención en los cuadros indicados son las enormes desigualdades regionales. En un trabajo anterior (Madeira, 1985a) se comprobó que el 50% de los analfabetos brasileños entre 15 y 24 años se encuentran en la zona rural del Nordeste, y que sigue siendo amplia la distancia entre las tasas de analfabetismo de las zonas urbanas y rurales del Brasil. Si se considera el grupo de edades entre 15 y 24 años, cuyas tasas de escolaridad tienden a ser las más elevadas, se comprueba que, en las ciudades durante el período 1976-1982, el analfabetismo tiende a estabilizarse en 7.5% para los hombres y 6.5% para las mujeres; en las zonas rurales, los porcentajes respectivos son alrededor de 30% y 23%.

En otros dos indicadores de fracaso escolar frecuentes en América Latina, la deserción escolar y la repetición, son también importantes en el Brasil. De 100 niños que ingresaron en 1972 al primer año de enseñanza primaria, sólo 8 consiguieron en 1983 matricularse en el último año de enseñanza secundaria. Por otra parte, se calcula que los niños brasileños se demoran en promedio doce años para concluir la enseñanza primaria, cuya duración es de ocho años.

A pesar de estos indicadores pesimistas, los cuadros 5 y 6 sugieren claramente que en el transcurso del último decenio aumentó considerablemente la escolaridad de los niños y de los jóvenes brasileños, y sobre todo de la población *joven trabajadora*, así como del *grupo que combina cotidianamente la escuela y el trabajo*.

Los datos demuestran también que en el transcurso del decenio la escolaridad se transformó en una credencial de mayor importancia, ya que los niveles de escolaridad de niños, adolescentes y jóvenes en la población económicamente

Cuadro 5

BRASIL: DISTRIBUCION DE LAS MUJERES QUE ESTAN EN LA POBLACION ECONOMICAMENTE ACTIVA Y FUERA DE ELLA, SEGUN AÑOS DE ESTUDIO, 1970-1980

Años de escolaridad	Niñas				Adolescentes				Jóvenes				Total			
	1970		1980		1970		1980		1970		1980		1970		1980	
	En la PEA	Fuera de la PEA	En la PEA	Fuera de la PEA	En la PEA	Fuera de la PEA	En la PEA	Fuera de la PEA	En la PEA	Fuera de la PEA	En la PEA	Fuera de la PEA	En la PEA	Fuera de la PEA	En la PEA	Fuera de la PEA
Brasil																
1 - 4	58.3	54.7	58.0	59.7	52.6	41.5	38.8	37.8	38.9	42.6	30.8	43.9	39.7	42.3	38.8	48.0
5 - 8	10.5	14.9	20.4	16.5	18.9	22.4	34.4	33.3	16.1	12.1	23.5	19.6	14.2	12.1	16.1	15.6
9 - 11	0.2	0.2	—	—	5.7	8.1	15.4	11.7	9.3	5.6	26.9	11.4	6.5	3.3	14.0	5.4
12 o más	—	—	—	—	2.2	1.2	0.9	0.5	18.2	4.4	10.4	3.8	11.4	1.7	7.4	1.2
Sin instrucción	31.0	30.2	21.6	23.9	20.6	26.7	10.5	16.6	17.4	35.2	8.4	21.1	28.2	40.5	23.6	29.7
São Paulo																
1 - 4	77.5	65.7	61.8	65.8	65.5	46.2	34.6	30.2	52.6	58.1	32.5	47.5	53.8	53.6	42.0	53.2
5 - 8	13.0	25.6	31.3	26.6	17.2	25.3	42.0	43.8	10.9	7.8	25.5	24.5	9.0	10.8	19.5	19.5
9 - 11	0.2	0.3	—	—	6.9	15.9	18.3	19.7	10.0	7.5	24.3	12.7	6.9	5.0	13.9	7.1
12 o más	—	—	—	—	2.1	3.0	1.1	0.9	17.5	8.9	13.3	6.7	13.3	8.4	9.2	2.1
Sin instrucción	9.3	8.3	6.9	7.5	8.2	9.5	4.0	5.3	9.0	17.6	4.3	8.7	17.0	27.2	15.3	17.9
Pernambuco																
1 - 4	32.5	42.7	45.0	53.2	34.7	33.1	36.5	34.1	27.1	29.6	26.1	33.4	26.7	30.2	30.8	38.5
5 - 8	4.8	10.4	8.7	11.6	14.7	23.1	23.2	30.2	16.2	13.7	19.1	18.3	12.2	11.2	11.2	13.7
9 - 11	—	—	—	—	3.3	5.0	12.0	9.8	7.1	4.8	27.6	12.6	4.4	2.3	11.8	5.1
12 o más	—	—	—	—	1.8	0.7	0.6	0.3	16.5	3.5	8.4	3.3	10.0	1.3	6.3	0.9
Sin instrucción	62.6	46.8	46.3	35.2	45.5	38.1	27.7	25.5	33.1	48.2	18.1	32.3	46.6	54.8	39.9	41.8

Fuente: Censos de 1970 y 1980.

Cuadro 6

BRASIL: DISTRIBUCION DE LOS VARONES QUE ESTAN EN LA POBLACION ECONOMICAMENTE ACTIVA Y FUERA DE ELLA, SEGUN AÑOS DE ESTUDIO, 1970-1980

Años de escolaridad	Niños				Adolescentes				Jóvenes				Total			
	1970		1980		1970		1980		1970		1980		1970		1980	
	En la PEA	Fuera de la PEA	En la PEA	Fuera de la PEA	En la PEA	Fuera de la PEA	En la PEA	Fuera de la PEA	En la PEA	Fuera de la PEA	En la PEA	Fuera de la PEA	En la PEA	Fuera de la PEA	En la PEA	Fuera de la PEA
Brasil																
1 - 4	41.0	53.8	49.5	58.5	45.1	39.7	39.6	34.6	44.1	36.0	40.6	31.9	43.6	46.2	45.4	48.0
5 - 8	8.8	13.8	16.8	13.4	16.7	26.4	18.9	34.9	14.0	14.4	22.6	18.6	11.0	16.5	14.7	19.4
9 - 11	0.1	—	—	—	4.5	8.7	9.1	11.7	6.7	10.0	15.2	18.8	4.3	3.5	8.0	5.1
12 o más	—	—	—	—	0.6	1.4	0.3	0.5	5.2	13.4	4.4	11.0	5.0	1.9	4.9	1.4
Sin instrucción	50.0	32.2	33.7	28.1	33.0	23.8	20.1	18.2	29.9	26.0	17.1	19.5	36.0	31.7	26.4	26.0
São Paulo																
1 - 4	69.4	66.5	59.6	69.0	61.4	40.3	36.4	24.3	59.4	37.5	41.8	25.4	57.8	54.6	50.0	52.9
5 - 8	19.2	24.5	32.6	21.7	21.3	32.8	44.9	47.3	11.5	10.2	27.7	18.2	8.0	22.5	19.4	26.4
9 - 11	0.4	0.3	—	—	7.4	21.2	13.1	22.0	9.3	13.5	17.6	25.3	6.2	5.6	9.9	7.6
12 o más	—	—	—	—	1.1	2.6	0.5	0.9	8.1	28.6	6.6	23.3	7.9	3.7	7.2	2.6
Sin instrucción	11.0	8.7	7.8	9.3	8.8	0.8	5.1	5.3	11.7	10.0	6.3	7.7	20.0	13.5	13.5	10.4
Pernambuco																
1 - 4	19.7	39.8	31.0	49.5	27.9	36.9	33.0	20.8	29.1	26.2	32.1	24.4	28.3	34.5	33.6	41.0
5 - 8	2.5	8.9	4.7	8.8	11.4	24.8	18.4	30.4	13.4	16.7	18.3	19.1	9.4	13.7	10.6	15.8
9 - 11	—	—	—	—	1.9	5.1	5.4	9.0	4.5	8.6	13.8	18.7	2.8	2.4	6.4	4.3
12 o más	—	—	—	—	0.3	—	0.2	0.4	3.6	9.3	3.2	8.2	3.5	1.3	3.4	1.0
Sin instrucción	77.8	51.2	64.3	41.7	58.4	—	42.9	28.2	49.3	39.1	32.6	29.5	55.9	48.1	46.3	37.9

Fuente: Censos de 1970 y 1980.

activa (PEA) son más elevados que los de quienes están fuera de la PEA. Esta comprobación es particularmente verdadera respecto de São Paulo. Este hecho, sugerido por las cifras en un plano global, pudo comprobarse mediante un estudio de metodología más cualitativa, aplicada en sectores populares de la sociedad paulista (Madeira, 1985a).

Las entrevistas a jóvenes entre 14 y 20 años de edad de zonas periféricas de la capital paulista, demostraron que para cursar hasta octavo año tanto las familias como los adolescentes y jóvenes mismos hacían enormes sacrificios, que entrañaban no sólo el desgaste físico cotidiano —pocas horas de sueño, falta de tiempo hasta para comer, etc.— sino también la privación de algunos bienes de consumo, o la postergación de su compra. El interés por finalizar "al menos" la educación básica justifica también los frecuentes regresos a la escuela, a pesar de las repeticiones o interrupciones por los más diferentes motivos.

El hecho mismo de trabajar contribuye a aumentar el esfuerzo del joven y de la familia por permanecer en la escuela. Más que al contenido mismo de la enseñanza, esta actitud corresponde a la conciencia de que, a medida que se amplía el acceso al sistema escolar, aumentan las exigencias para la admisión de trabajadores en las ocupaciones, incluso poco calificadas, de los diversos sectores de la economía; esto se pone de manifiesto en las experiencias de los mismos entrevistados.

La importancia del nivel de escolaridad como credencial se confirma y completa con declaraciones de empleadores. Spindel (1985) comprobó que los empresarios grandes y medianos entrevistados, consideran la escolaridad como el factor más importante en la selección de los adolescentes. No se interesan mayormente en los conocimientos específicos adquiridos en el sistema de enseñanza, sino en "el hábito de obediencia a ciertas normas y patrones de comportamiento más o menos homogéneos, que otorguen al empresario cierta seguridad para prever las reacciones del menor ante las condiciones de disciplina y de trabajo" (Spindel, 1985).

La visible transformación de los niveles educativos de la población joven trabajadora del Brasil es ya manifiesta entre los niños. Para el conjunto del país, en 1970 el 9.0% de los niños que trabajaban habían cursado los cinco años iniciales. En 1980, esta proporción aumenta al 16.8%; la proporción de los niños con ese nivel de educación que estaban fuera del mercado de trabajo permaneció inalterada. Por otra parte, bajó sustancialmente la proporción de los niños trabajadores sin instrucción. Naturalmente, el efecto del incremento de la expansión de la asistencia escolar es más perceptible en São Paulo, donde en 1980 nada menos que el 32.5% de los niños que trabajaban ya habían cursado los cuatro años iniciales.

Entre los adolescentes, las diferencias son aún más perceptibles y se puede apreciar que se incrementa la enseñanza secundaria entre los adolescentes trabajadores.

La segunda tendencia sugerida por los datos globales —la combinación entre escuela y trabajo— puede examinarse mejor al comparar la situación de São Paulo con la de Pernambuco.

Todo indica que la escolaridad obligatoria por ley sólo es una conquista real para los sectores populares en la metrópolis paulista. Es evidente que la proporción de jóvenes y adolescentes que concluyeron el curso básico es mucho mayor en São Paulo. Entre los hombres, en 1980, este nivel fue alcanzado por el 25.3% de los jóvenes; en Pernambuco, en cambio, el porcentaje era de alrededor del 18.7%. Lo mismo ocurrió entre las mujeres jóvenes. Sin embargo, y puesto que la expansión de la escolaridad más allá de los cuatro primeros años de enseñanza básica es un fenómeno bastante reciente, propio del decenio de 1970, se hace más evidente entre los adolescentes. En 1970, sólo el 21.3% de los adolescentes paulistas de sexo masculino que estaban en el mercado de trabajo habían sobrepasado el nivel de los cuatro primeros años de enseñanza básica. Diez años después, este porcentaje se había duplicado con creces. La tendencia es aún más fuerte entre las adolescentes del sexo femenino: en 1970, sólo el 17.2% de las que trabajaban habían finalizado la enseñanza primaria, mientras que en 1980, el porcentaje era de 42.0%, muy próximo al de los varones. Entre los que no estaban incluidos en la PEA, el crecimiento, aunque también significativo, fue menor.

En Pernambuco, las tendencias fueron algo diferentes. No sólo por los niveles inferiores de instrucción, sino también por un crecimiento menos intenso. En 1970, sólo el 11.4% de los adolescentes varones que trabajaban poseían un

nivel de escolaridad superior a los cinco años. Diez años después, este porcentaje se elevó al 18.4%. En el caso de las adolescentes de sexo femenino, tampoco se registró una tendencia a una mayor inserción en el mercado de trabajo. A diferencia de lo que ocurre en São Paulo, es mucho mayor la proporción de los que finalizaron la enseñanza primaria pero están fuera del mercado de trabajo.

En resumen, São Paulo no sólo ofrece más oportunidades de trabajo para los adolescentes de ambos sexos, sino que también mayor oportunidad para extender la escolaridad.

Los datos indican que el atraso escolar es, por otra parte, un fenómeno bastante generalizado, lo que plantea el tema de la relación entre asistencia a la escuela y trabajo. Para analizarlo, fue esclarecedora la encuesta de naturaleza cualitativa: puso de manifiesto que no se puede considerar simplemente a la escuela como factor de expulsión del joven del mercado de trabajo. Por el contrario, lo más frecuente en la zona metropolitana paulista es que ambas actividades se complementen; es decir, que el trabajo propicie la permanencia en la escuela. Al analizar en dicha encuesta los motivos de interrupción de los estudios, más que la necesidad de trabajar, se plantearon dificultades de acceso a la vida escolar —"la escuela era larga", "no tenía escuela", "no tenía vacantes"— o situaciones vinculadas a la propia estructura de la enseñanza, en lo que se refiere a la organización, el contenido y la didáctica. Los jóvenes suelen llegar a los 15 años bastante atrasados en sus niveles de escolaridad, lo que destaca la importancia de los cursos nocturnos y suplementarios. Los datos son bastante claros: la creación de cursos nocturnos y suplementarios constituye la garantía más concreta de la posibilidad de conciliar la escuela con el trabajo y mediante ellos se está democratizando la escolarización de los jóvenes. Casi la mitad de los jóvenes de la ciudad de São Paulo estudian después de las 18 horas, aunque solamente el 80% de ellos estaban disponibles para el trabajo, ya fuera trabajando o desempleados. Lo dicho por las familias confirma que la posibilidad de estudiar siempre está estrechamente vinculada a la de trabajar. La escuela y el trabajo aparecían tan interrelacionados que era difícil para el joven (y también para la familia) decidir cuál era más importante. Algunas veces, el ingreso del joven no bastaba para sufragar todos los gastos escolares, y la familia debía complementarlo. En otros casos, el joven financiaba su propio sustento y casi siempre la escuela, y su salario se convertía también en una contribución a la renta familiar. De cualquiera manera, sin embargo, el salario facilitaba la permanencia en la escuela.

En cuanto a los ingresos promedio según los diversos niveles de escolaridad, lo primero que cabe destacar es no sólo la clara relación positiva entre los años de estudio y los salarios, sino también la existencia de separaciones muy nítidas según años de estudio. Así, en cuanto a salarios, hay gran diferencia entre los sin instrucción y los que tienen instrucción elemental; sin embargo, no es tan clara en el caso de los que tienen más de los cuatro primeros años de enseñanza. Las mayores diferencias salariales se producen entre la enseñanza media y la superior. En todo caso, estas diferencias son más importantes para la población total que para la población joven, y también más para los hombres que para las mujeres.

Aunque los niveles salariales, medidos en términos de salarios mínimos promedio, aumentaron en los últimos diez años, el incremento se produjo sobre todo en los niveles de mayor escolaridad, especialmente a partir del nivel secundario. Este hecho apunta también al proceso de concentración del ingreso ocurrido en este período.

Las disparidades salariales entre hombres y mujeres, y el hecho de que se acentúen a medida que se avanza hacia niveles educacionales más elevados, constituyen un factor ampliamente conocido, pero que continúa provocando cierto asombro. En 1980, la mediana de los salarios para el curso superior entre los hombres era casi diez salarios mínimos y entre las mujeres era de cuatro salarios mínimos.

IV

La familia y el joven: entre el conflicto y la solidaridad

Se puede esperar que todos los cambios a que se ha hecho referencia tengan enormes repercusiones en la organización familiar y su papel socializador. La monetización de la economía y la posibilidad de trabajar de los diferentes miembros de la familia, rompen ciertamente la antigua estructura centralizada en el jefe, y el poder de éste se ve cuestionado también por la mayor escolaridad de los hijos: es bastante frecuente que padres analfabetos convivan con hijos cuya escolaridad ya alcanzó la enseñanza media.

En el fondo, se plantean las preguntas siguientes: ¿Qué capacidad tienen los padres para entender las nuevas representaciones surgidas de una diferente formación y organización del ingreso familiar? ¿Cuál es su reacción ante el trabajo de la mujer, y de la nueva imagen de la maternidad que de él se desprende? En cuanto a las hijas ¿cómo reaccionan los padres ante su trabajo remunerado, su consiguiente autonomía, e incluso la generalización del uso de anticonceptivos? Por último ¿cuáles son las nuevas formas de gestión y manifestación de autoridad en la familia?

Aunque al respecto se ha sistematizado escasamente, las grandes generalizaciones existentes siempre intuyen la existencia de un enorme conflicto entre las generaciones, responsable en parte por el crecimiento de la delincuencia juvenil y de la difusión de la droga entre los jóvenes de América Latina.

Aun cuando no sea éste el espacio apropiado, cabe recordar que los estudios de familia no han dado hasta ahora un lugar preponderante a este problema. La familia ha sido rescatada recientemente como objeto de estudio por dos líneas de preocupación académica: los estudios de estrategias de supervivencia familiar de poblaciones de bajos ingresos y los estudios sobre la condición de la mujer. Ambos enfoques acabaron por destacar en la noción de familia los aspectos de armonía y solidaridad, teniendo presente el objetivo común de sus miembros: conseguir el bienestar familiar.

Si bien el supuesto de la solidaridad y de la armonía está siendo cuestionado incluso desde estos mismos enfoques, es interesante señalar que, al encararse la temática de la familia desde el punto de vista de los jóvenes, aflora de inmediato la dimensión del conflicto. En este sentido, el conjunto de trabajos realizados por la CEPAL en torno al Año Internacional de la Juventud es un ejemplo vivo y claro de ello.

En resumen, sabemos que tanto el conflicto como la solidaridad existen en las familias, y que según cuál sea el actor social que se tome como punto de referencia, cada una de estas dimensiones tiende a asumir diferente importancia. Sin embargo, lo que más interesa destacar en el presente trabajo es cómo, mediante la combinación o el contrapunto de la solidaridad y el conflicto, incluso una especie de juego de contrapunto, se torna posible a veces para el joven elevarse a niveles sociales por encima del nivel medio alcanzado por su grupo social de origen y, en esta forma, disfrutar más intensamente de la "identidad joven". Este proceso puede apreciarse en el Brasil, en una parte de la población de los llamados sectores populares, sobre todo los paulistas, si se examina la información proveniente de los censos demográficos, la Encuesta Nacional de Hogares por Muestreo (PNAD) y el estudio de casos sobre la integración entre trabajo y escuela en la vida de los jóvenes de los sectores populares paulistas.

Dicha información revela la relación inversa entre las tasas de participación y el nivel de ingreso familiar, lo que está absolutamente dentro de lo esperado. Sin embargo, paralelamente se comprueba que en los grupos cuyo ingreso familiar es razonable hay una proporción significativa de adolescentes y jóvenes que trabajan. De modo que es erróneo presuponer que es sobre todo la pobreza, la necesidad de mantener un mínimo nivel de vida, lo que impele a los jóvenes, principalmente a los adolescentes, a buscar una actividad remunerada. Habría entonces que cambiar la expresión "estrategias de supervivencia" por

"estrategias familiares de estilo de vida". En ese sentido, no se hablaría sólo de un fenómeno referido a los sectores más empobrecidos, y se podría abarcar todos los segmentos y grupos sociales.

Existe otro supuesto inexacto: la familia impone al joven el trabajo, ya sea por problemas materiales objetivos o por la convicción de que el trabajo es "escuela de la vida" o un proceso importante de socialización del futuro trabajador. Esa forma de considerar el trabajo del joven pasa por alto la perspectiva del actor social específico "joven". Para alguien cuya "autonomía es sólo relativa", y procura aumentarla, el hecho de trabajar y recibir algún salario, sólo puede significar libertad. Otros autores ya lo han observado, pero refiriéndolo exclusivamente a los jóvenes de los sectores medios de la población. Bourdieu, por el contrario, detecta también este fenómeno en la población obrera y señala que no se trata de un fenómeno latinoamericano. Comenta que "una de las razones por las cuales los adolescentes de las clases populares quieren comenzar a trabajar muy pronto es el deseo de ascender lo más rápidamente posible a la categoría de adulto y las capacidades económicas asociadas a ella: disponer de dinero para consolidar su posición en relación con sus compañeros y con las muchachas, y por lo tanto para ser reconocido y reconocerse como un hombre" (Bourdieu, 1983). Por lo menos tres investigaciones realizadas en el Brasil destacaron con mucha claridad el sentido de "libertad" contenido en la decisión de trabajo de los jóvenes. Ser libre significaba poder tomar con mayor autonomía decisiones sobre su vida, principalmente sobre el consumo y la permanencia en la escuela (Gouveia, 1982; Spindel, 1985; Madeira, 1985b).

Las conversaciones con los jóvenes permiten comprobar que el consumo propio de ese grupo de edad, como la ropa (*jeans* de marca, los shorts deportivos, las zapatillas de tenis, etc.), el tiempo libre y los equipos de sonido (grabadoras, cassettes, los bailes de fin de semana) constituyen un tema de discusión y controversia permanente en el seno familiar. La disponibilidad de dinero, de un salario, significa sobre todo la posibilidad de un mayor poder de negociación con la familia. El joven que trabaja ve aumentado su poder y garantizados sus privilegios dentro de la familia. Finalmente, la necesidad de ostentar marcas visibles de pertenecer a la categoría de los jóvenes, sobre todo aquellas difundidas por los medios de comunicación, es uno de los puntos claves de fricción con la familia, y fuente de intensos y violentos conflictos. Las presiones consumistas entre los jóvenes constituyen un fenómeno generalizado en América Latina, y los medios de comunicación tienden a ofrecer un conjunto integrado de símbolos y representaciones de lo que es ser joven.

Al respecto, puede ser oportuno destacar las características específicas de la situación brasileña. La primera es que muchos jóvenes pueden pasar de la simple aspiración al consumo efectivo porque consiguen empleo. Esto es tan cierto que es posible detectar el aumento del consumo de los bienes destinados a los "jóvenes populares" ocurrido recientemente. La proporción de discos y cassettes de música popular brasileña pasó del 63% en 1977 al 69.9% en 1980, mientras que el total de unidades de música popular internacional bajó de 35.4% a 28.9% en el mismo período (Micelli, 1983). En lo que se refiere a ropas, una encuesta realizada en São Paulo muestra claramente que el mayor porcentaje (59%) de los que declararon que se proponían comprar ropa en un futuro próximo eran jóvenes de entre 15 y 29 años. Entre los sectores de menores ingresos, la proporción de los que pretendían consumir ropa era mayor. (La compra que más interesaba era la ropa exterior, la que influye en la figuración social, Revista Novidades da Moda, Nº 202, junio de 1976. Encuesta regular hecha en São Paulo por organismos de investigación de la opinión pública).

A su vez, el consumo del joven se basó en otras dos características del decenio. La primera, la difusión del sistema de compras a crédito. La segunda, los sorprendentes avances de las telecomunicaciones en el Brasil. En 1975, la televisión llegaba al 40% de la población urbana; hoy, al 75% de la misma población. En las zonas rurales, de cada 20 hogares, tres poseían tal equipamiento. El avance de la industria electrónica en el Brasil se ha producido como consecuencia de las enormes inversiones en la esfera de las telecomunicaciones realizadas por el gobierno autoritario de 1964, teniendo presente la integración nacional. Micelli (1983) sugiere que el consumo de la televisión en el Brasil está íntimamente relacionado con el capital escolar de su público. "El

hecho bruto y brutal del analfabetismo, en las proporciones considerables en que subsiste en la sociedad brasileña, constituye la palanca decisiva de la colosal penetración de la televisión en el país". Considera a la televisión como una especie de sistema de enseñanza paralelo e integrador: "A pesar de que la sociedad industrial de consumo está fuertemente concentrada en las regiones del sudeste y del sur del Brasil, como lo demuestran exhaustivamente los datos disponibles acerca de la distribución regional de la mayoría de los bienes culturales, y que persisten las disparidades de ingresos entre regiones y grupos sociales, la industria cultural brasileña está contribuyendo decisivamente al proceso de unificación del mercado de bienes culturales al actuar como un "sistema de enseñanza paralelo" y al exponer a los sectores sociales subalternos a transmisiones y mensajes en cierta medida desagregadores de su repertorio original de lenguaje, valores y significado".

La posibilidad de estudiar también está estrechamente relacionada con la posibilidad de trabajar, y en este sentido suele asumirse como un tipo de consumo por los jóvenes. El hecho de frecuentar la escuela, de poseer una "tarjeta" de estudiante, caracteriza como 'joven moderno'. Bourdieu hace la siguiente observación: "El hecho de ser 'estudiante' lleva a una serie de situaciones constitutivas de la situación escolar: llevar los libros amarrados con un cordel, sentarse en las motocicletas para cortejar muchachas, encontrarse con amigos de ambos sexos fuera del trabajo, y, en casa, ser dispensados de tareas domésticas porque están estudiando" (Bourdieu, 1983).

Lo paradójico de todo esto es que los jóvenes perciben salarios bajos, que no pueden proporcionarles esta autonomía si la familia no asume parte de su costo de reproducción; es decir, si no son aceptados todavía como miembros de la familia y dependientes de ella. De esa manera, aunque haya conflicto y tensión, los jóvenes tienen plena conciencia de las ventajas de la vida en común. A pesar de las amenazas constantes de salida de la casa por parte de todos los miembros de la familia, en general se permanece en ella, pues solamente sumando los ingresos y uniendo el trabajo doméstico al remunerado resulta posible mantener un determinado nivel de consumo y de calidad de la vida.

Hasta aquí se ha hecho referencia al interés en el trabajo sólo desde la perspectiva de los jóvenes. Sin embargo, la familia comparte este interés, ya sea por razones puramente económicas, o por considerar el trabajo un ejercicio disciplinario para la formación de la personalidad, o por un conjunto de razones semejantes. El deseo de que los hijos participen en la fuerza de trabajo puede apreciarse en el empeño por colocarlos en alguna actividad remunerada, así como en los privilegios que se les otorgan en el seno de la familia.

Del conjunto de consideraciones acerca de las relaciones entre jóvenes y familias, es interesante sugerir la realización de un estudio más a fondo sobre la existencia de un fenómeno que en cierta forma contribuiría a formar un estrato más favorecido entre los mismos sectores populares. Spindel (1985) comprobó que en general los empleos "formales" son ocupados por jóvenes cuyas familias pertenecen a segmentos de la clase trabajadora cuyo nivel ocupacional o de ingresos trae consigo la posibilidad de acceder a las informaciones sobre las respectivas vacantes. Lo mismo se comprobó en otro estudio (Madeira, 1985b). Se encuentra con frecuencia, a hijos que trabajan con sus padres, así como a hijas con sus madres.

Spindel (1985) investigó el tema sobre la base de respuestas acerca de los criterios de los empleadores para ponerse en contacto con los jóvenes que podrían seleccionar y acerca de la forma en que el menor recibe la información sobre vacantes. "Más del 50% de las empresas grandes y medianas declararon que los menores se contrataban mediante informaciones obtenidas de los propios obreros; alrededor del 65% de los menores respondieron que habían obtenido su empleo gracias a las indicaciones de familiares o amigos. Incluso entre los menores que estaban en su segundo empleo, la proporción de los que lo habían obtenido de manera informal, en el círculo de los familiares y los conocidos, fue de 70%, lo que refuerza la tesis de la mediación del grupo familiar y de amigos en la determinación del nivel de inserción de sus miembros en el mercado de trabajo".

En otras palabras, una parte de las familias de bajos ingresos, pero con una cierta reserva de "bienes materiales y culturales" (especialmente en lo relativo a calificación en el trabajo y a cierto nivel de escolaridad), pudo beneficiarse del au-

mento de los empleos "formales" generados en este período, colocando a algunos de sus miembros en estos empleos, con lo que experimentaron cierta movilidad social medida en función del nivel de renta familiar. Por otra parte, en los casos de los grupos que se aproximan a los niveles de "pobreza crítica", con ocupación esporádica o irregular, la posibilidad de incorporar a otros miembros se presenta siempre en este mismo tipo de trabajo, lo que no significa un efectivo mejoramiento de la calidad de la vida.

A modo de conclusión, puede afirmarse que una parte de los adolescentes y jóvenes de los llamados sectores populares comenzaron a tener acceso a trabajos mejor remunerados, a una mayor permanencia en la escuela y a los medios de comunicación de masas. Con ello, accedieron también a la "adolescencia" o a la "juventud", entendidas como categorías intermedias y temporales de tolerancia de un cierto grado de irresponsabilidad, en las que no se es "ni niño ni adulto".

Referencias bibliográficas

Bourdieu, Pierre (1983): *A "Juventude" é apenas uma palavra. Questões de Sociologia.* Río de Janeiro: Editora Marco Zero Limitada.

Braslavsky, Cecilia (1985): *Juventud y sociedad en la Argentina* (LC/R. 401). Santiago de Chile, CEPAL.

Bruschini, Cristina (1985): *Mulher e trabalho. Uma avaliação da Década da Mulher, 1975- 1985.* Informe para el Consejo Estadual de la Condición Femenina, São Paulo.

Gouveia, Aparecida Joli (1983): O trabalho do menor, necessidade transfigurada em virtude. *Cadernos de Pesquisa,* N° 44. São Paulo, febrero, pp. 55-62.

Humphrey, John y Helena Hirata (1984): O emprego industrial feminino e a crise econômica brasileira. *Revista de Economia Política,* vol. 4, N° 4, octubre/diciembre, pp. 89-107.

Madeira, Felicia R. (1985a): *Os jovens e as mudanças estruturais no Brasil ao longo da decada de 70* (LC/R. 443). Santiago de Chile: CEPAL.

—— (1985b): La mujer joven brasileña: la experiencia de los años setenta en los sectores populares de la ciudad de São Paulo. *Mujeres jóvenes en América Latina: aportes para una discusión.* Montevideo: CEPAL/ARCA/ Foro Juvenil. [Documento presentado a la reunión de la CEPAL, "Pensar la mujer joven: problemas y experiencias preliminares". Santiago de Chile, diciembre de 1984].

Médici, André (1984): *O mercado de trabalho brasileiro na conjuntura recente (1976-1983).* [Documento presentado al Cuarto Encuentro Nacional de la ABEP, Aguas de São Pedro, 1984].

Micelli, Sérgio (1984): *"Entre no ar" e Belindia. A indústria cultural hoje.* São Paulo: IDESP.

Oliveira, M. Coleta F.A. (1976): *Família e Reproducão.* São Paulo: FAU/USP.

Spindel, Cheywa R. (1985): O menor assalariado registrado: condiçoes de trabalho em áreas metropolitanas. *Textos IDESP,* N° 8. São Paulo.

UNESCO (1984): *Mujer y educación. Desigualdades educativas en América Latina.* Santiago de Chile: Oficina Regional de Educación de la UNESCO para América Latina y el Caribe (OREALC).

REVISTA DE LA CEPAL N° 29

Ausencia de futuro: la juventud colombiana

*Rodrigo Parra Sandoval**

El agotamiento del modelo modernizador, la crisis crucial que afecta a la familia y las fallas de las instituciones políticas y educacionales colocan a los jóvenes colombianos en una situación de aislamiento caracterizada, a juicio del autor, por pocas posibilidades de participación política, un futuro de desempleo o subempleo, una educación de baja calidad que no entusiasma y que no asegura ni empleo ni movilidad social, y una sociedad sin un modelo claro de futuro en que ellos puedan insertarse. La juventud se enfrenta además a un caos de valores generado no solamente por la sucesión muy rápida de tres situaciones sociales (sociedad rural, sociedad moderna y sociedad sin modelo) sino también por la aparición de formas organizadas vinculadas a ella como la economía subterránea, la organización económica de la droga o la dependencia de ella, la corrupción en el mundo financiero y administrativo y las visiones consumistas presentadas por los medios de comunicación de masas.

Se produciría así una sensación de marginación tanto económica como cultural, un vaciamiento del concepto de juventud derivado del modelo de modernización y una peligrosa aproximación a una situación de anomia social. La dificultad que estas circunstancias crean para pensar en un futuro personal o grupal y planificar un curso vital, es lo que constituye la ausencia de futuro de la juventud actual.

Estos rasgos generales el autor los analiza con mayor profundidad en tres áreas: el trabajo, la participación política y las migraciones.

*Con la colaboración de Bernardo Jaramillo. El autor es consultor de la División de Desarrollo Social de la CEPAL.

Esta es una versión sintetizada y actualizada del libro del mismo título publicado por el autor en Bogotá, en 1985.

I

Juventud y desarrollo

Desde un punto de vista sociológico, la juventud se concibe como un fenómeno variable, que puede existir, no existir, o darse en formas diversas, según sea una sociedad, o momentos diferentes de una misma sociedad, o grupos distintos dentro de una misma sociedad en un momento determinado. La juventud es un concepto cultural de origen histórico, que puede tener un auge y un repliegue. Para el caso colombiano, el concepto de juventud es de origen bastante reciente, y coincide con otros conceptos ligados a la forma de desarrollo urbano industrial, como "modernidad" o "movilidad social", "urbanismo", "marginalidad", "empresa" o "empresario". Todos ellos tuvieron la misma génesis histórica y evoluciones similares, aunque con características propias.

El concepto de juventud generado por el modelo urbano industrial de desarrollo se basa en una transformación de las relaciones existentes entre la familia y el trabajo en lo que se refiere al proceso de socialización. La transformación se produce al encomendarse la socialización a la educación concebida como medio de formar mano de obra para el nuevo modelo de vida urbana, para las ocupaciones que requieren un cierto grado de calificación media especializada, o para las posiciones superiores, con calificaciones de nivel universitario. En los años inmediatamente anteriores al comienzo de aplicación del modelo de modernización, la educación se reducía a un grupo muy pequeño, e incluso la educación primaria era extremadamente restringida: por ejemplo, en 1940 en Colombia existían solamente 2 990 estudiantes universitarios; en 1980, la matrícula en educación superior llegaba a 180 000 alumnos.

Para la mayoría de los colombianos, antes de la adopción del modelo modernizador la relación entre familia y trabajo era prácticamente directa: se trabajaba en el seno de la familia o se pasaba de la familia al trabajo sin intermediaciones. Es decir, la juventud, si la había, era muy reducida en términos de duración, y solamente grupos muy restringidos gozaban de un período intermedio amplio y significativo. Este fenómeno cambió con la expansión escolar y con los programas de democratización de la educación.

Sin embargo, la expansión de la escolaridad y la consecuente redistribución de la juventud no se llevó a cabo por igual para todos los grupos: mientras que para buena parte de los grupos campesinos la juventud puede terminarse a los diez años, cuando se pasa de la familia y de algunos años de escuela al trabajo, para grupos urbanos de clase media y alta la juventud puede fácilmente prolongarse hasta los veinte o veinticinco años.

Estos cambios están asociados tanto a la rápida expansión del modelo modernizador como a su corta duración (alrededor de dos décadas y media) y a su debilitamiento temprano. El proceso de modernización que ha experimentado el país ha sido extremadamente acelerado, y si bien ha empezado a languidecer muy rápidamente, ha producido, por una parte, cambios muy significativos, y por otra, una situación de perplejidad social ante el futuro súbitamente incierto. Es necesario considerar que Colombia, de ser una sociedad rural, organizada sobre la base de la hacienda de baja productividad, con una manufactura nacional incipiente, con el 71% de su población en áreas rurales, con el 87% de su población en ciudades menores de 200 000 habitantes en 1938, pasó a tener una economía urbana con fuerte peso del empleo terciario y una población urbana del 61% en 1973, mientras el número de habitantes se triplicaba en esos treinta y cinco años: de 8 700 000 a 25 500 000.

Más allá de los problemas de la redistribución diferencial de juventud entre grupos, especialmente entre campesinos o habitantes del campo, marginales urbanos y clases medias y altas urbanas, se está presentando a partir de la década del setenta un agudo fenómeno general de vaciamiento del concepto de juventud, debido al comienzo del agotamiento del modelo de modernización. Al mismo tiempo, la familia, especialmente la campesina y la marginal urbana pero también la integrada urbana, ha perdido buena parte de su capacidad de socializar a las nuevas generaciones, y el mundo del trabajo se ve en dificultades para ofrecer empleo a los jóvenes. La educación, entre tanto, se ha debilitado como puente entre la familia y el trabajo, se ha estratificado, diferenciado, devaluado, rebajado su calidad, y de alguna manera está desempeñando un papel marginalizador.

Esta situación se enmarca en la ausencia de un nuevo modelo de sociedad y de desarrollo que reemplace o revigorice el modelo urbano industrial. No se observa una tendencia clara ni un camino, ni para las instituciones sociales que tienen que ver más directamente con la juventud, como la familia, la escuela y el trabajo, ni para la sociedad en su conjunto. Tales fenómenos contribuyen a crear una ausencia de futuro para la juventud, una dificultad para pensarse en términos de un plan con visos de realidad o de "utopía realizable".

Una serie de circunstancias confluyen para crear esta situación, y para entenderla parece fundamental hacer un recuento somero de los factores que la componen. Indudablemente, hay que aludir en primer término a la rapidez del proceso de modernización, que se inició en los años cincuenta en una sociedad rural y que la transformó en menos de tres décadas en una sociedad básicamente urbana e industrial. Sin embargo, la misma rapidez del proceso no permitió su decantamiento, y dejó en coexistencia una diversidad de culturas y de diferencias de desarrollo regional que conformaron un archipiélago de desigualdades, especialmente en lo que tiene que ver con la transición desde la vivencia del mundo como un vecindario, típica de la sociedad rural, hacia la idea de nación y hacia el entendimiento del hombre en el marco internacional. Posteriormente, en la tercera década del proceso de modernización urbano industrial, empiezan a sentirse signos agudos de su agotamiento y de la ausencia de un nuevo modelo que reemplace al que implantó la modernización.

El proceso anterior puede caracterizarse de la siguiente manera, en las diferentes esferas de la estructura social y en sus consecuencias más importantes para la juventud colombiana actual:

a) La transición demográfica, expresada en altas tasas de natalidad en las décadas pasadas, desemboca a finales de los años setenta y en los ochenta en la presencia de un fuerte contingente de población joven. Este fenómeno aparece precisamente en el momento en que se empieza a agotar el modelo modernizador y se dan altas tasas de desempleo y subempleo.

b) Se siente también en este momento una conjunción de elementos que permiten hablar de una fuerte crisis intergeneracional, especialmente en cuanto al papel de la familia como socializadora de los jóvenes. Esta crisis o disminución del

contacto y de la transmisión de las bases culturales de la sociedad de una generación a otra se enmarca dentro de los siguientes parámetros: la diferencia de educación, que hace a los padres menos aptos para guiar a los hijos en sus labores escolares y en la comprensión de los fenómenos sociales, aptitud que tiene que ver con los hábitos de análisis o con la información que da el sistema escolar; la inferior capacidad de los padres para entender el mundo urbano y cosmopolita de la sociedad colombiana modernizada, debida a su extracción rural o semirrural y a la mayor experiencia urbana de los hijos; la pérdida de prestigio de las ocupaciones paternas, o su desaparición en una economía mayoritariamente urbana; el conflicto intergeneracional de valores en torno al prestigio de las nuevas ocupaciones; la menor socialización de la juventud por parte de los padres, especialmente en los estratos bajos y marginales, debido al trabajo de la mujer, y sus consecuencias de pérdida del contacto entre padres e hijos; la aparición de nuevas formas de organización familiar en la generación de los jóvenes, que empiezan a formar uniones conyugales, y los conflictos de valores que éstas crean tanto entre generaciones como entre los sexos, debido al choque entre la persistencia de formas de ver la relación matrimonial originarias de la sociedad rural o premoderna y las necesidades o urgencias económicas que plantea a la pareja una sociedad urbana en la que se empieza a agotar el modelo modernizador (A este respecto, hay que considerar también que están surgiendo adaptaciones organizativas de familiares o de coterráneos, que toman formas semejantes a los clanes, y que están contribuyendo a crear nuevas formas de solidaridad).

c) De las formas adscriptivas de pertenencia política partidaria anteriores al proyecto modernizador se ha pasado, por oposición generada en buena parte por el Frente Nacional, a una organización clientelista ligada a la expansión del poder económico del Estado y de la burocracia. La mayoría de la población, y muy especialmente la población joven, ha llegado a una participación nula en el proceso político, y a una sensación de impotencia y desinterés por los asuntos políticos. Esta situación ha sido inducida por la ausencia de partidos políticos modernos que propicien la participación sobre la base de programas para la sociedad. Los llamamientos a la adscripción partidaria ya no mueven a una juventud que no creció en esta práctica, y se llega así a una escisión de la vida política en que los aparatos partidarios responden a unas formas de funcionamiento que no tienen ningún atractivo real para la juventud y muy poco arraigo en la realidad nacional.

d) La expansión del sistema escolar, que significó durante el proceso modernizador extender la educación más allá de las élites, produjo también una exclusión de buena parte de la población, exclusión que trae consigo una mayor debilidad para los que la sufren en un mundo urbano moderno. A la vez, con el inicio del agotamiento del modelo modernizador, se produjo una exacerbación del carácter estratificado de las instituciones educativas y de los tipos de programas o currículos, lo que implica también una discriminación contra los que no estudian en las instituciones o programas "adecuados". El concepto de movilidad social sufrió un duro golpe con la crisis de la modernización, debido a que se ha debilitado la relación entre educación y empleo y entre educación e ingresos. Esta situación se muestra con especial intensidad en los programas de educación técnica media y en algunos programas de nivel superior. Es decir, la política de diversificación educativa no responde ya al modelo de desarrollo, o mejor está entrando en crisis conjuntamente con el agotamiento del modelo modernizador. Igual cosa sucede con las políticas educativas vinculadas con las teorías de los recursos humanos o basadas en el capital humano. La relación entre educación y empleo se debilita y se convierte en una fuente de aspiraciones frustradas.

Por otra parte, con la masificación, la calidad de la educación se ha deteriorado, y las políticas educativas de tipo pedagógico moderno han sido desplazadas en la práctica por la urgencia de la aplicación de políticas educativas que produzcan empleo, con consecuencias nefastas para la calidad de la educación. En vez de un hombre participativo, crítico y creador, se está formando un hombre con una concepción autoritaria de la sociedad. Se educa a la juventud para que desempeñe determinadas tareas específicas y no para que pueda entender una totalidad social, científica o humanística. La relación pedagógica, condicionada por las urgencias de la generación de empleo, está produciendo una visión dogmática del conocimiento y obstaculizando la creación de

un espíritu científico. Pero, sobre todo, la educación colombiana ya no se corresponde con la nueva situación que vive el país. Ante el incremento del desempleo y del subempleo de los educados, la función más importante que está empezando a cumplir la extensión o incremento de los años de educación es la de mantener por más tiempo una buena proporción de la población joven fuera del mercado de trabajo.

e) Los servicios del Estado o las iniciativas privadas son muy restringidas en cuanto a asistencia médica para los jóvenes, a programas recreativos o a formas organizativas que fomenten la solidaridad y el sentido de pertenencia.

Se presentan en seguida tres aspectos de la situación de la juventud colombiana que muestran tanto su relación con la ausencia de futuro como las formas de su participación y de su marginación: el trabajo, la participación política y las migraciones.

II

La juventud y el mundo del trabajo

Se analizarán cuatro aspectos de la vinculación de la juventud al mundo del trabajo: la participación de los jóvenes en la población económicamente activa, la distribución de los ocupados por sectores de la economía, el desempleo de los jóvenes y la relación entre educación y desempleo.

1. *Los jóvenes en la población económicamente activa*

A principios de la década del setenta, la proporción de jóvenes en la población económicamente activa (PEA) llegaba al 28.4%; a mediados de la década era del 36%, y en 1980 constituía el 40.7% (DANE, 1981).

Las diferencias de participación de los jóvenes en la PEA, considerando la urbana y la rural y hombres y mujeres, son por demás interesantes: la participación femenina es mayor que la masculina tanto en 1971 como en 1981 y tanto en la PEA urbana como en la rural. Por otra parte, la proporción de jóvenes en la PEA urbana ha sido mayor en ambas fechas, con excepción de la proporción de hombres en 1971, que era inferior a la de hombres en la PEA rural. También es notoria la tendencia al incremento de la proporción de jóvenes en la PEA, especialmente en la PEA urbana; la rural permanece prácticamente igual, especialmente para las mujeres.

La tendencia general es entonces hacia el crecimiento de la participación de la población joven en la PEA, concretamente en la PEA urbana, ya que, como se dijo, su participación en la PEA rural tiende a estabilizarse. Las características educativas de la PEA para 1980 dan cuenta también de las enormes diferencias entre lo urbano y lo rural. En la zona rural el 62.1% de la PEA total tiene educación primaria, el 9.1% secundaria y el 0.3% universitaria, lo que contrasta con los niveles de educación de la PEA urbana: 42.9% con primaria, 39.4% con secundaria y 13.5% con universitaria. Estas proporciones son aplicables también a la PEA joven, aunque en la zona urbana los jóvenes con educación secundaria representan un mayor porcentaje (48.3%).

Las tasas de ocupación de los jóvenes activos son sensiblemente inferiores a las del total nacional y disminuyen especialmente en el sector rural. Para 1980 la ocupación en las zonas urbana y rural tiende a igualarse, con excepción de la ocupación en los jóvenes entre 15 y 19 años, que en ambas zonas se reduce entre los dos períodos, siempre con una menor participación de la urbana. Las estadísticas existentes para lo urbano correspondientes a las siete principales ciudades del país pueden estar sobrestimando las tasas de ocupación de jóvenes, puesto que dejan fuera a grandes núcleos de jóvenes en pequeñas ciudades y en algunas capitales de provincia, uno de cuyos problemas básicos es la desocupación.

Los niveles de salarios de los jóvenes ocupados en 1980 muestran que el 37% recibía un salario inferior al mínimo, el 32% un salario mínimo y el 31% una remuneración superior. La

alta proporción de jóvenes con un salario inferior al mínimo legal se explica por el gran número de menores de edad en el mercado de trabajo, así como también por sus niveles educativos comparativamente bajos, que limitan el acceso a escalas más altas de remuneración.

Desde el punto de vista de la definición de juventud, ya sea como grupo de edad o como período de la vida que transcurre entre la socialización familiar y escolar y el ingreso al mundo adulto (entendiendo por éste al mundo del trabajo), es válido distinguir entre la juventud rural y la juventud urbana, por sus diferentes formas de inserción en el mercado de trabajo. La heterogeneidad estructural característica del proceso de desarrollo económico en el país se ha traducido en un acceso discriminatorio a los servicios básicos, especialmente a la educación, lo que afecta a la juventud de grandes grupos de población. Este fenómeno se caracteriza por enormes diferencias en el número de años de permanencia en el sistema escolar, especialmente en desmedro de los grupos rurales y marginales urbanos, que deben ingresar tempranamente al mundo del trabajo para contribuir a solucionar los problemas de la reproducción familiar, amenazada por el bajo nivel de ingresos. Por eso se hace necesario describir la PEA joven como parte de la población en edad de trabajar, en cada uno de los grupos de edad, a partir de los 12 años. En 1971 el 48.3% de la población rural en edad de trabajar se encontraba dentro de la población activa. Las tasas específicas de participación para la población joven eran de 20.2% para los comprendidos entre 12 y 14 años, 42.2% para el grupo de 15 a 19 y 54.8% para los situados entre 20 y 24. Las diferencias entre los sexos eran también notables, con una mayor participación de los hombres en el grupo de edad de 12 a 24 años. En la zona urbana había una proporción similar de jóvenes en la PEA, pero las diferencias entre los grupos de edad, especialmente en los menores de 19 años, daban cuenta de la profunda desigualdad en la estructura socioeconómica entre dicha zona y la rural.

Con la enorme expansión del sistema educativo en las últimas décadas, podría haberse esperado una considerable disminución de población joven dentro de la fuerza de trabajo. En 1980, sin embargo, si bien las tasas específicas de participación de población joven en la PEA disminuyeron para la zona urbana, la juventud rural incrementó su participación en el grupo de 15 a 24 años, y sólo disminuyó en el de 12 a 14 años, que pasó de 20.2% en 1971 a 17.9% en 1981. La población de entre 10 y 11 años en la fuerza de trabajo, no detectada en la encuesta de 1971, asciende en 1981 a 8.0%.

Evidentemente, estas cifras dan cuenta del progresivo deterioro de las condiciones de vida, especialmente en la zona rural, y de la ineficiencia interna del sistema educativo. Si se observan los datos sobre la población inactiva, la magnitud de la pérdida de la juventud como período de la vida se hace más significativa. La proporción de jóvenes en la categoría de estudiantes y de oficios del hogar por grupos de edades es así: de 12 a 14 años: 94.4% estudiantes, 1.5% oficios del hogar; de 15 a 19 años: 81.7% estudiantes, 10.3% oficios del hogar; de 20 a 29 años: 31.2% estudiantes, 58.1% oficios del hogar.

2. *La ocupación de los jóvenes por sector de la producción*

Al comparar las estructuras ocupacionales por sector de actividad entre 1971 y 1980, considerando los grupos de edad comprendidos entre los 15 y 29 años y los mayores de 40, y diferenciando entre lo urbano y lo rural, se obtienen las siguientes conclusiones:

a) La tendencia fundamental no es la diferenciación sino la homogeneización entre las ocupaciones de los jóvenes y lo que correspondería a la generación de los "padres". En 1971 existían varias diferencias notables, que en 1980 habían tendido a desaparecer. En 1971, la diferencia entre jóvenes y adultos dedicados a labores agrícolas en la estructura ocupacional de las ciudades era de 12.8%; en 1980, solamente de 1.4%, siempre en favor de los mayores. El crecimiento urbano ha significado que la ocupación en las ciudades sea cada vez más de tipo urbano y menos de tipo rural. Por otra parte, la diferencia entre los grupos de edad, que en el sector comercio era en 1971 de 7.3% en favor de la generación de los padres, en 1980 era de únicamente 2.3%; en el sector servicios, donde la diferencia era de 12.6% en favor de los jóvenes en 1971, ésta llega a solamente 3.2% en 1980. Las diferencias en los otros sectores permanecen prácticamente iguales o con cambios muy pequeños. Todo parece

indicar que las diferencias de ocupación por sectores que se presentan en la década del setenta están relacionadas con el momento de la transición, en que empiezan a llegar los grandes grupos de jóvenes provenientes de la "explosión demográfica", y se ubican, en ese momento del desarrollo modernizador, en sectores capaces de generar empleos especialmente aptos para recibir jóvenes en los escalones más bajos o en algunos espacios de la economía informal. En este caso, es especialmente claro que el sector de la agricultura expulsa jóvenes, y el de servicios los atrae. Posteriormente, con el cambio de situación en la transición demográfica y particularmente con el agotamiento del modelo modernizador de desarrollo, esas tendencias a diferenciar los sectores de trabajo entre jóvenes y adultos disminuyen hasta una virtual desaparición de las diferencias. Esto parece sugerir que la creación de empleos en sectores específicos para los jóvenes, que se presenta en otras sociedades de América Latina (Durston y Rosenbluth, 1983), es un fenómeno que puede pertenecer al momento del desarrollo y que posteriormente desaparece; en el caso colombiano, se presentó entre las décadas del sesenta y setenta, y ha iniciado ya su tendencia a la homogeneización.

Sin embargo, es necesario considerar otra dimensión que caracteriza la evolución del empleo en el país en la última década: la del crecimiento del sector informal urbano. Según datos del Departamento Nacional de Planeación, el sector informal urbano agrupa a un 45.6% de la población ocupada, que incluye a los trabajadores en establecimientos industriales con menos de diez trabajadores, los trabajadores por cuenta propia, los ayudantes familiares sin remuneración y el servicio doméstico.

El crecimiento de la población económicamente activa no alcanza a ser absorbido por el sector moderno de la economía; en consecuencia, el sector informal se está convirtiendo en la alternativa a la demanda insatisfecha de empleo en el sector moderno, y tiende a aumentar dada la crisis que afecta a este último. Las cifras del DNP indican que el 43.7% del empleo generado en la zona urbana del país entre 1974 y 1978 correspondía al sector informal. Dado que la rama de actividad con mayor incidencia del empleo informal es la de los servicios, cabe poner en duda la enorme importancia atribuida, como factor modernizador, a los fenómenos de terciarización que aparecieron con el modelo urbano industrial. Efectivamente, al lado de un terciario moderno representado por el Estado y los establecimientos financieros, en el que la proporción de población adulta es mayor que la de jóvenes, coexiste un sector terciario tradicional, más asimilable al subempleo, que actualmente absorbe la mayor parte de la población que no logra acceder al empleo formal. Muestra de ello es el aumento de jóvenes en el renglón de posición ocupacional de trabajadores por cuenta propia entre 1971 y 1980, que pasa de 8.9 a 14.3%.

b) En lo que respecta a la estructura ocupacional rural para 1971 (no existe información comparable para 1980) las diferencias entre edades o generaciones son menores que en la urbana y solamente vale la pena mencionar una diferencia de 5.2% de trabajo agrícola o primario en favor de los adultos y una diferencia de 4.3% en servicios en favor de los jóvenes. Esto parece sugerir que los cambios intersectoriales fueron mucho más fuertes en lo urbano que en lo rural, como parece lógico dada la naturaleza del desarrollo modernizador. Sin embargo, esta afirmación necesitaría confrontarse con la estructura ocupacional rural de 1980.

3. *El desempleo de los jóvenes*

Las tasas de desempleo de los jóvenes son siempre superiores a las de los adultos, y las diferencias entre las tasas nacionales y las de los grupos jóvenes se acercan al doble al comparar datos de 1971 y 1980. Por otra parte, cuando se comparan las tasas nacionales específicas de desempleo para lo urbano y lo rural y por sexo, se obtienen los siguientes resultados: a) las tasas de los jóvenes urbanos duplican las nacionales urbanas para hombres; b) las tasas de las mujeres jóvenes urbanas son mayores que las totales para mujeres urbanas, pero su distancia es menor que en el caso de los hombres; c) las tasas de desempleo de los jóvenes (hombres y mujeres) rurales son más elevadas que las de los adultos rurales, y se aproximan (como tendencia) también al doble en los jóvenes con relación a los totales nacionales; d) el desempleo urbano de los jóvenes era muy elevado en 1971 (17.7% y 18.1% para hombres y mujeres, respectivamente) y se redujo levemente

en 1980, a 13.2% y 16.9%. El desempleo de los jóvenes rurales, en cambio, ha aumentado y aunque el de los hombres es relativamente bajo (3.6% y 5.1% en 1971 y 1980) el de las mujeres es extremadamente elevado (18.1% y 24.1% para los dos años).

Las tasas de subempleo son también más elevadas para los jóvenes que para el total de la población, especialmente en el caso de los hombres; las mujeres jóvenes siguen la tendencia de la población femenina total. Los hombres jóvenes tienen tasas de 21.4% para el grupo entre 15 y 19 años y de 20.2 para el grupo de 20 a 29 años, mientras el total de la población llega a 17.3%. Las mismas tendencias se registran al considerar el subempleo visible o invisible.

La comparación de la evolución de la estructura del desempleo de los jóvenes y de los adultos permite señalar tendencias muy claras. En 1976, el grupo de edad entre 12 y 29 años incluía el 75.8% del total de desempleo nacional; en 1980, esta proporción ascendía al 81.2%. El empleo en los adultos aumentó para el mismo período, lo que da cuenta de la dificultad de acceso al empleo formal para los jóvenes, ya que los nuevos puestos de trabajo son llenados casi siempre por población adulta. Asimismo, las bajas escalas de remuneración chocan contra las expectativas creadas por la educación, lo que lleva a que grandes grupos de jóvenes salgan de la estructura del empleo formal y busquen insertarse en otras formas de empleo. La alta tasa de subempleo para 1980 (15.4%) corresponde en el 80.2% a los bajos ingresos y en el 11.6% a la subutilización. A su vez, los promedios más altos de tiempo buscando trabajo los tiene la población joven. En 1980 el 42.7% de los desocupados entre 15 y 19 años y el 37.6% entre 20 y 29 años llevaban más de cuatro meses buscando trabajo.

4. *Educación y desempleo*

En Colombia ha perdido mucha de su vigencia la relación entre mayor educación, mejor empleo y más alta remuneración, postulada por el modelo de desarrollo a través de la modernización. La expansión educativa y la crisis de la industria han introducido una serie de transformaciones en el significado social de la educación. Aunque los sectores que planifican la educación la siguen pensando sobre todo en términos de capital humano y de productividad económica, así como de garantía de un empleo, todo parece indicar que esta función económica de la educación ha sido un fenómeno propio de un momento del desarrollo modernizador, y que su sentido empieza a cambiar.

Para 1964, época de auge del desarrollo del modelo urbano industrial, la relación positiva entre nivel educativo y empleo era muy clara. La mayor tasa de desempleo correspondía a la población analfabeta (23.7%); a la población con secundaria correspondía una tasa del 13.5% y a los universitarios una de 10.8%. Sin embargo, en un trabajo realizado en la Asociación Nacional de Instituciones Financieras (ANIF) sobre empleo y educación universitaria se indica que entre 1976 y 1978 el desempleo según nivel educativo no seguía la misma tendencia. Por el contrario, las tasas más bajas de desempleo se encontraban entre los que no tenían ninguna educación o solamente tenían nivel primario (5.2% y 7.9%, respectivamente). El segundo lugar era ocupado por los que contaban con educación universitaria o normalista (8.3% y 9.5%), mientras que los más altos índices de desempleo correspondían a los que tenían educación secundaria de bachillerato (12.6%) y educación secundaria técnica (21.0%). Es especialmente notable, como indicador de agotamiento del modelo urbano industrial, el alto índice de desempleo de técnicos especializados (Chiappe y Toro, 1978).

Tras la baja tasa de desempleo de profesionales que se ha presentado en los últimos años se oculta un problema creciente de subempleo, que afecta en mayor grado a los profesionales de los estratos bajos y medios con estudios en universidades no elitistas. El subempleo de los profesionales se caracteriza por el desplazamiento hacia ramas de actividad diferentes a las que corresponderían a su capacitación profesional, por el desplazamiento dentro de la categoría ocupacional y por el aumento del trabajo temporal, especialmente en la rama de servicios comunales, sociales y personales.

En 1980 las tasas de desempleo eran más elevadas en las ciudades, y mucho mayores para las mujeres que para los hombres. Las tasas más altas seguían afectando a los que contaban con

educación secundaria. Las cifras de 1981 a 1983 muestran diferencias notables de las tasas de desempleo por ciudades. Las tasas de desempleo para personas con educación superior, 11.3% en el total general, y en el caso de las mujeres 14.7%, pueden considerarse muy altas.

III
La participación política

La participación política es uno de los campos en que se aprecia con mayor claridad que el concepto de juventud, aceptado y enaltecido en el plano teórico, carece de sentido cabal en la práctica. El primer indicador de este fenómeno es la casi total ausencia de estudios sobre la vida política de la juventud, sobre su participación, su liderazgo, sus valoraciones y actitudes, y la falta de programas para lograr su inserción en la política nacional. Se revisarán enseguida, recogiendo información parcial de diferentes estudios dedicados a la política general, tres aspectos centrales de la vida política de la juventud colombiana: a) su votación; b) su participación en partidos políticos, y c) su socialización política.

Todos los estudios electorales realizados en el país afirman que la abstención electoral de los jóvenes es muy alta, y mucho mayor, además, que la de los adultos. Así, en las elecciones de 1968 en Cali la abstención de los jóvenes entre 21 y 25 años fue del 74% (Mc Camat y otros, 1968). Esta misma tendencia se aprecia para Bogotá en las elecciones de 1972 y 1974 (Losada y Murillo, 1973; Murillo y Williams, 1975; Losada y Williams, 1972). En 1978, la abstención nacional de los jóvenes entre 18 y 20 años fue del 75% y en 1980 el 82% de jóvenes entre 18 y 24 años no votaron (Losada, 1981). Un estudio realizado por el Grupo Social de la ANIF intentó esclarecer las causas de esta conducta y encontró que solamente el 19.3% de los jóvenes entre 18 y 24 años se abstenía por rechazo al sistema social; el 50.3% lo hacía por indiferencia política. Al mismo tiempo, el 40% de los jóvenes afirmaba que los problemas que vivía el país eran puramente políticos, mientras que el 68.3% demostraba gran desconocimiento de la organización política local y nacional (ANIF, 1981). Otra investigación realizada por el Departamento de Ciencia Política de la Universidad de Los Andes mostró que los jóvenes tienen mala imagen de las instituciones políticas del país. En efecto, solamente el 2.5% opinó que los resultados electorales representan la opinión de la mayoría del electorado, mientras el 89.1% dio una imagen negativa de los parlamentarios, ejemplificada con vocablos como "deshonestos", "ineficaces", "improductivos" (Latorre y Murillo, 1982).

La participación femenina en política, de acuerdo con el trabajo de Patricia Pinzón de Lewin sobre datos electorales entre 1958 y 1974, permite obtener las siguientes conclusiones: la mujer participa en un grado bastante inferior al hombre en política; vota menos, participa menos en organizaciones políticas o partidarias y su participación tiende a ser mayor entre las adultas y en las mujeres de clase social más alta. El fenómeno parece ser muy similar entre los sexos, sólo que mucho más acentuado en las mujeres (Pinzón de Lewin y Rothlisberger, 1977). Algunas cifras pueden dar de esto una idea más clara: en las elecciones de 1974 la abstención total masculina fue de 24.3% y la femenina de 45.7%, mientras que para las mujeres entre 21 y 24 años la abstención llegó al 67%, proporción que desciende, con el aumento de edad, hasta el 31% para las mujeres entre 45 y 49 años.

Por otra parte, la pertenencia o identificación con un partido político sigue líneas claras cuando se comparan la edad y la naturaleza de los partidos: el 44.8% de los jóvenes entre 18 y 24 años siente pertenecer a alguno de los partidos tradicionales colombianos (liberal y conservador), mientras que de las personas entre 45 y 64 años el 82.2% está en la misma situación. El 4.3% de los comprendidos entre 18 y 24 años se identifica con partidos de oposición, y el 1.9% hace lo mismo en el grupo de edad comprendido entre

45 y 54 años. Sin embargo, el fenómeno realmente significativo es el alto porcentaje de jóvenes (48.8%) que no se identifica con ningún partido; en comparación, en el grupo adulto (45 a 64) solamente el 15.5% no declara pertenencia partidaria (ANIF, 1981). Según los resultados de este mismo estudio, los jóvenes entre 18 y 24 años muestran una participación prácticamente nula en asociaciones de distinto género, baja audición de radio y atención a televisión, muy reducida lectura de periódicos y una aún más reducida atención, dentro de estos medios, a programas o noticias que puedan considerarse políticos.

En un estudio llevado a cabo entre estudiantes universitarios, el 22% manifestó no tener identificación partidaria, y el 90% no militaba en ninguna agrupación o partido. Estos datos son muy significativos si se considera que entre los jóvenes colombianos el ambiente universitario es el que ha propiciado más la participación política de diferentes tipos, especialmente en los grupos de izquierda. Con esto se plantea un cuadro en el que los jóvenes no creen y no participan en los partidos políticos tradicionales, y en que hay ausencia de otras agrupaciones políticas, partidarias o no, que llenen ese vacío. A su vez, se encuentra un grado muy alto de ignorancia sobre la organización política nacional por parte de la juventud (Latorre y Murillo, 1982).

La conducta electoral de la juventud es sin embargo solamente una expresión de participación formal en la vida democrática del país. Su notable abstencionismo, su desinterés, su desconocimiento de la organización política nacional tiene causas más profundas, hunde sus raíces en fenómenos sociales de la mayor trascendencia para la definición del papel de la juventud, y para poder hablar de la juventud como un grupo humano integrado o marginal en la vida colombiana. Enseguida se presentan sucintamente algunos de los fenómenos más importantes que inciden en la participación política de la juventud.

a) Los cambios en la familia, que se llevaron a cabo conjuntamente con los procesos de urbanización e industrialización y con las intensas oleadas migratorias de lo rural a lo urbano y entre regiones, han producido efectos de desarraigo y pérdida de la identificación política partidista, tradicionalmente ligada a bases ecológicas y a tradiciones familiares. La distancia generacional entre los padres, que vivieron la efervescencia del modelo social basado en la industrialización y la urbanización de la economía, y los hijos, que crecen ahora en medio de la ausencia de un modelo claro, de un objetivo social nacional, se expresa claramente en el desinterés de las nuevas generaciones por los lineamientos políticos tradicionales. Algunos estudios así lo demuestran: estudiantes universitarios que en un 90% no militan en ningún partido afirman que sus padres pertenecen en un 87% a los partidos tradicionales, liberal y conservador (Latorre y Murillo, 1982). Por otra parte, el estudio mencionado sobre la participación política femenina muestra que la abstención de las mujeres jefes de hogar (42%) o compañeras (45%) es inferior a la abstención de las mujeres que en la familia ocupan posición de hijas (51%) u otro pariente (54%) (Pinzón de Lewin y Rothlisberger, 1977). A pesar de que el ambiente familiar podría conducir, como lo ha hecho tradicionalmente en Colombia, hacia un patrón de votación y de identificación política, los cambios que ha experimentado con el desarrollo histórico del país han creado una diferencia generacional muy significativa en la participación política de padre e hijos. La familia ha perdido buena parte de su capacidad de ente socializador en la vida política, de ente transmisor de una idea de sociedad que sea aceptable a las nuevas generaciones.

b) Por lo menos un estudio muestra que no existe asociación entre la educación y el ejercicio del sufragio (Pinzón de Lewin y Rothlisberger, 1977). Este fenómeno es un indicador muy importante de la naturaleza de la educación. La socialización política que imparte la escuela, según parece, no conduce a la participación en las jornadas electorales. Es muy posible que la naturaleza autoritaria de las relaciones sociales y pedagógicas que se establecen en las aulas y en el gobierno institucional de las escuelas genere apatía y escepticismo sobre la sociedad y las posibilidades reales de acción dentro de ella. Es, también, muy probable que la idea de sociedad que se transmite a través de las materias de Ciencias Sociales conduzca a la apatía política debido a su inadecuación a la realidad que el estudiante vive. Esto parece más claramente cierto en lo que respecta a la enseñanza de la historia basada en héroes, cuyo sistema de valores y visión del mundo no tiene mucho que ver con los problemas que plantea el mundo contemporáneo a los jóvenes.

Aun los movimientos estudiantiles universitarios, que tuvieron tanto auge en la década de los sesenta y primera parte de los setenta, han reducido su efecto a la conformación de pequeños partidos de izquierda, sin poder de atracción para los jóvenes, o de grupos que toman el camino de la guerrilla. En términos generales, se ha generado una gran apatía política en los estudiantes universitarios (Leal, 1982).

c) Los partidos políticos tradicionales no han formulado programas estables y duraderos para la juventud, a pesar de que declaran la importancia de ese estrato de población, especialmente en épocas de elección. Algunos partidos de izquierda han diseñado este tipo de programas, pero el escaso acceso que tienen a los mecanismos del Estado impide que éstos vayan más allá de las urgencias proselitistas. A esta situación habría que añadir el efecto despolitizador del Frente Nacional, una de cuyas metas políticas fue la disminución del clima de acrimonia política entre los partidos tradicionales que había conducido a la violencia (Guzmán y otros, 1962). Los partidos políticos colombianos sólo se organizan de manera ampliada en épocas electorales, y no ofrecen un campo de acción continuo en que puedan participar los jóvenes, formarse como cuadros y vincularse de una manera más orgánica. La función de institución socializadora política por excelencia que tienen los partidos políticos en otras democracias no se da en Colombia, y la juventud no ve muy claro cuál puede ser su papel en ellos, no solamente en lo que se refiere a una concepción del poder dentro de la sociedad y a la formulación de planes y programas que definan un propósito partidista claro y atractivo, sino también en cuanto a su inserción en ellos, fuera de su papel temporal de agitadores en épocas electorales.

La poca participación política de la juventud colombiana parece desprenderse de dos tipos de fenómenos y de su interrelación. El primero es la ausencia de una meta nacional, de un propósito que le dé un sentido a la acción del Estado y de los partidos políticos y dentro del cual los jóvenes se vean como parte integral; la ausencia de un plan que defina hacia dónde va la sociedad, equivalente a la idea de industrialización, urbanización, modernización de los años cincuenta y sesenta. El segundo es la consecuente pérdida de poder socializador de las instituciones sociales creadas con tal fin, como la familia, la escuela y los partidos políticos.

IV

Las migraciones

Varios analistas se han referido a los procesos migratorios colombianos como una forma de exilio económico (Cardona y otros, 1980). Para aclarar el verdadero sentido de esa noción de exilio económico, habría que distinguir tres tipos de migraciones. Las internas, en primer lugar, son fundamentalmente los movimientos poblacionales entre regiones y de lo rural a lo urbano. Estas reflejan los cambios muy frecuentes en los polos de desarrollo del país, y en sentido estricto no pueden denominarse exilio, si se excluyen las migraciones causadas por la violencia en sus diversas manifestaciones. Un segundo tipo de migración es la que se dirige a países vecinos, especialmente a Venezuela, Ecuador y Panamá donde, por temporadas, se han creado mercados de trabajo más amplios y remunerativos. Dicho ciclo de migración tiene muchos aspectos estacionales e implica, en todo caso, un regreso al país. Un tercer tipo de migración se ha llevado a cabo tradicionalmente hacia Estados Unidos, y tiene carácter más definitivo.

Interesa a este trabajo mirar los dos tipos de migración al exterior, por cuanto sirven de válvula de escape a los problemas del empleo y, en algunos casos, son formas de búsqueda de horizontes culturales más amplios. Colombia no ha sido siempre un país exportador de población; por el contrario, hace treinta años venezolanos y ecuatorianos migraban a Colombia. Hoy ese pro-

ceso se ha revertido de manera dramática, y solamente la crisis de la economía petrolera de Venezuela y Ecuador ha logrado disminuir la cantidad de migrantes.

Contrariamente a lo que podría pensarse, no migran a Venezuela los desempleados colombianos, sino obreros, jornaleros y empleados con salarios bajos, en su gran mayoría jóvenes menores de 30 años. El 75% de los migrantes han nacido en ambientes urbanos o han migrado hace mucho tiempo a ciudades grandes. El 40% de ellos han cursado educación primaria, el 10% son analfabetos y el 50% tienen educación secundaria. De estos últimos, el 40% ha estudiado en el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA), un instituto oficial para la formación de obreros especializados. Esto hace suponer que las migraciones de jóvenes a Venezuela han sido abundantes, y que en esa corriente migratoria se pueden diferenciar por lo menos dos grandes grupos. El primero está compuesto por jóvenes en situación característica de marginalidad urbana, posiblemente de familias migrantes de los campos a la ciudad, con educación primaria muy posiblemente incompleta o analfabetos, que conforman los contingentes más explotados en Venezuela, especialmente en trabajo agrícola o en las colocaciones laborales menos deseables en las ciudades (Gómez y Díaz, 1983). Un segundo grupo de jóvenes parece migrar a Venezuela en mejores condiciones, teniendo en cuenta que han tenido una mayor experiencia laboral en Colombia, educación secundaria y, en por lo menos la mitad de los casos, formación técnica especializada de buen nivel.

Tal vez el aspecto que define las migraciones a los países vecinos, también en desarrollo, en comparación con otras migraciones de colombianos al exterior, es la fuerte tendencia al retorno. Es decir, estas migraciones se constituyen en fenómenos estacionales, de diferente duración según sea la forma de vinculación laboral en Venezuela, pero en su inmensa mayoría con un retorno al lugar de origen. El retorno es, por otra parte, un elemento que define el proyecto mismo desde su concepción. En efecto, por lo general no migran familias sino indidivuos que, en un 80% de los casos, poseen casa con servicios básicos en Colombia, envían periódicamente parte de sus ingresos, y al regresar traen pequeños capitales que invierten en el mejoramiento de sus viviendas, en cubrir los déficit de salud y educación de sus familias, y en la construcción de talleres artesanales o tiendas vecinales.

Los estudios realizados sobre las migraciones de colombianos a Panamá, Ecuador y, especialmente, a Venezuela, permiten señalar que las migraciones hacia los países vecinos sirven de válvula de escape para los nudos gordianos del desempleo, el subempleo y los bajos salarios que ha generado la forma de desarrollo colombiana. En este sentido, crean una forma temporal de exilio económico, utilizado fundamentalmente por grupos marginales y de obreros y empleados cuyos ingresos familiares resultan insuficientes y deben ser complementados con la adquisición de excedentes de los salarios conseguidos en moneda más fuerte en el exterior.

El trabajo juvenil en el mercado interno ha sido el mecanismo por medio del cual se ha suplido la insuficiencia de los salarios para el mantenimiento de la fuerza de trabajo, y las migraciones a países vecinos son otra forma de vinculación laboral de la juventud; de alguna manera, son también expresión de cómo se acorta la juventud en los grupos bajos de la población.

En la decisión de migrar que se plantean los jóvenes colombianos hay cuatro fenómenos que se relacionan con la marginalidad estructural del país: el desempleo y el subempleo, los bajos salarios, la necesidad de complementar los ingresos familiares para mejorar el nivel de vida, especialmente en lo que se refiere a la vivienda, la salud y la educación, y la urgencia por ingresar a la economía informal como vía para crear de manera más estable mecanismos que produzcan ingresos para mantener el nivel de vida. El ingreso a la economía informal es necesario no solamente para los jóvenes que se mueven dentro del círculo del desempleo y el subempleo o de las ocupaciones típicamente marginales, sino también para los que han sido capacitados para desempeñarse en el corazón de la economía, como los obreros especializados, debido al creciente desempleo industrial y a los bajos salarios que ha generado la crisis de la industria.

Las migraciones de jóvenes a países vecinos con objetivos laborales son entonces una expresión de la doble manera en que la sociedad marginaliza a sus jóvenes: obligándolos a trabajar durante la época definida como juvenil, privándolos así del derecho a la juventud y, de otro

lado, y contradictoriamente, negándoles empleo remunerativo, con lo cual los traslada a las filas de la marginalidad estructural adulta.

Entre 1951 y 1977, el 27.5% de los sudamericanos admitidos como inmigrantes en los Estados Unidos eran colombianos. Pero tal fenómeno migratorio no ha sido estable en el tiempo: si se contabilizan los inmigrantes a Estados Unidos desde 1936, puede observarse que entre 1936 y 1945 migró solamente el 1.3%; entre 1946 y 1955, el 6%, mientras entre 1956 y 1965 se trasladó el 34.7%, y en la siguiente década el 58%. Es decir, entre 1956 y 1977 han migrado legalmente a Estados Unidos el 92.7% de los migrantes colombianos del período considerado. Esto, por supuesto, no toma en cuenta el rápido crecimiento de inmigrantes ilegales (Cardona, 1980). De este caudal migratorio de las dos últimas décadas, el 49% eran jóvenes entre diez y veintinueve años. Si a estos se les suma los menores de diez años, llegan a representar el 68.4% de los migrantes.

Las migraciones de colombianos a Estados Unidos son muy diferentes de las que se dirigen a los países vecinos. Tal vez sus principales puntos en común sean la alta proporción de jóvenes que las conforman y su carácter de búsqueda de soluciones a los problemas económicos y culturales que les plantea el país. Por lo demás, sus características ocupacionales y educativas son muy distintas. El 61% son menores de 14 años, amas de casa, estudiantes o retirados. Entre los que trabajan, la categoría de mayor peso es la de profesionales y afines (8%) seguida por las de artesanos (6.9%), oficinistas (6.5%) y obreros calificados (6.2%). Los grupos menos representados parecen ser los de menor calificación laboral: empleados domésticos, trabajadores de servicios, vendedores, obreros no calificados (Cardona, 1980). El 14.5% de los inmigrantes a los Estados Unidos tienen escuela primaria completa o incompleta; el 43.5% han hecho estudios secundarios completos o incompletos, el 29.1% han realizado estudios de nivel universitario y el 2.9% cuentan con postgrados. Por otra parte, la tendencia general es a que migren familias, no individuos, y a que la idea de retorno sea conflictiva; aunque se desea y se habla de ella, pocas veces se realiza, y la migración suele convertirse en definitiva.

Es necesario distinguir dos tipos de migraciones de jóvenes a los Estados Unidos. Una primera ola estuvo formada fundamentalmente por profesionales que buscaban mejores oportunidades laborales, y fue denominada "fuga de cerebros". Estuvo constituida por jóvenes típicamente no marginales, situación que fue y sigue siendo objeto de varios estudios y planes de retorno auspiciados por el gobierno colombiano. En una segunda ola, además de personas con estudios universitarios y técnicos migran familias, y un grupo importante de jóvenes no educados en el mismo nivel del grupo anterior. Entre ellos cabe destacar los inmigrantes ilegales a Estados Unidos, que comprenden grupos de clase media, de clase media baja y algunos de extracción obrera, pero difícilmente marginales en su origen colombiano. Más que la marginalidad, los bajos salarios, el subempleo y las pocas posibilidades de progreso económico y cultural parecen ser los móviles directos de la migración. Con respecto a la llamada "fuga de cerebros", cabe anotar la restricción del mercado de trabajo colombiano, que está generando desempleo entre profesionales. Esto puede ser una explicación para este fenómeno tan marcado en la sociedad colombiana, especialmente entre profesionales de la salud (24.5%), ingenieros (13.3%), docentes (13.8%), técnicos (17.6%) y auditores y contadores (9.5%) durante el período comprendido entre 1954 y 1976 (Cardona, 1980).

V

Juventud y educación

Los jóvenes colombianos correrán la suerte que corra la sociedad colombiana en su futuro. La mayoría de las circunstancias que se han mencionado en este trabajo se refieren a la sociedad como un todo, y no son específicas de la juventud, pero conforman un marco fuera del cual el problema de la juventud no podría entenderse. Cabe considerar, sin embargo, un asunto global que sí atañe directamente a la juventud y a su manera de insertarse en la sociedad, que es de primordial importancia, y sobre el que puede obrarse de manera específica con miras a convertirlo en una herramienta eficaz para mejorar la capacidad de participación de la juventud y su papel de agente y protagonista del cambio social: se trata de la educación.

Pensar la educación colombiana actual para llevar a cabo cambios de significación y provecho implica tener en cuenta, entre otros, los siguientes puntos:

a) El hecho más evidente de la relación entre la educación y la sociedad colombiana es actualmente la desconexión entre una y otra. Con la modernización, la educación adquirió un significado económico que antes no tenía, una vinculación con la producción y el empleo, una identificación con la productividad, el mejoramiento de los ingresos individuales y el desarrollo. Por eso se le dio tanta importancia a la parte económica de la educación, a esa función social y a su planificación. Con la crisis del modelo modernizador, sin embargo, la educación está empezando a perder en buena parte sus funciones predominantemente económicas. Conviene pues considerar este hecho y revalorar otras funciones de la educación, las que, sin desaparecer durante el auge modernizador, habían pasado a un segundo plano. Entre esas funciones están todas las que se refieren a la calidad, entendida no en términos de rendimiento escolar, sino en términos de capacidad para generar un entendimiento del mundo, de la sociedad, del individuo. Sería de suma importancia equilibrar, tanto en la planeación como en la imagen que la población colombiana joven y adulta tiene de la educación, la idea de que ésta es un pasaporte al empleo, a los altos ingresos y a la movilidad social, con la noción de que constituye una forma de buscar el conocimiento para el crecimiento personal y social, una forma de conocer mejor la propia comunidad y la propia sociedad, para participar más eficientemente en ella, para ser protagonista de su gobierno y de la forma que tome.

b) Las consideraciones anteriores llevan a repensar la conveniencia de seguir definiendo la educación colombiana en términos de una extremada diversificación, tanto a nivel secundario como superior, lo que prácticamente crea carreras y especialidades como respuesta a los movimientos de la demanda. En ese sistema, la educación se ha transformado en un instrumento al servicio de la demanda, y ha terminado formando "tecnólogos" incapaces de ver la totalidad de los fenómenos. Se ha generado así una concepción altamente compartimentalizada que ha creado una oposición entre la escuela y el mundo, o por lo menos ha puesto a la escuela de espaldas al mundo. Esta orientación profesionalizante, esencialmente utilitaria, ha tendido a formar un hombre dogmático, autoritario, porque sus conocimientos son esencialmente parciales y especializados; desconoce la multiplicidad y la complementariedad del saber y la insuficiencia de un conocimiento particular, y no puede alcanzar el ejercicio del pensamiento científico. El eje de este tipo de orientación educativa es la formación para una sociedad estática, para un modelo de sociedad cuyos cambios más importantes consistirían en las variaciones de la demanda de cierto tipo de recursos humanos.

c) Es entonces conveniente pensar en las posibilidades de una educación cuyo centro esté constituido por los problemas que plantea la calidad, y no por la respuesta a las necesidades de recursos humanos inmediatos. Un tipo de educación para una sociedad cambiante, para una sociedad sin modelo, que forme un hombre que pueda enfrentarse a cualquier tipo de futuro y no un hombre cuadriculado para un solo tipo de sociedad, poseedor de una capacidad de pensa-

miento científico, y no abrumado por el peso de una información específica que no le sirve para entender el mundo cambiante e inesperado que lo rodea, un hombre que pueda enfrentar imaginativamente una sociedad en crisis, que pueda desempeñarse en medio de valores contradictorios, y no un hombre programado para una sola forma de ver la vida. Es decir, un hombre preparado para participar en una sociedad democrática cambiante.

d) Este tipo de hombre no está siendo formado por la escuela colombiana actual, considerando tanto la planeación de la educación diversificada y enfocada hacia el empleo como la organización social de las instituciones escolares. La tendencia de la escuela colombiana actual no es enseñar a pensar, sino a almacenar información en buena parte irrelevante. No enseña a relacionar la teoría con la práctica, a aplicar lo teórico en la solución de los problemas con que se enfrenta el joven, a crear conocimiento. La escuela colombiana tiende más a matar la imaginación que a incentivarla. Está llevando a cabo así una expansión cultural de poca calidad, que genera consecuentemente una democracia de poca calidad.

Por encima de todo, sin embargo, la escuela colombiana está formando hombres para una forma de sociedad y para un tipo específico de desarrollo que están ya en crisis; ese mismo hecho agrava la crisis que viven la juventud y la sociedad misma, porque la educación no se constituye en una herramienta útil y válida para enfrentar el futuro. En muchos casos, como se ha mostrado en este informe, tampoco cumple esta función para el presente.

e) Un cambio educativo del tipo descrito implica necesariamente una formación para lo social: un énfasis especial en conseguir que los estudiantes aprendan a estudiar su sociedad, a analizarla como realmente es, a criticarla, a participar en su futuro y en el moldeamiento de su naturaleza social. Se trata de concebir la educación como una herramienta de participación en la democracia, en la vida política nacional, y no como un elemento marginalizador, excluyente, estratificador. Un cambio de concepción de este tipo, un drástico mejoramiento de la calidad, el acceso a la educación de los grupos que ahora están fuera del sistema, de los grupos marginales urbanos y campesinos, es un instrumento indispensable para lograr la integración por medio de la participación de la juventud colombiana, y la mejor manera previsible de ofrecerle un futuro que ella misma ayudará a conformar.

Bibliografía

ANIF (Asociación Nacional de Instituciones Financieras), Grupo Social (1981): *Democracia sin participación*. Bogotá: ANIF.

Cardona, R., y otros (1980): *Exodo de colombianos*. Bogotá: Tercer Mundo.

Chiappe, M.L., y María Eugenia Toro (1978): Desempleo y educación universitaria y técnica. *Empleo y desempleo* N^{os} 9 y 10. Enero-junio, Bogotá.

DANE (Departamento Administrativo Nacional de Estadística) (1984): *Encuesta nacional de hogares*, 1981-1983. Bogotá: DANE.

DANE - DNP - PAN (Departamento Administrativo Nacional de Estadística, Departamento Nacional de Planeación, Plan de Alimentación y Nutrición) (1981): *Encuesta nacional de hogares, alimentación y vivienda*. Bogotá: DANE, DNP, PAN.

Durston, J., y Guillermo Rosenbluth (1983): *Procesos de cambio en la estructura socio-ocupacional panameña* (E/CEPAL/SEM. 10/R. 10). Santiago: CEPAL.

Gómez, A., y Luz Marina Díaz (1983): *La moderna esclavitud: los indocumentados en Venezuela*. Bogotá: Oveja Negra-Fines.

Guzmán, G., y otros (1962): *La violencia en Colombia*. Bogotá: Iqueima.

Latorre, M., y G. Murillo (1982): *Consideraciones sobre la participación política y electoral, la percepción política y el liderazgo de la juventud colombiana*. Bogotá: Universidad de Los Andes.

Leal, Francisco (1982): *Juventud universitaria y participación política*. Bogotá: Universidad de Los Andes.

Losada, R. (1978): El significado político de las elecciones de 1978 en Colombia. *Coyuntura económica*, Vol. VIII, N° 2. Agosto.

Losada, R., y M. Williams (1972): Análisis de la votación presidencial en Bogotá, 1970. *Colombia política*. Bogotá: DANE.

Losada, R., y Gabriel Murillo (1973): *Análisis de las elecciones de 1972 en Bogotá*. Bogotá: Universidad de Los Andes.

Mc Camat, J., y otros (1968): *Las elecciones del 17 de marzo de 1968 en la ciudad de Cali*. Cali: Universidad del Valle.

Murillo, G., y M. Williams (1975): *Análisis de las elecciones presidenciales de 1974 en Bogotá*. Bogotá: Universidad de Los Andes.

Pinzón de Lewin, P., y Rothlisberger, Dora (1977): Participación política de la mujer. *La mujer y el desarrollo en Colombia* (León de Leal y otros). Bogotá: ACEP.

REVISTA DE LA CEPAL Nº 29

Juventud chilena y exclusión social

Javier Martínez
*Eduardo Valenzuela**

La juventud chilena conoció un fuerte incremento de su participación y de sus perspectivas de incorporación a los roles sociales formalizados durante la fase expansiva que se inició con la postguerra. La urbanización acelerada, la gran ampliación de los sistemas educativos, la extensión de la ciudadanía política, la absorción creciente de mano de obra simple y calificada por los sectores modernos de la producción y los servicios fueron, entre otros, factores que movilizaron a la juventud y la convirtieron en uno de los actores más comprometidos con el desarrollo y la modernización; en la medida que estos últimos eran también los ejes de consenso entre la casi totalidad de los actores sociales y políticos, la juventud pasó, casi inadvertidamente, a ser uno de los actores centrales del sistema. Una de las manifestaciones más expresivas de lo dicho fue la notable influencia política y cultural que llegaron a ejercer los movimientos estudiantiles hacia fines de los años sesenta.

Sin embargo, la evolución social chilena de la última década ha mostrado la aparición de un nuevo fenómeno, la exclusión social, que afecta la estructura social misma y, con ello, al conjunto de las categorías y actores sociales, aunque probablemente de modo más profundo y vasto a la juventud. Por "exclusión" se entiende el proceso de cambio estructural por el cual diversos conjuntos sociales, que en el pasado inmediato ocupaban de modo estable posiciones institucionalizadas del sistema social, o podían tener sólidas expectativas de incorporarse a él, son expulsados de estas posiciones o ven persistentemente bloqueadas sus vías de acceso a ellas.

Precisamente por ello, la crisis, redefinición y deformación de los procesos de modernización hicieron de la juventud una de sus principales víctimas: puede decirse que la exclusión ha afectado en la última década a la juventud chilena casi en la misma proporción en que ella accedió a las posiciones centrales del sistema en los dos decenios anteriores.

*Consultores de la División de Desarrollo Social de la CEPAL.

I

Crisis del crecimiento y participación económica

Sector social extenso, altamente instruido —con niveles casi tres veces superiores al promedio de la generación de sus padres— y con antecedentes migratorios ya remotos, la juventud chilena actual podría hallarse, aparentemente, en condiciones óptimas para hacerse cargo de las complejas tareas exigidas por la vida urbana, la modernización social y el desarrollo político y económico. De hecho, la notable expansión del sistema escolar del último cuarto de siglo ha tenido como uno de sus objetivos principales el de vincular a la juventud con el proceso de desarrollo.

Es innegable que el sistema educativo demostró una notable eficiencia en la absorción del conjunto de la generación joven, dejando atrás muchas barreras elitarias. Las cifras disponibles de los últimos censos muestran claramente el descenso en las tasas de participación económica de los jóvenes, debido a la expansión educacional: la oferta de trabajo de los jóvenes entre 15 y 19 años disminuyó, a nivel nacional, de 42.2% en 1960 a 30.7% en 1970, e incluso lo hizo en términos absolutos. Este descenso fue más agudo en las zonas urbanas (de 38.8% a 27.3%), justamente las que más se beneficiaron del crecimiento educacional; y mucho más intenso en el caso de los hombres, cuya tasa cayó de 61.7% a 45.3% en el período. La actividad laboral de los jóvenes entre 20 y 24 años también se redujo entre estos años, aunque ciertamente en una proporción menor. En este caso, la caída en la tasa de participación se presentó solamente en las zonas urbanas y otra vez preferentemente entre los hombres (que se beneficiaron más de la expansión de las oportunidades de educación superior).

Sin embargo, para que la educación hubiera podido cumplir efectivamente el papel que se le asignaba, tendría que haberse producido, paralelamente a la expansión escolar, una expansión comparable de los sectores modernos de la producción, el comercio y los servicios, que eran los llamados a absorber el empleo de mayor calificación. Al no producirse ésta, se revirtió la tenden-

cia descendente de la tasa de participación juvenil en la fuerza laboral. En efecto, las proyecciones indicaban que la tasa de participación de los jóvenes entre 14 y 19 años debía seguir descendiendo en las próximas décadas, como consecuencia de los avances en la cobertura escolar, mientras que la proporción de activos en el grupo entre 20 y 24 años debía aumentar exclusivamente por una mayor incorporación de mujeres en los mercados de trabajo. Pero, pese a la expansión escolar, la presión de los jóvenes sobre los mercados de trabajo no se redujo en las magnitudes esperadas.

Varios estudios han mencionado la irregularidad del crecimiento económico chileno como una explicación del comportamiento de la tasa de participación. Cáceres (1981) ha señalado por ejemplo que la actividad económica del grupo entre 15 y 19 años descendió abruptamente en los años de mayor expansión escolar (1968-1973), pero luego aumentó durante la aguda crisis recesiva de 1975-1976. Rosales (1979) había estudiado anteriormente la tendencia cíclica de la tasa de participación secundaria en el caso de las mujeres, descubriendo que la participación femenina en los estratos bajos subió durante la crisis de 1975 (sobre todo en los grupos mayores de 20 y menores de 45 años), mientras en el estrato alto la participación alcanzó su nivel más bajo en todo el período estudiado (1957-1977). Este mismo fenómeno ayuda a explicar también que no se haya producido el incremento esperado en la participación femenina, por lo menos hasta esa fecha.

El argumento destaca el comportamiento cíclico que tiene la participación laboral de la fuerza de trabajo secundaria: en condiciones de crisis económica (con altos niveles de desempleo y caída de los ingresos personales) la fuerza de trabajo secundaria, principalmente jóvenes y mujeres, tiende a incorporarse a los mercados laborales. En condiciones de estabilidad y prosperidad económica se retorna a la inactividad. Cáceres agrega que esta situación se produce preferentemente en los estratos bajos, toda vez que la fuerza de trabajo secundaria de los estratos altos (sobre todo las mujeres) tiende, al contrario, a retirarse de la actividad laboral en períodos de crisis. En los estratos urbanos bajos, en cambio, la cesantía del jefe del hogar o la disminución de los ingresos familiares impulsa a jóvenes y mujeres a buscar empleo.

La mayor parte de estos estudios suponen que las oscilaciones en las tasas de participación obedecen solamente a ciclos expansivos o recesivos de corto plazo, dentro de una tendencia general al descenso originada principalmente por la expansión de la cobertura escolar. Un análisis atento de los datos que proporcionan los censos y encuestas nacionales de hogares sobre actividad y asistencia escolar permite pensar, sin embargo, que en la última década se ha producido un cambio de *estructura*, y con ello nuevas tendencias en la distribución de los jóvenes según actividad y asistencia escolar (cuadro 1).

Lo fundamental en el cambio de tendencias de la última década es la franca disminución relativa de los jóvenes que no asisten y son inactivos, que indica una acelerada incorporación a la actividad (habitualmente no acompañada de una incorporación efectiva a la ocupación). Si se compara la distribución efectiva de los jóvenes según condiciones de actividad y asistencia en 1980 con la distribución que se habría producido en caso de mantenerse las tendencias del decenio anterior, puede concluirse, en primer lugar, que la disminución "real" de la condición de inactividad es la transformación más importante que ha ocurrido, y que su magnitud puede estimarse en 212 800 personas. En segundo lugar, que el incremento en la condición de asistencia es notablemente más lento que el de la actividad. En tercer lugar, que dos tercios del incremento adicional de la asistencia se explican por el incremento del grupo de los asistentes *activos*, y finalmente, que dos tercios de la reducción del grupo de los inactivos que no asisten se explican por la incorporación a la actividad sin asistencia escolar (cuadro 2).

Estas características son propias de períodos de crisis económica, en que se incorpora masivamente a la actividad la llamada "fuerza de trabajo secundaria". En este caso el grupo de mayor incorporación a la actividad está compuesto principalmente por mujeres, entre 15 y 19 años, de los niveles educativos más bajos. Sin embargo, cabe cuestionar también el carácter efectivamente "secundario" de esta fuerza de trabajo joven. El año que se ha tomado como referencia (1980) no puede considerarse característico de una crisis recesiva de corto plazo: por el contrario, según

Cuadro 1
CHILE: POBLACION JOVEN DE 15-24 AÑOS, SEGUN CONDICIONES DE ASISTENCIA ESCOLAR Y ACTIVIDAD: 1960, 1970, 1980

		Asisten		No asisten	
	Años	Miles de personas	Porcentajes	Miles de personas	Porcentajes
15-24 años					
Activos	1960	12.2	0.9	663.6	50.2
	1970	28.2	1.7	663.4	39.9
	1980	116.1	4.8	824.5	33.8
Inactivos	1960	276.8	20.9	369.8	28.0
	1970	502.0	30.2	468.6	28.2
	1980	1 040.1	42.6	460.0	18.9
15-19 años					
Activos	1960	8.1	1.1	303.8	41.8
	1970	12.5	1.4	253.2	27.9
	1980	61.7	4.5	239.7	17.6
Inactivos	1960	243.2	33.5	171.1	23.6
	1970	426.2	46.9	217.3	23.9
	1980	876.0	64.1	188.7	13.8
20-24 años					
Activos	1960	4.1	0.7	359.8	60.3
	1970	15.7	2.1	410.1	54.5
	1980	54.5	5.1	584.8	54.4
Inactivos	1960	33.6	5.6	198.7	33.3
	1970	75.7	10.1	251.3	33.4
	1980	164.1	15.3	271.3	25.3

Fuente: Instituto Nacional de Estadísticas (INE). Años 1960 y 1970: Censos nacionales de población y vivienda. Año 1980: Encuesta nacional del empleo.

estimaciones oficiales, en el período 1976-1980 el producto creció a tasas superiores o cercanas al 8% anual, y sólo dos años después se inició un ciclo fuertemente recesivo. Parece mucho más fundada una hipótesis que asocie tales tendencias con un *estilo de crecimiento* que, aun en sus mejores momentos, mantuvo tasas de desempleo que duplicaron las tasas históricas, y niveles de salario real de la fuerza de trabajo ocupada significativamente inferiores a los de la década anterior. Dado que se han mantenido por largo tiempo condiciones de desocupación o bajos salarios de los jefes de hogar, ha comenzado a revertirse la tendencia a la baja de las tasas de participación, comenzando por el "eslabón más débil" de los hogares: aquellos miembros cuya incorporación a la actividad implica menores costos de corto y largo plazo ("inactivos - no asisten"). Esta incorporación puede sufrir cambios marginales de magnitud incluso apreciable con los ciclos econó-

Cuadro 2
CHILE: DIFERENCIAS RESPECTO DE LAS TENDENCIAS HISTORICAS EN LA ACTIVIDAD ECONOMICA Y ASISTENCIA ESCOLAR DE LOS JOVENES, 1980

	Miles de jóvenes entre 15 y 24 años	
	Asisten	No asisten
Activos	+51.2	+161.6
Inactivos	+22.0	−234.8

Fuente: Cálculos sobre la base de datos del Instituto Nacional de Estadísticas (INE): Censos nacionales de población y vivienda, 1960 y 1970, y encuesta regional del empleo, 1980.

micos, pero depende principalmente del marco económico general en que dichos cambios se realizan y, en particular, del nivel permanente de oportunidades de trabajo e ingresos que éste permite a los jefes de hogar de los estratos menos favorecidos de la sociedad.

II

Exclusión ocupacional

La mayor inconsistencia de la promesa modernizadora se ha dado, sin duda, en el campo ocupacional. Aquí la conjunción de una incorporación creciente de grupos jóvenes a la actividad económica (pese a la continua expansión de la cobertura educacional) con la incapacidad de la economía para generar, e incluso para mantener, ciertos volúmenes históricos de empleo, produjo un fenómeno de exclusión ocupacional aguda que ha repercutido particularmente sobre las nuevas generaciones. Las oportunidades de empleo asalariado o establecido se redujeron notablemente, así como la proporción y el volumen de jóvenes que consiguen integración ocupacional.

La exclusión es diferente de la "marginalidad" ocupacional, tal como fue descrita en los años sesenta: esta última se plantea desde un punto de partida muy distinto, pues se refiere generalmente a migrantes de origen rural y baja escolaridad, que no habían sido integrados en el mundo urbano. El término "exclusión" alude, por el contrario, al estado de marginalidad ocupacional que afecta a una cohorte de población que otrora tenía acceso a empleos urbanos establecidos, o bien iba adquiriéndolo, y por añadidura, fue movilizada social y culturalmente en esa dirección. Describe, por lo tanto, el proceso de involución tanto de la estructura ocupacional en la última década como de los procesos de integración social iniciados anteriormente. Debe distinguirse también la exclusión del mero desempleo estadístico. La exclusión ocupacional no proviene exclusivamente ni de los cambios en la oferta de trabajo (presión demográfica o incorporación de fuerza de trabajo secundaria en períodos de crisis), ni tampoco de coyunturas recesivas, aunque ambas cosas deben ser tomadas en cuenta. Su origen se encuentra en modificaciones en la estructura del empleo (crisis industrial, reducción del empleo público, etc.) y, por ende, en los patrones de desarrollo que reducen y deterioran la capacidad de la economía para generar empleos establecidos: se trata de procesos estructurales que estabilizan y aumentan la masa de desempleados, subempleados y pobres urbanos.

El origen de la exclusión ocupacional de los jóvenes se encuentra principalmente en la reducción del empleo obrero, en particular en la industria manufacturera. Durante el último decenio la participación de la industria en el producto y en el empleo cayó visiblemente, como resultado de las políticas de apertura externa y liberalización de los mercados de trabajo. Se desplomó el sostén de los procesos de modernización de antaño, la industria sustitutiva de importaciones con apoyo y protección estatal, con consecuencias alarmantes para la integración ocupacional.

La situación descrita puede apreciarse en el cuadro 3. La proporción de obreros —trabajadores manuales asalariados— disminuyó fuertemente a lo largo de la década: al comenzar ésta, cerca de un 40% de los jóvenes ocupados eran obreros. En 1980 sólo una cuarta parte de ellos seguía siéndolo, y esa proporción se redujo todavía más en los siguientes años de crisis. La proporción de obreros en el total de los ocupados cayó, pues, vertiginosamente. La reducción del empleo obrero fue especialmente significativa en los sectores productivos (industria, construcción, transporte y minería). Al finalizar el decenio el número de obreros jóvenes en sectores productivos había bajado a la mitad del registrado a su inicio (apenas un 15% de los ocupados en 1980, contra el 27% en 1971). Conjuntamente hubo un cambio en la composición interna del empleo obrero: éste se terciarizó, lo que representa des-

Cuadro 3
CHILE: PARTICIPACION RELATIVA DEL EMPLEO OBRERO NO AGRICOLA Y EMPLEO OBRERO INDUSTRIAL EN GRUPOS DE JOVENES Y EN EL TOTAL DE LA PEA OCUPADA, 1971, 1980, 1982

	Años	Jóvenes (15-24 años)	Total
Obreros sobre total de ocupados	1971	37.3	31.2
	1980	26.3	22.7
	1982	17.5	19.1
Obreros sector productivo sobre total de ocupados	1971	27.0	23.1
	1980	14.6	14.2
	1982	9.5	10.7
Obreros sector productivo sobre total de obreros	1971	72.6	74.0
	1980	55.6	62.8
	1982	54.3	56.2
Obreros industriales sobre total de obreros	1971	56.3	50.5
	1980	38.6	40.6
	1982	35.8	39.2

Fuente: Martínez y León (1984).

ventajas en cuanto a las condiciones de trabajo, el nivel de ingresos, la estabilidad y las posibilidades de sindicalización de los jóvenes obreros. La reducción del empleo obrero productivo se concentró además en la industria manufacturera. Mientras antes el empleo obrero era básicamente industrial (cerca de un 60% de los obreros estaba en la industria), la proporción de obreros industriales en la ocupación obrera al finalizar el decenio se había reducido a menos del 40%. Por último, también desapareció la superioridad numérica de los obreros jóvenes, especialmente en los sectores productivos; se produjo un envejecimiento de la población obrera, signo inequívoco de las dificultades que han tenido los jóvenes para incorporarse a este sector.

Un información complementaria sobre estos procesos se presenta en el cuadro 4, que señala los volúmenes y la participación del empleo obrero en la población económicamente activa no agrícola joven. Los datos muestran más detalladamente la magnitud de la reducción del empleo obrero productivo y la incidencia de la depresión industrial en esta disminución.

Como vemos, los obreros industriales representaban el 24% de la PEA no agrícola joven en 1971 (alrededor de 140 000 trabajadores jóvenes en la industria). En 1980, esta proporción había descendido a sólo 9.5% (cerca de 75 000 obreros industriales). Los descensos se produjeron en la industria tradicional (alimentos, bebidas, tabaco, textiles, vestuario, etc.) y, sobre todo, en la industria sustitutiva moderna (madera, productos químicos, caucho y plástico, cemento, etc.). En ambos sectores se encontraba el empleo obrero joven en la industria. Las posiciones obreras sólo se mantuvieron en la industria estratégica y la minería, pero en ambas representan una proporción muy poco importante del proletariado joven. La crisis se concentra en la industria sustitutiva, que reduce, en el lapso de una década, alrededor de 65 000 puestos de trabajo anteriormente ocupados por jóvenes. También se registran descensos en los sectores de la construcción (pese a que a finales de la década hubo una coyuntura favorable en este terreno) y del transporte, los que en conjunto significan una reducción cercana a 15 000 empleos productivos.

La expansión de las actividades manuales en el sector terciario no alcanza a contrarrestar la depresión aguda del empleo industrial. Ni el incremento de los obreros en comercio y servicios, ni el artesanado, bastan para compensar la reducción del empleo obrero productivo. Los obreros en sectores no productivos aumentan su participación en la PEA no agrícola joven de 11.7% a 13.9%, mientras los artesanos descienden de 4.7% a 4.1% entre el comienzo y el final de la década. Las posiciones artesanales, además, siempre han sido preferentemente para adultos, debido a la destreza y el capital que requieren; por ello representan una alternativa ocupacional muy difícil para los jóvenes excluidos de la industria.

La crisis del empleo obrero repercutió evidentemente en el incremento de los jóvenes "excluidos" —considerando como tales a los que permanecen desocupados, en los programas gubernamentales de empleo mínimo y en el servicio doméstico, así como a los trabajadores por cuenta propia en el comercio y los servicios marginales. Estos han duplicado su proporción en la PEA no agrícola joven, pasando de 23.3% a 45.5% entre 1971-1980— un aumento absoluto de 230 000 jóvenes. La década de los setenta se cierra, en efecto, con 363 000 jóvenes excluidos, y había comenzado solamente con 134 400 en esta condición.

Cuadro 4

CHILE: PARTICIPACION DE OBREROS Y ARTESANOS EN LA PEA NO AGRICOLA JOVEN (15-24 AÑOS), 1971, 1980, 1982

	1971		1980		1982	
	Porcentaje	Miles de personas	Porcentaje	Miles de personas	Porcentaje	Miles de personas
Obreros de industria tradicional	14.7	84.4	6.2	49.7	4.1	33.7
Obreros de industria moderna	9.2	52.9	2.8	21.9	1.4	11.1
Obreros de sectores estratégicos (excluido el cobre)	0.5	2.8	0.5	4.1	0.1	1.0
Obreros de la construcción	5.5	31.5	3.1	24.4	1.6	13.1
Asalariados de la minería	1.0	6.2	1.0	8.1	0.4	3.2
Asalariados del transporte	5.0	29.1	2.6	21.0	1.6	13.2
Obreros del sector productivo	35.9	206.9	16.2	129.2	9.2	75.3
Obreros del comercio y de servicios	11.7	67.5	13.9	110.8	10.5	86.5
Artesanos	4.7	27.0	4.1	32.5	2.9	24.2
Total obreros y artesanos	*52.3*	*301.4*	*34.2*	*272.5*	*22.6*	*186.0*
Total PEA no agrícola 15-24 años	*100.0*	*575.6*	*100.0*	*798.5*	*100.0*	*822.5*

Fuente: Martínez y León (1984), sobre la base de cifras del INE.

En las categorías tradicionales de la marginalidad ocupacional se incluye en primer lugar el empleo doméstico, que tiende a estabilizarse en el último decenio: su peso relativo se mantiene en alrededor del 11% de la PEA joven, aunque en números absolutos esto significa un incremento de casi 23 000 personas.

Es importante destacar aquí la evolución del empleo doméstico, que históricamente presentaba una reducción sostenida de su participación en la PEA joven. Las cifras de la Universidad de Chile señalan que entre 1960 y 1970 el servicio doméstico se redujo de 27.9% a 21.9% en el grupo de 15 a 19 años, y de 20.2% a 15% en el grupo de 20 a 24 años. En el último decenio, en cambio, la proporción de empleadas domésticas prácticamente se estabilizó, con tasas de 20.7% y 13.2% en ambos grupos de edad, respectivamente. Un estudio de Heskia (1980) calcula la proporción de empleo doméstico en la PEA joven ocupada para el período 1957-1979. De acuerdo con sus datos, en todo este período, las empleadas domésticas han concentrado en promedio el 26% de las ocupaciones femeninas en el grupo de 14 a 19 años y aproximadamente el 15% en el grupo de 20 a 25 años. La serie de Heskia permite advertir un descenso (a veces discontinuo) de la proporción de empleadas domésticas en ambos grupos, que alcanza su punto más bajo en 1974 con proporciones de 13.1% y 4.7%, respectivamente, para elevarse a partir de la crisis de 1975 y situarse en los años restantes cerca del promedio histórico indicado. Rosales llega también a una conclusión semejante.

La reducción del empleo doméstico ha sido explicada por una caída en la actividad laboral de las mujeres jóvenes, así como por la mayor cobertura escolar y por el mayor nivel de instrucción de que ellas gozan. Como se ha dicho, la crisis hace subir la tasa de participación de las mujeres jóvenes de estrato bajo, quienes acceden otra vez al servicio doméstico. La escasa diversificación del empleo femenino en estos estratos —profundizada por la reducción de la proporción de obreras, también detectada por Rosales— alienta este destino de la ocupación femenina.

En lo referente a las restantes categorías que componen la marginalidad ocupacional, cabe mencionar el aumento de los "comerciantes marginales" que crecen de 2.3% a 3.1% en el período (más de 10 000 jóvenes se incorporan en esta actividad). La proliferación de los comerciantes ambulantes es un fenómeno característico de la crisis del empleo, sobre todo en las grandes ciu-

dades. Mucho más importante, sin embargo, es la aparición del PEM (Programa de Empleo Mínimo) que congregaba en 1980 casi 50 000 jóvenes y representaba el 12.9% de la PEA joven. El PEM fue creado durante la crisis de 1975 como una forma de amortiguar los efectos del desempleo generalizado. Tras la crisis, sin embargo, el programa se mantuvo, fluctuando entre 120 y 180 000 personas (hasta que se expandió nuevamente con la crisis recesiva actual) y recogió una creciente proporción de jóvenes y mujeres sin empleo. En 1980 los jóvenes representaron conjuntamente el 54.9% del programa.

Con todo, las ocupaciones marginales representan actualmente menos de la mitad de la exclusión. Mientras que en 1971 un tercio de los excluidos eran desocupados, en 1980 la desocupación afectaba a un 53.4% de ellos. En la última década los desocupados se han triplicado: de 48 100 a 193 800 jóvenes, y de 8.3% a 24.3% de la PEA joven (cuadro 5). El desempleo abierto ha sido, en consecuencia, la forma predominante que asume la crisis ocupacional en estos años.

En el último cuarto de siglo, la evolución del fenómeno ha sido bastante definida. Habitualmente se distinguen tres fases. La de los años sesenta se caracterizó por tasas relativamente bajas de desempleo; la del período 1970-1973 estuvo marcada por políticas de empleo masivo, que hicieron descender la desocupación a sus registros históricos más bajos; y la última registró un aumento explosivo del desempleo, incluso más allá de las crisis recesivas. La evolución del desempleo entre los jóvenes sigue esta misma trayectoria, como se indica en el gráfico, de acuerdo con las series de desocupación para el Gran Santiago, de la Universidad de Chile.

Según estos datos, el desempleo registra un promedio de 36.7% en el grupo de 14 a 19 años y de 23.2% en el grupo de 20 a 24 años en el período 1974-1982, y con ello duplica con creces los promedios históricos obtenidos en los años anteriores. La desocupación crece desmedidamente en las épocas de crisis, pero nunca cedió verdaderamente; incluso en períodos de "prosperidad" económica, la desocupación abierta se mantuvo en alrededor del 25% de la fuerza de trabajo joven (desde luego, siempre con tasas diferenciales según la edad). Aun sin contar los períodos de crisis, en estos años se han mantenido regularmente alrededor de 200 000 jóvenes fuera del empleo.

Estas tendencias encuentran su culminación en la crisis recesiva que afecta actualmente a la economía chilena (cuadro 5). La exclusión alcanza magnitudes alarmantes: aumenta desde el 45.5% de la PEA joven en 1980 (363 000 jóvenes, como hemos visto) al 59.1% en 1982 (485 700 jóvenes). Simultáneamente, la reducción de la ocupación de obreros y empleados alcanza un

Cuadro 5
CHILE: COMPOSICION OCUPACIONAL DE LA JUVENTUD EXCLUIDA, 1971, 1980, 1982[a]

Estrato ocupacional	1971		1980		1982	
	Miles de personas	Porcentajes	Miles de personas	Porcentajes	Miles de personas	Porcentajes
Empleo doméstico	66.5	49.5	89.1	24.5	70.05	14.5
Empleo marginal en comercio y servicios	19.8	14.7	33.2	9.1	27.9	5.7
PEM-POJH[b]	—	—	46.9	12.9	98.7	20.3
Cesantes y buscan trabajo por primera vez	48.1	35.8	193.8	53.4	288.6	59.4
Total excluidos	*134.4*	*100.0*	*363.0*	*100.0*	*485.7*	*100.0*
Jóvenes excluidos sobre PEA no agrícola		*23.3*		*45.5*		*59.1*

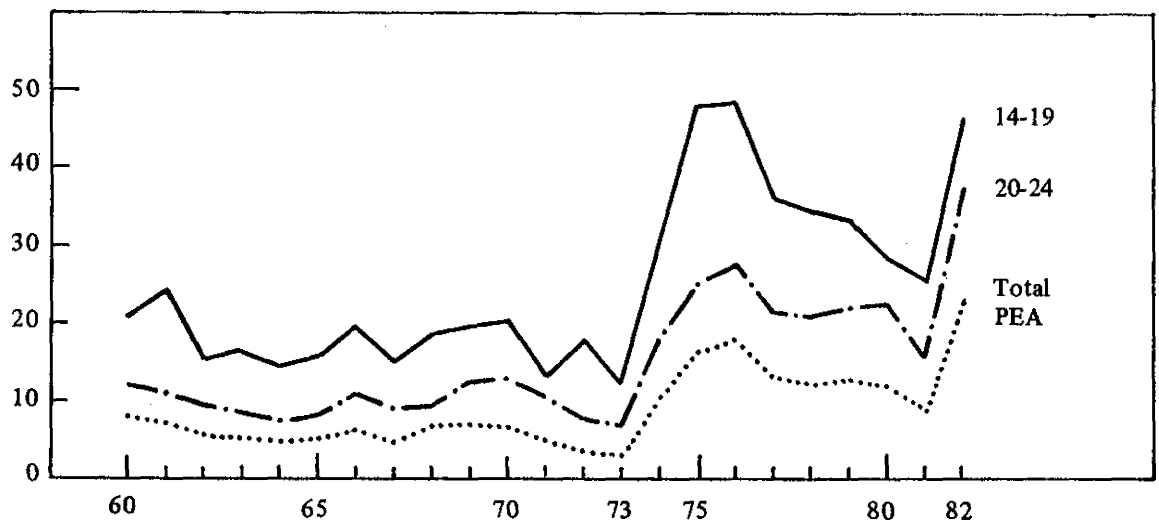
Fuente: Martínez y León (1984).
[a] Jóvenes de 15 a 24 años.
[b] PEM: Programa de Empleo Mínimo. POJH: Programa Ocupacional para Jefes de Hogar.

volumen de 100 000 empleos en el corto lapso de dos años: la ocupación es de 432 000 en 1980 (54.5% de la PEA no agrícola joven) y de 335 400 en 1982 (solamente el 41.9% de ésta). La crisis se presenta, pues, como una verdadera catástrofe ocupacional que afecta súbitamente a cerca de un 25% de los jóvenes que habían conseguido alguna integración laboral en las condiciones de empleo ya deprimidas que imperaban al finalizar la década.

La crisis provoca una gran disminución del número de obreros en sectores productivos; éstos registran entre los jóvenes una caída espectacular de −40.7% (mientras entre los adultos es de −29.9%). En este caso, la crisis afecta al empleo obrero en la industria manufacturera (incluyendo a los sectores estratégicos), que queda reducido a un volumen insignificante (5.6% de la PEA total, vale decir, 45 000 jóvenes); al empleo obrero en la construcción (que en 1982 sólo es el 1.6% de la PEA, es decir, 13 000 jóvenes), y al empleo obrero en el transporte y en la minería. Los sectores productivos expulsaron más de 50 000 jóvenes obreros (la mitad de la expulsión total), y éstos quedaron reducidos solamente al 9.2% de la PEA joven. Los obreros en sectores no productivos y los artesanos, por su parte, también registraron descensos, aunque no tan pronunciados como los anteriores, lo que confirma que la crisis deprime drásticamente al sector "real" de la economía.

Es obvio que la crisis agrava la exclusión. También aquí la forma predominante que asume esta última es el desempleo abierto (que representa casi el 60% de los excluidos jóvenes y la mitad de la exclusión total). La desocupación juvenil aumentó de 193 800 a 288 600 (vale decir, del 24.3% en 1980 al 35.1% en 1982). Sin embargo, la desocupación perjudica notoriamente también a los adultos en esta ocasión: en la PEA mayor de 24 años, el desempleo aumentó de 184 600 a 430 500 (pasando de 8% a 18.2% en estos años), e incluso la participación de los jóvenes bajó (de 51.2% a 40.1%). Esto significa que, en términos relativos, la crisis ha afectado con mayor rigor al mundo adulto. La magnitud del

Gráfico 1
GRAN SANTIAGO: EVOLUCION DE LAS TASAS DE DESOCUPACION DE GRUPOS JOVENES Y TOTAL DE LA FUERZA DE TRABAJO, 1960-1982



Fuente: Encuesta de ocupación y desocupación de la Universidad de Chile (junio de cada año).

desempleo adulto, en circunstancias que el PEM absorbía grandes proporciones de jóvenes y mujeres, motivó la creación del POJH (Programa Ocupacional para Jefes de Hogar, que se inauguró con un subsidio que duplicaba al PEM) en octubre de 1982; éste no alcanza a reflejarse en las cifras del Instituto Nacional de Estadísticas. Todavía entre 1980 y 1982 la participación de los jóvenes en el PEM seguía subiendo y alcanzó cerca del 40% del programa en este último año; había duplicado su volumen, que pasó de 46 900 a 98 700 jóvenes.

Puede en consecuencia afirmarse, en términos generales, que la evolución del empleo entre los jóvenes ha mostrado una dramática pendiente: durante los años sesenta, la expansión escolar fue acompañada de procesos de movilidad ocupacional que se expresaron sobre todo en la reducción de los "excluidos", vale decir, en tasas de desempleo bajas y reducción de las ocupaciones marginales, y también en la vitalidad del empleo obrero y en la expansión de los empleos medios asalariados. El curso de la modernización social fundada en la industria y el Estado se desplomó en la década siguiente: para ello se conjugó la presión demográfica de los grupos jóvenes sobre los mercados de trabajo, la desaceleración de la caída de las tasas de participación (pese al aumento de la oferta educacional) y, sobre todo, un agudo proceso de desindustrialización. Todos estos factores, en medio de violentas crisis recesivas, frenaron bruscamente el proceso de modernización. En adelante, aumentó la exclusión, especialmente por la vía del desempleo abierto y del subempleo, pero también por la interrupción de la caída de las ocupaciones marginales, y se redujo la integración ocupacional de los jóvenes, principalmente, a un segmento que logró obtener escolaridad completa, e incluso superior, y pudo acceder al empleo medio en el sector terciario. Este último es probablemente el único campo donde quedó algún residuo de los procesos de modernización que entusiasmaron a la sociedad chilena hace un cuarto de siglo. La crisis actual es la culminación de este proceso de exclusión, y ha afectado especialmente a los jóvenes chilenos.

III

Otras dimensiones de la exclusión

Las dificultades ocupacionales no son la única manifestación de la exclusión. También deben mencionarse a este respecto los procesos que han afectado a la familia obrera y la exclusión habitacional que sufren los jóvenes de este origen. Las observaciones realizadas sobre la base de una encuesta reciente (Valenzuela, 1984) indican que se ha revertido o estancado el proceso de nuclearización de la familia obrera: reaparecen las familias extensas y aumenta la densidad de los hogares debido a que los jóvenes no pueden constituir hogares autónomos (cuadro 6). Las observaciones indican, en efecto, que el promedio de personas por hogar registrado alcanza a 6.6, contra 5.6 hace veinte años, según cifras de DESAL; la proporción de familias extensas supera el 50% de los hogares entrevistados, y entre éstas la modalidad principal es aquella que alberga hijos casados con su descendencia en casa de sus padres. El 54.2% de los jóvenes casados de la muestra convive con sus padres o suegros, y otro 20.6% es allegado neto (comparte residencia pero no ingresos con algún otro hogar).

Esta incapacidad de los jóvenes para acceder a vivienda propia, y organizar así familias estables, proviene tanto de las políticas de libre mercado, que redujeron notoriamente la construcción de vivienda popular, como de la crisis ocupacional a que se hizo referencia, que impide contar con ingresos estables y suficientes para instalar nuevos hogares. El promedio anual de viviendas iniciadas descendió de 52 000 unidades en el período 1971-1973 (mientras en el quinquenio anterior era cerca de 40 000) a 30 000 unidades en el período 1973-1982. Asimismo, la proporción de viviendas iniciadas por

el sector público, que superaba el 50% antaño, se redujo a 19.5% en el último período. El ritmo ascendente de construcción de viviendas se interrumpió en los últimos años y predominó la edificación iniciada por el sector privado, que produjo de acuerdo a demandas de mercado. Con ello, se estima que el déficit de vivienda podría haberse incrementado en 300 000 unidades en la última década, con lo cual el déficit total sería de alrededor de 850 000 viviendas (Rodríguez, 1984).

Estos límites en el acceso a la vivienda popular explican la yuxtaposición de familias en hogares ya precarios. Los trastornos que esto provoca son enormes: en términos generales, se resienten la cohesión familiar y la estabilidad de los matrimonios jóvenes. Se ha sugerido también que el déficit habitacional está vinculado con la importancia que adquieren entre los jóvenes la procreación fuera del vínculo matrimonial y el aborto. Como sea, la presión por vivienda ha aumentado fuertemente: se calcula que los allegados fluctúan entre 135 000 y 200 000 familias en Santiago, lo que representa una demanda reprimida de sitios de orden de unas 4 000 a 6 000 hectáreas. La envergadura de los movimientos de toma de terreno es una prueba de la importancia de esta demanda.

Las exclusiones ocupacional y habitacional son los síntomas clásicos de la marginalidad urbana. En ambos casos, como se ha dicho, se trata de exclusiones que afectan prioritariamente a los jóvenes. También es importante agregar, sin embargo, que la juventud popular está en gran medida excluida de la participación. La encuesta anteriormente citada indica que alrededor del 70% de los jóvenes carece de organización, como no sean los clubes deportivos (que atraen principalmente a los hombres). La tasa de sindicalización es prácticamente nula (1.1%), lo mismo que la de participación en organizaciones vecinales (0.5%). Sólo la participación en comunidades regiosas (que alcanza al 11% de los jóvenes) y en grupos vinculados a parroquias (10.8%) mejora los índices de organización juvenil (cuadro 7). La participación política y corporativa está eliminada por condiciones de autoritarismo político y desintegración ocupacional, y sólo se compensa parcialmente por la participación comunitaria vinculada a las iglesias, que han sido uno de los principales refugios frente a la crisis.

En definitiva, la integración de los jóvenes con el mundo de las instituciones sociales se limita a la escuela. Fuera de ésta reina un completo divorcio entre ellos y la sociedad organizada, y sobre todo entre ellos y el Estado, que —en las condiciones que hemos descrito— les aparece como un instrumento casi exclusivamente penal.

Cuadro 6

SANTIAGO: ESTRUCTURA DE LAS FAMILIAS EN EL ESTRATO POPULAR SEGUN TIPO Y SITUACION HABITACIONAL

	Nuclear simple	Nuclear c/joven casado	Nuclear allegado neto	Extensa c/otro pariente	Extensa c/sobrinos	Extensa c/hermanos casados	Extensa c/joven casado	Extensa c/ambos	Extensa c/otro matrimonio
Poblaciones									
San Gregorio	33.3	1.4	6.1	9.5	10.9	25.2	6.8	4.1	2.7
Lo Hermida	44.6	6.9	8.9	8.9	2.5	14.9	6.4	3.0	4.0
Herminda de la Victoria	33.0	5.8	13.1	11.8	11.8	7.7	10.0	3.2	4.5
Promedio de las tres poblaciones	*37.2*	*4.7*	*9.8*	*10.2*	*8.2*	*14.7*	*7.9*	*3.3*	*3.9*
Jóvenes									
Solteros	46.8	—	7.1	13.0	10.3	17.7	—	—	5.3
Casados	—	24.2	20.0	—	—	—	35.0	19.2	1.6

Fuente: Valenzuela (1984).

Cuadro 7
SANTIAGO: NIVEL DE ORGANIZACION SOCIAL ENTRE JOVENES DEL ESTRATO POPULAR

	No organizados	Baja organización [a]	Organización media [b]	Alta organización [c]
Poblaciones				
San Gregorio	45.6	36.1	8.8	9.5
Lo Hermida	38.6	38.1	16.3	6.9
Pudahuel	44.8	25.8	12.7	16.7

Fuente: Valenzuela (1984).
[a] Incluye clubes deportivos.
[b] Incluye organización vecinal, sindicatos, centros culturales y juveniles.
[c] Incluye comunidades cristianas.

IV
Diferenciación de una juventud excluida

Es suficientemente sabido que las diferencias de edad no solían tener gran importancia en los estratos bajos de la población, dada la temprana incorporación al trabajo y al matrimonio. Sólo la expansión escolar de los últimos decenios comenzó a introducir el concepto clásico de juventud como "período de transición". Paradójicamente, este efecto educacional se ha sumado en los últimos años a la exclusión ocupacional y habitacional, que han prolongado la "edad juvenil" en los estratos bajos. El desempleo y subempleo generalizado que afecta a los jóvenes, así como las dificultades para constituir hogares propios, son procesos que detienen el ingreso de los jóvenes en el mundo adulto. La noción de "juventud", en este sentido, se ve también favorecida por el origen casi enteramente urbano de las nuevas generaciones (en oposición a las anteriores, de migrantes) y la exposición de los jóvenes a la cultura urbana de masas. La expansión escolar, la imposibilidad de obtener independencia económica y habitacional, el origen urbano, y el número y concentración de jóvenes que comparten una misma situación, son todos procesos que hacen de los jóvenes excluidos un grupo social distinto dentro del mundo de la marginalidad urbana.

En estas condiciones de exclusión y desintegración, la juventud popular urbana aparece como un actor caracterizado por conductas desorganizadas, con una densidad cultural, aparentemente escasa, que se han asociado a la anomia (Valenzuela, 1984). Todos los procesos que concurren en la constitución de los grupos jóvenes marginales llevan en esta dirección: desintegración e inestabilidad laboral, descomposición y ruptura de la cohesión familiar, exclusión política y desorganización social. Todos los procesos de exclusión respecto de la sociedad organizada (el mundo de las instituciones sociales) han sido al mismo tiempo procesos de desintegración de la vida y solidaridad colectivas.

Entre los jóvenes no organizados, se dan conductas de retraimiento (drogas) y rebelión (revuelta), que corresponden a una mayor intensidad anómica. Entre los jóvenes organizados (generalmente en comunidades cristianas) las conductas de refugio y movilización radical, en cambio, señalan la línea de reducción de la anomia. Las conductas de retraimiento y refugio prevalecen en períodos de estabilidad económica entre jóvenes no organizados y organizados, respectivamente; las de rebelión y movilización son propias de períodos de crisis, también respectivamente para ambos grupos. En el primer caso

predominan las múltiples formas de reacción y defensa frente a las condiciones de marginalidad; en el segundo, se abren posibilidades para un enfrentamiento social generalizado. En el período anterior a la crisis, en efecto, las orientaciones características de los jóvenes de estratos populares estuvieron marcadas por dos fenómenos: la generalización del uso de drogas y el surgimiento de los movimientos católicos de base popular.

El uso de drogas ha sido asociado principalmente con conductas que se orientan hacia la búsqueda de placer inmediato (Lailhacar, 1982). Estas incluyen también orientaciones vinculadas al erotismo, la música y la recreación. La experiencia con drogas tiene, en la actualidad, un fin casi exclusivamente de evasión: goce inmediato y efectos ansiolíticos que rompen, aunque sea en forma pasajera, con las estructuras reales de espacio y tiempo y permiten sortear las penurias de la vida. La droga ya no es una experiencia culturalmente densa, ni está vinculada tampoco a orientaciones comunitarias. La modalidad hippie del uso de drogas ha desaparecido. Las conductas eróticas de los jóvenes marginales, caracterizadas por la desinhibición y la falta de prejuicios, así como por una esencial inestabilidad, se ubican también en este género de orientaciones hacia la búsqueda de placer inmediato.

Por otra parte, la reacción contra estas condiciones de desintegración (y la proliferación de conductas desorganizadas) se ha expresado en el refugio comunitario. Algunos autores han sostenido que el florecimiento de las comunidades eclesiales de base en el medio popular ha sido precisamente una respuesta frente a los efectos atomizadores del mercado y de la exclusión estatal. También se ha establecido su conexión con los antiguos movimientos pentecostales, señalando que las comunidades actúan exactamente en el sentido de las comunidades pentecostales descritas por Lalive (1969) en el caso chileno: "reducen el desarraigo social a través de la recuperación del grupo primario, constituido en torno a una red de relaciones afectivas y valores compartidos". El pentecostalismo fue, en efecto, la contraparte del modelo de integración obrero. "La expansión pentecostal es simultánea al período de migraciones internas (alrededor de la década del treinta) que coincide a la vez con la declinación de la sociedad rural y los inicios de la industrialización. Este típico fenómeno de transición provoca desarraigo en las masas populares. Pues bien, Lalive también descubre que el pentecostalismo penetra justamente en las categorías marginales de la sociedad movilizada, en las periferias urbanas y en las zonas rurales de frontera donde la estructura de la hacienda se deteriora más intensamente. En términos generales, mientras el socialismo crece como ideología obrera, el pentecostalismo se desarrolla entre las masas marginales desarraigadas (quienes se refugian dentro de un orden de valores tradicional y se extrañan culturalmente de la sociedad urbana)". (Valenzuela, 1984).

Aunque las comunidades eclesiales de base sean portadoras de una teología diferente a la de las comunidades pentecostales tradicionales, expresan una reacción frente a una situación similar: la cancelación de la vía o modelo obrero de integración (trabajo asalariado, sindicalismo, acceso a la representación política en el Estado). Tanto las comunidades eclesiales de base como las pentecostales restauran en estas condiciones una ideología comunitaria (ayuda mutua, cooperación, solidaridad, derechos humanos), e invocan, en definitiva, la necesidad de recuperar la solidaridad y dignidad colectivas.

La crisis ha creado una situación nueva, en la que los jóvenes de condición popular urbana tienen un importante papel. Dado el bloqueo de los canales regulares de integración social, así como de los canales de expresión política y de opinión, los jóvenes del estrato popular urbano, duramente golpeados por los efectos de la crisis, asumen una intervención social no prevista ni en la organización política del Estado ni por los agrupamientos políticos que disienten con ella. Esta se traduce en la protesta urbana, que ocupa el lugar de las protestas en los medios laborales o de estudio. Dicha protesta tiene rasgos que permitirían calificarla de "rebelión anómica". Por una parte, no se vincula con instituciones ni agrupamientos políticos, por lo que parece carecer de contenidos reivindicativos; por otra, dado el bloqueo de los canales de participación, crea formas de lucha sumamente agresivas.

Sin duda, el radicalismo político de los jóvenes marginales surge de las condiciones que se han descrito, y abre nuevas interrogantes sobre el destino de esta generación.

Referencias bibliográficas

Cáceres, Carlos (1981): *Participación laboral y desocupación, según estratos de ingresos. Gran Santiago, 1957-1978.* Tesis de Grado. Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas, Universidad de Chile.

DESAL (Centro para el Desarrollo Económico y Social de América Latina) (1970): *La marginalidad urbana: origen, proceso y modo. Resultados de una encuesta en poblaciones marginales del Gran Santiago.* Buenos Aires: Editorial Troquel.

Heskia, Isabel (1980): *Distribución del ingreso en el Gran Santiago, 1957-1978.* Documento de investigación. Departamento de Economía, Universidad de Chile.

Lailhacar, R. y otros (1982): *Juventud, drogas y neoprén.* Santiago de Chile: Editorial Leo.

Lalive, Cristián (1968): *El refugio de las masas. Estudio sociológico del pentecostalismo chileno.* Santiago de Chile: Editorial del Pacífico.

Martínez, Javier y Eugenio Tironi (1983): *Estratificación y cambio social en Chile en la década del setenta.* (E/CEPAL/R. 349). Santiago de Chile: CEPAL.

Martínez, Javier y Arturo León (1984): *La involución del proceso de desarrollo y la estructura social.* Documento de trabajo. Santiago de Chile: Centro de Estudios del Desarrollo (CED).

Rodríguez, Alfredo (1984): *Por una ciudad democrática.* Colección Estudios Sociales. Santiago de Chile: Ediciones Sur.

Rosales, Osvaldo (1979): *La mujer chilena en la fuerza de trabajo: participación, empleo y desempleo (1957-1977).* Tesis ESCOLATINA, Universidad de Chile.

Valenzuela, Eduardo (1984): *La rebelión de los jóvenes.* Colección Estudios Sociales. Santiago de Chile: Ediciones Sur.

REVISTA DE LA CEPAL Nº 29

La radicalización política de la juventud popular en el Perú

*Julio Cotler**

En el transcurso de los últimos veinticinco años el Perú ha experimentado una transformación sustancial de su estructura social, que impulsó la radicalización política de las clases populares y, muy en especial, de sus jóvenes.

Durante los años sesenta y hasta mediados de los setenta las clases populares urbanas, alimentadas por las migraciones internas, experimentaron una cierta movilidad ascendente y un crecimiento mucho mayor de sus expectativas de mejoría de su ocupación, ingreso, educación y participación política. Sin embargo, el carácter más bien cerrado de los regímenes políticos de entonces, al bloquear las aspiraciones políticas de estas clases, provocó la primera oleada de radicalización.

A partir de mediados de los años setenta cambia la situación. Por un lado, la continuada expansión educativa refuerza las expectativas y, por su contenido, impulsa aún más la radicalización. Por otro, se deterioran las condiciones económicas y persisten los obstáculos a una participación política plena. En estas circunstancias, que afectan en particular a los jóvenes, la confrontación violenta e inorgánica se constituye en procedimiento habitual en los conflictos políticos.

El autor sostiene que el examen de estos fenómenos, que han adquirido particular intensidad en el Perú, puede ser de gran utilidad también para otros países de la región cuyos procesos políticos parecen encaminarse en la misma dirección.

*Consultor de la División de Desarrollo Social de la CEPAL.

Introducción

Es un lugar común reconocer que en los últimos veinticinco años el Perú ha experimentado importantes transformaciones de su estructura social. Para explicar o especificar dichas transformaciones suele aludirse al cambio demográfico acarreado por las migraciones y la urbanización; a las modificaciones de la estructura productiva y ocupacional, que han promovido el fortalecimiento del capitalismo y su extensión a las áreas rurales, y a la expansión del sistema educacional y de los medios de comunicación de masas que, conjuntamente con los anteriores procesos, han contribuido a alterar considerablemente los estilos de vida y los tipos y niveles de aspiraciones sociales. A todo ello es necesario agregar la singularidad de las reformas institucionales realizadas por el pasado régimen militar, que acabaron por desmantelar el anacrónico régimen oligárquico de dominación y produjeron una considerable expansión de las funciones del Estado y de su ámbito de acción.

Es menos frecuente destacar, a este respecto, las transformaciones políticas y culturales experimentadas por la sociedad peruana en ese período y, en particular, el cambio de identidad política de las clases populares urbanas[1] en general, y de sus jóvenes en particular. Existen varias y muy claras evidencias de la radicalización de las clases populares y de sus jóvenes. La primera consiste en los resultados electorales para nominar a los representantes de la Asamblea Constituyente en 1978, para elegir Presidente y parlamentarios en 1980, para designar alcaldes en 1981 y 1983. En todas estas oportunidades las agrupaciones izquierdistas, divididas en los tres primeros casos y unificadas en el último, lograron obtener alrededor de un tercio de la población electoral, hecho insólito en América Latina.

Si bien los análisis de dichos procesos electorales no son concluyentes, hacen ver la existencia de altas correlaciones entre el voto obrero, así como el de los pobladores de los barrios urbanos

[1]Definimos a las clases populares en términos ocupacionales; en este sentido, comprenden obreros, independientes no-profesionales y empleados sin poder de dirección.

marginales ("pueblos jóvenes") y las agrupaciones de la izquierda marxista, especialmente en la ciudad de Lima, que congrega a la tercera parte de la población electoral. Tales correlaciones parecen existir igualmente entre la población urbana y dichas organizaciones políticas en la sierra sur, la llamada "mancha india". (Roncagliolo, 1980; Tuesta Soldevilla, 1983 y 1985).

Las últimas elecciones generales de abril de 1985, en las que el APRA y su joven candidato ganaron de manera abrumadora, seguidos por el candidato de la Izquierda Unida, significaron el desplazamiento masivo hacia el APRA del electorado popular, que hasta entonces votaba en favor de los partidos "tradicionales". Alrededor del 80% del electorado, en consecuencia, se asoció con fórmulas nacionalistas, populares y democráticas, que proponían cambios trascendentales en la estructura social y política del país, y se orientaban hacia la nacionalización y la democratización de la sociedad y la política. Estos resultados, que han reducido la representación de las clases dominantes, crean una situación inédita, llena de esperanzas y temores en relación al devenir histórico del país.

Una segunda evidencia del proceso de radicalización de las clases populares es la aparente consolidación de la Confederación General de Trabajadores del Perú, que si bien es controlada por el Partido Comunista, va acompañada por el desarrollo de un sindicalismo "clasista" entre las capas obreras y de empleados públicos. Paralelamente, el nivel de exigencias de las asociaciones de los barrios populares promueve el estado de movilización y radicalización del conjunto de las clases populares urbanas.

Por último, la presencia de "Sendero Luminoso" desde 1980, y el arrastre que parece mantener entre algunos sectores populares, a pesar de los golpes militares y la derrota política sufrida con la masiva participación electoral en abril de 1985, es la muestra más evidente de la existencia de un panorama de radicalización y violencia en la sociedad peruana.

En este proceso de cambio del escenario político del Perú, y de la identidad política en el sentido de la radicalización, que redefine a las clases populares, la juventud popular parece haber tenido un papel crucial: fue determinante en la organización y dirección de dicho proceso desde su inicio en las universidades, sindicatos y partidos políticos, en las organizaciones de los barrios populares y en las comunidades y centros cristianos. Así podría explicarse, por ejemplo, la constitución en el Partido Aprista, tras la crisis experimentada a la muerte de Haya de la Torre, de un nuevo grupo dirigente capaz de reorganizar dicha agrupación, y de pasar por encima de antiguas autoridades congregadas por el histórico líder. Esta nueva generación de dirigentes reformuló las orientaciones partidarias y sus relaciones con la sociedad y logró crear una nueva imagen, la que llevó al arrastre popular y al triunfo electoral indiscutido de abril de 1985.

Un fenómeno similar ocurrió en la Izquierda Unida, constituida por ex estudiantes universitarios y dirigentes obreros, socializados en las intensas movilizaciones populares de la década pasada en contra del régimen militar.

Por último, es reconocida la influencia de Sendero Luminoso entre ciertos sectores juveniles, y la particular importancia que ha concedido a la afiliación de mujeres en dichos sectores.

Los factores que explican la radicalización y violencia de la juventud popular y su influencia en las clases populares, especialmente las urbanas, tienen un interés que excede el académico: afectan la vida y los derechos humanos de todos los peruanos. La tarea de comprender dichos factores, aunque sea tentativamente, apunta a encontrar fórmulas alternativas capaces de canalizar la participación de la juventud popular y su radicalismo en la constitución de un consenso popular que siente las bases del desarrollo y la democracia en el Perú.

A su vez, en la medida que el caso peruano parece acercarse a una situación límite en el ámbito sudamericano, esta aproximación debería aportar ciertas indicaciones útiles para considerar los problemas actuales o potenciales de otros países de la región.

Para abordar el tema se examinarán los cambios demográficos, educacionales y económicos de las últimas dos décadas y cómo han afectado la condición juvenil, para luego asociar dichos cambios a las experiencias políticas y culturales de las clases populares y los jóvenes durante ese período.

I

Los jóvenes y los cambios demográficos, educacionales y económicos

Los cambios demográficos ocurridos en las últimas dos décadas en términos de migración-urbanización significaron que los jóvenes —es decir aquellos comprendidos entre 15 y 24 años, según la convención universal— pasaron de 18% a 20% de la población en el período intercensal 1961-1981. En ese mismo lapso, la presencia juvenil en las áreas urbanas saltó de 51% a 70%, mientras que la población urbana del país pasó de 47% a 65%. Además, mientras en 1961 22% del total de los jóvenes del Perú residían en Lima, centro metropolitano por excelencia, esa proporción pasó a ser de 31% en 1981.

En consecuencia, mientras que en 1961 la inmensa mayoría de los jóvenes urbanos era de origen provinciano y rural, veinte años más tarde la mayoría estaba constituida por nativos de las ciudades: se trataba de la primera generación urbana.

Es decir, la población juvenil no sólo adquirió mayor presencia relativa en la población total del país, sino que también incrementó considerablemente su participación en la población urbana. En ese sentido, los jóvenes pudieron intervenir en forma más activa en la construcción de la modernidad nacional del país y, en esa medida, en la ruptura del orden tradicional.

Esta última proposición se hace evidente, por ejemplo, en los espectaculares cambios del perfil educacional de la población peruana durante las últimas dos décadas. Por una parte, hubo un fuerte incremento de la alfabetización en el conjunto de la población y de manera muy especial entre los jóvenes, tanto urbanos como rurales. En ambos casos, la población entre 15 y 24 años alcanzó niveles de alfabetización superiores al conjunto de la población urbana o rural. Como cabe esperar, en la población urbana existe una proporción mayor de alfabetizados que en la población rural. Sin embargo, en términos globales, las diferencias no son tan acusadas como podría preverse, dado el conocido atraso de otros servicios públicos existentes en el campo peruano (cuadro 1).

Cuadro 1

PERU: CONDICION DE ALFABETISMO ENTRE LOS JOVENES, SEGUN AREA URBANA Y RURAL, 1961-1981

(*Porcentajes*)

Grupos de edad	Alfabetizados			Analfabetos			Sin especificar			Total		
	1961	1972	1981	1961	1972	1981	1961	1972	1981	1961	1972	1981
Nivel nacional												
15 a 24 años	*71.8*	85.9	*92.8*	28.2[a]	13.2	6.9	—	0.9	0.3	100	100	100
25 a 29 años	*65.9*	77.4	*89.3*	34.1[a]	21.7	10.4	—	—	0.3	100	100	100
Población total[b]	58.6	67.0	78.4	41.4[a]	31.6	21.1	—	1.3	0.5	100	100	100
Area urbana												
15 a 24 años	*89.1*	95.6	*97.6*	10.9[a]	4.4	2.1	—	—	0.2	100	100	100
25 a 29 años	85.9	91.5	96.3	14.1[a]	8.5	3.4	—	—	0.2	100	100	100
Población total[b]	79.8	82.6	88.5	20.2[a]	17.4	11.1	—	—	0.4	100	100	100
Area rural												
15 a 24 años	*53.5*	68.9	*81.3*	46.5	31.1	18.1	—	—	0.6	100	100	100
25 a 29 años	46.1	54.5	71.5	53.9	45.5	27.9	—	—	0.5	100	100	100
Población total[b]	38.9	45.5	58.5	61.1	54.5	40.6	—	—	0.9	100	100	100

Fuente: Censos nacionales de 1961, 1972 y 1981.

[a] Incluye a los que no declararon condición de alfabetización.

[b] Población total de 5 años y más, con excepción de 1961, año en que es de 6 años y más.

Cuadro 2

PERU: JOVENES DE 15 A 24 AÑOS SEGUN NIVEL DE EDUCACION, 1961-1981

(*Porcentajes*)

Nivel educativo	Nivel nacional						Area urbana						Area rural					
	15 a 24 años			Pobl. total nac.[a]			15 a 24 años			Pobl. urbana total[a]			15 a 24 años			Pobl. rural total[a]		
	1961	1972	1981	1961	1972	1981	1961	1972	1981	1961	1972	1981	1961	1972	1981	1961	1972	1981
Ninguno	28.2	12.0	6.3	45.8	30.2	16.9	11.4	4.2	1.8	27.0	16.8	7.7	46.0	27.4	15.5	63.0	50.7	32.6
Prescolar y primario	53.3	48.5	37.0	43.0	51.2	52.5	56.7	41.2	24.3	54.1	54.8	48.3	49.7	62.6	62.3	32.8	45.7	55.9
Secundario	15.5	34.3	46.8	7.8	14.8	23.1	27.6	47.3	59.7	14.8	22.6	32.1	2.7	9.0	18.6	1.3	2.8	6.7
Universitario	1.0	3.7	5.5	0.9	2.5	4.5	1.8	5.4	7.8	1.9	4.0	6.6	0.1	0.3	0.5	0.1	0.2	0.3
Superior no universitario	0.9	0.4	3.7	0.6	0.4	2.3	1.6	0.6	5.2	1.2	0.7	3.3	0.1	0.1	0.4	—	0.1	0.2
No especificado	1.1	1.1	0.7	1.9	0.9	0.7	0.8	1.3	1.2	1.0	1.1	2.0	1.4	0.6	2.7	2.8	0.5	4.3
Total	*100*	*100*	*100*	*100*	*100*	*100*	*100*	*100*	*100*	*100*	*100*	*100*	*100*	*100*	*100*	*100*	*100*	*100*

Fuente: Censos nacionales de 1961, 1972 y 1981.

[a] De cinco años y más, con excepción de 1961, año en que es de cuatro años y más.

En segundo lugar, el cambio del perfil educacional se manifiesta en la distinta participación de la población en los tres niveles educacionales. En este sentido se destacan los siguientes aspectos:

a) Hubo un brusco descenso de la población sin ningún nivel educacional, lo que se asocia al desarrollo de la alfabetización.

b) Aumentó la participación de la población total en el nivel primario, debido a la incorporación de la población rural al proceso educacional. Junto con ello, se redujo la participación de la población urbana en este nivel, y muy en especial la de los jóvenes, que pasan a concentrarse sobre todo en los niveles secundario y superior (cuadro 2).

Es muy probable que, como se indicó en otro estudio (Alberti y Cotler, 1977), los jóvenes de origen rural migren a las ciudades cuando llegan a un cierto nivel educacional que no corresponde al grado de desarrollo económico y social de su lugar de origen.

c) Sin embargo, como se desprende de los datos de los cuadros 3 y 4, la participación femenina en el sistema educacional aún se mantiene por debajo de la masculina, y entre las mujeres las urbanas superan ampliamente a las rurales. La disparidad es todavía mayor si se compara el nivel educacional alcanzado por las jóvenes urbanas con el total femenino y con el de las del mismo grupo de edad en zonas rurales.

d) El desarrollo educacional que, como se ha visto, caracteriza a la población juvenil, ha contribuido a ampliar considerablemente la educación universitaria. Mientras en 1960 ésta contaba con 30 000 alumnos, diez años más tarde pasó a 109 000, y en 1982 alcanzó a 305 000 (Instituto Nacional de Estadísticas, 1983). De esta cifra total, los hombres representaban 63%.

Mientras en la mayor parte de los países latinoamericanos uno de cada diez jóvenes asistía a la universidad a comienzos de la presente década (CEPAL, 1983), en el Perú contaba con educación superior 6.8% de los jóvenes; sin embargo, en Lima Metropolitana esa proporción se elevaba a 16.5%.

La socialización urbana y educacional parece haber contribuido a que los jóvenes, especialmente los que se concentran en Lima Metropolitana y en las ciudadades de mayor importancia del país, tengan gran contacto con los medios de comunicación modernos, lo que lleva a nuevas aspiraciones y estilos de vida, así como a nuevos comportamientos sociales y políticos, fundados en crecientes expectativas de movilidad social y transformación de la realidad social.

Cuadro 3
PERU: POBLACION URBANA Y RURAL SEGUN NIVEL EDUCATIVO Y SEXO, 1981
(*Porcentajes*)

Nivel educativo	Total población urbana		Total población rural		Población total nacional[a]	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Ninguno	5.2	10.1	22.6	42.5	11.1	21.9
Preprimario[b]	47.1	49.5	64.5	47.1	53.0	46.5
Secundario	34.5	29.6	9.1	4.2	25.8	22.0
Superior no universitario	3.4	3.3	0.3	0.2	2.3	2.4
Superior universitario	8.3	4.9	0.4	0.2	5.6	3.5
No especificado	1.4	2.5	2.8	5.5	1.9	3.7
Total	*100*	*100*	*100*	*100*	*100*	*100*
Cifras absolutas (en miles)	4 790	4 864	2 469	2 445	7 008	7 260

Fuente: INE, Censo nacional. Tabulaciones no publicadas.
[a] Población de 5 años y más.
[b] Incluye básica regular y laboral.

Cuadro 4

PERU: JOVENES DE 15 a 24 AÑOS SEGUN NIVEL DE EDUCACION Y SEXO EN AREAS URBANAS Y RURALES, 1981

(Porcentajes)

Nivel educativo	Población			Area urbana			Area rural		
	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total
Ninguno	2.9	8.6	6.3	1.0	2.5	1.8	7.5	23.7	15.5
Preprimario	34.0	37.0	37.0	20.8	27.6	24.3	65.3	59.3	62.3
Secundario	51.7	43.5	46.8	63.5	56.3	59.7	24.4	12.6	18.6
Superior no universitario	3.4	4.0	5.5	4.8	5.6	7.8	0.4	0.4	0.5
Superior universitario	6.4	4.8	3.7	8.7	6.7	5.2	0.5	0.5	0.4
No especificado	1.4	1.9	0.7	1.2	1.3	1.2	1.7	1.7	2.7
Total	*100*	*100*	*100*	*100*	*100*	*100*	*100*	*100*	*100*
Cifras absolutas (en miles)	1 722	1 743	3 466	1 205	1 239	2 444	516	504.2	1 020

Fuente: INE, Censo 1981. Tabulaciones no publicadas.

En términos ocupacionales, el 50% de los jóvenes del Perú tenía ocupaciones asalariadas en 1972, ya sea como obreros o como empleados. Este porcentaje descendió en 1981, especialmente en la población rural (cuadro 5), en razón de la política recesiva aplicada durante ese período.

Junto con disminuir el trabajo asalariado en la población juvenil, subió el porcentaje de trabajadores independientes. Este crecimiento se manifestó tanto en la población urbana como en la rural, donde el trabajo independiente siempre predominó, dado el atraso económico y social. El crecimiento del empleo por cuenta propia entre los jóvenes es especialmente relevante si se considera que, a nivel nacional y en el conjunto de la PEA ocupada, la categoría correspondiente se redujo levemente entre ambos períodos intercensales.

Sin embargo, a pesar de la relativa caída de la proporción de los jóvenes asalariados en la PEA, su peso en las categorías de obreros y empleados sigue siendo superior a las del conjunto de la PEA. En efecto, tal como se observa en el mismo cuadro 5, en 1972 50.7% de los jóvenes ocupados se desempeñaba en dichas posiciones contra 44.4% a nivel de la PEA total; dichas proporciones fueron en 1981 de 47.4% y 43.1% respectivamente. Se puede concluir, en consecuencia, que entre los jóvenes se encuentra una proporción mayor de asalariados que en el conjunto de la PEA.

Por esta misma razón, y a pesar del aumento de trabajadores independientes entre los jóvenes, la proporción de estos trabajadores sigue siendo menor en relación al conjunto de la PEA total, así como de la PEA urbana o rural.

Por último, la proporción de trabajadores familiares no remunerados es mayor entre los jóvenes que en el conjunto de la PEA. Aunque este hecho resulta conocido, por la importante participación que tienen en la reproducción familiar entre las clases populares, cabe destacar que en las áreas rurales el trabajo juvenil en el seno familiar compromete más de la quinta parte de la población juvenil total, fenómeno que se vincula a la importancia que tienen los trabajadores independientes del área rural.

En el caso de los jóvenes de Lima, se observan importantes cambios en su tipo de actividad, en la medida que en las dos últimas décadas la proporción que forma parte de la población económicamente activa se ha reducido de manera importante. Mientras en 1961 54% de cada 100 jóvenes formaba parte de la PEA ocupada, veinte años más tarde esa relación disminuyó a 35 de cada 100, lo que significa una reducción de 18.6%. Este cambio ha sido mucho más drástico

Cuadro 5
PERU: JOVENES DE 15 a 24 AÑOS POR CATEGORIA OCUPACIONAL, SEGUN AREA URBANA Y RURAL, 1972-1981
(*Porcentajes*)

Categoría ocupacional	1972						1981					
	Jóvenes			PEA[a]			Jóvenes			PEA[a]		
	Nacional	Urbana	Rural	Nacional	Urbana	Rural	Nacional	Urbana	Rural	Nacional	Urbana	Rural
Obrero	29.0	31.2	25.4	24.4	27.9	19.2	26.8	30.3	20.1	22.4	26.3	15.3
Empleado	21.7	31.8	4.6	20.0	30.7	3.7	20.6	30.0	3.0	20.7	30.6	2.4
Trabajador independiente	27.5	17.8	43.8	42.6	30.2	61.6	32.2	22.9	49.7	41.9	31.0	62.1
Patrón	0.3	0.2	0.3	0.6	0.6	0.8	0.5	0.6	0.3	1.1	1.4	0.5
Trabajador familiar no remunerado	10.3	3.0	22.5	6.2	1.9	12.6	8.9	2.1	21.7	6.3	1.6	15.2
Trabajador del hogar	8.2	12.3	1.3	4.4	6.8	0.8	6.5	9.2	1.4	3.7	5.2	1.0
Categoría no especificada	3.0	3.6	2.0	1.7	1.9	1.3	4.5	4.8	3.8	3.8	3.9	3.5
Total	*100.0*	*100.0*	*100.0*	*100.0*	*100.0*	*100.0*	*100.0*	*100.0*	*100.0*	*100.0*	*100.0*	*100.0*

Fuente: Censos nacionales de 1961 y 1981.
[a] Población económicamente activa total ocupada de 6 años y más.

que el que se observó en el conjunto de la PEA total (mayores de seis años) que descendió de 44.4% a 39.1%; es decir presentó una reducción de 5.7%. Sin duda que esta situación se debe a que la expansión educacional entre los jóvenes ha contribuido a postergar la incorporación a la actividad productiva.

Siguiendo la pauta que habíamos observado anteriormente respecto a la ocupación de los jóvenes a nivel nacional, la mayoría de los jóvenes residentes en Lima son asalariados (obreros, empleados y trabajadores del hogar), mientras que sólo un 10% son trabajadores independientes (cuadro 6).

Sin embargo, los jóvenes de Lima presentan porcentajes de desempleo global y subempleo superiores a los del conjunto de la PEA. Es así como la mitad de los jóvenes se encontraban subempleados, y la mayoría por bajos ingresos, a diferencia de lo que ocurría en el conjunto de la PEA (cuadro 7).

En lo relativo a los ingresos, los jóvenes de la PEA tienden a concentrarse en los niveles más

Cuadro 6
LIMA METROPOLITANA:
JOVENES DE 15 a 24 AÑOS SEGUN CATEGORIAS OCUPACIONALES, 1984
(*Porcentajes*)

	Jóvenes	PEA popular	Porcentaje de los jóvenes en la categoría ocupacional
Empleado	28.2	30.68	27.5
Obrero	25.9	25.82	30.0
Trabajador independiente	10.1	26.33	11.5
Trabajador del hogar	19.1	9.64	59.0
Trabajador familiar no remunerado	8.7	4.53	57.7
Aspirante	8.0	3.00	79.6
Total	*100.0*	*100.00*	*29.9*

Fuente: Ministerio de Trabajo, Encuesta de hogares, 1984. Tabulaciones inéditas.

bajos. En 1984, en Lima Metropolitana casi la mitad de los jóvenes percibían ingresos inferiores o similares al salario mínimo legal, situación que contrastaba con 34% en el conjunto de las clases populares de dicha ciudad (cuadro 8). Sin embargo, los jóvenes migrantes presentaban ingresos más bajos que los nativos: casi 60% de aquellos ganaban menos que el salario mínimo o cantidades semejantes, a diferencia de 40% de los jóvenes nacidos en esta ciudad (cuadro 9).

En resumen, mientras los jóvenes presentan los niveles educacionales más altos de la población, especialmente en Lima Metropolitana, los jóvenes de ambos sexos pertenecientes a las clases populares urbanas perciben los más bajos ingresos, a pesar de ser los que trabajan más horas y en condiciones más precarias. De ahí que se pueda concluir que los jóvenes de ambos sexos se concentran en los estratos de más bajos ingresos de las clases populares de Lima (Galín, Carrión y Castillo, 1984).

Cuadro 7
LIMA METROPOLITANA:
NIVELES DE EMPLEO DE LA PEA DE 15 A 24 AÑOS, 1982
(*Porcentajes*)

	15 a 24 años	PEA total
Desempleo global	*14.1*	*6.6*
Subempleo	*49.3*	*28.0*
por ingresos	47.2	24.0
por tiempo	2.1	4.0
Empleo adecuado	*36.6*	*65.4*
Total	*100.0*	*100.0*

Fuente: Ministerio de Trabajo, Encuesta de hogares, 1982.

Cuadro 8
LIMA METROPOLITANA:
INGRESOS, 1984
(*Porcentajes*)

Ingresos	Jóvenes (15 a 24 años)	PEA popular
Ninguno	22.5	13.0
Menos del mínimo[a]	40.1	26.7
Alrededor del mínimo	9.1	7.7
Más del mínimo	14.3	16.5
Más de 350 000 soles	13.9	36.1
Total	*100.0*	*100.0*
Cifras absolutas	480.1	1 363.1

Fuente: Ministerio de Trabajo. Encuesta de hogares, 1984. Tabulaciones inéditas.
[a] Salario mínimo en el momento de la encuesta: 195 000 soles.

Cuadro 9
LIMA METROPOLITANA: INGRESOS DE JOVENES DE 15 A 24 AÑOS SEGUN CONDICION MIGRATORIA, 1984
(*Porcentajes*)

	Jóvenes				PEA popular			
	Nativo	Costa	Sierra	Selva	Nativo	Costa	Sierra	Selva
Sin ingresos	24.5	19.4	21.0	15.4	15.8	10.3	11.5	10.1
Menos del mínimo[a]	31.9	53.0	50.7	46.8	23.0	25.2	30.7	33.9
Alrededor del mínimo	9.6	5.8	9.6	9.6	7.8	5.7	8.3	9.5
Más del mínimo	17.7	8.0	8.8	22.0	16.8	15.2	17.1	15.6
Más de 350 000 soles	16.3	13.8	9.8	6.2	36.6	43.6	32.4	30.9
Total	*100.0*	*100.0*	*100.0*	*100.0*	*100.0*	*100.0*	*100.0*	*100.0*

Fuente: Ministerio de Trabajo, Encuesta de hogares, 1984. Tabulaciones inéditas.
[a] Salario mínimo en el momento de la encuesta: 195 000 soles.

II

Las experiencias políticas y culturales de las clases populares y de los jóvenes

Estas características contradictorias y conflictivas de los jóvenes no son exclusivas del Perú y parecen constituir manifestaciones de una generalizada experiencia latinoamericana (CEPAL, 1983; PREALC, 1980). Sin embargo, en el Perú, la juventud popular parece desempeñar un papel muy decisivo en el desarrollo político de las clases populares y de la sociedad en su conjunto.

Esta primera generación con experiencia urbana y educacional tiene una elevada participación en las diferentes formas organizativas desarrolladas junto con las transformaciones de la estructura social a partir del período "velasquista". Por medio de esta participación, los jóvenes podrían haber logrado un sentido de integración, como grupo generacional y como clase social, capaz de superar los fraccionamientos étnicos y sociales de las generaciones anteriores, lo que habría constituido un significativo avance en la integración nacional. A través de esta participación en distintas instancias y formas organizativas, la juventud popular ha desarrollado, en cambio, una actividad radicalizada y violenta, determinante de las orientaciones y de los comportamientos sociales y políticos de las clases populares urbanas.

Durante los años cincuenta y sesenta, un grueso contingente de los jóvenes de las clases populares de Lima, nativos y migrantes, fundaron hogares, construyeron sus viviendas, estabilizaron los "barrios marginales" en los que vivían, modificando el diseño urbano hasta entonces existente, y obtuvieron empleos remunerados en la nueva estructura productiva que se desarrollaba. Luego, con el correr del tiempo, un sector de ellos se incorporó al llamado mercado "informal", en razón de los bajos salarios ofrecidos, del ahorro realizado por la unidad doméstica y, también, de sus aspiraciones de movilidad social (Gonzales, 1984; Verdera, 1985; Herrera, 1985).

Estos pasos otorgaron a las clases populares en formación un sentimiento de seguridad y confianza en sus esfuerzos para seguir mejorando sus condiciones de vida, proyectando en sus hijos la culminación de la ansiada movilidad social. Sin embargo, en ese curso de acción dichas clases, y especialmente los migrantes andinos, tuvieron un conjunto de experiencias llenas de dificultades, engaños, desprecio y violencia, centradas en las figuras patronales y en los agentes gubernamentales (Degregori, Blondet y Lynch, 1984).

En torno a estas experiencias traumáticas, las nuevas clases populares urbanas retomaron la tradición de lucha antioligárquica, fundamentada por Haya de la Torre y Mariátegui. Aprendieron a organizarse alrededor de la defensa de la vivienda y del barrio, del salario y del empleo, de la educación y la salud. Además, los jóvenes migrantes serranos, que experimentaban el dislocamiento de su universo sociocultural, debieron aprender también a organizarse en términos étnico-regionales, a fin de poder acomodarse y superar las nuevas condiciones citadinas, defendiendo, reforzando y renovando su identidad étnica, recogiendo la tradición de resistencia campesina de la "mancha india" (Golte y Adams, 1984).

Este aprendizaje organizativo significó un avance importante para la asimilación de los intereses individuales y familiares a los colectivos, y condicionó el desarrollo de la autoidentificación de esas clases populares por oposición a quienes los rechazaban. Esta innovación social marcaría, de manera decisiva, el futuro desarrollo político de tales clases y con ello, del país.

Así, mientras estos sectores movilizados, que en su mayor parte recién se incorporaban a la vida urbana y nacional, procuraban que el Estado reconociera sus derechos ciudadanos y, por ende, que se distribuyeran equitativamente los recursos y las oportunidades sociales, recibían como respuesta el rechazo violento, la humillación y la ofensa cotidiana. De esta manera se reforzó la percepción de que "el señor gobierno" no sólo era ajeno y extraño a ellos, sino enemigo de las capas populares, y que estaba sólo para representar y defender a los "poderosos".

Por eso mismo, la diaria experiencia parecía

sugerirles que, más allá del cuerpo de tradiciones comunitarias, la fuerza estatal sólo podría contrarrestarse a través de la organización perseverante de la resistencia de las clases populares, y se fue reforzando su convicción de que sólo a través de la confrontación podrían lograr sus objetivos, lo que es el germen del carácter "clasista" que asumirían sus organizaciones.

En este cuadro la "democracia" no se concebía sino como una ficción, una formalidad, que sólo servía a los que tenían acceso al "poder". La exclusión de la representación efectiva de los intereses populares en el Estado negaba la existencia del pluralismo político. Asimismo, impedía la constitución de mecanismos institucionales legítimos, en los que diferentes actores sociales y sujetos políticos pudieran arribar a compromisos que dieran cabida a la redistribución de los recursos y las oportunidades y que favorecieran la integración nacional de las clases sociales (Cotler, 1981).

Sin embargo, en este escenario cargado de hostilidad y enfrentamiento, en el que la cultura política popular estaba signada por la violencia y por la rápida disolución de los tradicionales mecanismos de dominación patrón-cliente, los sectores populares lograron ganar posiciones durante la década de los sesenta. Los partidos políticos tuvieron que incorporar algunas de sus reclamaciones en la acción legislativa, y dictaron medidas asistencialistas para asegurar el mantenimiento de la dependencia de las clases populares. La educación, el empleo y los servicios públicos se ampliaron, en algunos casos considerablemente, lo que reforzó las exigencias organizadas de dichas clases. Así, las movilizaciones que se encauzaron en torno a la demanda de "transformaciones estructurales", para democratizar y nacionalizar la sociedad, la política y la cultura, pasaron a constituir el eje de las luchas sociales y políticas de las clases populares.

En estas circunstancias, el gobierno de la fuerza armada realizó su revolución, orientada a responder a las demandas populares y a dar paso a la modernización económica y social del país. Mientras que, por un lado, el gobierno amplió espectacularmente la participación social de las clases populares (reconocimiento de sindicatos, constitución de las comunidades laborales, reforma educacional, etc.) por otro lado, y debido a su naturaleza castrense, negó la posibilidad de participación política a los supuestos beneficiarios y presuntos afectados por las reformas que dictaba (Cotler, 1985). Fue alrededor de esta disonancia —alentada por el discurso radical de los intelectuales gobiernistas— que se desarrolló una rápida y creciente radicalización de las organizaciones de las clases populares, especialmente urbanas, que selló el desarrollo y desenlace de la revolución del general Velasco.

En este desarrollo organizativo y político de las clases populares urbanas, la juventud desempeñó un papel decisivo, ya que percibía de manera especialmente aguda la situación por dos razones. En primer lugar, la expansión del sistema educativo a los sectores juveniles se acompañó de una radicalización de los contenidos educativos y del personal docente, en la que se recogía la tradición antioligárquica. En segundo lugar, se había constituido una joven clase obrera, de mayor nivel educativo que el de las generaciones anteriores, concentrada en las industrias más dinámicas y ajena a la anterior tradición sindical aprista. Ambos contingentes juveniles, estudiantes y obreros, protagonizaron y dirigieron movilizaciones populares intensas y relativamente exitosas.

La decisión del Jefe del APRA de mantener a su partido fuera del escenario político, y del Partido Comunista de dar su "apoyo crítico" al gobierno militar, creó las condiciones favorables para que la prédica y la acción radical de múltiples grupos izquierdistas —dirigidos por jóvenes estudiantes, profesionales y obreros, muchos de ellos hijos de migrantes— se enraizaran en sectores claves de la sociedad y la producción, creando la corriente "clasista" en los sindicatos, las organizaciones populares en los barrios, y las federaciones estudiantiles y campesinas autónomas respecto del gobierno.

Fue en este marco que el general Velasco optó por una política económica caracterizada por el distributivismo y el endeudamiento externo. Esta política marcó el inicio de la crisis económica, y no logró calmar las nuevas corrientes radicalizadas de la sociedad. Su sucesor enfrentó la crisis y la nueva dinámica social bloqueando las formas de participación existentes, muchas de ellas desarrolladas en el período anterior, con lo cual provocó aún más descontento y oposición. A la carencia de mecanismos institucionales de negociación política se sumó el deterioro creciente

de las condiciones de vida, lo que agudizó las tensiones sociales y políticas. De ahí, precisamente, los éxitos de los paros nacionales de 1977 y 1978, que marcaron un hito en la historia contemporánea del país, al consolidar el radicalismo político de la juventud y, en general, de las clases populares.

En consecuencia, puede decirse que a partir de los años sesenta se experimentó una primera oleada de radicalización juvenil, asociada al proceso de cambios sociales iniciado en esa década, y que luego fue catalizada por el bloqueo político de los años setenta. A partir de mediados de la década pasada se experimentó una segunda oleada de radicalización juvenil —que se superpuso a la anterior— cuando se fueron cerrando las vías de movilidad ocupacional y de ingresos, así como las de organización social, mientras comenzaba una inédita apertura del marco político.

Si bien la primera oleada de radicalización parece haberse caracterizado por una tendencia hacia una elevada participación institucional de la juventud popular y por la racionalidad de las demandas y de los medios de acción elegidos, la segunda, en cambio, bloqueada económica y socialmente, parece combinar expresiones inorgánicas y violentas —individuales y colectivas— con marcadas preferencias electorales por la Izquierda Unida y el APRA.

La apertura política y la reanudación del sistema representativo en 1980 sirvió para atemperar en cierta medida los ánimos belicosos en la sociedad y en la política, hecho que las izquierdas tardaron en comprender. El triunfo avasallador de Belaúnde se inscribió en este cuadro, en tanto ofreció una imagen pluralista, a diferencia de sus contendores: la sociedad visualizó en él la institucionalización política de la negociación colectiva, en la que se incorporaría legítimamente a los representantes y las demandas populares, promoviendo sus condiciones de vida y de movilidad social. Así, la promesa democrática de los ochenta pareció dar inicio al encuentro entre el Estado y las clases populares.

Sin embargo, desde sus inicios el gobierno tuvo una orientación contradictoria: de un lado estableció una política de ajustes económicos de naturaleza recesiva, recomendados por el FMI, y de otro, buscó un "pacto social" para establecer el consenso como práctica política. Sin embargo, las contradicciones que estas orientaciones produjeron limitaron las posibilidades de la "Tripartita". En efecto, en la medida que se agudizaba la crisis se reconcentró el ingreso; mientras que se intensificaban los despidos de trabajadores, se reducían los salarios, y aumentaba el empleo eventual y la subcontratación, así como el trabajo independiente.

Por otra parte, la oferta de plazas universitarias no creció al ritmo de la demanda, y las estructuras educativa y productiva incidieron también en la estrechez del mercado de trabajo, que fue incapaz de absorber a los jóvenes egresados de colegios y universidades. Se creó, en consecuencia, un generalizado sentimiento de frustración y rechazo al orden social y su garante estatal.

A esto se sumó el hecho de que el gobierno se volvía cada vez más reacio a las reclamaciones de la opinión pública y al establecimiento de mecanismos de negociación y entendimiento que dieran cabida a la constitución de fórmulas consensuales.

Así, un Estado mal dispuesto hacia las clases populares, y unas capas juveniles que tenían poco, pero aspiraban a mucho, crearon una situación en que ninguno de estos actores estuvo en capacidad de considerar sus intereses en términos colectivos. El "otro" no aparecía como un contendor, sino como un enemigo; negociar fue sinónimo de entrega, traición y derrota. Es decir, las relaciones políticas se presentaban, como para los militares, a modo de continuación o sustituto de la guerra.

En estas condiciones, paradójicamente, el sindicalismo se debilitó (Balbi y Parodi 1984; Parodi, 1985), lo que se explica, entre otras razones, porque no se hizo más representativo de los trabajadores eventuales, predominantemente jóvenes, y en cambio mantuvo su carácter de órgano de defensa de los trabajadores estables, particularmente de grandes empresas. Se limitó así el acceso a la sindicalización de los jóvenes de los sectores populares, y se restringió la capacidad de convocatoria de los gremios ante ese grupo social.

La escasa participación de la juventud en los planos organizados de la economía y la sociedad ha coincidido con que los partidos políticos no han desarrollado estructuras capaces de encuadrar organizativa e ideológicamente a las clases populares en general y a su juventud en particu-

lar. Así, la debilidad e inoperancia de los mecanismos de mediación de las crecientes demandas populares y juveniles en el plano de la sociedad, de la política y del Estado, abren un espacio para alternativas de violencia política e individual. La primera parece seguir inspirada en la tradición antioligárquica en la que se supone que sólo mediante la fuerza puede arrebatarse al Estado la concesión de los derechos ciudadanos.

La radicalización de las clases populares urbanas, con decisiva participación de los jóvenes, se manifiesta en las bases de la Izquierda Unida y del APRA, que van mucho más allá del discurso de sus dirigentes. Esta situación coincide con el surgimiento de Sendero Luminoso. El permanente deterioro en las condiciones de existencia de las clases populares, la manifiesta ineficacia del sistema político y de sus partidos, así como del "clasismo" sindical, han sido paralelos al desarrollo de Sendero Luminoso y a su importancia en el escenario político. Este movimiento ha llegado a ser un polo de atención y de atracción entre las clases populares urbanas y, muy particularmente, los sectores juveniles, incluso de aquellos que militan en la Izquierda Unida y el APRA.

Así, mientras la primera oleada de radicalización juvenil parece haber conducido, en buena medida, al proceso de radicalización del conjunto de las clases populares, la segunda oleada, por su inorganicidad, se ve relativamente distanciada del resto de estas clases y parecería proclive a Sendero Luminoso. Este, al negar toda validez al régimen político con actos de ferocidad insólitos, parece expresar un sentimiento que compromete a importantes sectores de la juventud popular, que apuestan a la violencia como la única solución a la tozudez del régimen político dominado por los "viejos". Esta tendencia podría estar señalando el futuro desarrollo de nuevos desplazamientos políticos, y de sucesivos cambios de identidad política en la juventud.

Podría pues concluirse que el significativo deterioro de los niveles de vida y el cierre de toda perspectiva de movilidad, sumados a la falta de disposición del sistema político para construir instituciones capaces de establecer formas consensuales de distribución de los recursos y las oportunidades sociales para las clases populares y sus jóvenes, han producido una exacerbación de las percepciones y actuaciones sociales de enemistad, enfrentamiento y hostigamiento, las que desembocan en la violencia tanto individual como colectiva. Desde esa situación puede comprenderse la atracción de cualquier versión ideológica que justifique la inevitabilidad de este tipo de comportamiento.

Referencias Bibliográficas

Alberti, G. y Julio Cotler (1977): *Aspectos sociales de la educación rural en el Perú.* Lima: IEP.

Balbi, C.R. y Jorge Parodi (1984): Radicalismo y clasismo en el sindicalismo peruano. *Socialismo y participación* Nº 26, junio.

CEPAL (Comisión Económica para América Latina) (1983): *Situación y perspectivas de la juventud en América Latina,* E/CEPAL/Conf. 75/L. 2, agosto.

Cotler, J. (1981): Sobre la democracia en el Perú. *Primer Congreso de Sociología del Perú,* Huacho.

——— (1988): *El proceso de integración nacional y política* (manuscrito). Lima.

Degregori, C., Cecilia Blondet y Nicolás Lynch (1984): *Cruz de Mayo: de Waqchas a ciudadanos* (manuscrito). Lima: IEP.

Galín, P., Julio Carrión y Oscar Castillo (1984): *Clases populares y asalariados en Lima* (manuscrito). Lima: IEP.

Golte, J. y Norma Adams (1984): *Los caballos de Troya de los invasores. Estrategias campesinas en la conquista de la gran Lima* (manuscrito). Lima: IEP.

Gonzales, E. (1984): *Crecimiento económico de Lima y sectores populares* (manuscrito). Lima: IEP.

Herrera, C. (1985): *Estructura ocupacional e ingresos en la economía de Lima y Callao 1940-1981* (manuscrito). Lima: IEP.

Instituto Nacional de Estadística (1983): *Compendio estadístico de 1982.* Lima.

Parodi, J. (1985): *La desmovilización del sindicalismo* (manuscrito). Lima.

PREALC (Programa Regional del Empleo para América Latina y el Caribe) (1980): *Asalariados de bajos ingresos y salarios mínimos en América Latina.* Santiago.

Roncagliolo, R. (1980): *¿Quién ganó? Elecciones 1931-1980.* Lima: DESCO.

Tuesta Soldevilla, F. (1983): *Elecciones municipales: cifras y escenario político.* Lima: DESCO.

——— *(1985): El nuevo rostro electoral, las municipales del 83.* Lima: DESCO.

Verdera, F. (1985): *Población, migración y fuerza laboral en Lima Metropolitana 1940-1981* (manuscrito). Lima: IEP.

REVISTA DE LA CEPAL N° 29

Los jóvenes y el desempleo en Montevideo

*Rubén Kaztman**

La crisis desatada a partir de 1981 ha tenido efectos considerables sobre la situación laboral de los jóvenes, agravando fenómenos que se venían manifestando de tiempo atrás. La primera consecuencia destacable es que empuja a los jóvenes hacia el mercado de trabajo, lo que aumenta sus tasas de participación. Este fenómeno, que se manifiesta de manera general, cobra mayor importancia aún en las mujeres, quienes dejando de lado tradicionales obstáculos discriminatorios, procuran encontrar un empleo. Sin embargo, la oferta de empleo no ha respondido a las expectativas, dando lugar a un alza importante del desempleo juvenil y, en especial, de los que buscan trabajo por primera vez. También aumenta el número de estudiantes porque se supone que la educación formal sigue siendo un medio decisivo para incorporarse al trabajo; del mismo modo, también se eleva la proporción de estudiantes que procuran encontrar empleo.

Estas circunstancias poco favorables están provocando, a su vez, consecuencias de largo alcance y de diversa naturaleza. El autor subraya la importancia que ha tomado la emigración a otros países como forma de concretar aspiraciones que el propio no puede satisfacer; dicho proceso, que ha alcanzado un gran dinamismo, extrae del país la savia juvenil que constituye un ingrediente indispensable para la transformación del estilo de desarrollo que está en la raíz de los problemas mencionados.

*Funcionario de la Oficina de la CEPAL en Montevideo.

Introducción

Cualquier análisis de la situación de la juventud en el Uruguay debe partir del reconocimiento de algunos rasgos básicos de la estructura económica y socio-demográfica del país.

En primer lugar, desde mediados de la década del cincuenta el Uruguay ha buscado infructuosamente un modelo de desarrollo que combine en forma adecuada sus recursos naturales y humanos y que reemplace al de "sustitución de importaciones". Desde ese período, el estancamiento de la economía se reflejó, entre otras cosas, en el débil crecimiento que exhibió el producto bruto interno por habitante, el que, con excepción del lapso 1975-1980, fue inferior al promedio de los países de América Latina.

En segundo lugar, debe tenerse en cuenta el grado de envejecimiento de la estructura de edad. En 1985, la proporción de jóvenes en el total de la población en edad activa era, para la región, del 35%; para el Uruguay sólo alcanzaba al 23.1%. Paralelamente, el país exhibió la proporción más alta de personas mayores de 65 años en América Latina. En 1980, este grupo representaba alrededor de un quinto de la población total del país. Tal cifra contrastaba fuertemente con el promedio regional, que para esa fecha era de menos de uno de cada diez personas. La pronunciada gravitación de los adultos, reflejo de una sostenida debilidad de la dinámica demográfica uruguaya, redujo las oportunidades para que los jóvenes asumieran roles de responsabilidad, y para que la sociedad incorporara, de ese modo, potencialidades de transformación innovadora.

En tercer término, el desarrollo social del país aventajó claramente su desarrollo económico. El desajuste creciente entre estas dos dimensiones se reflejó, en particular, en la constante expansión que mostró la cobertura educacional pese al estancamiento del aparato productivo (Taglioretti, 1977), lo que trajo como consecuencia aspiraciones que no pudieron cumplirse mediante una apropiada inserción en la estructura ocupacional.

En cuarto lugar, y producto del entrecruzamiento de los tres fenómenos antes mencionados, en la década del sesenta comenzó a manifestarse una aceleración gradual de la emigración internacional, al punto que entre 1963 y 1975 se

estima que salieron del país unas 218 000 personas, aproximadamente un 8% del total de la población uruguaya (Wonsewer y Teja, 1983). La mitad de ellas tenía menos de 25 años de edad (DGEC, 1983). Es muy probable que hayan emigrado a otros países precisamente los jóvenes más educados y emprendedores, lo que implica una pérdida significativa y selectiva de los recursos humanos nacionales y, por ende, una mayor reducción de la potencialidad de cambio.

I

Participación de los jóvenes en el mercado de trabajo de Montevideo

1. *Su peso relativo*

Los datos sobre la estructura de la población económicamente activa de Montevideo muestran que entre 1970 y 1984 el peso relativo de los jóvenes ha aumentado del 20% al 21.6%. La evolución de este crecimiento fue diferente para hombres y mujeres. Los hombres jóvenes en la fuerza de trabajo ascendían al 13.3% y 13.2% en 1972 y 1973, respectivamente, y se redujeron a 12.3% en 1974-1975, seguramente por la fuerte corriente migratoria de esos años. Luego nuevamente la cifra creció, hasta el 13.3% en 1977 y 1978, para decaer a partir de 1981 a niveles inferiores de los de 1970 (12.1%). Las mujeres jóvenes ocupadas mostraron también un crecimiento hasta 1977 (9.9%). Su peso relativo luego cayó más lentamente que para los hombres, pero sin llegar a los niveles de los años iniciales de la serie. En 1983 y 1984 volvió a subir, alcanzando valores de participación relativa (9.5%) mayores que los de 1970 (7.3%).

El hecho más notable en todo este período es el vuelco de las mujeres al mercado de trabajo. En 1984 casi un 43% de los trabajadores eran mujeres, lo que contrasta fuertemente con el 31% a principios del decenio de 1970. Si bien esta irrupción masiva en la actividad económica se compone básicamente de mujeres mayores de 25 años, también las jóvenes aumentan su cuota en el mercado. Como ya se dijo, en 1970 constituían 7.3% de la fuerza de trabajo, mientras en 1984 llegaban a 9.5%.

El espacio relativo que ganan las mujeres lo pierden los hombres. Los varones adultos, que eran en 1970 el grupo mayoritario (56.5%), en 1984 pasaron a ser sólo un 45.2% de la PEA. En el mismo período los varones jóvenes redujeron su participación de 12.7% a 12.1%.

Las importantes fluctuaciones en el peso relativo de uno y otro grupo reflejaron las distintas formas de organización de los hogares y los individuos ante las vicisitudes de la economía y de la política.

2. *Las tasas de participación*

Al describir la evolución del peso relativo de los jóvenes en la fuerza de trabajo, cabe insistir en que la dinámica de crecimiento de una de las categorías (la de las mujeres adultas, en este caso) puede falsear la visión de conjunto. En efecto, el cuadro 1 muestra que, para ambos sexos y en todos los tramos de edad, la tasa refinada de participación[1] aumentó entre uno y otro extremo del período considerado. Incluso subió la tasa de los adultos de 25 a 54 años, cuyo peso relativo —como se dijo— había descendido. Este grupo, que en 1973 ya exhibía tasas muy cercanas al 100% (94.8% en 1973), alcanza el 97.2% en 1984.

La participación de la juventud montevideana se ajustó a esta tendencia general. Su tasa creció en forma sostenida, del 40.3% en 1973 al

[1]El porcentaje de activos sobre la población total de ese tramo de edad y sexo.

Cuadro 1
MONTEVIDEO: TASAS REFINADAS DE PARTICIPACION POR AÑO, SEGUN EDAD Y SEXO

Grupos de edad	1973[a]	1974/ 1975[b]	1976	1977[a]	1978	1979	1981[c]	1982	1983	1984
Total mujeres	*28.0*	*30.4*	*35.9*	*37.8*	*36.0*	*36.6*	*41.8*	*42.0*	*43.3*	*44.8*
14 a 24	30.3	34.8	44.8	47.5	44.4	44.6	48.1	47.2	49.0	50.6
14 a 19	17.9	24.2	31.4	32.3	30.4	31.7	31.7	28.8	30.9	30.9
20 a 24	48.5	50.5	62.5	64.9	62.5	63.0	66.4	68.4	69.1	71.9
25 a 54	38.7	42.6	49.7	51.8	51.8	52.2	57.1	58.3	61.5	63.8
55 a 64	12.8	13.9	19.3	20.8	18.1	20.5	25.1	24.6	24.9	28.0
64 y más	2.4	3.3	3.6	4.7	4.0	3.6	6.1	6.7	5.6	6.2
Total hombres	*72.4*	*71.2*	*73.8*	*74.5*	*73.1*	*72.3*	*75.2*	*75.0*	*74.3*	*74.9*
14 a 24	58.2	57.0	63.0	67.9	66.6	66.2	68.4	66.6	67.0	67.6
14 a 19	41.0	41.3	44.1	51.1	48.8	49.3	50.0	48.2	46.4	48.0
20 a 24	86.4	84.3	89.1	90.6	89.7	89.8	90.4	88.9	90.0	89.8
25 a 54	94.8	95.0	96.8	96.6	96.4	96.2	95.9	96.6	96.9	97.2
55 a 64	58.6	61.0	67.8	70.2	67.0	65.5	67.9	68.8	68.3	69.7
65 y más	17.9	18.2	19.9	17.3	16.3	16.4	20.6	22.7	18.5	21.3
Total ambos sexos	*48.2*	*48.7*	*52.9*	*54.2*	*52.9*	*53.0*	*56.7*	*56.9*	*57.2*	*57.8*
14 a 24	40.3	45.5	53.7	55.3	54.9	54.9	57.8	56.7	57.8	58.9
14 a 19	29.7	32.7	37.7	39.1	39.1	39.8	40.7	38.5	38.4	39.4
20 a 24	66.8	66.0	75.4	76.9	75.5	75.9	77.6	78.3	79.2	80.5
25 a 54	64.0	65.7	70.1	71.2	71.6	71.9	74.7	75.5	77.6	78.8
55 a 64	33.2	35.0	40.9	42.3	38.8	39.8	44.4	44.3	44.3	46.2
65 y más	8.5	9.4	9.9	9.7	8.8	8.6	11.7	13.1	10.6	12.0

Fuente: CEPAL, sobre la base de cifras de la Dirección General de Estadística y Censos.
[a] Primer semestre.
[b] Agosto de 1974 a febrero de 1975.
[c] Segundo semestre.

58.9% en 1984, y para ambos sexos: en las mujeres jóvenes, del 30.3% en 1973 al 50.6% en 1984, y en los varones jóvenes, del 58.2% al 67.6%, para los mismos años. O sea que, al final de este período, algo más de dos de cada tres varones jóvenes, y una de cada dos mujeres jóvenes, eran activos.

Si bien las cifras señaladas son notables, hay quizás un hecho aún más extraordinario, que refleja tanto la gravedad de la crisis vivida por la población de Montevideo como el grado de apertura posible del mercado laboral para la juventud: se trata del crecimiento de las tasas de participación de las mujeres adultas (25-54 años) y las de los adultos mayores (55 a 64 años). Las primeras aumentaron entre 1973 y 1984 de 38.7% a 63.8%, es decir casi en un 65%, lo que explica su actual peso relativo en la PEA. Los segundos pasaron del 33.2% en 1973 al 46.2% en 1984, con pronunciado crecimiento tanto de las tasas femeninas como de las masculinas.

Es conveniente señalar que el nivel de las tasas de participación de los grupos de edad joven se aparta claramente de los promedios para las áreas urbanas de América Latina. Montevideo registra en el período una tasa promedio superior al 50%, con una proporción de jóvenes activos mucho mayor que la del sector urbano de los restantes países de la región (alrededor del 40%).

Se debe destacar también que, en el caso de las áreas urbanas uruguayas, las proyecciones realizadas por el CELADE anticipaban para los jóvenes tasas inferiores al 50%. Esto pone de manifiesto que los efectos de las transformaciones económicas y políticas modificaron la participación de los jóvenes en el empleo más allá de lo que podía anticiparse sobre la base de los patrones

demográficos y de la evolución "normal" de sus estructuras sociales.

El mercado de trabajo fue incorporando segmentos antes marginados de la población de Montevideo. Tal fue el caso, principalmente, de las mujeres adultas, pero también de los jóvenes y de los adultos de edad avanzada. Es importante destacar la consiguiente extensión del ciclo activo. En el caso de los mayores adultos (55 a 64 años), muy probablemente hubo un retorno de algunos jubilados o pensionados a la actividad o una postergación del retiro, lo que contribuyó a bloquear tanto la movilidad ascendente en las jerarquías ocupacionales, como la incorporación de los que buscaban trabajo por primera vez, y en consecuencia redujo las oportunidades de empleo para los jóvenes.

3. *Posibles causas de la evolución de las tasas de participación juveniles en Montevideo*

Las variaciones en las tasas de participación de los jóvenes pueden atribuirse a la combinación de tendencias estructurales y situaciones de coyuntura. Entre las primeras, suelen mencionarse la extensión de la cobertura educacional y el crecimiento de la participación de las mujeres. Entre las segundas, las situaciones de expansión o recesión de las economías y sus efectos sobre las condiciones de vida de los hogares. Examinaremos a continuación brevemente la significación relativa de estos factores en el caso uruguayo.

La expansión de la cobertura del sistema educacional, y el consiguiente aumento de la asistencia escolar, son invocados muchas veces como causa de las tendencias declinantes de la participación en la actividad económica de los adolescentes (15 a 19 años) en otros países de América Latina. El supuesto subyacente es el de una cierta incompatibilidad entre el rol productivo y el rol de estudiante. Entre 1981 y 1984 hubo en Montevideo un marcado aumento de la proporción de estudiantes, tanto entre los adolescentes como en los adultos jóvenes, de uno y otro sexo. Paralelamente, como se desprende del cuadro 1, se produjo una leve disminución de las tasas de participación de estos grupos, lo que parece confirmar el argumento inicial.

Sin embargo, otros datos permiten dudar: señalan que en el mismo período hubo un aumento de los estudiantes activos, cuya proporción entre los adolescentes de sexo masculino pasó de un 20% a un 27% y entre las mujeres de la misma edad de un 12% a cerca de un 15%, con tendencias similares entre los jóvenes de 20 a 24 años. Al examinar con mayor detalle la distribución por situación del empleo, sin embargo, se aprecia que en todos los subgrupos de edad y sexo se reduce la proporción de estudiantes efectivamente ocupados, y que lo que en realidad ha contribuido a aumentar sus tasas de participación ha sido el incremento de la proporción de cesantes y de personas que buscan trabajo por primera vez. En resumen, la mayor presencia de estudiantes en el mercado de trabajo en 1984 se deriva principalmente de un mayor peso de los estudiantes dentro de cada grupo de sexo y edad, y de una mayor búsqueda de trabajo, no de una efectiva ocupación.

La mayor o menor compatibilidad entre los roles de estudiante y trabajador debe examinarse a la luz del nivel de ajuste existente entre los contenidos de la enseñanza y la demanda del mercado, de las presiones ejercidas sobre los jóvenes para que generen ingresos, y del grado de permisividad que muestran ante estos dobles roles tanto las instituciones educacionales como las empresas que emplean estudiantes.

Cuanto mayor sea el ajuste entre el sistema educacional y el productivo, mayor es la posibilidad de capitalizar la capacitación laboral como inversión para el futuro desempeño de roles profesionales. Pero aún si el ajuste es débil, la mera participación en el mercado es positiva, en cuanto posibilita un mayor conocimiento de las normas que regulan su funcionamiento y una mayor socialización en las pautas que orientan las relaciones laborales.

El profundo y prolongado deterioro de las condiciones de vida de la población de Montevideo hace razonable suponer que hubo fuertes presiones para que los jóvenes contribuyeran al presupuesto familiar. En tales circunstancias, no es de extrañar que los estudiantes persistan en buscar trabajo aun cuando el panorama del mercado sea desalentador, y se mantengan alertas durante largos períodos ante cualquier alternativa de empleo. Al conseguirlo, deben decidir si mantener o no un doble rol de estudiante y trabajador, lo que depende, en gran medida, de la permisividad del sistema educativo y de las ven-

tajas y desventajas relativas de esa situación. La permisividad del sistema educativo uruguayo es alta, con restricciones mínimas para el ingreso y la permanencia en él, horarios especiales para acoger a los trabajadores y una gama bastante amplia de centros accesibles de estudios. Al medir las ventajas y las desventajas, debe tomarse en cuenta que la asistencia a un establecimiento educacional puede resultar —dependiendo de las condiciones económicas y sociales vigentes— la mejor inversión del tiempo libre, en términos de mayores oportunidades ocupacionales futuras y de acceso a posibilidades de sociabilidad, esparcimiento e intercambio con personas del sexo opuesto. Tiene además algunas ventajas materiales, como es en Montevideo el boleto del transporte a bajo costo para estudiantes, y el acceso a servicios y a diversas posibilidades de recreación a precios preferenciales. Todo ello debe motivar, particularmente a los cesantes, a mantener la condición de estudiante. Cuando el panorama de oportunidades de empleo es muy desalentador y por consiguiente no hay mayores expectativas de éxito en la búsqueda de trabajo, los jóvenes encuentran así un refugio temporal provechoso en los establecimientos educacionales.

Por otro lado, la principal desventaja de una inserción temprana en el campo laboral es sin duda la limitación que impone al estudio, así como la reducción de la gama de alternativas educacionales a que puede aspirar el joven trabajador, dado el escaso tiempo de que dispone.

Finalmente, se observa un aumento en la proporción de varones adolescentes y adultos jóvenes que no estudian, no trabajan ni buscan trabajo. Seguramente se trata de jóvenes que se han desalentado tras búsquedas infructuosas de empleo. La consideración de estos grupos y el seguimiento acucioso de los cambios en su situación merecen particular atención de la sociedad, puesto que la prolongada inactividad puede conducir a estados de marginación social difícilmente subsanables.

Como ya se dijo, otro de los factores ligados a tendencias estructurales que pueden explicar el aumento de las tasas juveniles es el crecimiento de la participación de las mujeres, particularmente entre los 20 y los 24 años.

Las tendencias estructurales que suelen asociarse a este fenómeno son los cambios en los patrones demográficos —reducción de la fecundidad, modificaciones en las tasas de nupcialidad y en las edades en las que se contrae matrimonio— creciente vigencia de pautas culturales de mayor igualdad de derechos y oportunidades entre los sexos, y el acceso a servicios y tecnologías que alivian o facilitan las tareas del hogar. Como ya se ha señalado, en el decenio de 1970 las tasas de participación femenina aumentaron en Montevideo a un ritmo notable. Lo acelerado de este ritmo de cambio es justamente lo que induce a dudar que éste responda sólo a modificaciones estructurales como las anteriormente mencionadas, las que en general se caracterizan por mostrar sus efectos lentamente y en períodos largos. También estimula esta duda el que todos los grupos de edad restantes experimentaran incrementos, aunque menores, en sus tasas de participación.

Tanto el ritmo del aumento de la actividad de las jóvenes, como la generalidad del fenómeno y los rasgos ya enunciados de la situación socioeconómica que vivió el país, parecen apuntar preferentemente a la acción de dos factores causales del crecimiento de las tasas de participación de las mujeres jóvenes: por un lado, el deterioro que sufrieron en el período considerado las condiciones generales de vida de los hogares y, por otro, los cambios en los patrones culturales con respecto al rol de la mujer en la familia y en la sociedad.

Puede postularse que el crecimiento general en las tasas de participación refleja un vuelco masivo de los miembros del hogar hacia las actividades que generen algún ingreso. Los efectos de la caída del salario real en la segunda mitad del decenio de 1970, agudizados en los primeros años del decenio siguiente, parecen haber empujado a los previamente inactivos a compensar la baja de los ingresos familiares mediante su trabajo.

Al interpretar las fluctuaciones de las tasas en el decenio recién pasado y en parte del actual, debe considerarse, además de la evolución del salario real, la evolución del producto, teniendo especialmente en cuenta que en la segunda mitad del decenio de 1970 coexistieron los bajos salarios reales con altas tasas de crecimiento del producto, lo que favoreció un mayor empleo.

En cuanto a los cambios en los patrones culturales, conviene recordar la baja proporción de hombres en Montevideo (por cada 100 mujeres hay 87 hombres, según el censo de 1985), la que es aún menor en algunas edades centrales. Esto refuerza la tendencia de la mujer a dejar su rol tradicional de ama de casa y a buscar una mayor independencia futura. La incorporación de la mujer al mercado de trabajo parece irreversible, por cuanto el deterioro de los ingresos familiares legitimó la entrada femenina al mundo laboral y liberó de barreras sociales la libre expresión de las aspiraciones de mayor y creciente independencia por parte de las mujeres. Sobre este punto se volverá más adelante.

4. *El desempleo juvenil*

a) *El peso de los jóvenes en el desempleo total*

Los jóvenes constituyen alrededor de un 20% del total de la fuerza de trabajo, y de un 50% del total de los desempleados. Estas proporciones no han sufrido mayor variación desde 1970; sin embargo, puede apreciarse una baja en la gravitación de los jóvenes en el desempleo a partir de 1975, determinada principalmente por un aumento constante de la desocupación de las mujeres adultas. En efecto, éstas pasan del 19.5% al 31.5% del total entre 1970 y 1984. El aumento notable de la participación femenina adulta parece haber sido, en consecuencia, paralelo a un incremento de las trabas para su incorporación efectiva en la estructura ocupacional.

En el caso de los varones jóvenes, se observa entre 1970 y 1984 un descenso significativo de su peso relativo en el desempleo total: casi 10 puntos porcentuales. Sería ingenuo pensar que a partir de 1970 la situación del mercado para estos jóvenes mejoró mucho más que para los otros grupos. Quizás, paradójicamente, sucedió lo contrario. Como se dijo en la introducción, en la sociedad uruguaya de las últimas décadas la emigración internacional constituyó un mecanismo para canalizar hacia el exterior el exceso de presión juvenil sobre el mercado de trabajo, y se vio fomentada por el deterioro de los salarios y un clima político que desalentó todo tipo de participación de la sociedad en la búsqueda de soluciones a los problemas económicos y sociales. El descenso antes indicado debe interpretarse en este contexto, tomando en cuenta que la emigración afectó principalmente a los grupos de hombres jóvenes, y que fue muy significativa a mediados de la década del setenta, lo que coincidió con la baja más pronunciada que se registró en el peso relativo de los varones jóvenes en el desempleo total.

Con respecto a las mujeres jóvenes, resulta interesante señalar que su gravitación en el desempleo alcanza los niveles más altos en los momentos de mayor actividad económica del período (segunda mitad de la década del setenta), y cuando las tasas generales de desempleo mostraban una tendencia declinante. Como posible interpretación, puede decirse que el aumento de la actividad se produjo sin un aumento correlativo de salarios reales, y se mantenía en consecuencia la necesidad de que la mujer joven complementara con su trabajo los ingresos del hogar; se veía aún más inducida a ello por la expansión de las oportunidades de empleo. También es conveniente tener presente el efecto ya mencionado de los cambios en los patrones culturales. En todo caso, las tendencias hacia la participación así estimuladas fueron mayores de las que el mercado podía absorber, lo que generó un aumento del peso relativo de la mujer joven en el desempleo.

b) *Evolución de las tasas de desempleo de los jóvenes*

Entre 1970 y 1984, las tasas de desempleo abierto reflejan las vicisitudes de la actividad económica: alcanzan un máximo en 1976, descienden entonces hasta 1981 y a partir de ese año, impulsadas por la crisis, ascienden a niveles no observados previamente en el período.

Las tasas de los hombres y mujeres jóvenes muestran tendencias similares a las generales, pero a niveles significativamente superiores. Cabe destacar, reforzando lo ya dicho, que las tasas de las mujeres jóvenes no se apartan significativamente de la de los hombres de su edad hasta mediados de la década del setenta. A partir de entonces las diferencias son grandes, y alcanzan en 1984 casi doce puntos porcentuales.

Este crecimiento del desempleo entre las mujeres activas de 14 a 24 años está señalando

que éstas ejercen una presión persistente, en aumento, pero relativamente ineficaz, por incorporarse y mantener cierta estabilidad en el empleo. Mientras que en la primera mitad de la década del setenta había aproximadamente una joven desempleada por cada cinco empleadas, en la segunda mitad la proporción pasó a una de cuatro y finalmente, a partir de 1983, a una de cada tres: puede verse una fuerte resistencia de las jóvenes a dejarse vencer por el desaliento, pese a la progresiva frustración de sus expectativas de empleo. Tal imagen se refuerza a partir del examen del comportamiento de las tasas de las que buscan trabajo por primera vez: éstas se triplican entre 1981 y 1984, pasando de 7.8 a 21.0.

La situación es más grave cuanto menor sea la edad. En todo el período de 1981 a 1984, el número de las adolescentes (14 a 19 años) que buscaban trabajo por primera vez superó al número de las cesantes. En 1984, no obtenían ocupación cerca del 40% de las adolescentes con experiencia previa en empleos y que deseaban trabajar.

Las adultas jóvenes (20 a 24 años) parecían encaminarse en una dirección similar, ya que la tasa de las que buscaban trabajo por primera vez creció en el período mucho más que la tasa de desocupación.

Los adolescentes varones exhiben en todo este período tasas de desempleo menores que las mujeres, y los cesantes sobrepasan a los que buscan trabajo por primera vez hasta el último semestre de 1983. En 1984, la situación se revierte y el peso relativo de uno y otro grupo de desempleados toma una configuración similar a la de las adolescentes mujeres.

Finalmente, también en los adultos jóvenes se observa en el último semestre de 1984 un súbito incremento de los que buscan trabajo por primera vez, junto con una baja relativa de la tasa de desempleo.

En resumen, el examen de la información disponible apunta a la imagen de un mercado de trabajo crecientemente cerrado para los jóvenes. Tal bloqueo, que para las mujeres adolescentes fue un rasgo continuo de la situación laboral, se fue generalizando paulatinamente a otros grupos juveniles a medida que se agudizaba la crisis.

c) *El desempleo juvenil y la educación*

Hasta el momento se ha hablado de los jóvenes como si éstos constituyeran una categoría homogénea y sus miembros estuvieran igualmente afectados por las vicisitudes de la situación económica. Sólo se ha distinguido entre los jóvenes que asisten y los que no asisten a establecimientos educacionales, pero sin diferenciar niveles, meramente con el propósito de examinar la compatibilidad entre el rol productivo y el rol de estudiante, y de proponer algunas reflexiones sobre el papel de la educación en una situación de crisis.

Sin embargo, es evidente que las posibilidades de participación en el mercado de trabajo y las formas específicas de inserción en él varían según los niveles de instrucción de los jóvenes. Para éstos, cuya experiencia ocupacional es escasa, el nivel de instrucción resulta un buen indicador de la calificación; al mismo tiempo, es un indicador indirecto del estrato social de los hogares de donde provienen.

Con el propósito de aislar el efecto de los esfuerzos educacionales de los jóvenes sobre su situación en el mercado de trabajo, hemos excluido de este análisis aquellos que en el momento de la encuesta asistían a alguna institución de enseñanza.

El resultado más general que se deriva de los datos de las encuestas es que cuanto mayor sea el nivel educacional, mayor es la tasa de participación y menor la tasa de desempleo, y que estas tendencias han sido fortalecidas por los efectos de la crisis económica. Además, tanto en hombres como en mujeres, pero particularmente entre estas últimas, los logros educacionales no sólo implican una mayor posibilidad de permanencia en el mercado de trabajo, sino también mayores oportunidades de incorporarse a él.

Aún más importante, en el análisis de las relaciones entre educación y situación de empleo, resulta comprobar la diferencia entre mujeres y hombres en cuanto a las barreras que encuentran para acceder al mercado. Al ordenar al conjunto de los jóvenes por categorías de sexo y nivel educacional, atendiendo a las cifras de sus tasas de empleo en 1984, se obtiene el orden que figura en el cuadro 2.

Cuadro 2
MONTEVIDEO: TASAS DE DESEMPLEO EN LA PEA DE 14 A 24 AÑOS
(*Porcentajes*)

	Categorías por sexo y nivel educacional	
	1981	*1984*
Mujeres con educación primaria	19.8	41.4
Mujeres con alguna educación secundaria	15.6	35.8
Mujeres con educación técnica[a]	15.2	26.4
Mujeres con educación secundaria completa o universitaria	9.0	20.9
Hombres con educación primaria	12.9	19.8
Hombres con educación técnica[a]	10.4	15.6
Hombres con educación secundaria completa o universitaria	11.7	13.4
Hombres con algo de educación secundaria.	9.2	12.7

Fuente: CEPAL, sobre la base de cifras de la Dirección General de Estadística y Censos.
[a] Universidad del Trabajo del Uruguay (UTU).

El cuadro 2 permite apreciar el significativo efecto discriminatorio de los mecanismos de acceso al mercado ocupacional sobre las mujeres. También se desprende del cuadro que uno de los efectos de la crisis fue acentuar aún más la situación previa de discriminación, e incluso "poner en su lugar" a las mujeres con altos niveles educacionales; en 1984, éstas pasan a exhibir tasas de desempleo algo mayores que las de los hombres con los niveles educacionales más bajos.

En la evaluación de este efecto discriminatorio del mercado de trabajo debe asimismo tenerse en cuenta que en cada uno de los niveles educacionales considerado la remuneración de las mujeres es inferior a la de los hombres. Sin embargo, como se ha visto, ni aún el menor costo de la mano de obra femenina basta para mejorar su situación de empleo.

d) *Comportamiento de hombres y mujeres jóvenes ante la escasez de empleos*

Cabe señalar que, a diferencia de los hombres jóvenes, las mujeres en este grupo de edad no parecen desalentarse ante la escasez de las oportunidades de empleo, sino al contrario: sus tasas de participación aumentan con la crisis, junto con el aumento de las tasas de los que buscan trabajo por primera vez. Puede verse aquí un comportamiento claramente diferenciado entre ambos sexos. Enfrentado a un profundo deterioro de la situación de empleo, un segmento de la fuerza laboral masculina, sea cual sea su nivel de instrucción, se retira del mercado de trabajo, y se produce en consecuencia la disminución de la tasa de participación del grupo. Las mujeres, en cambio, responden con mayor participación a una situación de mercado que se presenta más grave que la que enfrentan los hombres.

Las razones de esta diferencia en el comportamiento de ambos sexos no son evidentes. Ciertamente no hay base para afirmar que la resistencia de las mujeres jóvenes a abandonar el mercado se debe a su mayor compromiso con las estrategias de sobrevivencia de los hogares más afectados por la crisis. Más aún, los datos de las encuestas de hogares de 1985 muestran un aumento de las tasas de participación femenina, aun cuando paralelamente registran un incremento claro del salario real y de los ingresos familiares. Esto lleva a pensar que, si bien el deterioro del ingreso familiar pudo haber actuado en su momento como detonador de la salida de la mujer al mercado de trabajo, otras fuerzas han surgido con posterioridad para consolidar el proceso.

Un camino más interesante de explicación parece ser el de los cambios en los patrones culturales que orientan el comportamiento femenino. En primer lugar, las pautas tradicionales respecto del papel esencialmente doméstico de la actividad de la mujer se han debilitado por el efecto combinado de procesos culturales, sociales y económicos. En segundo término, la emigración predominantemente masculina ha desequilibrado la relación numérica entre los sexos, y ha hecho más difícil la constitución de parejas: se ha creado así una situación demográfica nueva que socava las condiciones para el mantenimiento del rol tradicional de la mujer, y la obliga a buscar una mayor independencia económica. Finalmente, debido sobre todo al mantenimiento de algunas pautas tradicionales de la sociedad montevideana, las oportunidades de sociabilidad son menores para las mujeres jóvenes que no trabajan. Por ejemplo, los hombres jóvenes encuentran a sus pares en la calle, el café, el club, y en los eventos deportivos en que participan como acto-

res o formando parte de un grupo de observadores; las mujeres, en cambio, encuentran fuertes limitaciones culturales para ampliar sus contactos con otras mujeres, y con hombres, fuera de los lugares de enseñanza y de trabajo. En resumen, en estas circunstancias, las mujeres que no asisten a instituciones de enseñanza parecen tener una triple motivación para ingresar al mercado laboral: la colaboración con los esfuerzos por aumentar los ingresos familiares; el deseo de una mayor autonomía e independencia, ligado a cambios demográficos y continuamente alimentado por las nuevas imágenes del papel de la mujer en la sociedad, y el acceso a lugares donde pueda mantener interacciones estables con sus pares y posiblemente encontrar pareja.

II

La inserción ocupacional de los jóvenes

Al igual que en otras ciudades de América Latina, la mayoría de los jóvenes y adultos que trabajan en Montevideo lo hace en relaciones de dependencia en el sector privado o en el público. En los últimos años, y coincidiendo con la iniciación de la crisis, se ha podido observar, sin embargo, un aumento significativo de los empleados por cuenta propia y de los trabajadores familiares no remunerados. En efecto, entre los segundos semestres de 1981 y 1984, los no asalariados pasan del 23% al 26% de la fuerza de trabajo.

Los cambios en el peso relativo de los asalariados han acompañado las vicisitudes de la economía. Uno de los efectos de la dinamización de ésta en la segunda mitad de los años setenta fue el aumento de la proporción de mano de obra joven y adulta en relación de dependencia. La crisis, cuyos efectos comenzaron a insinuarse en 1981, revirtió la tendencia, que se expresó entonces en un mayor peso relativo de los empleados por cuenta propia y los trabajadores familiares no remunerados en ambos grupos.

La observación más detallada de la evolución de la distribución de los jóvenes según categorías ocupacionales permite señalar un significativo incremento de la proporción de trabajadores jóvenes en el sector público durante los años setenta. Tal incremento fue paralelo a una disminución de empleados por cuenta propia y trabajadores familiares, no remunerados. En cambio, entre los trabajadores adultos aumentó considerablemente la proporción de asalariados privados, a expensas de las otras categorías, fundamentalmente la de los asalariados públicos.

Una primera interpretación de estos datos es que, como consecuencia de la reactivación de la economía, de la aplicación de criterios políticos-ideológicos para contratar y reemplazar a los trabajadores del Estado y del aumento del personal de las fuerzas armadas y del orden, hubo un desplazamiento de adultos hacia el sector privado y de jóvenes hacia el sector público. Cuando comenzaron a manifestarse los primeros síntomas de la crisis, cambió la dirección de estos procesos: aumentó el empleo por cuenta propia y el trabajo familiar sin remuneración.

La crisis también afectó la capacidad relativa de absorción de empleo de los diversos sectores de actividad. Por un lado se redujeron considerablemente los empleos en la producción de bienes (agricultura, industria y construcción), en los servicios como el agua, el gas y la luz, y también en los establecimientos que principalmente prestaban servicios a empresas. La transferencia de trabajadores se hizo, en su mayoría, hacia el comercio y los servicios sociales y personales.

1. *Los hombres jóvenes*

Como se señaló anteriormente, entre 1981 y 1984 los hombres jóvenes redujeron su participación en la actividad económica, pasando de

Cuadro 3

MONTEVIDEO: PRINCIPALES CATEGORIAS DE INSERCION OCUPACIONAL EN LAS QUE ESTAN SOBRERREPRESENTADOS[a] LOS JOVENES

(*Porcentajes*)

Segundo semestre de 1981			Segundo semestre de 1984		
Categoría	Porcentaje del total del empleo juvenil	Porcentaje del total de la categoría	Categoría	Porcentaje del total del empleo juvenil	Porcentaje del total de la categoría
			Hombres de 14 a 24 años		
Asalariado privado industria	30.9	17.5	Asalariado privado industria	23.1	14.4
Asalariado privado comercio	23.9	19.2	Asalariado privado comercio	21.4	21.7
Asalariado privado construcción	6.1	19.5	Trabajo familiar no remunerado transporte	4.7	17.8
Asalariado público transporte	4.5	22.1	Asalariado privado construcción	4.7	18.3
Asalariado público construcción	0.4	30.0	Trabajo familiar no remunerado comercio	2.8	17.2
			Trabajo familiar no remunerado servicios sociales y personales	1.2	22.5
			Trabajo familiar no remunerado industria	0.9	28.0
			Trabajo familiar no remunerado construcción	0.5	28.6
			Mujeres de 14 a 24 años		
Asalariado privado servicios sociales y personales	23.6	15.6	Asalariado privado servicios sociales y personales	26.7	12.7
Asalariado privado Banco de Seguros, etc.	5.1	14.2	Asalariado privado industria	21.5	9.7
Asalariado público comercio	0.6	18.1	Asalariado privado comercio	20.4	15.2
			Trabajo familiar no remunerado comercio	2.6	11.5
			Trabajo familiar no remunerado servicios sociales y personales	0.7	10.0

Fuente: CEPAL, sobre la base de cifras oficiales.

[a] Ordenado según el peso relativo de las categorías en el total de activos de cada subgrupo de la población económicamente activa juvenil.

12.3% a 10.6% del total de la fuerza de trabajo ya incorporada al mercado.[2] Esta reducción fue paralela a un descenso de la gravitación del grupo dentro del total de asalariados públicos y privados producida por un traslado de sus miembros hacia el empleo por cuenta propia o el trabajo familiar no remunerado. Por otra parte, tanto en 1981 como en 1984, los jóvenes estaban sobrerrepresentados entre los asalariados privados de la industria, el comercio, la construcción y los servicios productivos (banca, seguros, inmobiliarios, servicios prestados a las empresas), y entre los asalariados públicos de la construcción y del transporte. No todas estas localizaciones tienen la misma importancia relativa para el empleo de los hombres jóvenes activos. Por ejemplo, entre los asalariados públicos de la construcción, la presencia masculina joven se presentaba en 1981 como un 30% del total de esa categoría, muy por encima de su cuota en la fuerza de trabajo total, que era del 12.3%. Sin embargo, ante esa cifra hay que considerar que el empleo público en la construcción tenía una gravitación muy baja (0.4%), sobre el total del empleo juvenil masculino. Distinto es el caso de los asalariados privados en el comercio y en la industria; si bien la sobrerrepresentación de los jóvenes aparecía como menor, estos puestos de trabajo absorbían el 23.9 y el 30.9%, respectivamente, de la masa activa de hombres jóvenes. La lectura simultánea del grado de sobrerrepresentación en cada categoría de inserción ocupacional y del peso relativo de esa categoría en el total del empleo de cada grupo de sexo y edad (cuadro 3), permite anticipar las repercusiones que tendría una política de reactivación sectorial que incrementara la capacidad de absorción de trabajadores jóvenes en cada tipo de inserción ocupacional.

El grado de sobrerrepresentación de los hombres de 14 a 24 años en las diversas categorías muestra en 1984 un cambio significativo. Mientras en 1981 había pocos jóvenes entre los trabajadores familiares no remunerados, en 1984 cinco de las ocho categorías de sobrerrepresentación juvenil correspondían a estos trabajadores. Desde otro ángulo, esto indica que el creciente bloqueo de los mercados de trabajo, inducido por la crisis, ha desplazado a los jóvenes hacia los sectores más marginales de la estructura productiva, como las pequeñas empresas familiares. Este hecho debe evaluarse, sin embargo, en el marco del panorama general del empleo, que muestra que sigue siendo reducido el porcentaje del empleo total correspondiente a tales unidades. Distinto es el caso de los asalariados en la industria y el comercio privados; si bien en 1984 se redujo la proporción de jóvenes entre los empleados de la industria, y esta categoría, a su vez, sufrió un fuerte descenso en cuanto a su capacidad relativa de absorber varones de 14 a 24 años, ambas ramas siguen reuniendo las mayores concentraciones de personas en este grupo de edad y sexo, lo que permite afirmar que cualquier aumento de la actividad económica en la industria y el comercio tendría repercusiones inmediatas sobre las oportunidades ocupacionales de los hombres jóvenes.

2. *Las mujeres jóvenes*

Como observación general se puede afirmar que las mujeres jóvenes se localizan, dentro de la estructura productiva, en forma más concentrada que los hombres de su misma edad.

En 1981, los empleos asalariados en el comercio, así como los servicios sociales, personales y productivos en el sector privado, constituían las categorías más importantes en las que estaban sobrerrepresentadas las jóvenes. También se concentraban en el empleo público en comercio, pero esta categoría era de escasísima gravitación en el total. Si bien la situación no varió mucho en 1984, es interesante señalar una reducción de la proporción de mujeres jóvenes en cada una de las categorías antes señaladas, acompañada de un aumento de la gravitación de cada una de dichas categorías en el empleo total de las mujeres jóvenes. Este hecho probablemente refleja la terciarización de toda la economía entre 1981 y 1984. Otra novedad en este último año fue el aumento de la participación relativa de las mujeres jóvenes en las categorías de trabajadoras familiares no remuneradas del sector terciario.

Desafortunadamente, no se dispone de in-

[2] No se incluye en estos datos a los que buscan trabajo por primera vez.

formación que nos permita seguir la evolución de las empleadas domésticas en el período, las que, sin duda, constituyen una de las categorías ocupacionales más importantes para este grupo.[3]

III

Consideraciones finales

El fuerte y prolongado deterioro de las condiciones de vida de los hogares de Montevideo ha conducido a un vuelco masivo de sus integrantes al mercado de trabajo. Los jóvenes han contribuido a ello de manera sustancial: sus tasas de participación se han elevado a niveles más altos que lo usual en sus coetáneos de otros países de América Latina, y más altos, también, que las tendencias proyectadas para las áreas urbanas del Uruguay sobre la base de comportamientos anteriores.

Esta voluntad de participación no ha encontrado, sin embargo, un eco positivo en el mercado. Fuera del período de expansión de la segunda mitad de la década del setenta, las tasas de desempleo juveniles mantuvieron niveles sumamente altos, especialmente debido a la crisis desencadenada en 1981. Es importante recalcar que el problema del desempleo juvenil en Montevideo, si bien presenta agravamientos coyunturales, tiene ya en realidad características estructurales.

En el perfil de la situación de empleo de los jóvenes, cabe destacar la creciente concentración en las puertas del mercado de trabajo, que se refleja en el aumento continuo de personas que buscan trabajo por primera vez. Sobre todo entre las jóvenes, el fuerte aumento de las tasas de participación fue paralelo al incremento de quienes querían por primera vez incorporarse al empleo.

En el período de la crisis se registró un alza de la proporción de jóvenes que asistían a establecimientos educacionales, y asimismo de la proporción de estudiantes activos. El análisis de los datos muestra que, en rigor, ha decrecido el porcentaje de estudiantes efectivamente ocupados y aumentado el de estudiantes desocupados y que buscan trabajo por primera vez. Las instituciones de enseñanza siguen siendo el canal principal para el desarrollo de estrategias de inserción estable en el sistema productivo, por cuanto amplían el panorama de alternativas, y además dan facilidades de acceso a ciertos servicios y un marco apropiado para la sociabilidad entre pares.

El grupo de los jóvenes que han logrado integrarse a la estructura ocupacional lo ha hecho en las categorías de asalariados de la industria, el comercio y los servicios sociales y personales. Durante el período de reactivación económica de la segunda mitad de los años setenta, se observó un desplazamiento hacia el empleo público, posiblemente como consecuencia, por una parte, del vacío dejado por los adultos expulsados por razones políticas o atraídos por la dinámica generada en el sector privado, y, por otra, de la expansión de los efectivos militares. Una vez instalada la crisis, tanto los jóvenes como los adultos —pero más los primeros— se vieron empujados hacia posiciones marginales en la estructura productiva, y se incrementó la presencia juvenil entre los empleados por cuenta propia y los trabajadores familiares sin remuneración.

La migración de los jóvenes a otros países ha constituido un rasgo central del telón de fondo sobre el que se proyectan las vicisitudes de estos grupos. Esta ha sido fundamentalmente activa, masculina y joven. En algunos años, como entre 1974 y 1975, la masividad del fenómeno llegó a reflejarse en una caída brusca del peso relativo de los jóvenes en el total de los desocupados.

La estructura demográfica del país es otro rasgo importante de ese telón de fondo. Mientras que en América Latina más de una de cada tres

[3]Sólo a partir de junio de 1985, la encuesta de hogares de Uruguay comenzó a considerar como activas a las empleadas domésticas que trabajaban en hogares particulares.

personas en edad activa es joven, en Uruguay la relación es de menos de una de cada cuatro. Los actuales patrones demográficos del país, y particularmente el mantenimiento de las causas que han generado el proceso de migración selectiva, no permiten anticipar grandes cambios en esta situación.

La degradación de los niveles de vida de los hogares parece haber afectado algunas pautas sociodemográficas de los jóvenes. Esto se manifiesta en el descenso de las tasas de nupcialidad de hombres y mujeres. Han aumentado también las dificultades para crear hogares independientes y, consecuentemente, la proporción de parejas que no logra autonomía con respecto al hogar de origen de alguno de los cónyuges. Este proceso parece estar en la base de la reducción observada en la proporción de hombres jóvenes casados que son también jefes de familia. De confirmarse estas tendencias, sería necesario investigar sus efectos sobre los cambios en la fecundidad por retraso de la procreación, así como en la participación femenina en el mercado de trabajo, por la mayor disponibilidad de tiempo que significa este retraso.

Finalmente, quizás el fenómeno más notable del empleo juvenil en el último decenio haya sido el fuerte crecimiento de las tasas de participación femenina. Ni la discriminación en el mercado de trabajo, ni las dificultades progresivas para su incorporación efectiva, ni las remuneraciones sistemáticamente inferiores a las de los hombres jóvenes, han logrado desalentar su creciente voluntad de participación de las mujeres en el trabajo. A modo de hipótesis, podría sugerirse que a este fenómeno han contribuido por una parte la crisis, al legitimar la salida de las mujeres del hogar hacia el mercado; por otra, la migración predominantemente masculina y el consecuente descenso de la proporción de hombres en la población de Montevideo, al reforzar la tendencia hacia una mayor independencia femenina y al alejamiento del rol tradicional doméstico, y, por último, el menor acceso a la sociabilidad que tiene la mujer joven en la sociedad montevideana (en comparación con los varones de su edad), lo que convierte a los lugares de trabajo en ámbitos privilegiados para contactos estables entre pares y para encontrar pareja. En la medida que la observación de la realidad demuestre que estos mecanismos efectivamente dan cuenta de la dinámica reciente de la participación femenina en Montevideo, podrán añadirse nuevos elementos a la explicación tradicional de los determinantes de la incorporación de la mujer al mercado, incorporando las dimensiones demográficas y culturales que refuerzan o debilitan el proceso de secularización de los roles femeninos.

Referencias bibliográficas

Dirección General de Estadística y Censos (1983): *Encuesta de Migración Internacional*: Noviembre 1981-Mayo 1982: Montevideo.

Taglioretti, G. (1977): Expectativas ocupacionales y predisposición migratoria en estudiantes secundarios de Montevideo: *Punto 21*, Vol. 3, N° 3.

Wonsewer, I. y Ana M. Teja (1983): *La emigración Uruguaya 1963-1975*. Estudios CINVE N° 5: Montevideo.

REVISTA DE LA CEPAL Nº 29

La juventud de los países del Caribe de habla inglesa: el alto costo del desarrollo dependiente

*Meryl James-Bryan**

El decenio de 1960 fue testigo de la adhesión de la juventud de estos países a algunos de los cambios más radicales que se producirían en ellos, en especial la transición del colonialismo a la independencia, destinada a modificar irreversiblemente el rumbo de los mismos y las vidas de sus ciudadanos. Se dijo a la juventud que no tenía nada que perder. En efecto, según las palabras del Doctor Eric Williams, fundador de Trinidad y Tabago y uno de los dirigentes más connotados de ese período, la juventud llevaba el futuro en sus maletines escolares.

El presente artículo examina los efectos de estos cambios en la juventud de los países del Caribe de habla inglesa en el decenio de 1980. Comienza con el examen de algunos aspectos de la estructura social y cultural, centrados en torno a la noción de desarrollo dependiente y que constituyen el telón de fondo de los problemas juveniles y, con relación a ellos, examina varias de las teorías antropológicas que sirven de marco conceptual para analizar dichos problemas. Más adelante examina la expresión de los mismos en los ámbitos del empleo, el turismo, la enseñanza, la salud, la vivienda y la familia, las mujeres jóvenes y la cultura.

En las conclusiones insiste en la necesidad de emprender un estudio amplio de la juventud en cada uno de los países de esa región, para examinar sus dificultades y necesidades concretas. Dicho estudio permitiría poner de manifiesto la frustración, desaliento y desorientación de la juventud y la necesidad urgente de que se apliquen medidas correctivas y se pongan en marcha programas orientados a la solución de esos problemas.

*Consultora de la CEPAL. El presente artículo forma parte de un estudio más amplio preparado para la División de Desarrollo Social.

Introducción

Para casi todos los países del Caribe de habla inglesa, el decenio de 1960 representó no sólo el eclipse de la era colonial, sino también la difícil tarea de construir una nación. A la luz de esta nueva empresa, y con miras a reorientar o proyectar nuevos rumbos de desarrollo social, económico y político, se exploraron y se establecieron diversas estrategias de desarrollo. El éxito de éstas dependía, en definitiva, de la capacidad de dejar de lado o minimizar la dependencia respecto de las metrópolis, y aumentar la autonomía de los Estados y su capacidad para valerse por medios propios. Para cada una de estas nuevas naciones, lo decisivo era lograr suficiente control sobre sus asuntos internos, para poder así avanzar hacia objetivos claramente definidos de desarrollo nacional.

La historia ha dejado constancia de la descolonización constitucional y el progreso hacia la autonomía y la autosuficiencia en la Comunidad del Caribe. Trinidad y Tabago, Bahamas, Barbados, Granada, Dominica, Santa Lucía, San Vicente y las Granadinas, Belice, Antigua y Barbuda, Jamaica y San Cristóbal y Nieves alcanzaron la independencia constitucional; Guyana y Trinidad y Tabago, por su parte, se encaminaron hacia el status republicano. Las otras naciones —Montserrat, las Islas Caimán, las Islas Turcas y Caicos y las Islas Vírgenes Británicas— continúan siendo colonias de la Gran Bretaña.

Sin embargo, una de las inquietudes más reiteradas en estos territorios recién independizados se refiere a si ha sido real y verdadero el proceso de descolonización. ¿Hasta qué punto la autonomía, la capacidad de valerse por medios propios y la autodeterminación —consignas de la independencia— se encuentran sólo en las constituciones y no en la realidad? La pregunta es aún más pertinente cuando se trata de la juventud en el Caribe contemporáneo: el rumbo que toma la juventud de un país es sin duda un indicador útil y preciso de la eficacia de las estrategias de autonomía e independencia.

En este marco debe examinarse la difícil situación de la juventud actual en los países del Caribe de habla inglesa, particularmente respec-

to de temas tales como la identidad nacional, la alienación cultural y el imperialismo cultural, considerados en este texto como fundamentales para los desafíos que enfrenta la juventud del Caribe. Es importante que el proceso de descolonización y desarrollo no sólo abarque aspectos económicos y políticos, como ha sucedido en la mayor parte de los países del Caribe de habla inglesa, sino también aspectos culturales, ámbito en que la dominación se ejercía con máxima fuerza. Es en la esfera cultural donde tradicionalmente se ha manifestado (y sigue manifestándose) la oposición al dominio ideológico en la cultura de la clase trabajadora del Caribe. El presente trabajo plantea que, no obstante la descolonización constitucional y las reformas económicas y políticas del período postcolonial, el Caribe continúa aquejado por la dependencia económica respecto de los países metropolitanos y sufre de una profunda colonización cultural y sicológica que constituye el fundamento de la crisis de la juventud actual.

Este enfoque, sin minimizar en forma alguna la repercusión de las fuerzas económicas sobre el desarrollo de la juventud, considera fundamental la cultura para el desarrollo social y sicológico de los jóvenes, sobre todo en la transición del colonialismo a la independencia y en la fase inmediatamente postcolonial de la formación de la nación. La cultura se concibe como un conjunto de valores, significados, creencias e ideas socialmente adquiridos que sirven a la sociedad como guías y modelos de conducta (Mintz y Price, 1976); mediante ella, como práctica colectiva o actividad práctica, la sociedad interpreta sus experiencias, orienta sus actividades y define su existencia misma en un proceso que logra la estabilidad, la cohesión y la continuidad de todo el grupo. Según el psiquiatra martiniqués Frantz Fanon, "la cultura nacional es todo el conjunto de esfuerzos que realiza un pueblo en la esfera del pensamiento para describir, justificar y enaltecer las actividades gracias a las cuales dicho pueblo se ha formado a sí mismo y mantiene su existencia. Por consiguiente, la cultura nacional en los países en desarrollo debe estar en el corazón mismo de la lucha por la libertad de estos países" (1963). La cultura se hace cargo entonces de la tarea monumental de formar y proyectar una ideología que configura la conciencia nacional, tarea que no se le ha reconocido en los países del Caribe de habla inglesa durante la etapa postcolonial.

Para los fines del presente estudio, se considera como joven la población entre 15 y 24 años, según la definición cronológica de las Naciones Unidas. Sin embargo, debido al marco analítico empleado, es importante que este grupo se considere no sólo como una categoría cronológica, sino también como un grupo socioeconómico dentro de un contexto histórico y político. En los países que alcanzaron la independencia, los jóvenes entre los 15 y los 24 años son la primera generación que creció en las sociedades descolonizadas; por consiguiente, son el producto de la experiencia inmediatamente postcolonial y recogen lo sembrado por las primeras élites gobernantes del período. Reflejan así las fallas y los éxitos de esa generación y se convierten en una variable significativa para el análisis de la eficacia de los planteamientos y estrategias de desarrollo nacional.

El presente estudio reconoce plenamente el papel de la mujer como conservadora y transmisora de cultura, puesto que la mujer, en su función de madre, educadora y a menudo en realidad jefe de hogar, juega un papel fundamental en la función de criar a los hijos y en la socialización de los jóvenes. En ella recae la tarea importante de asegurar la generación y la continuidad del grupo; la juventud hereda esta responsabilidad. La mujer, como transmisora, y la juventud como receptora de lo que Edward Brathwaite (1970) llama el *Nam*,[1] la propia realidad e identidad cultural oculta, asume la función de asegurar la vigencia y pervivencia de una ideología cultural que constituya la base para que el grupo sobreviva y se mantenga.

En síntesis, el presente trabajo afirma la importancia de la descolonización cultural en el proceso de construcción de las naciones y plantea que la fundamental desorientación y alienación de la juventud del Caribe de habla inglesa tienen sus raíces en la precariedad institucional y en la

[1] *Nam* es un concepto derivado de una palabra y elaborado por Edward Brathwaite. *Nam* equivale a hombre (en inglés) escrito al revés, y significa el hombre disfrazado, el estado del africano sometido a la presión de la esclavitud, el hombre generalmente sometido a la presión y la opresión, disfrazado y oculto a fin de sobrevivir.

superficialidad de la planificación en la esfera del desarrollo cultural. El proceso de desarrollo se concibe como un proceso cultural, donde la dimensión de la cultura debe ser tan importante como las de la población, la salud, la enseñanza, la agricultura, la transferencia de tecnología, etc. (Nettleford, 1979), "por cuanto cada sociedad depende, en primer lugar, de sus fuerzas y recursos propios y define su propia visión del futuro" (Raymont, 1977.) Se sostiene, además, que la mujer y la juventud tienen un papel decisivo en la esfera de la cultura y el desarrollo nacional en las sociedades postcoloniales, y que no han podido desempeñarlo por haber sido marginadas históricamente por los hombres adultos, supuestamente protagonistas y tutores de la sociedad.

I

Antecedentes sociales y culturales

El Caribe, como región, puede considerarse como una zona de cultura, es decir, una región geográficamente definida que comparte determinada distribución de características culturales. Generalmente se ha estimado que la esfera cultural es la que más incide en las vidas de quienes han sido esclavizados o reducidos al servilismo en el Caribe; sin embargo, ha recibido poquísima atención de parte de los intelectuales, los gobiernos, los planificadores y los decisores del Caribe. El proceso cultural —que no excluye las actividades económicas y los modos de producción— fue el que se consideró como el más peligroso durante el período de esclavización y dominio colonial europeo. En realidad, el uso de la cultura para "borrar la identidad" de los esclavos se convirtió en un elemento fundamental para la imagen de la superioridad europea y consiguientemente la autoridad (Hart, 1980).

El cultivo de un sentimiento de inferioridad tenía efectos profundos y penetrantes, a los que no escapaban ni la religión, ni la enseñanza, ni la política, ni la economía, y que se observan con máxima claridad en la actual juventud del Caribe. La difícil situación de esta juventud es en sí misma una acusación contra las estrategias de desarrollo del período postcolonial y las élites nacionales gobernantes; la juventud del Caribe carece de los recursos culturales necesarios para luchar contra la cultura hegemónica dentro de sus propias sociedades, y contra las pertinaces amenazas externas del imperialismo cultural. "Luchar en favor de la cultura nacional significa, en primer lugar, luchar por la liberación de la nación, piedra angular material que hace posible la edificación de una cultura" (Fanon, 1963). Se trata de una lucha que debe manejarse y orientarse desde un plano institucional, y tener alcance multidisciplinario. Precisamente en esta esfera se han producido las fallas más notorias de las estrategias de desarrollo del período postcolonial, no obstante los éxitos y el progreso alcanzados en otras. Visto de cerca, el campo de la cultura sigue siendo el lugar de la dominación y el control internos y externos.

Las muchas teorías acerca del Caribe de habla inglesa reflejan la complejidad histórica de la región. Una de las teorías económicas más antiguas, la tesis de la sociedad de plantaciones (Best, 1968; Beckford, 1972), es también pertinente para los análisis antropológicos de estas sociedades altamente estratificadas. Sobre la base de la teoría latinoamericana de la dependencia, señala el sistema de plantación como la institución fundamental del ordenamiento social del Caribe anterior a la emancipación, subraya su influencia en todos los ámbitos, particularmente en las relaciones intraterritoriales y extraterritoriales, y destaca la dependencia estructural, que se perpetúa a pesar de un aparente cambio. De esta dependencia estructural se desprenden las relaciones jerárquicas de clase; la inestabilidad de la organización familiar; el bajo nivel de organización de la comunidad; la rigidez de los modelos de estratificación; un ordenamiento social generalmente frágil, y una clase intelectual europeizante (Wagley, 1957).

Esta teoría habla de desintegración y desor-

ganización, Beckford sostiene que el único cambio realizado desde la emancipación ha sido una movilidad mínima e individualizada para la población negra. Implícita en la teoría está la noción de continuidad estructural dentro del cambio, que alude a la incapacidad de las sociedades del Caribe para ir más allá de simples cambios cosméticos, efectuar un cabal reexamen de las estructuras sociales existentes, y asumir la obligación y la responsabilidad de la era postcolonial, con miras a solucionar problemas concretos que se remontan a la historia previa a la independencia. Aunque se haya considerado pasada de moda (Craig, 1982), la teoría de la sociedad de plantaciones propone conceptos especialmente pertinentes e ilustrativos para lo que aquí se sostiene sobre la alienación y desorientación cultural de la juventud.

Quizá la teoría más popular de las sociedades del Caribe sea la tesis de la sociedad plural, elaborada por M.G. Smith (1965), en la que se subraya la diferenciación y la separación cultural, social y racial, así como el mantenimiento de instituciones paralelas que no llegan a tocarse. Esta teoría aplica a la sociedad un modelo de conflicto, dentro del cual el empleo de la fuerza es considerado medio único para asegurar la cohesión y el orden. Describe una sociedad compuesta de una diversidad de pueblos carentes de voluntad para formar una sociedad, que se juntan pero no se mezclan. La teoría ha sido muy criticada, principalmente por centrar su atención en los elementos disociadores de la sociedad del Caribe, sin considerar adecuadamente sus elementos de integración. Sin embargo, tiene especial importancia para sociedades multirraciales como Trinidad y Tabago y Guyana y, en menor grado, Jamaica.

Al aplicar esta teoría al análisis de los diversos aspectos de las sociedades caribeñas, Lloyd Braithwaite (1970) sostiene que, si bien éstas son heterogéneas desde el punto de vista cultural, funcionan de acuerdo a una escala común de valores heredados del régimen colonial. Sin embargo, estos valores comunes, sobre los que recae la tarea de integrar a la sociedad, son los de la superioridad e inferioridad étnicas; la aceptación de la superioridad social de lo blanco y de lo europeo, reforzada por las minorías privilegiadas europeizantes de los países, legitima el sistema de desigualdad. Braithwaite señala que "es tan fuerte la hostilidad hacia todo lo africano que se hace difícil la persistencia de algo de ese origen". No obstante sus muchas deficiencias, esta teoría aclara un tanto la permanente negación y devaluación de las tradiciones culturales africanas en el Caribe de habla inglesa, a pesar de la abrumadora mayoría de personas de ascendencia africana de la región. La persistente subestimación de un elemento significativo en el complejo cultural del Caribe repercute en la actitud cultural de la juventud caribeña, y es una de las principales preocupaciones del presente estudio.

Ambos modelos de análisis se han actualizado en la teoría del "dualismo cultural", cuyas raíces intelectuales están en la obra de Melville Herskovits (1941) acerca de la interacción de elementos africanos y europeos en la cultura de las Indias Occidentales, basada a su vez en el análisis de la "doble conciencia" en la sociedad negra americana, de E.B. Du Bois. La coexistencia de dos tradiciones, una africana y la otra europea, es descrita por Herskovits como "la ambivalencia socializada" e identificada como una forma de "biculturalismo" en las creencias y prácticas religiosas por Roy S. Bryce-La Porte (1970). El resultado es una relación de competencia y de contraste entre el condicionamiento y los simbolismos culturales derivados del Africa y la tradición colonial europea. Se produce una dualidad en las orientaciones culturales, que se puede apreciar en los idiomas, los códigos sociales, el comportamiento, las actitudes y la religión. La dualidad se hace evidente cuando se procura integrar estas dos culturas contradictorias en un solo todo, proceso que trae consigo la confusión, más aún dada la inferioridad moral y cultural atribuida a todo lo africano desde el período colonialista.

En una obra titulada apropiadamente "Crab Antics" (1973), Peter Wilson utiliza un modelo de dualismo cultural para analizar Providencia, pequeña isla del Caribe sudoccidental de habla inglesa, cuyos patrones de interacción social compara con la desesperada lucha de cangrejos en un barril: cada uno tira para abajo al otro, procurando frenéticamente aplastarlo para estar más arriba. Wilson encarna la contradicción entre igualdad y jerarquía en dos valores que entran en conflicto: la "respetabilidad", basada en el viejo ordenamiento colonial que lleva a la estratificación y la desigualdad, y la "reputación", funda-

mentada en una valoración intrínsecamente moral de la persona, que tiende a la igualdad. La "reputación" equivale a una respuesta autóctona a la "respetabilidad", que se concibe como la representación de la estructura de dominación extranjera. La "reputación" subraya la "igualdad de las desigualdades humanas, mientras la respetabilidad trata de jerarquizarlas". Wilson considera el fenómeno "crab antics" como la relación dialéctica persistente entre estos dos sistemas de valores opuestos y lo propone como modelo de análisis para todas las sociedades del Caribe de habla inglesa.

Hay otros trabajos que enfocan el tema de esta dualidad de valores en las sociedades del Caribe (Makiesky-Barrow, 1976, Diane Austin, 1983). Austin incorpora los temas de la dominación ideológica y la oposición cultural en una sola perspectiva analítica y sostiene que la interacción entre "igualdad" y "jerarquía" es un proceso continuo que refleja, según sus palabras, una situación de "conflicto refrenado por la dominación", dentro de la cual se enmarca la estabilidad del Caribe de habla inglesa. En este análisis se postula que las élites nacionales perpetúan una ideología que no fomenta la integración de valores y la igualdad, sino el dominio y la estratificación. Para Gordon Lewis, experto en sociología histórica (1968), las estructuras políticas e ideológicas del período colonial simplemente se trasladan a la sociedad del período postcolonial:

> "El amedrentamiento social y la intimidación económica están muy cerca de ser el orden del día de la vida de las masas ... El hecho político de la independencia tampoco ... modifica necesariamente el sistema social. Simplemente transfiere el control de los amos metropolitanos a los grupos gobernantes nacionales. Y debido a que estos grupos comprenden más a la mayoría, quizá probablemente puedan incluso apretar más los tornillos sicológicos que aprisionan a esa misma mayoría."

El futuro de la juventud del Caribe depende, en el plano cultural, económico y político de estos grupos gobernantes, y sobre ellos habrá de recaer la responsabilidad del conflicto ideológico y del desencanto de la juventud del Caribe.

Todas estas teorías apuntan a la raza, la clase, la cultura y la ideología como dimensiones inexorables de la realidad social del Caribe. Habida cuenta de la referencia que se hizo antes a la importancia del proceso cultural en el desarrollo y la reconstrucción nacionales de las sociedades del período postcolonial, es importante que se consideren las estrategias de desarrollo, particularmente respecto de los jóvenes, en el marco de estos principios opuestos de organización y cultura sociales: en esta dualidad irreconciliable se asientan los problemas fundamentales de la alienación, la desorientación y el desplazamiento culturales de la juventud del Caribe de habla inglesa que constituyen el telón de fondo de sus innumerables dificultades. La dependencia cultural a su vez está vinculada a la dependencia económica, determinada por las condiciones del comercio internacional y la penetración del capital extranjero.

Desde el punto de vista de esta teoría del dualismo cultural, tal vez lo más grave no sea la amalgama de las dos corrientes culturales opuestas, una europea y la otra africana, sino la percepción constante —consciente y subconsciente— de la superioridad intrínseca de los elementos culturales europeos y la nimiedad e inferioridad de las tradiciones culturales africanas (La superioridad se ha extendido actualmente a las influencias culturales de América del Norte, en vista de que los Estados Unidos han adquirido mayor notoriedad y control en el Caribe de habla inglesa.) Todo ello se traduce esencialmente en una confianza ciega en las ideas y actitudes extranjeras, las que se buscan con avidez, y el menosprecio consiguiente de todo lo interno y autóctono. El inveterado desconocimiento de Africa y de la fecundidad de su historia y de su cultura se transforma en una persistente negación y degradación del elemento africano de la cultura del Caribe y en una peligrosa disposición para aceptar cualquier recurso extranjero como medio de huir de la verdad y la realidad de una identidad nacional propia, pues esta se basa inexorablemente en el reconocimiento del elemento africano de la cultura autóctona y su reconciliación con ella.

La aparición de una cultura "criolla" en estas naciones del Caribe no tiene en cuenta cabalmente este problema. Si bien esta nueva cultura

acepta, alienta y reconoce el mestizaje de estas dos corrientes culturales, sigue teniendo un sesgo europeo que considera las tradiciones culturales africanas como influencias minoritarias dentro del complejo cultural total. La cultura criolla —aunque sea sutilmente— glorifica los conceptos europeos, y minimiza o hasta niega las contribuciones de la cultura africana e hindú. En países como Trinidad y Tabago y Guyana, que tienen grandes poblaciones originarias de la India, la cultura de esa región se fusionó con la cultura de origen africano en un proceso natural, puesto que ambos grupos, en tanto que "extranjeros" sometidos, representaban a los desposeídos y han permanecido en gran medida en la base de una estructura piramidal cuya evolución llevó a situar en la cima a los europeos y los de aspecto europeo, y a los mestizos de piel muy clara en el medio (en un espacio actualmente compartido con las minorías de profesionales de ascendencia africana, hindú y mestiza).

Sin embargo, los de origen hindú han podido establecer una relación completamente diversa con su nuevo entorno. Debido a las circunstancias diferentes en las que fueron traídos al Caribe, pudieron ejercer una "persistencia cultural" que logró protegerlos del trauma sicológico y del desarraigo de una cultura fragmentada y desacralizada. Klass (1961), en su estudio de los hindúes en Trinidad, da testimonio de la capacidad de los aldeanos para reconstituir las instituciones sociales que funcionaban como mecanismos para transmitir su cultura y mantener la cohesión de la comunidad. Los africanos, por el contrario, no tenían más remedio que adaptar su cultura al nuevo ambiente mediante un proceso sincrético; esta cultura híbrida es la que aún prospera en el Caribe de habla inglesa, a pesar de los esfuerzos de las potencias gobernantes metropolitanas y de las élites "criollas" por exorcizarla. Aunque las actuales élites no han logrado permanecer del todo ajenas a esta cultura sincrética, que se basa en la conservación y reinterpretación de lo africano, siguen atribuyendo a las diferencias culturales un significado económico, social y político que equipara la cultura africanizada y popular con una baja posición socioeconómica.

La situación de la juventud en el Caribe de habla inglesa no puede estudiarse sin tomar en cuenta la influencia de este proceso cultural en las estrategias de desarrollo de la experiencia postcolonial, así como la permanente inseguridad cultural y sicológica y la dependencia económica que da origen a estas estrategias y al consiguiente fenómeno de "crab antics". El desmantelamiento del régimen colonial no sólo exigió una reconstrucción nacional, sino una reconstrucción nacional creativa: es decir, un análisis de la situación desde el punto de vista de las necesidades y prioridades de la población autóctona. Hizo necesario un minucioso examen de conciencia para poder enfrentar la tarea de construir el país, y también una revisión completa de los sistemas ideados por las potencias coloniales para su propio beneficio. El reconocimiento y la aceptación de esta tarea de reconstrucción creativa sólo pueden darse conociendo y aceptando las identidades colectivas, ocultadas y subyugadas con tanto esmero por ideas extranjeras desvinculadas de la realidad de la región, las que siguen creando la confusión que se hace evidente en la actual situación de la juventud caribeña.

II

Aspectos socioeconómicos

En estudios anteriores sobre la juventud del Caribe se ha comparado la expansión de la población joven de la región con el crecimiento mundial de la población joven. Según un reciente estudio de las Naciones Unidas, la población del Caribe creció a una tasa media anual de 1.4% durante el período 1980-1984, cifra que representa un descenso respecto de la tasa anual de 2.1% registrada en el decenio de 1970 (Naciones Unidas, 1984.) Esto significa que, entre 1970 y 1983, la población del Caribe aumentó de 25 millones a 30 millones, en cifras aproximadas. No obstante la tendencia descendente y un nivel inferior al del procentaje mundial (1.8%), la tasa de crecimiento de la población continúa siendo alta. En el mismo período de 1970 a 1983, la cifra correspondiente para los Estados Unidos fue de 1.1%, y de 0.4% para Europa occidental (Nelson, 1986.)

La tendencia decreciente no se aprecia en todos los países del Caribe: Barbados, Trinidad y Tabago, Granada, Jamaica y San Cristóbal y Nieves participan de ella, pero las tasas de crecimiento de Bélice y Guyana superan el 2.4%. La reducción del crecimiento se vinculó principalmente a programas eficaces de control de la natalidad en Trinidad y Tabago y Jamaica; el Caribe, sin embargo, sigue siendo una de las zonas más densamente pobladas del mundo. Su población joven oscila alrededor del 20% de la población total, salvo en Montserrat, cuyo porcentaje es de sólo 5.5%.

Los desafíos que actualmente plantea la juventud del Caribe exceden en mucho el problema de su expansión demográfica, y exigen urgentemente atención y acción más decidida por parte de organizaciones, organismos locales, nacionales e internacionales. La dificultad de la actual situación de los jóvenes puede quizá apreciarse sobre todo en la creciente vagancia juvenil en las calles de las ciudades del Caribe, que ha alcanzado proporciones alarmantes en Jamaica, Trinidad y Guyana. En el caso de Trinidad,[2] los jóvenes vagos son en su mayoría de ascendencia africana: este hecho plantea nuevamente preguntas y preocupaciones sobre la incidencia de la raza en la situación de la juventud del período postocolonial, y sugiere la conveniencia de estudiarlo a fondo para poder entender y eliminar sus aspectos negativos. Ante las desfavorables perspectivas de futuro, y ante gobiernos que parecen considerar la juventud como un problema, y no como parte de una posible solución, los jóvenes desplazados se lanzan a las calles y enrostran a la sociedad su desesperanza, reflejo del fracaso de las políticas de desarrollo.

Este trabajo ya ha hecho referencia al problema de la precariedad efectiva de la independencia de los países del Caribe, analizándola sobre todo en el plano cultural.

Más fácil de medir resulta la persistente dependencia económica. Beckford (1972) se refirió al sistema de plantaciones, que hace sentir su influencia en toda la vida social, y su capacidad para generar y mantener un pertinaz subdesarrollo, haciendo pervivir tras la independencia las estructuras económicas anteriores: comercio exterior y ayuda externa; patrones importados de consumo y producción; turismo; patentes injusticias en la distribución del ingreso y la riqueza; propiedad y control de las empresas comerciales por parte de expatriados; propiedad y control extranjeros de los sistemas bancarios y financieros; repatriación de las utilidades ... todo ello en una precipitación insensata hacia la modernización y el desarrollo, sin reflexionar mucho en la pérdida neta que sufre la población, y particularmente la juventud. No obstante el supuesto éxito de tales programas económicos en el Caribe, sus resultados generales son mayores tasas de desempleo y subempleo; gran subutilización de la fuerza de trabajo; mayor frustración;

[2]Tabago, cuyo ambiente sigue siendo más rural que el de Trinidad, su isla hermana urbanizada, se caracteriza notablemente por la falta de vagos. De hecho, se dice que los únicos vagos de la isla han llegado de Trinidad. Es pertinente el tipo ideal de dicotomía de Redfield entre sociedades tradicionales y urbanas, en que las más rurales son las más tradicionales y las más urbanas las más proclives a la "desorganización", la secularización y la individualización.

marginación social y económica cada vez mayor de la juventud, y enajenación cultural.

Ante esta situación, no obstante las medidas restrictivas adoptadas por Estados Unidos, Canadá e Inglaterra, un número cada vez mayor de jóvenes elige como única puerta de escape la emigración. Al hacerlo, agravan el éxodo de personas capacitadas que históricamente ha aquejado al Caribe. Lo que hay que destacar es, en síntesis, que las políticas y los programas de los gobiernos del Caribe siguen representando la práctica de un desarrollo estrechamente vinculado a las metrópolis y, en consecuencia, orientado hacia ellas. La desorganización constante de las sociedades del Caribe se basa en esta verdad fundamental. Los efectos del denominado "desarrollo dependiente" por los teóricos de la dependencia se observan claramente en la juventud actual, primera generación del período postcolonial.

1. *Desempleo y subempleo*

En vista de sus enormes repercusiones sobre la creciente población de la región, vale la pena enumerar algunas causas del desempleo y subempleo, acreditadas ya abundantemente por economistas y otros expertos. Estas causas son: el rápido crecimiento de la población; la elevada tasa de crecimiento de la fuerza de trabajo; la participación cada vez mayor de mujeres en la fuerza de trabajo; el traslado gradual de la población de las zonas rurales a las zonas urbanas, que transforma el subempleo rural en desempleo urbano; la importación de tecnología moderna de los países desarrollados, que significa ahorro de mano de obra, sobre todo en las actividades manufactureras; la preferencia por la aplicación de tecnología que hace uso intensivo del capital en vez de mano de obra, de lo cual Trinidad y Tabago, en el período de la prosperidad petrolera de 1973 a 1983, es un ejemplo; la falta de correspondencia entre educación y capacitación, que a menudo genera desequilibrios entre ambas e inadecuación a las necesidades del mercado laboral (Demas, 1977).

Otro factor particularmente importante para el Caribe de habla inglesa y remanente directo del período de dominación colonial, es el mayor status que se atribuye a los empleos burocráticos. Las políticas y programas que hacen hincapié en la industrialización y modernización, en detrimento de la agricultura no han hecho sino reforzar tal opinión; afectan gravemente el abastecimiento de alimentos y obligan a consumir alimentos importados de alto precio, fomentando además patrones de consumo que alientan la preferencia por los alimentos importados y menosprecian los alimentos y los gustos autóctonos.

El problema del desempleo y el subempleo, asunto de suma preocupación y prioridad para la mayor parte de los países en desarrollo, representa para los adultos una experiencia traumática y frustrante. Para los jóvenes que ingresan al mercado del empleo ésta es aún más desoladora. Si para los adultos el desempleo significa desigualdad de participación en la producción, el ingreso y la riqueza de la sociedad, lo que en sí es una experiencia psicológica y emocionalmente dañina, para la juventud representa el primer contacto violento con el mundo real, que puede alterar irreversiblemente su relación con el medio y la comunidad y marcar negativamente el rumbo de su vida. La experiencia de los jóvenes caribeños en su primer contacto con el mercado de empleo se traduce en infravaloración de sí mismos, frustración y desorientación.

Se trata de un problema muy grave. La información correspondiente a Trinidad y Tabago —país que disfruta del más elevado nivel de vida del Caribe— muestra una tasa general de desempleo de 15% en 1985; el desempleo para el grupo de 15 a 19 años, en cambio, es de 37%, y de 25% para el grupo de 20 a 24 años. En el grupo de 25 a 34 años, el desempleo afecta a 13%, proporción más acorde con la tasa general. En todos los grupos de edad, el desempleo de las mujeres es muy superior al de los hombres; esto se acentúa en el grupo de 15 a 19 años, donde el desempleo de los hombres es de 35%, y el de las mujeres 43%, cifra que casi triplica la tasa general de desempleo femenino (17%). Todas estas tasas han aumentado respecto de las de 1984 (cuadro 1).

Aunque no se pudo obtener información actualizada para los otros países, el cuadro 2 presenta algunas tasas de desempleo en el período 1980 a 1982, según grupos de edad. En los países allí señalados, la tasa de desempleo del grupo de 15 a 19 años es muy superior a la del grupo de 20 a 24 años. En Barbados, Belice, Montserrat y San Cristóbal y Nieves, el desempleo entre el grupo

Cuadro 1
TRINIDAD Y TABAGO:
TASAS DE DESEMPLEO POR EDAD Y SEXO,
1984-1985

Grupo de edad	Fecha	Ambos sexos (%)	Hombres (%)	Mujeres (%)
Todas las edades	30/6/84	13	12	15
	31/12/84	14	12	17
	30/6/85	15	15	17
15-19	30/6/84	31	29	37
	31/12/84	35	32	42
	30/6/85	37	35	43
20-24	30/6/84	21	19	23
	31/12/84	22	21	23
	30/6/85	25	25	24
25-34	30/6/84	11	11	11
	31/12/84	12	11	14
	30/6/85	13	12	14

Fuente: *Vital Statistics Bulletin*, Vol. 1, N° 1, 1986, Oficina Central de Estadística de Puerto España, Trinidad y Tabago.

Cuadro 2
REGION DEL CARIBE (ALGUNOS PAISES):
TASAS DE DESEMPLEO JUVENIL
POR GRUPO DE EDAD, 1980-1982

País	Tasa de desempleo	
	15-19 años	20-24 años
Barbados	40.9	14.7
Belice	13.9	5.2
Dominica	55.7	23.8
Granada	55.8	26.4
Guyana	55.5	22.7
Islas Turcas y Caicos	28.2	20.2
Islas Vírgenes Británicas	16.8	7.7
Montserrat	32.7	11.5
San Cristóbal y Nieves	36.9	14.8
San Vicente y las Granadinas	58.2	24.2
Santa Lucía	52.5	21.8

Fuente: *Vital Statistics Bulletin, op. cit.*

de 15 a 19 años casi triplica la tasa de desempleo, de por sí elevada, del grupo de 20 a 24 años.

La alta tasa de desempleo del grupo de 15 a 24 años por cierto tiene relación con un sistema educativo regional que subordina la capacitación profesional y técnica a la enseñanza académica, y, por consiguiente, no educa adecuadamente para empleos no burocráticos. Sin embargo, para comprender plenamente la enorme repercusión psicológica del desempleo y el subempleo en el Caribe, es importante considerar que el empleo representa el principal símbolo de status, y la esfera en que mejor se observa la competencia entre dos actitudes opuestas, la solidaridad grupal y la búsqueda afanosa de una mejor posición social. En un contexto histórico y cultural, el empleo en el Caribe de habla inglesa es mucho más que un medio de atender las necesidades básicas de la persona y la familia. No sólo es la principal vía de mejoramiento del propio nivel de vida; también, como la educación, se considera factor fundamental para deshacerse de los vestigios de la esclavitud y del sometimiento, y liberarse de la situación de inferioridad social que históricamente ha sido sinónimo de la propia identidad racial y de la dependencia económica.

En el estudio titulado "Social Stratification in Trinidad", Lloyd Braithwaite (1975) da testimonio de un "cambio fundamental en la reafirmación de la identidad propia de las clases inferiores", producido por las oportunidades de empleo que creó el establecimiento de bases norteamericanas en Trinidad. Según Braithwaite, no hay palabras para expresar el grado de dignidad personal que adquirió la clase trabajadora gracias al pleno empleo. Como se dijo, el empleo se concibe como elemento importante de movilidad social y como principal indicador de la condición social. Dentro del contexto del modelo de "crab antics", de Wilson, al que se hizo referencia en una sección anterior, el empleo sirve para ir ascendiendo en la escala social. Persiste un rasgo estructural propio del período anterior a la independencia: preferir el interés individual por sobre el del conjunto, lo que se aprecia claramente en las actitudes hacia el trabajo. Los vínculos de parentesco, amistad, "contactos" e influencia política han llevado a fortalecer los valores coloniales del individualismo y el afán de sobresalir y también han reforzado las diferencias sociales y económicas, por oposición a la armonía y el progreso en sociedades igualitarias. El empleo no es en este contexto una oportunidad de hacer contribuciones valiosas a la sociedad, sino un medio de disfrutar del reconocimiento social que acompaña a la adquisición de bienes materiales que acreditan una buena posición económica. En

otras palabras, el concepto de construcción de la nación, como motivo de participación en el empleo, brilla por su ausencia.

El rápido crecimiento de la intervención estatal y local en la economía, junto con la nacionalización de sectores antes reservados a las metrópolis, son dos de los más osados intentos para lograr el control nacional de las economías. Guyana, Trinidad y Tabago y Jamaica han hecho algunos avances en este esfuerzo de descolonización económica; sin embargo, faltan fundamentales cambios de actitud, lo que obstaculiza la realización personal de los jóvenes y reduce su nivel de participación en la sociedad.

La juventud del Caribe se encuentra atrapada en este círculo vicioso. Los menos educados, o aquellos cuya capacitación no corresponde al mercado de trabajo, son invariablemente los que carecen de la habilidad social o del poder económico y político necesarios para obtener favores y auspicios de los poderosos. Por su parte, la juventud educada, especialmente la que se ha formado en universidades del extranjero, es considerada como un peligro por ciertos profesionales más maduros de vasta experiencia práctica, pero nula formación universitaria. Contra estos jóvenes apunta el resentimiento de la gente mayor, víctima de sus propias frustraciones e inseguridades: los ven como ambiciosos que obtienen todo con excesiva facilidad. Estos jóvenes se convierten involuntariamente en víctimas de la dinámica negativa de "crab antics", y suelen ser objeto de la competencia desleal, la mezquindad y la rivalidad. En vez de brindar generosamente a los jóvenes su saber y experiencia, y de alentar su contribución y participación, muchos de los profesionales adultos prefieren obstaculizar su progreso, lo que aumenta la desilusión y frustración de los jóvenes ante la sociedad. Por sobre los méritos y la idoneidad, como asimismo de la voluntad de hacer un aporte a la sociedad, prima la competencia por el trabajo, el soborno, los "contactos", los favores y la influencia. Las variables de raza, clase, color y sexo complican más aún la situación; ésta incita a los jóvenes negros de bajos ingresos a incorporarse al mundo del delito, y expone a las mujeres jóvenes —particularmente a las madres solteras— a la explotación sexual. Una investigación de las 28 empresas cuyas acciones se transan en la Bolsa de Comercio de Trinidad y Tabago reveló que la concentración, la riqueza, el poder y las prerrogativas, así como el monopolio de la información para unos pocos, se obtienen mediante directorios estrechamente vinculados entre sí (Parris, 1984). La investigación también indicó que la élite empresarial de Trinidad y Tabago estaba dominada por personas de origen caucásico, aunque comprendía varias razas. No hay mención de la participación de mujeres en dicha élite. Como ya se dijo, el valor simbólico del empleo burocrático continúa determinando que los jóvenes no busquen oportunidades de empleo o intereses académicos y profesionales en otras esferas. Esta percepción negativa del trabajo no burocrático afecta la economía y las perspectivas de empleo de los jóvenes sobre todo en lo que respecta a la agricultura, donde el nivel de participación en la fuerza de trabajo agrícola es muy bajo (Barbados, 14.5%; Jamaica, 17.1% y Trinidad y Tabago, 14.8% en 1985). Este bajo nivel de participación en el empleo agrícola persiste en países caribeños cuyas tasas de desempleo juvenil son alarmantemente altas.

A medida que se ensombrecen las perspectivas económicas del Caribe, la creatividad económica parece haberse desplazado de los gobiernos a los individuos. Existe una economía clandestina o sistema de "mercado paralelo", al que recurren principalmente las mujeres y los jóvenes para evitar la pobreza y la inanición. El pequeño comercio (alimentos, vestuario y repuestos de automóviles) se ha convertido en una importante fuente de ingreso para estos grupos. Sus actividades han llegado a ser internacionales: los guyaneses intercambian oro y diamantes por productos valiosos del mercado de Trinidad y Tabago; los habitantes de Trinidad adquieren ropa de Curazao, Panamá y Miami, y los jamaiquinos, limitados por disposiciones cambiarias, intercambian ron, licores y habanos por artículos de gran valor en el mercado de Jamaica. Al ver en Puerto España el número de jóvenes que pregonan en las aceras la venta de ropa, zapatos, cassettes y otros artículos importados, se comprende de inmediato la importancia de este fenómeno para la supervivencia de los desempleados.

2. *Los efectos del turismo*

Los turistas llegados al Caribe fueron alrededor de seis millones en 1982. Los ingresos brutos por

concepto del turismo se calcularon en aproximadamente 3 600 millones de dólares en la región, sin contar los de Cuba (Blommestein, 1985.) El turismo regional reaccionó vigorosamente al repunte de la economía en 1984 y salvo en Granada aumentó en todos los lugares de destino. (CEPAL, 1984.) Dado el acento que se pone en fomentar las exportaciones para contrarrestar los déficit de divisas, puede preverse que esta actividad irá adquiriendo aún más importancia. En el Acuerdo de Nassau acerca del turismo, se recomienda que la región prosiga protegiendo y manteniendo los actuales sitios de interés turístico, y que fomente el aprovechamiento y la diversificación de lugares nuevos, con miras a hacer aún más atractivo el Caribe como lugar de vacaciones, obtener así una mayor afluencia de visitantes, permanencias más prolongadas, o mayores gastos de los turistas (Secretaría de la Comunidad del Caribe, 1984.) La propia Trinidad y Tabago, que, debido a sus recursos de petróleo y gas natural, ha mantenido tradicionalmente una política de distanciamiento cauteloso respecto del turismo, se ha propuesto actualmente una ofensiva turística.

El turismo brinda importantes ventajas económicas. En 1985, Barbados, con 304 000 visitantes, recibió 207 millones de dólares; las Bahamas, 669 millones de dólares de 1 121 000 turistas; Antigua, 50 millones de dólares de 87 000 viajeros; Jamaica, 388 millones de dólares de 408 000 turistas, y Trinidad y Tabago con 200 000 turistas, 163 millones de dólares (*Handbook of International Trade and Development Statistics*, 1985.) Sin embargo, el atractivo de estos ingresos no debe llevar a desconocer la posibilidad de que las grandes afluencias de viajeros produzcan un efecto social negativo en los países del Caribe que cuentan con un número reducido de habitantes. Santa Lucía, con una población de sólo 120 000 habitantes, recibió 70 000 turistas en 1985, y obtuvo por ello 30 millones de dólares. Sin embargo, la repercusión de un contingente turístico que representa más del 50% de la población en un año es motivo de preocupación. Las mujeres y los jóvenes son los más afectados por el desempleo, y por consiguiente son los grupos que resultarán probablemente más vulnerables a los elementos negativos que a menudo acompañan a las ocupaciones vinculadas al turismo. Entre los jóvenes de las Bahamas y Barbados, estos son el tráfico y el abuso de estupefacientes, la criminalidad organizada, y la prostitución de hombres y mujeres y su secuela de enfermedades venéreas. Más sutil, pero quizá más duradero y psicológicamente más perjudicial, es el papel que desempeña el turismo al agravar el proceso de alienación cultural de la juventud del Caribe.

Las ventajas y desventajas relativas del turismo han sido desde hace mucho preocupación preferente de economistas, sociólogos y antropólogos. Estos últimos han destacado que el turismo recalca y refuerza las diferencias culturales entre los turistas y los habitantes del país, aunque es cierto que crea nuevas oportunidades de empleo y tiende a reducir las migraciones, sobre todo de mujeres y jóvenes de zonas marginales subempleados o desempleados. Según sus adversarios, el turismo favorece la dependencia en vez del desarrollo, y reproduce formas de dominación y subdesarrollo estructural que equivalen al neocolonialismo, puesto que la industria turística depende, en gran medida, del capital extranjero (Cohen, 1984). Además en sociedades como las del Caribe, cuyo pasado reciente es de esclavitud y dominio colonial, que son el reflejo de poblaciones de origen predominantemente africano, y donde el contingente turístico probablemente esté compuesto por norteamericanos y europeos, el turismo corre el riesgo de recrear y reforzar la impresión de servidumbre de los negros y de superioridad de los blancos, y de crear o agravar desarmonía en las relaciones.

No obstante estos inconvenientes, el turismo representa un buen mercado para los productos culturales. Puede inspirar el crecimiento y desarrollo de una cultura autóctona, y crear estímulos para los jóvenes, alentando la elaboración de productos culturales que siguen muy abandonados o neutralizados por la clase media del período posterior a la independencia. Los gobiernos del Caribe tienen el deber de formular políticas culturales y de crear instituciones culturales adecuadas con miras a orientar ideológicamente a los jóvenes sobre quienes habrá de recaer la responsabilidad de continuar la difícil tarea del desarrollo nacional. Mientras mayor sea la dependencia del desarrollo económico respecto del turismo, más urge realizar esta tarea: el turismo, que transmite formas culturales, somete a los jóvenes a diferentes influencias, lo que podría agravar más aún la desorientación y la alienación

cultural. Sólo mediante esta acción gubernamental se podría contrarrestar el peligro de diluir y explotar la cultura nacional como producto comercial para turistas, así como evitar que las élites nacionales (que suelen ser las cabezas visibles de las empresas turísticas) comercialicen las artes, ceremonias religiosas y costumbres auténticas, generalmente propias de los grupos de menor nivel económico.

3. *Educación*

Con la independencia del Caribe de habla inglesa comenzó una era de renovada valoración de la educación, que durante el período colonial se identificó sólo con las clases socioeconómicas media y superior. Desde un punto de vista colonial, no convenía educar a los caribeños, y la educación quedaba fuera del alcance de las masas; la escasez de instituciones educacionales y su costo relativamente elevado impedían el acceso masivo a la educación. El aumento de la enseñanza primaria, así como la enseñanza secundaria gratuita, se convirtieron, por consiguiente, en una prioridad nacional de las sociedades postcoloniales; las muy reducidas tasas de analfabetismo reflejan la importancia asignada a la educación en el Caribe de habla inglesa. La tasa de analfabetismo más baja correspondía en 1982 a Barbados, con 0.7%. Las más altas de la región eran las de Santa Lucía (18.3%) y de Antigua y Barbuda (11.3%). Las tasas de analfabetismo son aún más bajas para los jóvenes de edades entre 15 y 24 años. Sin embargo, estas tasas no necesariamente reflejan la creciente producción de analfabetos funcionales o la existencia de currículos que no corresponden en la práctica a las realidades del desarrollo del Caribe.

Según el Censo de Población y de Vivienda de Trinidad y Tabago levantado en 1980, "la proporción de los que no han logrado éxito en sus estudios, es decir, de personas sin un certificado de examen, es el 52.4%" de la población adulta del país. Esta cifra representa el inquietante número de 392. 033 personas de 20 o más años de edad que abandonaron la escuela sin prueba visible de haber asistido a ella jamás. Además, los datos muestran que hay 34 251 personas de 15 y más años de edad con menos de un nivel primario de educación, o con ninguna educación en absoluto. Aunque la cifra era de 54 126 hace veinte años, y por lo tanto se ha progresado, la situación actual no es de buen augurio para una nación independiente cuyo futuro, según sus fundadores, estaba en los maletines escolares de sus niños.

Como el empleo, la educación ha sido considerada históricamente como un medio para alcanzar la movilidad social. Se la considera en realidad como el medio fundamental para lograr movilidad ocupacional, principalmente por intermedio de la administración pública. Por consiguiente, el proceso de adquirir una buena educación no sólo induce a una precoz y dura competencia, sino que socializa tempranamente en la dinámica de "crab antics"; Austin (1983), apoya institucionalmente la noción de que la desigualdad se debe a la diferencia de capacidad y de inteligencia. Aunque en estas sociedades se creó la enseñanza secundaria gratuita junto con lograrse la independencia, persistió la competencia por entrar en escuelas secundarias de élite. Si esto no se lograba, el estudiante ingresaba en una "escuela integrada", con capacitación académica y técnica a la vez. Sin embargo, estas escuelas llevan consigo un estigma de inferioridad social e intelectual que persigue a los estudiantes durante sus vidas laborales. Los jóvenes pueden asimismo acceder a los institutos politécnicos o escuelas especializadas en que se enseñan conocimientos especializados de secretaría, administración de hoteles, etc. Con todo, la capacitación académica superior sigue representando un ideal. La red regional de educación superior constituida por la Universidad de las Indias Occidentales permitió acceder a la enseñanza superior dentro de la región. Sin embargo, la inveterada costumbre de considerar inferior cualquier institución regional llevó a que se asignara mayor valor a calificaciones obtenidas en universidades extranjeras, principalmente británicas. La ulterior expansión del programa de estudios de la Universidad, la introducción de nuevos programas de grados y títulos universitarios, y el establecimiento de dos nuevos recintos universitarios estimularon una mayor confianza y un aumento de la matrícula.

Los tres recintos de la Universidad están situados en Mona, Jamaica, establecido en 1948; St. Agustine, Trinidad, establecido en 1960; y

Cave Hill, Barbados, establecido en 1963. Las cifras de matrícula en los distintos recintos universitarios en el año escolar 1981-1982 fueron respectivamente de 4 892, 3 124 y 1 566 alumnos. Los territorios que participan en la red pero carecen de recintos universitarios son Anguila, Antigua, Bahamas, Belice, Dominica, Granada, Islas Vírgenes Británicas, Islas Caimán, Montserrat, San Cristóbal y Nieves, Santa Lucía y San Vicente. Guyana, tras haber participado plenamente, estableció su propia Universidad, pero, en virtud de arreglos especiales, hace aportes de personal académico. En las Bahamas funciona un programa de Administración de Hoteles aunque este país no se considera como territorio con recinto universitario (CRESALC/UNESCO, 1985). El número total de varones matriculados ha sido tradicionalmente más elevado que el de mujeres, pero la diferencia tiende a reducirse. Las cifras de matrículas de estudiantes correspondientes a 1984 indican una tendencia a una representación significativamente más elevada de mujeres, especialmente en las facultades de Artes y Estudios Generales y Derecho.

Paradójicamente, el concepto de enseñanza secundaria gratuita ha dado lugar a dos actitudes extremas. Un grupo ha aprovechado plenamente sus beneficios, utilizando hábilmente la educación para lograr movilidad social, ocupacional y económica. El otro grupo considera la educación como algo que se les da de balde, lo que parece conducir a una excesiva dependencia y a expectativas de recibirlo todo sin hacer esfuerzo alguno. Esta mentalidad cataliza la corrupción, el soborno y la subordinación a políticos poderosos. Ninguno de los dos grupos parece poder vincular la educación gratuita con la búsqueda de la libertad, la igualdad y el desarrollo nacionales, objetivos del sistema. Son muy pocos los que consideran la educación como la base para transformarse a sí mismos y a la sociedad con miras a una reconstrucción creativa. La mayor parte de estos últimos han traído del extranjero su educación y su experiencia, y están ansiosos de "hacer su aporte". Se frustran y desilusionan con rapidez: los lugares de trabajo, en vez de ámbitos de consolidación y activación de las políticas y programas positivos de desarrollo, siguen siendo focos de competencia, rivalidad, intimidación y mezquindad, en los que predomina más la dinámica de "crab antics" que la cooperación social como base para el éxito y los logros nacionales. Un significativo porcentaje de estas personas se ve obligado a volver al extranjero.

Es imposible sobreestimar el papel de la educación, no sólo en relación al empleo sino sobre todo como punto de apoyo de la transformación psicológica de los países recientemente independizados. Su función de inculcar en las mentes jóvenes ideas, valores y actitudes más adecuadas, como prerrequisitos para lograr nuevas sociedades, es primordial para los gobiernos del Caribe. Mediante el proceso de la educación se puede socializar a la población joven para sociedades más igualitarias, siempre que exista la voluntad económica, política y cultural para hacerlo. La transición entre la educación y el empleo es decisiva para la juventud del Caribe: en esta etapa se determina el rumbo de los jóvenes y, por extensión, de sus sociedades. En ella deben tomar las decisiones más serias de sus vidas, luchando contra las frustraciones del desempleo, los sentimientos de inutilidad y la falta de confianza en sí mismos. La actual reestructuración de la Universidad de las Indias Occidentales, la creación del Instituto Nacional de Educación Superior, Investigación, Ciencia y Tecnología (NIHERST) de Trinidad y Tabago, y la proliferación de programas de educación de adultos y de programas llevados a cabo fuera de los recintos universitarios apuntan hacia intentos de abordar seriamente los desafíos educacionales permanentes. Sin embargo, el sector de tercer nivel muestra una espectacular disminución de la matrícula, situación que exige una atención urgente ya que se relaciona directamente con las posibilidades de empleo de los jóvenes. Además, persiste la necesidad de hacer más creativo el uso del proceso educacional para ayudar en la tarea de la transformación de la sociedad y reparar parte del arraigado daño que la educación del período colonial provocó.

4. *Salud*

La drogadicción y el alcoholismo son el problema de salud más grave entre los jóvenes del Caribe. El mayor cambio de los años ochenta ha sido el espectacular aumento del uso de la cocaína, que ha alcanzado proporciones epidémicas en los tres últimos años, particularmente en las Bahamas y en Trinidad y Tabago (Secretaría de la CARICOM,

1985). El problema de la juventud y de la drogadicción puede apreciarse más certeramente en el marco de un problema más antiguo: el de la elevada incidencia del alcoholismo entre la población adulta. El alcohol constituye todavía el mayor problema de salud de la región y causa considerables pérdidas económicas. En Trinidad y Tabago, cuya riqueza petrolera de los años 1970 precipitó una "juerga" nacional, se ha estimado que los costos de salud imputables al alcohol ascienden a 80 millones de dólares del país, y el costo en cuanto a productividad perdida, a alrededor de 100 millones de dichos dólares (Beaubrun, 1984).

Según consejeros en rehabilitación de drogadictos en este último país, las investigaciones revelan que casi el 100% de las personas tratadas comenzaron por tomar alcohol y pasaron luego a drogas más fuertes, de acuerdo con su disponibilidad y costo. Los expertos en esta materia han podido también distinguir diferentes patrones de uso indebido de drogas en los jóvenes y en los adultos: los alcohólicos son mayores y tienen empleo; aumenta entre ellos el uso ocasional de la cocaína, con algunos casos de abuso habitual en grupos de altos ingresos. La drogadicción entre los jóvenes se diferencia también por clases: los jóvenes de ingresos medianos y altos son usuarios de cocaína y LSD; los de menores ingresos comercian con la cocaína y el LSD, pero fuman marihuana. En Trinidad y Tabago se perfila una diferenciación étnica, que indica una preferencia por el alcohol entre los de origen hindú y una afición a drogas más fuertes en otros grupos étnicos. Lo más significativo, sin embargo, es que una mayoría abrumadora de los jóvenes vendedores o usuarios de drogas carecen de empleo.

El análisis de los datos obtenidos en un centro voluntario de orientación para toxicómanos no internos, sobre la base de la información obtenida de 84 pacientes durante el período comprendido entre noviembre de 1985 y abril de 1986, proporciona un retrato demográfico del toxicómano como una persona de entre 14 y 44 años de edad, soltero (58.3%), desempleado (45.2%), varón (90.5%) y predominantemente de ascendencia africana (53.6%). Los de ascendencia hindú constituían el 16.7% de la población del centro de orientación; el 27.3% era de ascendencia mixta. Unicamente el 9.5% de los sometidos a tratamiento eran mujeres. El 82.1% de los que buscaban orientación eran adictos a la cocaína, pero pueden haber comenzado con drogas más suaves. El 8.3% era adicto a la marihuana y el 4.8%, al alcohol. Los límites inferiores de edad indicados para la introducción al uso de las drogas fueron los siguientes: 8 años de edad para el alcohol, 9 años para la marihuana y 12 años para la cocaína. El 95.2% de las personas que recibieron orientación afirmaron que el problema era sólo de ellas, mientras que el 10.7% admitió que se trataba de un problema de familia. Sólo cuatro estudiantes (4.8%) figuraron entre el grupo. El 27.3% correspondía a trabajadores calificados y empleados y el 19%, a trabajadores no calificados, pero empleados.

El vínculo entre la educación, el desempleo y la drogadicción es directo e ineludible. Los jóvenes aprovechan plenamente las oportunidades educacionales, hacen frente con éxito a las series de exámenes y siguen adelante para asistir a la universidad, o bien se abruman durante ese trayecto y se retiran muy temprano del sistema. Sin embargo, dadas las elevadas tasas de desempleo, para ambos grupos el final del proceso es un vacío que suele convertirse en el comienzo de un juego con las drogas y a veces prolongarse en una grave dependencia. En 1985, el Dr. Lennox Bernard de la Universidad de las Indias Occidentales llevó a cabo una encuesta a escala nacional sobre el uso de las drogas. La muestra comprendió a más de 3 000 estudiantes de hasta 20 años de edad, de campamentos juveniles y reformatorios, y jóvenes desempleados entre 14 y 20 años de edad. Las conclusiones preliminares indicaron que los 16 años era la edad en que las drogas, y también el alcohol, eran usados con mayor frecuencia. Entre las razones que explicaban el uso de las drogas figuraron las siguientes: presión de los compañeros, curiosidad, búsqueda de la felicidad, necesidad de mantener la tranquilidad, presión en el hogar, soledad, problemas de trabajo escolar o rendimiento en los deportes. Se llegó también a la sorprendente revelación de que el uso indebido de las drogas era más elevado entre los adolescentes provenientes de hogares estables, con presencia de ambos padres.

La gravedad del abuso de drogas en el Caribe causa preocupación, no sólo por su influencia destructiva sobre la juventud, sino porque potencialmente puede destruir a toda la sociedad, pro-

duciendo una generación completa de jóvenes desorientados e improductivos. El flagelo afecta más a los hombres que a las mujeres; sin embargo, el peligro de la prostitución, las enfermedades venéreas y los embarazos que producen a criaturas dependientes de las drogas hace que sea aún más grave en el caso de las mujeres jóvenes. La ubicación del Caribe de habla inglesa, entre los Estados Unidos y Sudamérica, lo convierte en un punto cómodo de transbordo para el tráfico de drogas. La topografía, las sanciones comparativamente suaves para los delitos relacionados con las drogas, el bajo precio de la cocaína, la pureza de la cocaína disponible de alta calidad que procede de Colombia, la frecuencia de la "reducción a la base pura", la disponibilidad de la cocaína más potente elaborada previamente como "rocas", y la nueva pasta de coca, que es incluso más potente que la cocaína reducida a la base pura, son algunas de las otras explicaciones que se dan para el rápido incremento del uso indebido de drogas en el Caribe.

Historias clínicas informales de Trinidad y Tabago documentan: 1) la introducción del alcohol a drogadictos desde los 8 años de edad; 2) el número alarmante de drogadictos adolescentes que fueron introducidos a las drogas por sus padres; 3) la disponibilidad de drogas "suaves" y "duras" que ofrecen vendedores en las escuelas; 4) la relación entre la adopción de hábitos y conductas norteamericanos y el uso indebido de drogas; 5) para las Bahamas, Bermuda y Barbados, el vínculo existente entre el aumento de la drogadicción y la afluencia de turismo norteamericano, la prostitución, el juego y el crimen organizado; 6) la difusión del uso indebido de drogas por parte de personas del país que regresan después de estadas prolongadas en los Estados Unidos y el Reino Unido.

En términos más generales, los problemas de salud de los jóvenes del Caribe corresponden a algunos de los principales problemas sanitarios regionales: alteraciones del medio ambiente, falta de agua potable, las instalaciones insalubres, falta de atención a la población de las zonas rurales, insuficiencia de los servicios de salud y el equipamiento, todo lo cual genera desconfianza. Los embarazos adolescentes son un problema permanente, que se examinará más adelante. En toda la región se ha planteado recientemente la preocupación por el temido Síndrome de Inmuno Deficiencia Adquirida (SIDA), y particularmente en los países de grandes poblaciones homosexuales o que, debido al turismo, atraen gran número de homosexuales. El temor a la enfermedad ha estimulado en Trinidad y Tabago una nueva tendencia hacia la cautela sexual entre los jóvenes, lo que hace esperar alguna disminución en el número de embarazos de adolescentes.

5. *Vivienda*

La esencia del problema de la vivienda para los jóvenes se vincula a los problemas de educación, desempleo, dificultades de comunicación con los padres, migración rural-urbana en busca de empleo, y drogadicción. Según un trabajador social de Trinidad y Tabago, "algunos niños simplemente no deberían estar viviendo con sus padres." En realidad, la falta de alojamientos adecuados para los jóvenes drogadictos crea, en los programas de orientación y rehabilitación, un círculo vicioso de regreso al mismo medio y a los mismos problemas que fomentaron la drogadicción en primer lugar. Algunos, como se dijo, antes, terminan en las calles, lo que, como se dijo, se refleja en el alarmante aumento del número de jóvenes vagos.

Otros dos factores vinculados a la economía han contribuido también a las dificultades de vivienda de los jóvenes. En Trinidad y Tabago, el gran número de consultores extranjeros —beneficiarios de los contratos de gobierno a gobierno durante el decenio del auge del petróleo, con altos sueldos y subsidios— provocó un alza artificial de los arriendos. La afluencia de turistas ha producido también aumentos rápidos en el precio de los terrenos en centros turísticos como Barbados, las Bahamas y Jamaica. En Trinidad y Tabago se ha intentado controlar e incluso hacer descender los arriendos a su nivel anterior, sin embargo, los precios siguen siendo muy altos para los jóvenes desempleados y subempleados, lo que fomenta los sentimientos de insuficiencia, inseguridad e incertidumbre acerca del futuro.

6. *Familia*

En los muchos estudios existentes sobre estructura de la familia en el Caribe de habla inglesa, se destaca la posición central de las mujeres en

cuanto madres. Las mujeres de bajos ingresos suelen ser las principales o únicas productoras de ingresos de sus hogares, y de hecho sus jefes; la marginalidad económica de los hombres de estos estratos centra la familia en torno a la mujer. Si bien la unión matrimonial legal podría considerarse un ideal social, estas mujeres deben optar por estrategias de adaptación diversas para hacer frente a sus realidades socioeconómicas.

Las controversias recientes acerca de las familias de ascendencia africana de la región plantean dos posibilidades. La primera es que la familia negra de bajos ingresos constituya una variante de la estructura de familia de élite, que responda a que los hombres de menores ingresos, a menudo desempleados y subempleados, no puedan asumir sus responsabilidades familiares. La segunda es una forma de reinterpretación herskovitsiana: el hogar encabezado por la mujer es un tipo esencialmente diferente de organización de la familia, basado en principios distintos y valores culturales propios de la cultura del Africa occidental. Esta última noción destaca la fortaleza y el apoyo que brinda la familia extendida, las oportunidades de transmisión cultural en la "familia de la abuela" y la importancia del parentesco colateral, todos ellos conceptos rara vez considerados al analizar las familias de menores ingresos del Caribe de habla inglesa.

En ambos casos, lo que se destaca es que la marginalidad económica despoja a los hombres de bajos ingresos de las funciones que definen su status, y que existe una estructura de dominación masculina que permanece insensible a la importancia económica de la mujer y no toma adecuadamente en cuenta cuánto depende de ella la estabilidad de la familia, la de los jóvenes y, por extensión, la de toda la sociedad. Si esto se comprendiera cabalmente, exigiría tomar más en serio el empleo y la capacitación de las mujeres, cuya tasa de desempleo casi duplica la correspondiente a los hombres en la mayoría de los países del Caribe de habla inglesa. En la misma línea, se asignaría importancia y urgencia al establecimiento de guarderías de niños y otros servicios que proporcionan apoyo a las madres trabajadoras.

La organización familiar de los hindúes muestra continuidades y estructuras diferentes. Una significativa mayoría de los niños de origen hindú crecen en hogares encabezados por hombres, a diferencia de lo que sucede en las familias afrocaribeñas de bajos ingresos. Otra diferencia importante entre estos dos sistemas familiares es la edad y las condiciones en que se institucionalizan la cohabitación y el matrimonio. El derecho consuetudinario prescribe una edad mucho más temprana para ambos sexos entre los descendientes de hindúes, entre los afrocaribeños la edad ideal para el matrimonio y la cohabitación es mucho más alta. Esta diferencia tiene efectos significativos en la organización de la vida familiar: la paternidad es una función relativamente más fija en la familia de ascendencia hindú, y sus uniones parecen ser más duraderas que las de las familias afrocaribeñas. Esto último no indica necesariamente una mayor seguridad y estabilidad familiares, pues la presencia de una figura paterna no es necesariamente sinónimo de armonía y estabilidad en una familia. De hecho, muchos hogares con padre, en toda la gama de razas y clases, se ven aquejados por maltratos a la mujer y a los hijos, incesto, alcoholismo y otras conductas anormales ciertamente más perjudiciales que un hogar matrifocal o con una función paterna periférica, para el desarrollo positivo de un niño. Ya se ha mencionado que el análisis de una muestra de jóvenes drogadictos indicó que el uso indebido de drogas era más elevado entre adolescentes provenientes de hogares estables con presencia de ambos padres. Esto indica un trastorno fundamental de la vida familiar que no se limita a los hogares centrados en la mujer.

La importancia de la estabilidad familiar en el rumbo de las vidas de los jóvenes justifica estudiar más detenidamente la influencia de la raza, la clase, la cultura y el poder económico en la estructura familiar del Caribe. Puede ser que dicho estudio deba evitar centrarse en los "problemas" de las familias "desorganizadas" de bajos ingresos y procurar en cambio configurar una visión más clara de las estrategias prácticas que aplican estos grupos para organizar su supervivencia y continuidad. Semejante enfoque podría llevar a los gobiernos a reconocer la importancia económica de las mujeres y a acelerar las medidas para apoyar y facilitar la autonomía económica de éstas. También sería útil, como estrategia para producir una sociedad más estable y segura, analizar la flexibilidad, adaptabilidad e iniciativa de las estrategias económicas de la población de menores ingresos para compartir y maximizar sus

recursos. Por lo general, dichas estrategias provienen de las tradiciones económicas autóctonas, por ejemplo el *sou-sou* (aporte de recursos escasos a un fondo común) y el *gayap* (trabajo colectivo para ayudarse entre pares), y podrían servir de modelos para políticas de desarrollo económico más acordes con las circunstancias del Caribe de habla inglesa.

7. *Mujeres jóvenes*

Las mujeres jóvenes en el Caribe de habla inglesa siguen siendo las más afectadas por la disfuncionalidad de la sociedad en su conjunto. Sus posibilidades de avance se ven afectadas por el desempleo generalizado, la inadecuada preparación educacional, la falta de capacitación técnica posterior a la escuela, la competencia con hombres en un mercado laboral que prefiere a estos últimos, las costumbres y las actitudes sociales que, so pretexto de proteger a la mujer, sirven para limitar y desalentar la plena participación de ésta en el desarrollo de la sociedad, y los embarazos a edad temprana en sociedades carentes de infraestructura para ayudar a las madres solteras jóvenes y a las mujeres jefas de hogar.

La dura realidad que viven las mujeres jóvenes puede apreciarse en los innumerables informes acerca de empleos condicionados a la complacencia sexual. Otro indicio es el de la "nueva emigración" de los años setenta que se diferenciaba de las anteriores en la abrumadora superioridad numérica de las mujeres, las que a menudo abandonaban hogares establecidos, maridos e hijos (Burgess y James-Gray, 1981).

La frecuencia cada vez mayor del uso indebido de drogas en el Caribe plantea problemas específicos para las mujeres jóvenes. En Trinidad y Tabago, donde el uso indebido de drogas ha alcanzado proporciones casi epidémicas, puede apreciarse la existencia de un número creciente de mujeres jóvenes que recurren a la prostitución para procurarse drogas. Las historias clínicas documentan un número cada vez mayor de mujeres deliberadamente inducidas al consumo de drogas para obligarlas a entrar en la prostitución. En las Bahamas y en Barbados, el aumento de la prostitución se ha vinculado a la influencia del turismo. Las mujeres jóvenes de Guyana, Colombia y la República Dominicana representan una rica fuente de "hallazgos" para los círculos internacionales de la prostitución, encabezados por hombres. Según se afirma, en Granada la prostitución se ha multiplicado rápidamente, y en Bermuda las elevadas tasas de ilegitimidad se atribuyeron al "clima festivo" creado por el turismo en gran escala, y especialmente por el altísimo consumo de alcohol por parte de los turistas (Manning, 1979).

Un problema acuciante que aqueja a las mujeres jóvenes del Caribe es el de los embarazos entre los 13 y los 19 años, fenómeno que, según los datos, se presenta sobre todo en familias de bajos ingresos. Los embarazos en estas edades son producto de las circunstancias sociales y a la vez contribuyen a perpetuarlas: limitan las posibilidades, dificultan el matrimonio y el desarrollo social y emocional de la madre y del hijo, y representan un riesgo físico para ambos. Según cifras recientes, puede comprobarse que hace treinta años los embarazos de jóvenes de 13 a 19 años eran más numerosos en todos los países del Caribe que ahora. Sin embargo, las tasas de fecundidad de las adolescentes siguen superando el 100 por mil en la mayoría de los países. Durante 1980, estas tasas fueron de 120 por mil en Guyana, 125 en Granada, 133 en Jamaica, 143 en San Cristóbal y Nieves, 157 en Santa Lucía y 164 en San Vicente. En Trinidad y Tabago, el porcentaje disminuyó de 148 por mil en 1950 a 85 por mil en 1960 (Jagdeo, 1984). El 60% de todos los primeros nacimientos en varios países del Caribe corresponden a jóvenes de 13 a 19 años de edad, y el 50% a jóvenes de 17 años de edad o menos, las más susceptibles a los peligros de partos prolongados, y otras complicaciones obstétricas, y a nacimientos prematuros.

8. *Cultura e identidad de los jóvenes*

El medio que han heredado los jóvenes del Caribe, cuyos rasgos principales se reseñaron en este trabajo al referirse a los antecedentes sociales y culturales, se caracteriza por una dependencia sicológica, cultural y económica, que ha producido una generación de "afro-sajones" cuya identidad se cifra todavía en fuentes externas. Carecen de la confianza necesaria para reconocer y apreciar su propio arte, su cultura, sus creencias y sus

formas de vida, y han debido volcarse hacia el exterior para poder reconocerse, definirse y estimarse a sí mismos. Sus héroes son Michael Jackson, Prince y Madonna; sus gustos culinarios se inclinan hacia las pizzas y una gama de alimentos preparados norteamericanos. Las preferencias musicales —ayudadas y promovidas por las estaciones de radio, que reducen al mínimo la transmisión de música de la región— tienen poco que ver desde el punto de vista lírico o musical con los ritmos e intereses de sus países. La influencia de la moda es directa e inmediata. En climas tropicales, puede verse a los jóvenes luciendo chaquetas de cuero, prendas de lana y botas de cuero hasta las rodillas, apropiadas para los inviernos de América del Norte.

Por inofensivas que parezcan, estas señales ponen de manifiesto un desarraigo más profundo y un desprecio de la propia identidad, historia y cultura. Se ha producido una alienación cultural que fomenta entre los jóvenes una actitud de prescindencia y de desconfianza en el desarrollo de sus sociedades, las que por su parte necesitan desesperadamente los aportes y la participación de la juventud. No se trata de atribuir culpas a estos jóvenes, ni se ha buscado activamente su participación, ni se la ha considerado como un imperativo del proceso de desarrollo. Al no conocer sus propios héroes, ni validar su propia cultura e historia, han buscado en otros ámbitos su arraigo. En relación con poblaciones con un gran porcentaje de personas de origen visiblemente africano, resulta especialmente desconcertante y desalentador el mantenimiento de una correlación entre la pobreza, la condición socioeconómica inferior y el reconocimiento y la adhesión a tradiciones culturales autóctonas provenientes de Africa, especialmente en la esfera religiosa, donde éstas se conservan en su estado más puro. Tan investida de significación económica, social y política ha estado la cultura que las influencias culturales europeas se han seguido identificando con una situación social elevada y ha persistido la asociación de la cultura de origen africano con un bajo nivel de vida.

La dependencia cultural y la dependencia económica se refuerzan recíprocamente. No es correcto, en consecuencia, como han hecho la mayoría de los países del Caribe de habla inglesa, minimizar o hacer caso omiso de la posición central de la dinámica cultural en el proceso de desarrollo. Algunas de las naciones más grandes del Caribe han realizado intentos laudables para integrar las dinámicas de la política, la cultura y la economía. Las políticas guyanesas de desarrollo autónomo han llevado a experimentar y descubrir toda una variedad de comidas autóctonas y han fomentado el desarrollo de interesantes productos de alfarería, madera, textiles, etc. Por su parte, Jamaica, casi desde el inicio de su historia postcolonial, formuló y aplicó una cabal política cultural, y puede considerarse a pesar de sus enormes problemas políticos, sociales y económicos, el país caribeño de habla inglesa con un nacionalismo más evolucionado. Si bien también está expuesta a una real amenaza del imperialismo cultural, especialmente debido a su proximidad a los Estados Unidos, sigue contando con una firme base de cultura y tradiciones autóctonas, y tiene una avanzada industria cultural.

No se ha formulado aún con claridad una política cultural para Trinidad y Tabago, con lo cual se ha impedido concebir y desarrollar una verdadera cultura e identidad nacionales. No hay una voluntad de cultura capaz de buscar soluciones viables al desempleo estableciendo industrias basadas en formas artísticas autóctonas: fábricas de cintas de acero, industrias de grabación, elaboración de alimentos, etc., o aprovechando el mayor mercado de tés medicinales, hierbas y especias aromáticas. Todo esto ha seguido sin ser más que un tema de conversación, mientras los jóvenes están desempleados y dependen de valores culturales extranjeros. La creación de escuelas de capacitación en las artes refuerza la cultura autóctona y además contribuye a solucionar graves problemas económicos. Los proyectos basados en aspectos culturales podrían dar medios de vida a trabajadores por cuenta propia como artistas, talladores en madera, afinadores de bandas de acero, etc. Las industrias locales de muebles podrían emplear y capacitar a los jóvenes, no sólo en su desarrollo creativo, sino en funciones de administración y comercialización. Si bien nominalmente existen empresas en algunas de estas esferas, falta el dinamismo necesario para aplicar y desarrollar ideas existentes, así como para innovar creativamente.

Los medios de difusión tienen máxima importancia en lo que se refiere a conservar y fomentar una cultura e identidad nacionales, y también a defender la soberanía cultural y políti-

ca nacional y regional. Sus efectos sobre los jóvenes traen consigo una tremenda responsabilidad y obligación de formar y orientar actitudes, gustos y prioridades. En el Caribe de habla inglesa, sin embargo, se cuentan entre las fuerzas que se oponen a la formación de una cultura nacional y una entidad regional. No sólo imponen imágenes improcedentes y contraproducentes; pero aún, no se dan oportunidades de expresión y creatividad a los jóvenes, y por consiguiente no los llevan a valorarse positivamente a sí mismos. Se sofocan así la energía y las fuerzas que impulsan este proceso de valoración de lo propio. No se emplea a los jóvenes en la creación de productos que reflejen su propio medio y sus experiencias de vida, y que sirvan para la educación y la diversión locales; en cambio, se les fuerza a ver constantemente producciones extranjeras envasadas. Resulta paradójico que los afro-americanos rechacen la vaciedad de los programas de televisión que no reflejan, proyectan ni abordan seriamente sus estilos de vida, y que los estadounidenses, tanto negros como blancos, protesten contra la horrible violencia que entra en sus hogares bajo el disfraz de entretenimiento, mientras en el Caribe los medios de difusión de propiedad del Estado exponen sin problemas a los jóvenes a esos estilos de vida.

La televisión, por su carácter mismo, proyecta imágenes exactas, y no deja mucho lugar a la imaginación. Absortos en dichas imágenes, los jóvenes del Caribe están más al corriente de los asuntos de Nueva York, Los Angeles y Dallas, que de los festivales, las costumbres y las amenazadas tradiciones de sus propios países. La publicidad de la televisión, tanto local como extranjera, sigue proponiendo normas de belleza que no sólo están en desacuerdo con la composición física de las mayorías, sino que, en algunos casos, perpetúan nociones racistas del período colonial. La compleja tecnología de las comunicaciones, que permite actualmente a los países del Caribe recibir directamente las estaciones de televisión norteamericanas, amenaza gravemente la capacidad de los jóvenes del Caribe para configurar una visión de su mundo y de sí mismos.

En este medio se da la lucha de los jóvenes del Caribe de habla inglesa por alcanzar una identidad propia. Se creyó que ésta surgiría con la independencia, junto con una cultura, una identidad nacionales, y que éstas, al dar prioridad a la construcción de la nación, fomentarían nuevas actitudes ante el trabajo, la raza, la clase, la religión, la belleza. Esta tarea, por necesidad y compromiso, reuniría los talentos de todos los ciudadanos y le propondría explícitamente lograr la total participación e integración de la juventud con el expreso propósito de aprovechar todos sus recursos humanos. Debido a la falta de visión de sus mayores, es posible que esta alternativa pueda estar cerrándose para los jóvenes del Caribe de habla inglesa.

Referencias bibliográficas

Austin, Diane J. (1983): Culture and ideology in the English-speaking Caribbean: a view from Jamaica. *American ethnologist*. Washington, D.C.

Beaubrun, Michael (1985): *Summary update of position paper on drugs for* CARICOM *Health Officials Meeting*.

Beckford, George L. (1972): *Persistent poverty: underdevelopment in the plantation economies of the third world*. Londres: Oxford University Press.

Bernard, Jonathan A. (1984): *A programme to combat vagrancy: Trinidad and Tobago. A case history*.

Best, Lloyd (1968): Outlines of a model of pure plantation economy. *Social and economic studies*, N° 17. Mona, Kingston.

Brathwaite, Edward Kamau (1970): *Folk culture of the slaves in Jamaica*. Londres/Puerto España: New Beacon Books.

Braithwaite, Lloyd (1975): *Social stratification in Trinidad: a preliminary analysis*. Kingston: Institute of Social and Economic Research.

Bryce-Laporte, R.S. (1970): *Crisis, contraculture and religion among West Indians in the Panama Canal Zone*. Whitten y Szwed.

Burgess, Judith y James-Gray, Meryl (1981): Migration and sex roles: a comparison of black and Indian Trinidadians in New York City. *Female immigrants to the United States: Caribbean, Latin American, and African experiencies*. Delores Mortimer y Roy Bryce-Laporte (*comp.*). RIIES Occasional papers, N° 2. Washington, D.C.: Smithsonian Institution.

CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (1985): *Tourism and environment in Caribbean development*

with emphasis on the Eastern Caribbean (WP/ETCD/L. 85/2). Puerto España: CEPAL, *mimeo.*

Cohen, Erik (1984): The sociology of tourism: approaches, issues and findings, *Annual review of sociology*, vol. 10, pp. 373-392.

Cohen, Robin y Ambursley, Fitzroy (*comp.*) (1983): *Crisis in the Caribbean.* Nueva York: Monthly Review Press.

The Commonwealth Secretariat (1970): *Youth and development in the Caribbean: report of the Commonwealth Caribbean Regional Youth Seminar.* Puerto España.

Craig, Susan (1982): Sociological theorizing in the English-speaking Caribbean: A Review. *Contemporary Caribbean: a sociological reader.* Susan Craig (*comp.*). Maracas, Trinidad y Tabago: The College Press.

CRESALC/UNESCO (1985): *Higher education in Trinidad and Tobago.*

Demas, William G. (1977): *Employment strategies and youth movements in the Caribbean.* St. Michael, Barbados: Banco de Desarrollo del Caribe.

Fanon, Frantz (1963): *The wretched on the earth.* Nueva York: Ballantine Books, Inc.

Farrel, Trevor (1983): Decolonization in the English-speaking Caribbean: myth or reality? *The newer Caribbean.* Paget, Henry y Carl Stone (*comp.*). Filadelfia: The Institute for the Study of Human Issues.

German Development Institute (1982): *Youth and employment in the Lesser Antilles.*

Hart, Richard (1980): Slaves who abolished slavery. *Blacks in bondage*, vol. 1. Kingston: Institute of Social and Economic Research.

Henry, Paget y Stone, Carl. (*comp.*) (1983): *The newer Caribbean: decolonization, democracy and development.* Filadelfia: The Institute for the Study of Human Issues.

Herskovits, Melville J. (1941): *The myth of the negro past.* Boston: Beacon Press.

Jagdeo, Tirbani, P. (1986): *Myths, misperceptions, mistakes: a study of Trinidad adolescents.* Puerto España: Family Planning Association of Trinidad and Tobago.

——— (1984): *Teenage pregnancy in the Caribbean.* Nueva York: Federación Internacional de Planificación de la Familia.

Kirsch, Henry (1982): La participación de la juventud en el desarrollo de América Latina. *Revista de la CEPAL.* N° 18, Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.82.II.G.4, pp. 119-138. Santiago de Chile: CEPAL.

Klass, Morton (1961): *East Indians in Trinidad: a study of cultural persistence.* Nueva York: Columbia University Press.

Lauria-Perricelli, Antonio (1984): *Anthropology and the Caribbean, mimeo.*

Lewis, Gordon K. (1968): *The growth of the modern West Indies.* Nueva York/Londres: Monthly Review Press.

Makiesky-Barrow, Susan (1976): *Class, culture and politics in a Barbadian Community, mimeo.*

Manley, Michael (1974): *The politics of change: a Jamaican testament.* Londres: Andre Beutsch Limited.

Manning, Frank E. (1979): Tourism and Bermuda's black clubs: a case of cultural revitalization. *Tourism: passport to development.* Emanuel de Kadt (*comp.*). Nueva York: Oxford University Press. Estudio publicado para el Banco Mundial y la UNESCO.

Martin, Atherton E. (1983): *The situation of youth in the English-speaking Caribbean: an overview of needs, an analysis of problems and suggestions for policy and programme initiatives.* Puerto España: CEPAL, *mimeo.*

Mintz, Sidney y Price, Richard (1976): *An anthropological approach to the Afro-American past: a Caribbean perspective.* Filadelfia: The Institute for the Study of Human Issues.

Naciones Unidas (1986): *Demographic Yearbook*, 1984.

Nelson, Raoul G. (1986): *Caribbean socio-economic trends between 1974-1984.* Puerto España: CEPAL.

Nettleford, Rex M. (1979): *Cultural action and social change: the case of Jamaica. An essay in Caribbean cultural identity.* Ottawa: Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo.

——— (1970): *Mirror mirror: identity race and protest in Jamaica.* Kingston: Williams Collins and Sangster (Jamaica) Ltd.

Parris, Carl (1986): Power and privilege in a small island economy: the case of Trinidad and Tobago. (De próxima aparición en *Social and economic studies*, Mona, Kingston).

Raymont, Henry (1977): *The regional program for the cultural development of the Organization of the American States.* Washington, D.C.: OEA.

Rubin, Vera y Zavalloni, M. (1969): *We wish to be looked upon.* Nueva York: Teacher's College Press.

Secretaría de la Comunidad del Caribe (1984): *The Nassau understanding: structural adjustment for accelerated development and integration in the Caribbean Community* (HGC 84/5/2/Add.1). Georgetown, Guyana.

Smith, M.G. (1965): *The plural society in the British West Indies.* Berkeley, University of California Press.

Sutton, Constance (1984): *Africans in the diaspora: changing continuities in West Indian and West African sex/gender systems.* Nueva York: New York University, *mimeo.*

Wagley, Charles (1957): Plantation America: a culture sphere. *Caribbean Studies: a symposium.* Vera Rubin (*comp.*). Seattle: University of Washington Press.

Wilson, Peter J. (1973): *Crab antics: the social anthropology of English-speaking negro societies in the Caribbean.* New Haven y Londres: Yale University Press.

REVISTA DE LA CEPAL N° 29

Meditaciones sobre la juventud

Carlos Martínez Moreno

Junto a los trabajos de índole más especializada, que la División de Desarrollo Social de la CEPAL realizó con ocasión del año internacional de la juventud, se encuentran otros que procuran examinar la realidad juvenil desde una perspectiva global. Tal es el caso de este artículo en que el autor, destacado intelectual uruguayo recientemente fallecido, va hilvanando meditaciones que desentrañan ciertas facetas ocultas de aquella realidad. Lo que aquí se presenta son sólo algunas partes de un trabajo mayor, que se desea tengan el significado de un modesto homenaje a su memoria.

El artículo comienza por el examen de la juventud universitaria, sus orientaciones y su papel casi siempre crítico e inconformista, para penetrar después en el sentido generalmente hermético de los lenguajes juveniles y en el significado que ellos tienen en tanto medio de comunicación con el resto de la sociedad. Más adelante aborda el tema de la relación de los jóvenes con la política, lo que le permite a continuación encarar la indiferencia y la rebeldía como dos formas típicas de conducta juvenil. Luego, en el capítulo que denomina "el perfil de lo anómalo", reflexiona sobre la drogadicción y la delincuencia juveniles, para referirse después a algunas de las creencias y formas de organización de los jóvenes actuales, en especial las que se ponen de manifiesto en los ámbitos sindical y político que, junto al universitario, contienen los gérmenes de un cambio positivo en la orientación de las sociedades latinoamericanas. La meditación final está destinada a destacar el papel decisivo que tiene la educación en el desarrollo de la juventud.

I

La juventud universitaria

Las universidades fueron siempre centros irradiantes de cultura en América Latina. Lo fueron desde los días de la Colonia y han oficiado de focos de saber, de sedes de extensión de la cultura y de hogares ilustres para los linajes del liberalismo político: San Marcos en Lima, San Carlos en Guatemala, Córdoba en Argentina. Al vaivén de los tiempos cambiantes han tenido predicamento y sufrido persecución, dentro de enmarcaturas que no han dejado de ser elitescas (el sueño de una universidad de masas es todavía un sueño inmaduro y turbulento en América Latina). En Ecuador, uno de cada seis jóvenes es analfabeto y uno de cada seis jóvenes asiste a la universidad. Por supuesto, de ese fenómeno de polarización no es responsable la universidad en cuanto institución; pero sería igualmente falso afirmar que ha sabido siempre sustraerse a él y cumplir un papel histórico de equilibrio y de fuente. En un escenario caracterizado por todas las formas de la pasión y de la crudeza, equivaldría a haberle pedido un imposible, y naturalmente no lo ha cumplido.

La reforma universitaria ha tenido un proceso rico, complejo y laborioso en América Latina. Y los hechos políticos vinculados a la expresión de los sentimientos cívicos del estudiantado y a la afirmación del sentimiento autonomista han pugnado —con ángulo vario— por separar radicalmente los programas y el gobierno de la universidad, sustrayéndoselos a los centros institucionales del poder gubernativo; y en esa coyuntura se han venido reiterando, con una henchida multiplicidad de contenidos y seguramente de intenciones. Los universitarios de América Latina —un sector cuantitativamente menor pero decisivamente actuante en los medios urbanos del continente— tienen ya su historial y sus mártires y sus conquistas. La primera y más famosa de éstas fue la reforma universitaria de Córdoba, Argentina, en 1918: hizo en cierto modo de matriz para los movimientos sucesivos aunque hoy, como es natural, haya quedado un tanto atrás (no de espaldas) al paso de los tiempos. Transcurre exactamente una media centuria entre la reforma de Córdoba y la matanza de cientos de mani-

festantes juveniles en la Plaza de las Tres Culturas, en la Ciudad de México, en 1968; ha pasado a la memoria histórica vinculada al nombre indígena y más usual del sitio, que es el de Tlatelolco. La tragedia de Tlatelolco es un hecho todavía irrestañable en la vida pública mexicana y en las relaciones entre el poder político y el universitario. La rebelión juvenil y estudiantil francesa, que se propagó desde Nanterre a París y fue mucho más famosa que Tlatelolco en el contexto universal, causó solamente una baja estudiantil, en un episodio sellado por la imprudencia. De Gaulle pudo asistir, entre expectante, impávido y majestuoso al despliegue de las hermosas consignas poéticas del 68 francés, "la imaginación al poder" y tantas otras estampadas por el *spray* en los muros de la Sorbona, alrededores y provincias; y pudo aguardar a que la primera fisura del movimiento se produjese (la tan mentada alianza de "obreros y estudiantes, unidos y adelante") para avanzar sobre él con todo el peso de su prestigio y derrotarlo. Se ha comparado a menudo al 68 francés con las jornadas mucho más cruentas de la Comuna, en 1878. Thiers era un personaje ínfimo al lado de Charles de Gaulle, el adolescente Arthur Rimbaud fue un actor mucho más magullado por los hechos que el otoñal Sartre, las aproximaciones históricas tienen algo de inevitablemente contingente y miden con mayor nitidez las separaciones que las posibles similitudes. La consigna "obreros y estudiantes" también ha sido invocada muchas otras veces; en la lucha uruguaya por la ley universitaria de 1958 aparejó entre otras causas, al cabo de más de noventa y tantos años de continuo predominio colorado, la primera rotación de los partidos tradicionales en el poder, en el Uruguay. Pero, en lo efectivo de los hechos ha sido en mayor medida el resultado de la imaginación proselitista de los conductores estudiantiles y políticos que el fruto de una persuasión profunda salida de los ámbitos laborales. Es un estribillo que gritan los jóvenes estudiantes al manifestar, al recolectar fondos en los peajes que organizan para ayudar a los obreros en sus conflictos del trabajo, pero no se oye con semejante fervor en las bocas de los auténticos trabajadores, para quienes los estudiantes parecen seguir cubiertos por cierto estigma de incurable señoritismo elitista. Pertenece al reino de las formulaciones desiderativas más que al de las realidades sociales.

No sería justo derivar de estas palabras un reproche al movimiento estudiantil, tachándolo de quimérico y esquizofrénico, ni siquiera en aquellas sociedades que —por el peso de una frustración constante— parecen inducir a los jóvenes a la quimera y a la esquizofrenia, cuando no al más torvo resentimiento. No. Con todos sus defectos y con todas sus incertidumbres, connaturales a un proceso de identidad y de crecimiento ensayado sobre los terrenos más ásperos y en medio de las más perentorias urgencias de la acción, la universidad —por la obra de sus jóvenes y también por la de sus maestros— ha sido la más firme, a veces la única surgente de cultura viva en nuestras sociedades. La clase alta se ha refugiado durante décadas en lectura anacrónicas, que la dotan de un sabor de añejamiento que acaso aparezca como displicente y distinguido; y al irse sumergiendo en las aguas de una crisis que ha acabado por conmoverla y corroer sus arbotantes, no ha sido dramática ni trágica, sino frívola; se ha entregado a los balnearios y a los viajes, ha circulado entre mansiones que amenazaban ruina y best sellers que anunciaban una sustancial ordinariez de la cual ella ha extraído pasatiempo, y no ilustración ni drama. Quien escriba una reflexión sobre las bibliotecas de la oligarquía en los dos últimos siglos tendrá ante sí un espejo patético de una decadencia de la vitalidad, de la caída de la reproductividad espitirual de una clase. La ya anticuada biblioteca de clásicos en pasta española o de acreditados *bouquins* en francés, de los días en que aspiraba a figurar como una clase culta por más que amanerada, ha cedido a la hojarasca de los *paperbacks* comprada en los supermercados de sus travesías, esa travesía que hace ochenta años se efectuaba por barco y hacia París y hoy conduce en *jumbo* a Miami o Disneylandia.

A falta de una tradición de instituciones sólidas, de perfil original, independientes y auténticamente creadoras, las universidades han desempeñado un papel que las ha llevado frecuentemente mucho más allá de los confines de la docencia y que han debido cumplir y agotar en los dominios de la cultura. Se han abocado, en tal orden, a una función central en las áreas de una cultura institucionalizada, que ha tenido en América Latina un margen mucho más ancho y menos estratificado y académico que el de las

grandes universidades europeas, originadas en la Edad Media y titulares de una continuidad fundamental a través de los siglos (desde el XIII a hoy). Y como las universidades han sido el centro y el semillero de inquietudes de la juventud —sobre todo de las clases medias y altas— a través de ellas los jóvenes han asumido un protagonismo cultural que sólo mucho más restringida y parcialmente han podido desarrollar en otras instituciones, desde las asociaciones hasta los ateneos liberales, tan en boga entre la *intelligentsia* americana del siglo XIX. En la historia de la educación, de la creación artística y del pensamiento político, las universidades han tenido el más amplio espectro de acción en América Latina. Y los jóvenes, que han dado desde 1918 hasta el presente una lucha incansable por el cogobierno de las universidades, con vicisitudes que se han difundido hasta abarcar la entera vida civil y hasta afectar la misma paz social de nuestras repúblicas, tienen en estos campos una experiencia de participación que no siempre han encontrado en los carriles de la vida política que se sustancia dentro de las estructuras de los partidos y de los marcos del Estado.

La cultura y el *establishment* aparecen como aliados, fuera de la quiebra de los momentos coyunturales más críticos, en las sociedades desarrolladas. Y en cambio, dado el papel tradicionalmente rebelde, contradictor, objetor e inconformista de las universidades en América Latina, cultura y *establishment* han llegado a parecer valores de signo antagónico en el nuevo mundo. En la medida de esa contradicción, los jóvenes han asumido un papel protagónico más ostensible dentro de las totalidades de una sociedad en vías de desarrollo y expuesta a mayor número de crisis de crecimiento, como ha sido la de América Latina.

La clase proletaria ha vivido en la obsesionante brega por su existencia, literalmente al margen de los bienes de la cultura y de los ocios de la lectura. Ha sido la clase media, expresada en su nivel más gallardo por las universidades, la que ha sostenido la vida y la irradiación de una cultura que, entre nosotros, ni el Estado ni las clases altas quisieron nunca hacerse cargo de sostener.

Cuando nos refiramos a los alentadores signos y síntomas de un nuevo estilo de existencia en los sindicatos y en otros ámbitos donde los jóvenes están imponiendo ahora un sello propio y juvenil que durante años pareciese perdido en la estagnación y en la vejez o definitivamente descuidado, habrá ocasión de predecir si —en los tiempos no necesariamente más sombríos que los pasados que hoy se están esbozando y acaso se hallen en embrión— ese papel de dar una nueva razón de fe y de presencia a los jóvenes verá a las universidades, en buena hora, ya no tan solas ni tan aisladas en su denuedo como hasta hoy lo han estado. De los sindicatos y de las aulas acaso broten los fulgores de un nuevo e incierto, a veces se temería que todavía un poco trabado, estilo de esperanza. Años y hechos lo dirán, si se sabe esperarlos sin dejar entretanto de ser jóvenes.

II

El lenguaje de los jóvenes

Hay quien se asombra, a veces, de las pocas palabras con que hablan los jóvenes, de los vacuos y amplios registros del silencio en que caen con continuas remisiones tácitas a la imaginación del oyente. Borges comentó una vez que el *¿sabés cómo?*, la renuncia a expresarse asumida como propuesta que se dirige a otro para que el otro se lo explique o imagine todo, era la forma más típica de la pobreza discursiva del rioplatense. Pero es posible leer reflexiones muy semejantes en México, como reproches formulados a lo que se llamó allí, en el habla de los jóvenes de la ciudad, el lenguaje de *la onda*. El joven habla, efectivamente, apoyándose en la muletilla de los muchos *clisés*, de las estereotipias, de los modos acuñados y mostrencos, de origen anónimo y efecto conocido.

Por supuesto, todo esto comienza por depen-

der de los niveles de cultura, de que el joven frente a quien se esté sea un analfabeto del medio rural o un universitario del medio urbano. Pero no es insólito que el primero acuda a la expresividad sabida de lo sentencioso, a la eficacia connotativa segura de modismos y refranes, a los pintoresquismos que ya no es necesario inventar porque están inmemorablemente registrados y forman parte de los elementos folklóricos de una cultura. Lombardi Satriani como antropólogo, ha anotado dichos —a veces dialectales— de una expresividad infalible, en los italianos del sur de la península (sicilianos, calabreses, etc.), en estratos de cultura muy inmediata, elemental y aliteraria. Todos podemos, con un poco de paciencia y de oído, confiarnos a un registro semejante. Y en contraposición, es dable asistir al hecho de que un joven universitario se exprese, hoscamente, sin visible interés por que lo entendamos, con un repertorio acaso tan basto y pobre, cuando no tan inexpresivo como el de un analfabeto.

Los lingüistas suelen considerar que, en el caso de los jóvenes, el hecho implica un acto o gesto de desconfianza ante el lenguaje, un resentimiento frente a los trillos del valor expresivo admitido por el común de las gentes. El joven que voluntariamente habla mal y que no lo hace (o cree no hacerlo) por insuficiencia cultural o por mera timidez, a menudo está rebelándose contra el lenguaje como arma de posesión, como instrumento que confiere a unos un poder sobre otros. En la guerra de las edades y de las condiciones, en que todos estamos sospechados de ejercitar nuestras dotes con un sentido de poder y de agresividad y con una intención de dominar o de imponernos, el joven que se manifiesta reticente ante los envites de comunicarse que le agencia el lenguaje está desconfiando de la comunicación misma, de las coyundas o servidumbres que puedan derivarse de ella. Tanto como acusa un fondo de inexpresión sustancial y de aridez, de incapacidad o de impotencia, está seguramente ensayando resguardar la inviolabilidad de su mundo o del mundo de sus valores, al cual está atenido; y no quiere ver cuestionado ese mundo por otros, sobre todo si esos otros son mayores, más cultos, mejor dotados o más poderosos.

Fuera de esta suerte de auxiliatoria de pobreza (como se diría en lenguaje forense) con que el joven prefiere usar del habla a fin de que no se le penetre a través de ella, hay sin duda un ánimo de demistificación de lo enfático, de denuncia de lo sobredicho o de lo abundoso, como poco púdico o como intrusivo. El profesor que, después de haber luchado contra el mutismo o la huraña parquedad de sus discípulos gana su confianza y consigue "hacerlos hablar" —y la expresión es odiosa, en la medida en que evoca el afán de los pesquisantes en las comisarías policiales o en los "separos" de Investigaciones— suele asombrarse de que, desprotegido de esa capa de hosquedad aparente que lo recubre, ese lenguaje se revele, como trasunto de un pensamiento, mucho más versátil, flexible y rico de lo que se hubiera estado previamente dispuesto a creer. La distancia intergeneracional de las edades y la distancia de las situaciones respectivas suelen explicar ese hecho, por otros fundamentos que los del nivel cultural de cada uno. Por el contrario, a veces es el más inculto, el que ha recibido menos educación y se halla más desapercibido a la confrontación, el que se expresa con una veta más generosa y efusiva, con menos cortapisas y sin ambages dentro de su propia posibilidad. El menos astuto, el más incauto, el más candoroso, el más ingenuo, el de reacciones más toscas y elementales es a menudo el más elocuente, en la medida en que no ha imaginado nunca usar el lenguaje como un sistema de defensas para escudarse o emboscarse detrás de él. Y, salvo formas de imposibilidad expresiva, de incapacidad verbal muy paladina, el más cándido suele ser el más elocuente y verboso. Suele haber una dosis de timidez o de indiferencia para comunicarse detrás del silencio de los jóvenes —una de dos o ambas— o, en casos más extremos, lo que los siquiatras suelen bautizar como síntomas de insensibilidad o anestesia moral, en la absoluta vacuidad o neutralidad de sentimientos en que el hablante se sitúa frente a la impresión que pueda provocar en quien le escuche.

En el argot o jerga (germanía, le llaman los gramáticos) de la delincuencia urbana —y la delincuencia no son sólo ni prevalentemente los jóvenes, pero son *también* los jóvenes— el efecto críptico de los modos de decir se debe a que se está echando mano a un lenguaje perseguido y acechado, a un lenguaje del malvivir acosado y reprimido por la autoridad. Ese lenguaje muda de piel cada poco tiempo, precisamente en un ardid fugitivo, para escapar, para hacerse inteligible a la indagación, para evadirse de ella. Bec-

co lo ha escrito muchas veces, Gobello ha redactado varios diccionarios de *Lunfardía*. Y en el habla de nuestras grandes y caóticas ciudades, la literatura suele expresarse por modos parecidos, aunque tal vez no con intenciones similares (porque fuera del ámbito de la delincuencia, el lenguaje es utilizado para comunicarse y no para esconderse). Tal vez la clave radique en el hecho de que busca comunicarse con algunos y no con todos. En una novela que tuvo gran resonancia hace unos cinco años en México —y que fue escrita por un joven poeta, homosexual y drogadicto, Luiz Zapata— el lenguaje es tan cerradamente criptológico que cuando la crítica debió inquirir las llaves con las cuales pudiera franquearlo, el autor mismo contestó que se trataba del "lenguaje del Sanborns de la Colonia Roma" en tales años. O sea que, para entender cabalmente la historia narrada en *Adonis García, El Vampiro de la Colonia Roma* (1979) se reclamaba estar al tanto de la jerga que se hablase en uno de los tantos cafés o puntos de reunión de la ciudad, en un determinado tiempo. El texto de otro de los jóvenes narradores mexicanos, de apellido Castañeda, exige el acceso a la jerga de los delincuentes políticos en una de las cárceles, en la cual el autor estuvo preso por algún tiempo. Sería muy tibio decir, pues, que el lenguaje de los jóvenes se halla segmentado o destroncado en cientos, miles de jergas (porque también está el lenguaje de la universidad, el de las fábricas, el de los deportes, el del jet set, etc.). Esa diversidad de modos, formas y estilos de la comunicación alude o sugiere ya un panorama de fragmentación neurótica, de incomunicación, la soledad o el naufragio del joven en un piélago temible y, en gran parte, desconocido (temible por desconocido, desconocido por temible). Si se piensa que, entre idiomas y dialectos registrados, en América Latina se hablan más de tres mil, fuera de muchos sin registro lexicográfico ni admisión académica, se advierte que en ese caos la posibilidad de comunicarse con el joven, en cuanto pretensión de comunicarse con todos los jóvenes, es absolutamente imposible y quimérica. En la necesidad de transmitir un mensaje a los jóvenes de América Latina —potencialmente, a todos los jóvenes— no hay que perder de vista este escollo insalvable.

III

Los jóvenes y la política

¿Es cierto que el joven actual sea indiferente a la política, no manifieste ningún interés por saber de ella y menos aún por militar en ella? El observador lo oye decir muy a menudo, al mismo tiempo en que cree estar asistiendo a la evidencia de lo contrario.

Fuera de las salvedades de siempre (hay innúmeros tipos de joven, por el medio en que han crecido y se han formado, por la educación que han recibido, por el oficio o la falta de oficio en el medio en que se mueven) es muy preciso aquí, más aún que en otros tópicos, entenderse sobre el alcance de los términos —el lenguaje.

Se ha dicho que el joven es, por definición, *parricida*. O sea que, con el sentimiento de haber sido engañado y trampeado, sorprendido en sus originarias credulidades para hacerle consentir en valores vencidos o ya caducos, está prevenido y es desconfiado, se niega a admitir los cartabones y las categorías ensalzados o acatados por la generación de sus padres. Esa forma de parricidio alegórico o simbólico se da en la literatura, en la música, en las aficiones y esparcimientos y también, naturalmente, en política.

Pero no se trata aquí tan sólo de un reflejo generacional. Han mediado muchas conmociones y muchas injusticias y muchos padecimientos y grandes estafas históricas para que ese chasco y esa retracción de los jóvenes no se credibilicen plenamente, no se justifiquen con creces. El joven vive, por impulsos igualmente incontenibles y sinceros, entre el compromiso y el descompromiso, entre aquello en que cree y aquello que niega, entre aquellos extremos a los que presta el apoyo de una fe ardiente y aquellos de los que abjura, con no menos fervor. En esa oscilación

pendular se le explica en gran medida. Y en primer lugar, es característico de la juventud formular esos juicios con el predominante alcance de un reproche moral, de una atribución y una reprochabilidad éticas. Un Estado o una situación o una sociedad decayeron o se arruinaron o descalabraron en un momento dado, en una coyuntura que se cree poder precisar. El joven se dirige a buscar los culpables de ese deterioro entre las propias víctimas que dicen haberlo sufrido. El Zavalita de *Conversación en la catedral* de Vargas Llosa expresa su derrota íntima subsumiéndola en el infortunio del Perú de la dictadura de Odría. Pero los jóvenes no sienten simpatía por los Zavalitas, ni tienen predisposición a creerles; el más quejoso puede ser, a su modo, un culpable, un cómplice o un encubridor. Su desaliento o su cobardía pueden haber gestado muchas quiebras. El joven no cree en los vencidos aunque puede exaltar a los mártires: Zavalita no es un objeto legítimo de conmiseración, el Che Guevara es exaltado como un héroe o un mártir por la juventud. No hay, de un caso a otro, ninguna contradicción. Hay una suerte de carisma para la muerte que hace que tal índole de héroes sellados ocupe un lugar único en la pura devoción de los jóvenes. El espécimen del héroe derrotado tiene hoy menos hornacinas que antes, desde que la realidad mostró que Cuba y Argelia y Vietnam eran posibles y que sobre esos hitos era factible ponerse a construir algo. ¿Pero ponerse a construir qué y cómo?

El joven se compromete en aquello que cree pero se desentiende, no menos radicalmente, de aquello que descree. En España se suele hablar del "pasotismo", como una actitud referida sobre todo a los jóvenes. Revisan retrospectivamente la historia que no tuvieron oportunidad de vivir y, como resultado de ese análisis, suelen decir: "si esto es democracia (o si esto es sentido republicano, etc.) yo paso", como si estuvieran manejándose con las fichas de un juego. A esto se le llama el "pasotismo", como estado de ánimo y como actitud mental: deshacerse de lo que no creen, deslindar posiciones y, en definitiva, proclamar su ajenidad a lo que en modo alguno podría recabar su asentimiento. Es una extraña ideología (sería mejor llamarle el vaciado de una ideología demistificatoria) de la dejación y de la alienación.

El joven siente una exigencia de absolutos en cuya búsqueda suele ofrecer el bien mismo de la vida. En esa ambición suele no tener demasiado prestigio lo factible, sacrificado en aras de lo absoluto. Con esa exigencia de absolutos el joven suele leer a pensadores asistemáticos y revolucionarios, del tipo de Marcuse. Y con esa misma exigencia suele alistarse en la guerrilla y en los modos de la acción directa, menos suspecta de transigencias y de impurezas y claudicaciones que la acción política dentro de cuadros —así esos cuadros sean los de la izquierda.

En una coyuntura alimentada primordialmente en el entusiasmo juvenil por la figura y la cruzada boliviana del Che Guevara —episodio de estirpe romántica nimbado por extremos de martirologio que suelen sacudir la imaginación y excitar la conducta de los jóvenes— tuvo un auge juvenil pasajero pero intenso la prédica del ideólogo francés Régis Debray (hoy asesor del gobierno de François Mitterand) a través de su breviario *Revolución en la revolución*. Que ese folleto se haya difundido a partir de la imprenta oficial cubana, muestra hasta qué punto dos pistas netamente diversificables pudieron en un momento encontrarse y confundirse. Ese momento, según es obvio, ya ha pasado; pero no sin dejar su impronta en la formación de quienes eran jóvenes en la década de los años sesenta. Esos jóvenes vivieron entonces, fugaz pero ardientemente, la encarnación del absoluto en ellos mismos; y asumieron ese absoluto hasta su último extremo.

Ese deslinde y ese distanciamiento condenan o abandonan a las estructuras tradicionales. Y también a todo lo que quiera hacer del joven un *cliente*, un adepto pasivo o reclutado, un número con el cual contar, pero sin tomarlo en serio.

En ese sentido, la supeditación a una disciplina monolítica de partido, por ejemplo, disgusta a los jóvenes, no merece su adhesión ciega casi nunca y tropieza con su suspicacia muy a menudo. La vieja imagen del club político tradicional (del "clú", como se le ha llamado) tiene ya un desprestigio irrescatable. Pero no es el desprestigio de la política misma sino el de un modo de hacerla. Bastó, verbigracia, que en el Uruguay del año 1971 se cambiasen esas formas esclerosadas, anquilosadas, por otras que discurrió el espontaneísmo de las movilizaciones barriales para que se revelase que no era que el joven quisiera mantenerse lejos de la política sino que,

hasta ese momento, no había dado con el modo de situarse más cerca. El club político puede ser, en los complejos rodajes del dirigismo en el Estado contemporáneo, un mal inevitable de la intermediación entre ciudadano e instituciones. Aldo Solari se aplicó a demostrarlo lúcidamente una vez, en un artículo publicado en la Gaceta de la Universidad en Montevideo, bajo el título de *Réquiem por la izquierda*. Pero, aunque el club sea inevitable, el joven prefiere desertar de él, poner distancias y expresarle repugnancia moral y absoluto desapego. Podrá ser bueno para conciencias vencidas y mendicantes, que no tengan inconveniente en supeditarse, a cambio de la ventaja que piensen extraer de su dependencia. El joven —ser joven es una edad del espíritu o de la conciencia, tanto como una edad biológica— no quiere prestarse a nadie, a ningún precio. Si luego, con el paso de sus nuevas edades, toda su cenestesia política cambia, podrá pensar otra cosa. Pero habrá dejado, en ese mismo momento, de ser joven.

El joven actual mantiene muy viva la memoria del escarmiento por sus inocentadas y por sus reveses. Y cree extraer una suerte de sabiduría elemental de la memoria de sus chascos, tomándola de la experiencia de todas aquellas veces en que ha sido defraudado. Es también cierto que muchas veces los jóvenes se adentran en experiencias desesperadas a sabiendas de lo que son, como en una especie de torva indiferencia por el riesgo y por la muerte. Sin perjuicio de que el genocidio de los miles de desaparecidos en Argentina tenga otras explicaciones mucho menos absolutorias para los asesinos que la de un presunto masoquismo de la juventud revolucionaria argentina en las décadas del setenta y del ochenta, no puede negarse que algunas aventuras bélicas insensatas y descabelladas tienen algo así como un fundamento romántico suicida, que ha labrado la vocación trágica de los "montoneros" tanto como el martirio y el crimen que luego cayeron sobre sus cabezas.

Luego de los flujos de la historia sobrevienen los reflujos, luego de los *corsi* los *ricorsi*. Desencantados y defraudados por un plano de ambiciones máximas que los excluya, los niegue o los extermine, los jóvenes se han dado recientemente a entregar su energía constructiva a los proyectos de lo dignamente posible, aportándoles una suma de denuedos individuales que pueden labrarse un espacio más acá de los grandes fogonazos ideológicos de la historia. Tales han sido las empresas de autogestión y, entre ellas, las experiencias del cooperativismo agrario y urbano en América Latina. Ha alentado en ellas la veta de un comunitarismo de raíz sentimentalmente anárquica, que descree de las panaceas libradas a la posibilidad del Estado y se contrae a las formas de una redención más modesta, inmediata y factible, al *socaire* de las engañosas promesas totales del leviatán de este siglo, que es el Estado. El cooperativismo, allí donde exista un mínimo de homogeneidad social que lo viabilice, ha escrito páginas y librado batallas no desdeñables en nuestro tiempo.

Algo de esto ha llevado, sin duda, a una nueva configuración de la izquierda, lejos de lo que ha dado en llamarse "el comunismo tradicional". Una suerte de comunismo de fondo ácrata o libertario, en el cual se descubre —asimismo— la pervivencia de algunos de los planteamientos de Trotski. Esas formas de comunismo de fondo muchas veces nacionalista, ácrata o libertario (ácrata sin doctrina extraído de la II Internacional, en cierto modo ácrata sin saberlo, al modo en que hablaba en prosa el Monsieur Jourdain de *Le bourgeois gentilhomme*) son las que informan la mezcla de teoría y principios de praxis de la acción directa, por ejemplo en los casos del E.R.P. argentino o del M.L.N. del Uruguay. Se trata de movimientos de jóvenes, salidos a veces de filas marxistas y otras veces de filas nacionalistas, con una borra evidente de desencanto en ambos casos, y asimismo de colindancia de puntos de vista que se podrían haber dado como extremadamente opuestos pocos años antes. En ninguno de los casos se trata de formaciones que alberguen masas multitudinarias de jóvenes ni puedan mayoritariamente hablar en nombre de sentimientos característicos y definitorios de la juventud, en cualesquiera de los casos conocidos. Suelen derivar hacia el terrorismo o vivir predilectamente dentro de él, como es el caso de la banda Baader-Meinhof; y revelan —en muchos de sus componentes— obvios ingredientes de desajuste psíquico en la adopción de temperamentos absolutos o radicales, al modo de los que definieron en su hora a los nihilistas bajo el zarismo o a los anarquistas de la época de los magnicidios o a las bandas fanáticas de musulmanes o de

judíos hoy (la confrontación mortal e irreconciliable no obsta a la similitud y aun al calco).

Estos grupos, integrados por jóvenes, son acaudillados también por jóvenes (Daniel Cohn Bendit, Ruddy Dutschke o Ruddy el Rojo, Andreas Baader y Ursula Meinhof, los jefes del IRA, etc.). Igual principio de homogeneidad contrastando con la senectud de las cúpulas políticas conocidas, rigió en Sierra Maestra. Estos jóvenes no son, por supuesto todos los jóvenes ni siquiera, numéricamente, una porción muy grande de los jóvenes. Pero, en ciertos campos, han jugado la partida por todos y a todo su precio, y nadie les negaría títulos para representarlos.

IV

Indiferencia y rebeldía

No es cierto, por tanto, que el joven sea indiferente, en su caracterización dominante o mayoritaria, aunque en términos como éste sea absurdo ensayar escrutinios. Pero una galería de jóvenes no estaría completa sin el retrato del indiferente. La indiferencia puede confundirse con la taciturnidad o la demencia y también con la gratuidad y el amoralismo. Son extremos de fondo perfectamente discernible pero, tanto en la realidad como en la creación artística, pueden darse en las zonas de un veteado rico, complejo y, en definitiva, escabroso.

Los indiferentes, que dieron título a una de las novelas de Alberto Moravia, aparecen muy llamativamente entre los jóvenes, dominados en muchos casos por el *angst* de la originalidad, por el afán neurótico de una singularización que puede conducir igualmente al heroísmo, al crimen, al vicio o al suicidio. Todos conocemos a ese personaje en la literatura, es el autor del acto gratuito en Gide y es el Meersault en *El Extranjero* de Camus. Es el Eladio Linacero de *El Pozo* de Onetti, con quien se inició en 1939 un espécimen de la indiferencia moral que algunos endosaron a nuestro modo de vivir urbano en América Latina y tiene en puridad más que ver con Céline que con Montevideo o Buenos Aires de los cuarenta.

Pero no hablamos del indiferente como personaje sino como criatura real, que alienta entre nuestros jóvenes. No hablamos del Meersault que mata al árabe porque el sol de la playa lo irrita sino del delincuente juvenil montevideano que, puesto al volante de un auto robado, atropella y mata a un bombero tan solo por experimentar el ruido de su casco al caer; hablamos de la Albertine Sarrazin argelina, entregada a padres adoptivos que no la entienden, lanzada por su propia iniciativa de adolescente a la prostitución, al asalto y al robo, a la cárcel, al amor y en definitiva a la muerte, camino que recorre en sólo veintinueve años de existencia, dejándonos tres novelas autobiográficas, testimoniales, de un talento narrativo y de un tono moral (o amoral) inconfundibles. Hablamos de esos héroes o antihéroes como Elvis Presley, jóvenes y drogados y adorados por jóvenes que ambicionarían ser iguales a esos mitos; todo dentro del estilo de una comunión juvenil extraña, estridente y ambigua; hablamos de John Lennon, el más señaladamente genial de los Beatles, a quien asesinara uno de sus *fans*, uno de sus admiradores, en el impulso destructor del más equívoco de los cultos, un Eróstrato que quiere asociarse a su ídolo por el ligamen de su crimen, en un acto de consustanciación y de empatía, de superposición de identidades. El malviviente, el homosexual, el drogadicto ya no son meras estampas discurridas por la pasión creadora, sino criaturas —víctimas, victimarios, testigos— de carne y hueso, en la confusión de un tiempo que eleva juntas las voces de todos ellos porque en cualquier sitio se sospecha que pueda estar la verdad de días tan arduos y cualquiera pueda tener algo que decir y razones para ser escuchado. Es el aire de la época, así se le llama.

Los griegos creían que los elegidos de los dioses morían jóvenes. Pero ni Raymond Radiguet ni Alain Fournier, ni antes que ellos y más importantemente que ellos Arthur Rimbaud, se creyeron elegidos de los dioses, y los tres —los

dos primeros por la guerra del 14, el tercero por el tormento de un martirio que llevaba en el devastado centro de sí mismo y lo llevó a escribir *Une saison en enfer* antes de los dieciocho años y a callarse por los veinte siguientes, hasta la mutilación de su cuerpo y la horrenda muerte en un hospital de Marsella— se consumieron en plena juventud y a ritmo vertiginoso. La violencia ínsita en sus destinos podía llevarlos al cadalso por haber violado a mujeres como a Chessman o por haber robado una goma en la infancia, como al desertor en el relato de Enzensberger.

Hay un pathos de violencia que esos jóvenes infligen a los demás o padecen sobre ellos mismos, pero que es —en todos los casos— igualmente gratuita y desencadenante e inexorable y trágica. Esa violencia es, muchas veces, la otra cara de la violencia verdadera, su alternativa dinámica o su apoteósis devoradora.

Si uno mira desde afuera las conductas de los jóvenes, se nos manifiestan a veces como de una violencia histérica cuando aplauden, cuando cantan, cuando se divierten y hasta cuando solamente ríen. Pero rara vez nos damos a pensar que acaso esa violencia cotidiana sea el exutorio para un mundo enfermo (para un cuerpo enfermo) inficionado de desigualdad, de injusticia, de hipocresía, baldado por esa contrahechura congelada que suele refugiarse (o ampararse) en el inmovilismo de las instituciones. Y así como la peor forma de terrorismo es la representada por el terrorismo de Estado, la peor forma de violencia puede no ser la que los jóvenes reboten sobre la sociedad sino la que la sociedad aplaste sobre los jóvenes. Algo de esto se halla en la metáfora de la sociedad como una flor carnívora, según la bella invención anónima del mayo 68 francés. Los jóvenes que suelen aparecernos como tan gratuita e inopinadamente violentos, acaso sólo estén muchas veces devolviendo la violencia con que la sociedad los golpea, con que los niega, con que los fuerza.

Ante esa violencia esgrimen su protesta y su rebelión. La rebelión, la inconformidad, su protesta, su agravio por la estafa, su fraude, su chasco: su desencanto. Desencanto, esa palabra de cifra desmitologizante (o demistificatoria, que es lo mismo). Los psicólogos llaman a la adolescencia la edad de la rebeldía, la edad de la protesta y también la edad de la grosería. Es la edad en que todo hombre mata simbólicamente a su padre, la edad del parricidio, de la definición sexual y, por sublimación, de la asunción de la independencia espiritual, de la identidad personal y algunas veces de la creación en el arte. Es la misma edad en que tantos jóvenes (sobre todo los de las ciudades) se compran y embuten esas chaquetas horribles, llenas de letreros, que exponen con un orgullo de egolatría y de inocencia, de soberbia y de rechazo. "Lo que hay de refinado en el mal gusto es el placer aristocrático de disgutar", dijo una vez Baudelaire. Por algo de eso se las ponen, en un acto quizá plurivalente y equívoco: o para engañar acerca de ellos mismos (primera suposición) o para hacer de hazmerreír sobre su propia situación ridícula y desamparada, o para expresar con humor negro su propia soledad y su no pertenencia a nadie, su falta de apoyos en la vida.

Adolfo Bioy Casares escribió hace ya algunos años una fantasía breve y memorable, una de las novelas más melancólicas y punzantes que se hayan concebido sobre la prosaica realidad urbana de una de nuestras ciudades de América Latina, Buenos Aires en este caso. El libro se llamó *Diario de la guerra del cerdo* y la vicisitud imaginada en él era la de una matanza ineluctable y misteriosa, decretada y ejecutada por los jóvenes contra los viejos, sobre los barrios bonaerenses. Era una suerte de ilustración dinámica de la ley de los tiempos, sembrada en las noches por las esquinas de los suburbios porteños. El insoportable, insidioso malestar que esa fantasía expresaba, con un ritmo como de ordalía clandestina y parsimoniosa, estaba seguramente preanunciando otras desgracias, acerca de las cuales no hay constancia de que hayan sido perpetradas por los viejos contra los jóvenes, pero sí por alguien *contra* los jóvenes, con una violencia y un sinsentido y un frenesí que el cauto y maduro, civilizado libro de Bioy no podría haber predicho. Los desaparecidos de la Argentina, los miles de muertos jóvenes de la Argentina, son una respuesta que la vida dio al arte, parafraseando a Wilde. Bioy Casares no podía habérselo imaginado.

Las vicisitudes de los últimos años en varios países de América Latina (revolución en el caso de Cuba, guerrilla urbana o rural en otros países) han abierto el cauce a un proceso de fisuras generacionales y de ruptura en la vida de los grupos familiares, en forma tal que podría hablarse —sin ninguna exageración— de una alegoría del *filicidio*, a título no menos claro que del *parricidio*,

al cual ya nos hemos referido. Y psicólogos, ensayistas, analistas y psicoterapeutas han hallado en esa realidad un rico registro humano de reacciones que abarcan problemas de convivencia entre los integrantes de la pareja conyugal, conflictos en las relaciones entre padres e hijos, etc. Las actitudes de los padres, ante la conducta y las determinaciones de sus hijos, ante sus actos y decisiones de índole política, van desde los extremos de la reprobación, de la incomprensión y del repudio más ciegos y dolorosos hasta las formas emocionales más transidas de la sublimación, de la entrega y de la adhesión más incondicional, con toda la gama de consecuencias que ambas disposiciones de ánimo suscitan.

En el caso de los jóvenes radicalizados en sus comportamientos políticos —ora se mantengan los grupos sociales en los sitios habituales de su existencia, ora hayan tenido que derivar, por efecto de las persecuciones, hacia el destierro— suelen darse los rasgos simbólicos del filicidio tanto como los de la exaltación desmedida de la importancia de los jóvenes en las relaciones del grupo familiar. La alegoría de Saturno devorando a sus hijos, pintada por Goya, y la alegoría inversa pero igualmente macabra de los jóvenes victimando a sus genitores han ilustrado truculentamente los procesos de definición de millares de jóvenes en esta hora de la vida en América Latina.

V

El perfil de lo anómalo

El joven virtuoso tiene poca historia o su historia es aburrida y no excita a los lectores. Imaginarse los abismos del vicio —para decirlo con una frase melodramática, que está en el estilo de la misma suposición— parece mucho más interesante y, claro está tiene más lectores. Y así ha cundido, entre la gente imaginativa y desprevenida, la especie de que la juventud es especialmente depravada o perversa, especialmente cruel, especialmente sádica. No se cuenta, como diría Amado Nervo, la historia de las mujeres honradas. Sencillamente no existe.

Se usa a veces el término genérico de malviviente para designar a quien vive en zonas próximas o lindantes con las del delito, desde la vagancia y la mendicidad hasta los tráficos clandestinos aunque no directamente criminales; sin embargo, desde que se nos ha impuesto a todos la importancia de la drogadicción, ella ocupa el centro de la franja.

El joven drogadicto marca la existencia de un verdadero problema social y no debe ser torpemente incluido sin más entre los delincuentes, aunque a menudo, por la necesidad que le crea su adicción y la forzada obtención de medios para procurarse la droga, puede llegar a la criminalidad: roba para comprarla, asalta para comprarla, mata por ella o meramente se entrega a traficarla como forma de financiarse su vicio y su dependencia. Criminalistas y toxicólogos distinguen entre las formas veniales y blandas (como el acto de fumar marihuana) y las formas destructivas y duras (como el consumo de heroína, la droga más feroz y la más cara); a la larga, y especialmente en el joven, ambos hábitos se tornan disolventes, deletéreos, devastadores de la personalidad y hasta de la vida. El joven drogadicto, si no se recupera espontáneamente o es tratado, al paso del tiempo está perdido. Y su parasitismo y dependencia, su supeditación tiránica y viciosa suelen empujarlo a otras formas del malvivir y la criminalidad. Aunque la marihuana y la amapola se cultivan obviamente en los campos —cuando no en los rincones escondidos de las ciudades— el consumo de la droga no es el problema de la juventud rural, excepción hecha de quienes se dediquen a su producción, que en todo caso son los menos. Es —en cambio— el problema de vastos sectores de las juventudes urbanas, incluyendo a las de los medios universitarios y a las clases altas. Por imitación, por modos sociales del contagio y asimismo por las formas de neurosis o desequilibrios que crea la vida de las ciudades en muchos jóvenes, es en los medios urbanos donde

la alarma creada por el consumo de la droga adquiere las dimensiones de una cuestión preocupante. Quienes estudian con criterio científico estos hechos señalan lo que en ellos hay de efecto de otras causas (vinculadas a problemas que se arrastran desde el clima familiar hasta la misma constitución psicopática del sujeto) y lo que hay de novelería, de imitación y de esnobismo en el comienzo de muchas carreras, que luego suelen tornarse indesarraigables.

En muchos de esos casos es evidente un inicial acento de protesta, de rebeldía y de afirmación personal, así sea por la adopción de una práctica descarriada. El joven que fuma marihuana busca no sólo la tregua transitoria de su pequeño paraíso de beatitudes individuales sino, asimismo, modos de comunión o de convivencia, paradójicamente en el oasis de solidarias soledades en compañía. Los jóvenes se alían y se crean vínculos —de los cuales saben que, en alguna forma insidiosa, están segregándolos de los demás jóvenes y agenciándoles un aura prestigiosa de "malditos"— cuando se asocian para dividirse el costo y repartirse un montón de cigarrillos de marihuana. Y la sublimación de esa condición de excluidos, de proscriptos y de malditos, que aguza y estimula la fantasía de muchas mentes juveniles, los lleva a proclamar, en los muros de las universidades y a veces a garrapatear —para negarlos— al borde de carteles políticos que hablan de otras revoluciones, viva la marihuana, o viva la mota, como suele escribirse.

En muchos casos de consumo de droga por parte de los jóvenes existen, raigalmente, problemas de soledad, de hambre de comunicación y de impotencia para comunicarse, en una sociedad que no ha sabido crear mitos, por lo menos a los ojos de los jóvenes; y que les depara la sensación angustiosa de niebla circundante, de bloqueos y de falta absoluta de salidas.

Todo esto se da muy a menudo en el cuadro de una mitología afín. Se consume marihuana en acto conjunto con el de leerse —entre iniciados— poesía generalmente mala y bisoña y propia, y más a menudo aún con el de sumergirse en la onda de una música —muy frecuentemente *rock*— en la penumbra y en el aturdimiento de las disquerías cuando no, más pobre y modestamente, a la orilla de una máquina tragamonedas. En tal supuesto el gesto de consumir droga es sólo parte de un rito, el detalle de un culto exclusivo, eventualmente agresivo y, en su más pura expresión, solipsista, segregativo y taciturno. Ese culto tiene también sus dioses, que suelen participar o haber participado en toda la parafernalia de semejante religión.

No todos los jóvenes, ni siquiera una mayoría de ellos, se drogan. La frecuencia del mal ha sido registrada en medios urbanos y, paradójicamente, en estratos sociales caracterizados por haber recibido una aceptable educación y hasta disfrutar de formas relativamente sofisticadas de la cultura. En las clases social y económicamente más desfavorecidas es un hecho de perfiles menos acusados, aunque el mal sentido de una "democratización" de las prácticas debe ser muy atentamente observado: además de ser menos destructiva, la marihuana es más asequible que otras drogas, y en los medios universitarios —que en algunas ciudades tienden a convertirse en medios masivos— es la más divulgada. Asimismo, la drogadicción de los pobres (que echan a hervir resinas y se intoxican con la saturación de los vapores) podría suscitar inquietud, si se extendiera. En todo caso, todas estas prácticas deben merecer formas de educación dirigida a la juventud y encaminada a hablarle en el tono de la persuasión y de la veracidad, sin suscitar los miedos y las estigmatizaciones morales, sin ensayar los modos de una satanización que ya se ha revelado contraproducente, si no inútil.

La llamada delincuencia juvenil ha merecido de los especialistas cientos de reflexiones y miles de páginas. Una de las afirmaciones que hoy ya no se discute es la de que se trata de una criminalidad de causación exógena en mayor medida que endógena. O sea, que la incidencia de los factores del medio, de los desajustes que se le plantean al joven en su conducta e influyen en su comportamiento prevalece sobre las motivaciones o los impulsos y estímulos que se hallen en la propia constitución psíquica del sujeto. Las especulaciones lombrosianas sobre el criminal nato o atávico están hoy en plena revisión, aunque no en absoluto descrédito. De todos modos, para esa zona irreductible hay que seguir pensando en los sanatorios y hospitales o asilos más que en las cárceles o reformatorios. Se está frente a enfermos y, en algunos casos, frente a dementes y no frente a sujetos conducidos por su libre albedrío (con lo que ese puro arbitrio voluntario tiene de precario y de inconsistente en muchas

coyunturas) y, que, por tanto, sean responsables de sus actos. En los supuestos que, para simplificar, llamaríamos normales, el hecho del joven delincuente aparece en mucho mayor medida determinado por fuerzas externas a él que originadas en él. El entorno es más decisivo y fuerte e incontrastable que la entraña, en el caso del joven, todavía no formado y expuesto a la obra de tantos impulsos deformantes.

A pesar de esto, en nuestros países no se discurre —en la mayoría de los supuestos— otro expediente práctico más constructivo que el del proceso penal y la cárcel; como si se tratara de los males de la libertad y frente a ellos, dialécticamente, debieran obrar los diques de la prisión. Las cárceles, en América Latina y en el mundo entero, son horribles. Y en el caso de muchos delincuentes ocasionales o accidentales, jóvenes o aun maduros, ofician a modo de depósito meramente segregativo, si se les mide por el término mismo de la reclusión; y como emporios del crimen, si se les mide por el futuro de muchas carreras delictivas que se originan, contraen y afirman en los vicios, las experiencias y los conocimientos que depara la primera prisión preventiva. Las estadísticas criminales lo demuestran, en el elevado índice de las reincidencias. Por eso mismo, muchos criminólogos son partidarios de sustituir la pena detentiva corta, sobre todo en el caso del primario, por otras terapias.

Pero la sociedad mueve también las fuerzas de su alarma y de su sentido de la defensa social o de la seguridad social. Y en sus manifestaciones y en las opiniones de su prensa y en la oratoria de sus parlamentarios pide mayor severidad en las penas y más draconiano rigor en los tratamientos carcelarios, toda vez que se halle conmovida por la evidencia de un delito (o de una ola de delitos). Ir a las causas suele ser más engorroso. La primera y más elemental de las formas de la tranquilidad social finca en el encierro del culpable: cuanto más largo mejor, así ocurra que la época de reclusión sirva luego como catapulta en las carreras de quienes una vez han delinquido. El sentimiento popular entiende que si hay delito —y en una sociedad no puede dejar de haberlo, como sostuvo Durkheim— "la culpa es del Código Penal", por su lenidad o benignidad; del Código Penal y de las leyes, por las facilidades que, en ese supuesto de la imaginación común, cualquier flexibilidad o liberalidad de trato suministra al delincuente a fin de hacerlo reincidir. Es una idea-fuerza inconmovible, profana y primitiva, que no se rinde a las pruebas en contrario ni a los números de las estadísticas ni al beneficio de la individualización de la pena. Cárceles cada vez más duras, cárceles perpetuas, pide el sentimiento popular para sentirse defendido y dejar, casi inmediatamente, de pensar en la cuestión.

Es paradójica esa credulidad profana en la providencia de las cárceles por parte de la masa de población más desfavorecida, que debería ser quien —en buena lógica— menos creyera en ellas y las sintiera implantadas en sus existencias como una amenaza más sombría y concreta, por ser la más expuesta a sus rigores. Hay, entre los pobres y los humildes, un sentimiento irracional de búsqueda de la propia seguridad —en medio de la desposesión y de la pobreza— por la vía de castigar, reprimir y sancionar a los otros. En el pueblo mucha gente *cree* en las cárceles, en el entendido de que ellas se erigen para precavernos de los otros, sin advertir que históricamente las cárceles se han colmado siempre con gente extraída de las clases populares, que son aquellas que menos prestancia social tienen, llegada la hora, para sustraerse a las formas de la represión más indiscriminada, irritante e injusta.

Pero si todo esto es aberrante en prácticamente todos los casos, lo es mucho más cuando se trata de la delincuencia de los jóvenes. Mariano Ruiz Funes sostuvo una vez que el niño era un ser pre-social y amoral. Y las calificaciones se extienden muchas veces a los adolescentes y a los jóvenes, aunque en rigor hayan dejado —biológicamente— de ser niños. En algunos de nuestros países la prensa y los opinantes sueltos inventaron alguna vez una expresión inefable: hablaron de los delincuentes "infanto-juveniles" (al cabo de unos años cesó de usarse la palabra y nadie reclamó por su paternidad, pero las leyes —entretanto— ya se habían dictado). Periódicamente se plantea la exigencia de abatir legislativamente el límite de la edad biológica a partir del cual el autor de una conducta puede ser responsabilizado, declarado penalmente imputable. Los reformatorios, la tuición de menores no convencen a nadie, ni el Estado, atenido a resguardar otras necesidades y doctrinas de la seguridad, tiene fondos para gastar en albergues y en establecimientos correccionales, en ensayos de colocación familiar y otros medios que la ciencia dis-

curre pero que no logran el menor efecto de persuasión sobre los profanos. Abatir la edad límite de la imputabilidad criminal significa adelantar el reloj a muchas carreras posibles y evitables que se amasan en las cárceles. Pero hay un reflejo social asegurativo, incluso en las gentes más humildes, que sólo respira y descansa si otros humildes están presos. Y en los últimos años, con la boga de la doctrina militarista de la seguridad nacional, levantar más cárceles, habilitar más cárceles, edificar más cárceles, ha llegado a adquirir el rango de una política. Con el agregado de que esas nuevas, duras y más rigurosas cárceles son destinadas a los presos políticos y, entre éstos, la predominancia del cautiverio de los jóvenes es cada vez sombriamente más pesada.

VI

Cómo se organizan y en qué creen los jóvenes

¿Cómo se juntan los jóvenes y en qué creen? ¿En quiénes creen, cómo se relacionan entre ellos, de qué hablan, qué escriben, qué leen, qué hacen en sus ocios, cómo se divierten?

Hemos ido deslizando algunos esbozos de todos estos tópicos en las páginas que anteceden. Pero se hace preciso atar algunos cabos, en medio del desorden connatural a una meditación predominantemente espontánea y, en homenaje a la índole de su tema, siempre libre.

Hay algunas pautas saludables a recoger y afirmar. Alfred Sauvy habló hace algún tiempo de "la montée des jeunes", del ascenso de los jóvenes. Aunque fuera una reflexión principalmente atinente a comprobaciones de naturaleza demográfica y a cifras sobre la media de las edades —que en América Latina son, de un país a otro, disímiles en grado aunque dominantemente altas y pujantes (Sauvy hablaba de la Francia de postguerra)—, el ascenso de los jóvenes en el cuadro de las edades tiene proyecciones sociales y políticas de la mayor importancia.

Si en América Latina uno de cada cinco habitantes es un joven, ese hecho tiene muy obvias proyecciones de presente y de futuro, que las recomendaciones finales tienen puntualmente que albergar, llegados al trance de las recapitulaciones. Pero, entretanto, cómo (y no ya solamente cuántos) son esos jóvenes, cómo se comportan, en quiénes creen, qué creen, cómo se distienden en sus recreaciones, de qué asuntos platican, de qué temas escriben, sobre cuáles materias leen con mayor inquietud y más apasionado interés?

Hemos aludido a un estilo joven y distinto, que los jóvenes —cuando están situados en el nivel cultural y dotados de la formación que los habilita a tener audiencia— tratan de imponer como el sello de su presencia específica. El de la juventud es un tema que se pasa con la edad, suelen decir sarcásticamente los escépticos. Han visto desfilar junto a ellos, aducen, generaciones y generaciones de jóvenes cuya propuesta era, invariablemente, la de cambiar el mundo. Y luego esos jóvenes han madurado y luego han envejecido y se han plegado a los sedicentes dictados de una cordura más realista, resignada y meláncolica. Y el mundo ha cambiado, sí, pero por los factores de su propia urgencia, no por los factores que empujaban, una vez y la otra, a la urgencia de esos sucesivos jóvenes. Toda edad tiene el pundonor y el engreimiento —el falso egocentrismo, diríamos— de ser una edad diferente, una edad de crisis y una edad crucial. Pero es posible que ésta, en que los dueños del mundo manejan la alternativa de liberar la fuerza del átomo con tan desaprensiva crudeza, sea realmente esa edad de encrucijada que tantas otras anteriores, a la hora de su hora, han presumido ser. Miremos entonces hacia los jóvenes, en esta antesala del prometido exterminio. Su emplazamiento, quizás trágico, no basta a hacerlos mejores ni peores. Pero convengamos en que contribuye a presentarlos como cualitativamente diferentes.

Hay signos de ese cambio, por lo demás, y ellos no son necesariamente de origen tan catastrofista ni de implantación tan negativa. Por una paradoja muy explicable, las travesías y penurias

recientes han producido algunos frutos satisfactorios. Es el caso, de que ya hablamos, de la nueva mentalidad de los jóvenes sindicalistas de América Latina. En tanto la estagnación y el endurecimiento en el favor oficial han perpetuado a conductores sindicales envejecidos y cerrado temporariamente el paso a los nuevos, en aquellos otros medios donde el sindicalismo ha sido fogueado en la negación, las pruebas, los reveses y la persecución, ha respondido con dirigentes jóvenes y muy diversos a los de la generación anterior, tan políticos y obreros como ellos pero más dúctiles, independientes y con un sentido más trascendente y menos rutinario del entendimiento de los valores de la disciplina laboral. Esos nuevos dirigentes son fáciles de distinguir de la planta rígida partidista y en la sustancia de las cosas muy tributaria de los líderes obreristas clásicos de unas decenas de años atrás, tiempos de bonanza comparativamente mayor.

Otro tanto comienza a acontecer en los cuadros de los partidos políticos que luchan por que se emerja del desastre de décadas de dictadura militar en varios países de América Latina. Que esa necesaria renovación de los cuadros políticos proyecte hacia la vida institucional y gubernativa de nuestros países a estudiosos del hecho social como Dante Caputo o de la ciencia como el Dr. Manuel Sadowski en Argentina o a legisladores con los títulos traídos de otros campos como el eminente ensayista y sociólogo brasileño Fernando Henrique Cardoso, son hechos auspiciosos que obran como contrapartida de tantos desastres y pueden tonificar la fe de nuestras juventudes, tan expuesta a desalientos ante la comprobación frecuente de los méritos reales de la condición del político en nuestras repúblicas. Y un cambio de mentalidad muy semejante parece advertirse en el caso de los dirigentes estudiantiles.

No todos los conductores que surgen de las filas de la oposición política son netamente jóvenes en esta fase de la propuesta de transformación en América. Pero las renovaciones que ya se adelantan en Argentina y Brasil tendrán el signo de una reacción novedosa y saludable y otro tanto se puede esperar, a plazo más o menos corto, para otros países como Uruguay, Venezuela y Perú.

Las palabras *mensaje* y *compromiso*, de exagerada boga hace algunos pocos años, se hallan hoy semánticamente muy desgastadas y hay que sustituirlas, porque son los vocablos y no las ideas implicadas en ellos los que han envejecido. Con estos u otros nombres, las "comunidades cristianas de base" que funcionan en Brasil bajo el favor y amparados por el prestigio de la Iglesia, y los llamados "comités de base", que sustituyeron a los clubes partidarios (y rejuvenecieron su estropeada imagen, en el Uruguay de 1971) pueden ser sitios adecuados para que los jóvenes se reúnan, sin monitores de ninguna especie, del mismo modo en que pueden juntarse en las asociaciones estudiantiles, las agrupaciones laborales o profesionales y hasta los centros deportivos y culturales, sospechados en las fases de persecución y que ahora, en tiempos comparativamente más calmos, podrían empezar a revalidar su existencia.

Los jóvenes han desgarrado muchos chalecos de fuerza en los últimos años, se han quitado de encima otros, casi sin que los mayores lo advirtiesen. Instituciones tales como los talleres de escritores y los cursos para impartir educación estética existen de un modo discreto, podría decirse que casi sigiloso, y se montan a veces dentro de hogares ofrecidos para esos fines. La ocasión para que los jóvenes intercambien experiencias generacionales y lecturas, cuando no las primeras pruebas de su propia escritura o de su aprendizaje en música y pintura, suele darse en cualquier lado y su espontaneidad y desorden pueden ser sólo aparentes, al tiempo que ayudan a los jóvenes a ser, lejos por igual del interés protector de los mayores y del acecho de la represión de los regímenes más duros. Tampoco aquí hay que adelantar los relojes. Una nueva generación florece y se despliega a partir del instante en que ha ganado su sitio y persuadido a todos acerca de la necesidad de su existencia, como las ramas en la conformación de un árbol. Ya dijo Píndaro que las generaciones de los hombres son como las generaciones de las hojas. El joven puede estar llamado a ser naturalmente (y sin afectación) un *naif*, puede recorrer su camino desde zonas de inocencia y chapuceo, desde zonas de imitación o bajo el alerón de los discipulazgos. Las escuelas en arte (literatura, pintura, grabado, música) no son malas por ellas mismas; pueden llegar a ser estériles, en cambio, si se amaneran, si permutan su antigua convicción de autenticidad y originalidad por las trampas del cada vez más redomado oficio.

¿Qué leen los jóvenes, qué escriben los jóvenes? Predominantemente poesía, dicen sus maestros y los estudiosos. No porque les parezca el género más fácil, que en modo alguno lo es, y acaso en algún sentido sea el más ingrato: con relación al número de quienes se sienten practicantes y convocados, es el sitio en donde habrán de ser menos los verdaderamente elegidos. Un narrador mediano y un ensayista escrupuloso pueden sentirse emplazados a llenar una función, a ocupar un espacio, a considerarse legitimados por su necesidad. Un poeta de relleno es una pieza social sobrante y es un joven atisbado por los fantasmas de la ociosidad creativa, la frustración y el fracaso. Si aparecen más poetas que novelistas y dramaturgos, eso se debe fundamentalmente a que el joven que se lanza a la aventura de sus primeros escritos se ve espiado, flanqueado y en definitiva atisbado por las imaginaciones de la inconclusión y de la muerte. Y el compromiso de la creación poética, aun siendo cualitativamente el más intenso y exigente, tiene la ventaja de confrontar a los enfrentamientos más breves y delimitados, a los hitos terminales más cercanos. Cuando se descubre el fondo de insatisfacción y de chasco que distingue a estos deslumbrantes sortilegios, a menudo se ha avanzado ya lo bastante para que cunda el desaliento de recomenzar: se está en puntos de no regreso, como en las trayectorias aéreas. Lo otro son las revoluciones: y las revoluciones, dentro de un joven y dentro de un hombre maduro son tan raras como en las sociedades, si no más.

Y entretanto, como actores llamados a salir al escenario en un día próximo, los jóvenes se preparan leyendo o escribiendo (o pintando y, en común a todas las vocaciones, desechando, desestimando y rompiendo). Cada generación se siente naturalmente llamada a decir lo que nunca fue dicho antes, en el modo en que nunca fue dicho antes. Paradójicamente, comienza tratando de decirlo por las vías de la influencia y de la imitación. Para los jóvenes latinoamericanos la década de los años 40 fue la del lorquismo, la década de los años 60 la del nerudismo; más tarde a la fama llegó, como una cumbre fuera de tiempo, en su capciosa posibilidad de desnudez esquelética, sufrimiento y ascetismo, César Vallejo. De momento, el espacio de ese compás generacional —que Julián Marías ha pautado a intervalos de quince años— ha aparecido ocupado por grandes nombres dominantes, tan grandes y tan dominantes como los mencionados. Pero una mayor paciencia y un detenimiento más prolijo hacen saltar luego los nombres de los cabezas de fila, que son en definitiva quienes recogen primero y ceden o traspasan después las postas de la carrera. Ellos son quienes cosen la puntada de la continuidad con los años, por debajo de los otros juegos encontrados de superficie.

Los jóvenes se rinden con devoción a una moda tal como la de la canción de protesta; y los gobiernos suelen jugar su necesaria carta en tal partida, prohibiéndola. La canción de protesta vale como el ademán de rehusarse a ser estrangulado, expresa una fluencia incontenible y torrentosa, sin que cuenten los estigmas de lo pasajero, de la repetición y del cansancio. En los momentos y en los trances en que aparece, la canción de protesta tiene un virtual sentido insurreccional en bocas de la juventud, como en su hora *La carmagnole* o la *Internacional*. Una canción de protesta caída en la rutina, en el academicismo o en el favor oficial es, por sí misma un contrasentido. Pero la realidad muestra que esos contrasentidos no son imposibles y que, en el revés de la trama, pueden recobrar todo su significado.

La canción de protesta ha sido, como el libelo clandestino y el *samizdat* ruso de nuestros días, una forma de expresarse contra la sofocación ambiente, contra el buscado unanimismo y el oficialismo de las opiniones incontrastables e irresistibles en los regímenes autoritarios. Acaso no haya sido sustancialmente muy diverso, en los orígenes, el proceso de surgimiento anónimo de las canciones de gesta en la Edad Media.

La canción de protesta ensaya el camino de una disidencia y trata de convertirla en una pasión militante. Entre todas las tentativas de objeción de conciencia y de salida humana a un sentimiento de rebelión popular, la llamada canción de protesta es la que cuenta con las preferencias de la juventud, lo cual es fácil de comprender si se atiende a su contenido emocional y conceptual vertido en el plano de lo más sencillo y accesible, a su sentido de comunicación de un mensaje y a la pegadiza y fácil trasmisibilidad de sus formas verbales y melódicas, todo lo cual supone elementos que obran como alicientes de una necesidad y urgencia de comunicación que se experimenta casi como vital en los tiempos más torvos y opresivos. Reconvertida una sociedad a las for-

mas más libres de expresión, la canción de protesta ha cumplido su finalidad y puede dejar paso a otras formas del *folklore*. Pero no por eso dejará de existir, si bien podrá asumir —al renovarse— un sesgo de más gozosa exaltación y un acento menos beligerante y contestatario, tal cual ha ocurrido en la España actual. En los tiempos más duros y asfixiantes el pueblo suele encontrar el camino y el modo de decir muchas de sus verdades y prestar oído a las verdades ejemplares de su historia, esa misma historia que suele descuidar en los días felices.

VII

La educación de la juventud

Participación, desarrollo y paz, dicen las pancartas relativas a la juventud y a los objetivos de su movilización. Participación y desarrollo y participación en el desarrollo son, en puridad, dos objetivos mínimos y elementales. Sin una mayor participación de los jóvenes en la vida de nuestras sociedades, poco o nada será lo que pueda lograrse, en el sentido de un efectivo progreso social. Dentro de esos moldes o en ellos hay que verter inexcusablemente los contenidos. Porque hacer participar en mayor grado a los jóvenes supone, a su vez, mantener con relación a ellos una más satisfactoria capacidad de empleo que la actual y, a esos fines, cumplir y universalizar prácticas y sistemas de enseñanza que permitan alcanzar esas metas de mayor integración. En el tronco mismo de toda política destinada a conseguir una mayor participación de los jóvenes en la vida de nuestra sociedad, está implícita la necesidad de dotarlos mejor, de hacerlos más aptos, de incentivar a su respecto su actual competitividad. Y eso reclama universalizar de modo efectivo, más allá de las simples declaraciones, nuestros sistemas de enseñanza, en forma de que lleguen al mayor número, en todos los medios (urbanos y rurales), sin que su más amplia extensión se obtenga pagando el precio del abatimiento de los niveles y de las exigencias con que debe ser impartida. El fundamento de una verdadera revolución en los sistemas de enseñanza está, pues, en la raíz de todas las consecuciones posibles. En el caso de la enseñanza media el desiderátum de toda universalidad está ligado a un principio cierto, real y no irrealista de obligatoriedad. Lo cual implica una política del Estado que, sin perjuicio de las opciones dadas al educando y a los responsables familiares indescartables de su formación —los padres— ponga en manos del Estado la adopción de una política que ataque en su causa las deserciones, ya que por ellas los ciclos no se completan, las bases no se cumplen y, en una ecuación social bien entendida, los costos del sistema aumentan, incurren en el dispendio que es connatural a su inefectividad y, en últimas cuentas, claudican en sus fines y en la verdad misma de su filosofía social y de sus contenidos técnicos.

La universalización efectiva de la enseñanza media está indisolublemente vinculada al realismo de sus proyecciones, a su coeficiente de aplicabilidad, al hecho de que ella sea puesta al servicio de lo que una sociedad quiere y precisa, una vez determinado lo que esa sociedad quiere, cómo lo quiere y por qué y dentro de qué límites lo precisa. Una enseñanza que no circule, en un sistema de vasos comunicantes, con la posibilidad de empleo que el medio social ofrezca a los jóvenes, sólo sirve para perder tiempo en la vida de los jóvenes, para fracasar en el cálculo sobre la duración y el costo de los ciclos y para sembrar la frustración después de haber convocado al esfuerzo.

Y en la enseñanza a nivel superior, esa correlación viva con las posibilidades, satisfactores sociales y grados de empleo social de que el medio pueda estar dotado, debe ser el tronco de una política educativa seria, bien meditada y cumplida hasta el fin: preparar un exceso de antropólogos, sociólogos y psicológicos para un medio que carezca luego de la menor probabilidad de darles empleo es incurrir en lo que Alejandro Alvarez llamó una vez, con expresión insuperable, "pro-

greso manuscrito". Sería tanto como colmar de expertos en bibliotecnia a un medio donde luego no existieran los libros.

Ese contenido de indeclinable realismo —realismo en los contenidos de la enseñanza y en la dimensión de sus aprovechamientos naturales por el medio social— es insoslayable. En la tradición liberal y de raíz europea (más concretamente, francesa) de nuestra enseñanza superior, pensada para los cuadros de otra sociedad, se han cultivado hasta el exceso los males de un enciclopedismo postizo, sin posible comunicación ulterior con la realidad ambiente. En los hechos, ese falso dimensionamiento y esa desmesura, con bajos coeficientes de auténtico rescate, ha creado el exceso de costos y el exceso de años de aprendizaje, al tiempo que (todo está ligado) las deserciones, las fallas en un sistema de planificación social a cargo del Estado y la desorientación, la incertidumbre y el fracaso en las carreras y las vidas de muchos jóvenes. Querer crear humanistas al tiempo que profesionales y prácticamente en un solo haz o en un solo y mismo plan de enseñanza, conduce inevitablemente a no crear ni aceptables humanistas ni buenos profesionales, suscitando la quiebra del sistema a niveles insoportables por lo dispendiosos. Llegar hasta el fondo en una tarea de esclarecimiento de metas y objetivos es, en desnudo rigor, lo primero, la misión de asentar los pilares y las llaves de un sistema de educación. Si éste queda mal fundado todo lo demás quiebra, con los eminentes peligros que en el plano social y en la existencia individual de cientos, miles de hombres jóvenes ese yerro en previsiones y cálculos suscita.

En buen romance, pues, mayor participación y mayor desarrollo —mayor participación en el desarrollo— supone más efectivos y universales sistemas de educación, asentados en el terreno social más realista, con clara visión de los factores sociales que han condenado al caos a tantas políticas educacionales generosas pero soñadoras, quiméricas e irrealistas.

El otro, el tercero y último objetivo enunciado en las pancartas es tan primordial y contundente que en sus tres letras se cifran el progreso o la destrucción del mundo, el mejor logro de las políticas sociales o, con el alcance más craso, el final y la ruina de todo: se enuncia con la palabra *paz*. Es la principal palabra de que puedan proclamarse acreedores los jóvenes, puesto que —habiendo avanzado menos que los adultos y los viejos en el camino de la existencia— son los que tienen un más ancho margen de crédito natural para seguir viviendo.

La perdurabilidad de la paz, supuesto básico de todo posible progreso, está condicionada al extremo de que pueda evitarse el enfrentamiento de las dos superpotencias. Porque si en la medida de la perspectiva que crea su armamento atómico ese cotejo se produce, la guerra siguiente tendrá que librarla la Humanidad con hachas de sílex, como dijo alguien. Supuesto que quede Humanidad para hacerlo sobre la faz del planeta.

Hasta ahora, en la preparación, en las estrategias (esperemos que disuasorias) y en los simulacros de esta larga guerra fría, cebada a nivel experimental atenuado sobre campos menores, todos los personajes que sean otros que los dos actores llamados a los papeles principales no tienen otro cometido que el meramente amortiguador y expectante. Y todo lo que se ha discurrido, en conferencias y en organismos internacionales, aparte de idear trabas, vetos e interdicciones más verbales que efectivas, es precaver la simple posibilidad efectiva de que una amenaza de este tipo se materialice. Y no hay otras garantías que las apostadas a la cordura de los contendedores y al cálculo que cada uno de ellos debe haber hecho, acerca del menguado botín que le tocaría en el fin del mundo. *Paz* no es, por tanto, tan sólo una mera ansiedad de la juventud. Paz implica, nada más ni nada menos, la única alternativa de sobrevivir que le queda al mundo.

REVISTA DE LA CEPAL N° 29

Juventud popular y anomia

Javier Martínez
*Eduardo Valenzuela**

Los autores se proponen la difícil tarea de presentar algunos conceptos que permitan comprender la amplia variedad de formas típicas de comportamiento juvenil en América Latina durante las últimas décadas. En una primera aproximación señalan la existencia de dos momentos históricos caracterizados por el predominio de distintos modelos de sociedad —modernización global y crecimiento tecnocrático— dentro de los cuales se manifiestan tipos diferentes de conducta juvenil.

En el primero, los comportamientos más destacables se manifiestan cuando el proyecto de modernización global entra en crisis y ante ello surgen reacciones contrapuestas como el retraimiento crónico y la radicalización política. En el segundo, los ejes centrales que separan las orientaciones de los jóvenes son la percepción de que están incluidos o excluidos de los beneficios del crecimiento y el hecho de que este último atraviese un período de expansión o crisis.

Sobre la base de ambos ejes los autores construyen su tipología principal que abarca comportamientos que van desde la movilidad individual hasta la movilización colectiva, pasando por diversas formas de desajuste y rechazo sociales. Como sustrato teórico de su tipología destacan algunos conceptos centrales como integración, anomia y alternatividad, que los autores desarrollan en la parte medular de su artículo.

*Consultores de la División de Desarrollo Social de la CEPAL.

I

La idea de la "modernización global"

Las abundantes publicaciones sociológicas sobre la juventud en América Latina durante las décadas pasadas centraron su análisis en dos términos que permitían describir sus actitudes, percepciones, valores y conductas: rebeldía y conformismo. Si por una parte tales términos del problema fueron sugeridos por la resonancia que alcanzaron los movimientos estudiantiles de los años sesenta, no es menos cierto que ellos reflejaban también un creciente consenso en la región en torno al proyecto de "modernización social" desde los años de la segunda postguerra, y una percepción del cambio social como una transición desde una sociedad tradicional hacia una sociedad moderna. Desde la postguerra hasta fines de los años sesenta, el consenso respecto del tema del desarrollo contribuyó a definir en torno al eje "tradicionalismo-modernismo" la mayor parte de los conflictos culturales de las sociedades latinoamericanas. La "rebeldía" o el "conformismo" juvenil aparecían con referencia a la sociedad tradicional, sus estructuras oligárquicas de decisión, sus normas y valores estrechos, su escaso dinamismo y su extrema desigualdad.

Frente a esa imagen de la sociedad tradicional, el proyecto modernizador aparecía como un intento de avanzar *simultáneamente* en las dimensiones del crecimiento económico, la mayor equidad en la distribución de los frutos de éste y la participación e integración de los sectores sociales hasta entonces marginados de la vida colectiva (el campesinado y los grupos marginales urbanos). Tal avance simultáneo en estas tres direcciones aparecía, por otra parte, requerido y facilitado por los procesos de secularización —esto es, por la introducción de principios y mecanismos de racionalización formal de la vida colectiva (los que a su vez eran favorecidos por la extensión de la educación, de los medios de comunicación de masas, la ampliación de los mercados internos y la urbanización). La imagen de "círculo virtuoso" del proceso de desarrollo, en la medida que se oponía a la percepción de estancamiento de la sociedad tradicional, ganó terreno

rápidamente, y los valores de la modernidad pasaron a ser orientadores de la acción de gran parte de las élites.

El predominio de este modelo de "modernización global" como orientación cultural de los actores sociales tuvo particular resonancia en la juventud. De una parte, como es obvio, abría un futuro mucho más pleno en posibilidades que el de una sociedad estática. Además, en la medida que la socialización en los valores tradicionales era mucho más profunda y arraigada entre los adultos, la lucha por la modernización adquirió un importante aspecto generacional. De otra parte, los jóvenes eran el sector de la sociedad que más directamente vivía los procesos de cambio: las migraciones de zonas rurales a urbanas, la extensión y transformaciones de la educación, el crecimiento del empleo industrial, fueron, en general, procesos que comprometieron directamente a los jóvenes.

Como se sabe, luego de una primera etapa relativamente exitosa, la idea del desarrollo como realización simultánea de los objetivos de crecimiento, equidad y participación encontró obstáculos significativos. Aunque el desarrollo latinoamericano ha seguido una pauta muy desigual, puede decirse en términos generales que la dinámica del crecimiento económico (y en particular del crecimiento industrial) fue bastante insuficiente en relación a las expectativas que había creado. En muchos casos esto dio paso a un momento de radicalización de la demanda modernizadora, que pasó a identificarse con una demanda de cambio revolucionario del orden capitalista. En otros, se tendió a renunciar a la idea de simultaneidad del proceso, y se dio prioridad a algunas de las metas, a costa de la postergación de otras (a menudo se optó por el crecimiento económico, sacrificando los objetivos de equidad y participación).

Este conflicto en torno al curso que debía seguir el proceso de modernización no estuvo ajeno, desde comienzos de los años sesenta, a las tensiones Este-Oeste que se manifestaron en la región como resultado de los acontecimientos cubanos. En consecuencia, la región se vio enfrentada a dos grandes "modelos" globales de transformación: el modelo socialista, que se instauraba por primera vez en el continente, y el modelo liberal de la Alianza para el Progreso (que en muchos casos fue asumido como reacción ante la creciente influencia ideológica del anterior). Las sociedades latinoamericanas se vieron así forzadas a definir sus opciones *dentro* del paradigma modernizador, y aun las élites más tradicionales debieron persuadirse de que debía producirse un cambio estructural significativo. El "consenso" modernizador tenía mucho de aparente, y en los grupos sociales que participaban en él se contenían ya desde antes las demandas que se expresarían luego en el radicalismo o en las orientaciones autoritarias. Por esta razón, para caracterizar las conductas y movimientos juveniles de la época, deben tenerse en cuenta tanto la disyuntiva central entre tradicionalismo y modernidad como el curso posterior del proceso de cambios.

II

Conflictos dentro de la "modernidad"

Sólo en la segunda fase del proceso modernizador, cuando el punto de referencia dejó de ser la sociedad tradicional y pasó a ser en cambio el de un desarrollo con dinamismo insuficiente, las orientaciones de acción de los diversos grupos sociales —entre ellos los movimientos juveniles— adquirieron un nuevo carácter. La resistencia a la modernización, que en una primera fase era de orientación conservadora, pasó a expresarse —ahora *desde dentro* del paradigma de la modernidad— como una demanda de crecimiento económico que sacrificaba las dimensiones de equidad y participación, antes consideradas constitutivas de la idea del desarrollo: esto es, como una orientación autoritaria. La dimensión de retraimiento anómico frente al modelo modernizante,

que se expresaba en una primera fase principalmente a través de las orientaciones sectarias, tendió —especialmente en aquellos países donde el proceso de secularización fue más heterogéneo, y donde amplios sectores quedaron marginados de la participación y de los beneficios del crecimiento— a transformarse en una orientación fundamentalista. Y la orientación propiamente modernizante, que en la primera fase tendió a expresarse homogéneamente en términos de movilidad colectiva y a incluir en su seno las más diversas visiones ideológicas, pasó a una expresión partidista bajo la forma del radicalismo político: aunque esta última continuó siendo en este período la orientación dominante en los movimientos juveniles de la mayor parte de los países de América Latina, no cabe duda que representaba ya una versión de convocatoria más restringida y que volvía a una fuerte ideologización, especialmente entre los movimientos estudiantiles.

Causa y efecto de esta transformación de las orientaciones de acción es que la idea del desarrollo haya dejado de tener —debido a las insuficiencias dinámicas del propio proceso de crecimiento— una significación compartida y unívoca para los distintos sectores sociales. La idea del "círculo virtuoso" del desarrollo socioeconómico tendió a ser sustituida por modelos "tecnocráticos" y "populistas" que suponen la existencia de un conflicto, al menos de corto plazo, entre crecimiento y equidad, lo que obliga a dar prioridad a una de estas dimensiones en perjuicio de la otra.

Aun a riesgo de simplificar en grado extremo la evolución de la región, pueden señalarse algunas de las orientaciones culturales de acción características de los escenarios "populistas" y de los "tecnocráticos" como claves de comprensión de los movimientos juveniles de la última década. (Como es natural, tales claves deben ser reelaboradas en el análisis de cada caso nacional.)

De hecho, tanto en el modelo "populista" como en el "tecnocrático" puede detectarse un amplio conjunto de insatisfacciones de los actores sociales ante el proceso de desarrollo, ya sea por la insuficiencia dinámica de éste o por la notable disparidad en la distribución de sus frutos. Sin embargo, en ninguno de ellos la clave central de comprensión atraviesa ya por el eje "sociedad tradicional-sociedad moderna", sino más bien por el de "inclusión" o "exclusión" de los actores *en* la sociedad moderna. Mientras por una parte los modelos "populistas" tienden a crear en los estratos medios y altos la percepción de retraso en la incorporación a la vida moderna, al comparar su situación con la de sus pares en otras naciones, los modelos "tecnocráticos" —cuyo predominio ha sido característico de la última década en América Latina— tienden a que las capas mayoritarias de la población se perciban como radicalmente excluidas de los beneficios del crecimiento, y vean a la sociedad de la que forman parte como *escindida* en términos dicotómicos.

Ya se ha adelantado que, bajo el predominio de los modelos que privilegian participación y equidad por sobre el objetivo de crecimiento, las orientaciones de acción principales tienden a ser las de autoritarismo o radicalismo político, en tanto que pueden presentarse ciertas orientaciones fundamentalistas entre los sectores sociales marginales menos secularizados. Algo más compleja es la situación en las sociedades en que prevalece el modelo de crecimiento sin participación: resulta indispensable diferenciar, en este caso, entre las pautas de conducta características de los períodos expansivos (cuando los hay) dentro de los marcos de dicho modelo, y las que tienden a imponerse en los períodos de crisis, esto es, aquellos en que a la ausencia de participación y a las formas inequitativas de distribución de los ingresos se suma un lento ritmo de crecimiento económico, o incluso un crecimiento negativo.

En los períodos expansivos, parecen en efecto desenvolverse dos tipos de sociedad en el seno de la misma nación. Por una parte, en el sector *incluido* por el proceso de crecimiento económico que está teniendo lugar, parecen reproducirse los problemas clásicos de integración y desajuste que acompañan a los procesos de modernización. En la medida que las formas colectivas de participación se encuentran fuertemente penalizadas, la orientación de *movilidad individual* pasa a ser la clave del sistema, y es fomentada mediante recompensa. Por otra parte, las situaciones de desajuste normativo se traducen en diversas formas de *retraimiento* pasivo, entre las cuales predominan las conductas de placer compulsivo (alcoholismo, drogas, consumo pornográfico, etc.), que a menudo compensan el bajo nivel de satis-

facción alcanzado por los conductos institucionalizados del sistema.

Junto con todo ello, sin embargo, la naturaleza del crecimiento económico amplía cada vez más el segmento de población *excluido* del normal funcionamiento —institucionalizado o tolerado— del sistema. En la medida que prevalecen las tendencias atomizadoras propias de la racionalización formal de la vida económica, unidas a la penalización de las formas colectivas de participación, en la "cara oscura" de la sociedad tienden a constituirse conductas orientadas hacia las diversas formas del *delito* o hacia la recreación de la *comunidad* basada en valores alternativos, según el grado en que la internalización de las metas de éxito propuestas por el sistema haya sido más o menos exitosa entre los diversos grupos sociales excluidos. En ambos casos, sin embargo, se trata de grupos sociales secularizados que, lejos de la nostalgia de un orden tradicional pretérito, aspiran ya sea a integrarse plenamente a la sociedad moderna o a corregir un rumbo desviado del desarrollo de ésta.

Frente a estos momentos de dispersión, los períodos de crisis del patrón de crecimiento abren paso a conductas colectivas de gran significación. En el segmento incluido de la sociedad moderna se manifiesta ampliamente la *cultura de masas* (contracara colectiva de la integración por movilidad indivual), que procura incorporar a los segmentos de la población cuyo desajuste normativo se traduce en una *apatía* cada vez mayor frente a las satisfacciones materiales y simbólicas que provee el sistema. En el amplio sector excluido, por otra parte, el rechazo de los procedimientos institucionalizados se traduce en masivas expresiones de *revuelta* anómica, en tanto que la afirmación de valores alternativos implica la creciente *movilización orgánica* de diversos sectores de la población.

Naturalmente este conjunto de orientaciones de acción puede manifestarse en diversos grados, según las características específicas de la sociedad de que se trate. Allí donde el crecimiento económico ha sido fuertemente dinámico, y se ha visto facilitado por la disponibilidad de fuentes extraordinarias de recursos externos, es probable que las pautas propias de la exclusión sean de escasa relevancia frente a las formas de la movilidad individual y el retraimiento, o que la tensión entre apatía y cultura de masas se presente como un problema normal de legitimación del orden institucional vigente. Las formas de la anomia, de otra parte, pueden ser diversas en grado y calidad —dando lugar, por ejemplo, a diversas formas de "alienación"— si el funcionamiento de un esquema económico excluyente se superpone al de un sistema político que ha implicado prolongada exclusión de amplias masas del proceso de toma de decisiones.

Las tensiones dentro del segmento excluido en los esquemas tecnocráticos, por su parte, pueden también variar mucho según el grado relativo de homogeneidad o heterogeneidad de las estructuras sociales precedentes: mientras el agrupamiento o la movilización en torno a valores alternativos pueden ser pautas predominantes de acción en sociedades relativamente homogéneas, los componentes anómicos de crimen o revuelta pueden ser determinantes en sociedades cuya heterogeneidad estructural, o cuyas fisuras en la cultura cívico-política, eran ya grandes al inicio de los experimentos tecnocráticos.

Cabe destacar especialmente que las diversas pautas de acción a que se ha hecho referencia pueden estar, y a menudo están, simultáneamente presentes en una sociedad determinada y dentro de un mismo sector social, como la juventud marginal urbana. Los esquemas de desarrollo no logran a veces afectar sino superficialmente las orientaciones de acción constituidas en contextos diversos, y prolongan su vigencia en los actores que les son característicos o que contribuyeron en el pasado a conformarlos. La acción social se mueve en un complejo marco de significaciones, entre las cuales las que son expresamente promovidas por un determinado ordenamiento social no constituyen a menudo sino la parte del iceberg que aflora a la superficie.

Por esta razón, los conceptos expuestos deben considerarse simples orientaciones metodológicas, cuyo valor debe reexaminarse en cada caso evaluando su relación con los datos existentes. En todo caso, y puesto que se proponen como claves para interpretar conductas, orientaciones y actitudes de la juventud popular urbana en el marco de la evolución reciente del desarrollo latinoamericano, parece necesario detenerse brevemente en cada uno de ellos con el fin de descomponer sus elementos analíticos.

III

Integración

El concepto de integración es uno de los más utilizados —y más debatidos— de la sociología moderna. En un nivel teórico expresa, por una parte, el equilibrio funcional de un sistema social (consistencia cultural y normativa de los sistemas de roles y funciones), y por otra, la correspondencia entre las expectativas institucionalizadas de rol y las estructuras de motivaciones individuales, vale decir, la internalización adecuada de las pautas de conducta socialmente establecidas. Las situaciones de desintegración o de anomia provienen de desajustes estructurales (anomia objetiva), o de una internalización defectuosa de las normas y valores predominantes (anomia subjetiva).

Los conceptos de integración y anomia se basan en un supuesto: la consideración de las sociedades modernas como sistemas funcionalmente diferenciados y autorregulados. Por una parte, se trata de sistemas complejos que admiten una gran diversificación de roles (por extensión y desarrollo de la división social del trabajo) y una gran individualización (por extensión de la esfera de la acción electiva). En este sentido rebasan los límites de la comunidad usualmente llamada tradicional, cuyo nexo se funda en relaciones primarias (por oposición a relaciones funcionales) y en la adhesión uniforme o adscriptiva de los individuos a los valores y normas del grupo.

Los mecanismos de integración en sistemas muy diferenciados (llamados modernos) son diferentes del nexo que predomina en la comunidad. Se trata de mecanismos formales vinculados que tienden al cumplimiento de determinados fines en una estructura social dada; por ejemplo, la integración entre individuo y sociedad por medio de la adecuación motivacional a las expectativas institucionalizadas del rol social. El equilibrio entre normas y motivaciones se consigue "espontáneamente". Las normas definen orientaciones de acción y al mismo tiempo las sanciones correspondientes. Los individuos racionalmente orientados a la obtención de gratificaciones se conducirán con arreglo a aquellas normas y evitarán con ello la sanción. Es el mismo principio subyacente en la conducta de los individuos en el mercado: obtener un máximo de beneficios. El desenvolvimiento de una racionalidad puramente formal conduce en un caso al equilibrio macroeconómico, en otros a la integración social. Desde luego, tanto el equilibrio como la integración son conceptos límites sin verificación empírica, como se ha establecido y recalcado muchas veces. Interesa, sin embargo, retener el siguiente problema: este principio de integración, sistémico o de mercado, resultado de la racionalidad formal, constituye un mecanismo de integración distinto al de la comunidad, por cuanto no requiere de un valor que legitime y oriente la acción de los individuos ni que organice su adhesión al sistema. En efecto, se trata de un mecanismo *formal* de integración que se fundamenta solamente en el comportamiento "racionalmente" orientado de los individuos hacia su propio beneficio, y no exige más que dicho comportamiento. Se trata de la célebre distinción weberiana entre la acción con arreglo a valores (comunidad) y la acción racional con arreglo a fines (sociedad), o —en el esquema parsoniano— entre acción tradicional y moderna.

Esta última distinción se ha aplicado profusamente en la sociología latinoamericana, que define nuestro estadio de desarrollo como una situación de transición entre una sociedad tradicional que se desmorona y una moderna que se esfuerza por construirse. En efecto, se supone que la modernización es sinónimo de progreso y libertad: por un lado, diversificación y creciente complejidad del sistema social (masificación, urbanización, industrialización); por otro, ruptura con los modos adscriptivos de vida (servidumbre, etc.), y emancipación humana. En este esquema, la comunidad tradicional se ha dislocado. La modernidad exige un principio de integración completamente distinto, no fundado ya en relaciones primarias ni en valores exteriores al sistema (del tipo del absolutismo religioso, el liderazgo carismático, etc.). La modernidad supone una tendencia natural hacia la secularización de los valores y la extensión de una lógica de "*racionalidades*

formales". Un concepto que reúne claramente estos dos términos es el concepto de *movilidad*. A través de ella, la ecuación entre mayores gratificaciones y adecuación normativa se realiza en toda su amplitud. Es por ello que el estudio sobre conductas integradas remite casi siempre a investigaciones sobre movilidad social.

Las condiciones de la movilidad son dobles: a) suponen la existencia de individuos racionalmente orientados hacia obtener mayores beneficios, es decir, individuos que han internalizado convenientemente las normas y pautas "modernas" de acción social; b) suponen también una *estructura* social capaz de brindar oportunidades de movilidad (gratificación) a todos aquellos que cuentan con los méritos y capacidad suficientes. El concepto de integración abarca, pues, estos dos aspectos: la existencia de una estructura de oportunidades relativamente abierta y de individuos culturalmente movilizados en la demanda de beneficios. De allí que el concepto de movilidad se tenga como neutro en relación con los valores: no presupone ningún valor prefijado ni impone creencia alguna en la "bondad" de determinados fines o medios; supone más bien una extendida valoración de determinados fines, un rango relativamente elevado de libertad de elección y una cierta eficacia de los medios institucionales disponibles para alcanzarlos. Naturalmente estas condiciones se cumplen en muy distintos grados en el marco de diversas estructuras sociales; además, las disposiciones hacia la movilidad varían grandemente entre unos y otros agregados sociales.

Los estudios sobre movilidad distinguen precisamente entre la movilidad estructural y la subjetiva. En un caso se trata de determinar el alcance cuantitativo y las características de los procesos de movilidad en una estructura dada; en otro, las disposiciones hacia la movilidad manifestadas por los actores sociales. Esta última clase de estudios fue singularmente importante en la década de los sesenta, cuando se trataba de estimar la magnitud y el grado de integración cultural que manifestaban los migrantes con respecto a la sociedad urbana moderna, concretamente a través del método de encuestas. Las disposiciones hacia la movilidad servían como un índice de secularización. Un estudio importante en este sentido es el de Gurrieri (1971) sobre jóvenes marginales en el Gran Santiago, cuyas mediciones básicas se referían al nivel y características de sus aspiraciones, así como a los medios considerados legítimos y eficaces para lograrlas. Gurrieri lograba determinar, por un lado, un nivel de aspiraciones similar al padrón de la clase media urbana y, por otro, una especial fe en la educación (por sobre los medios tradicionales) como instrumento de ascenso social. Ambas características daban señales inequívocas de la fuerte movilización de una generación hacia las pautas modernas, en contraste con las conductas de apatía y fatalismo atribuidas al migrante tradicional.

Otra medición decisiva en este sentido —que se usa corrientemente— se refiere a la percepción subjetiva del sistema de estratificación social. Normalmente las percepciones dicotómicas (ricos-pobres, clase alta-clase baja) son índices de un sistema social cerrado que bloquea las oportunidades de ascenso; en cambio, las percepciones tricotómicas (clase alta-media-baja) expresan una sociedad abierta. En el estudio citado, Gurrieri encontraba justamente tales percepciones tricotómicas. Un tercer indicador que conviene destacar, por último, se refiere a las percepciones existentes acerca de las posibilidades de movilidad intergeneracional. Las referencias a un futuro mejor que el de los padres fue una señal unánime del optimismo histórico que prevalecía en la generación de los sesenta, como se desprende por ejemplo del estudio de E. Torres Rivas (1971) sobre la juventud salvadoreña. Entre los jóvenes chilenos actuales, en cambio, la percepción ha cambiado: el futuro se presume peor que el de los padres, lo cual expresa dramáticamente el quiebre de las expectativas de progreso y desarrollo que se forjaron, aun cuando estas expectativas han sido y continúan siendo promovidas por la sociedad.

La determinación de las oportunidades reales de movilidad y de las percepciones subjetivas que sobre ella existen es un tema básico, particularmente para los estudios sobre juventud. La movilidad es el principal componente de integración de las sociedades modernas: en ella se expresa la eficacia y extensión de la secularización de los valores y de la racionalidad formal.

El tema de la integración recoge además una nueva dimensión: la cultura de masas. La cultura de masas (especialmente la penetración de los

medios de comunicación modernos) ha sido vista como refuerzo de las motivaciones de movilidad individual a través del conocido "efecto de demostración". La imposición de determinados estilos de vida, la incitación al consumo, la presión por el éxito, promueven la búsqueda de movilidad según las pautas socialmente establecidas. También la cultura de masas es espectáculo, fiesta, recreación, vale decir, consumo. En cualquier caso, es importante destacar que la cultura de masas suele considerarse éticamente vacía. Ya sea como incentivo a la búsqueda de gratificación, o como gratificación en sí misma, suele ser un mecanismo que refuerza la integración en un orden *formal* de maximización de beneficios. La cultura de masas no antepone valores al predominio de la racionalidad formal, sino que la representa colectivamente. Esta escasa densidad ética de la cultura de los medios de comunicación es un factor que debe tomarse en cuenta. En efecto, a menudo se sobreestima su capacidad de producción de conductas conformistas, aparentemente integradas. No obstante, esta penetración siempre resulta débil y espuria cuando no va acompañada de oportunidades reales de movilidad social. Así lo confirma la rebelión de los jóvenes uruguayos o chilenos, expuestos durante años a una cultura casi exclusivamente comercial, cuyo impacto es fácilmente verificable. También sucede lo contrario: allí donde existen mayores expectativas de promoción social suele desarrollarse con más vigor una crítica a la cultura de masas, como ocurre comúnmente en los movimientos estudiantiles. Las relaciones, pues, entre la disposición individual hacia la movilidad y la integración dentro de una cultura de masas no son necesariamente de correspondencia. Se suele cometer muchos errores identificando la una con la otra. Según parece, la disposición individual resulta decisiva en el estudio de conductas integradas.

Con todo, es importante evaluar el impacto efectivo de la cultura de masas en la formación de las actitudes y orientaciones de acción de la juventud, y sobre todo sus disposiciones hacia el conformismo o la integración por la vía de la movilidad social. Estos aspectos suelen investigarse mediante el estudio de la exposición a medios de comunicación, o de la magnitud y naturaleza del consumo cultural, así como de la asociación entre estos factores y los gustos, aspiraciones u objetos de identificación del entrevistado (estilos de vida deseados, personajes admirados, etc.).

Frecuentemente estos aspectos de la investigación se constituyen en datos cargados por sí mismos de capacidad heurística, mucho más allá del problema de su asociación o no asociación con los "modelos" propuestos por la cultura de masas. Así, por ejemplo, en materia de gustos musicales, la afición al "heavy rock", extendida en amplios segmentos de la juventud y el descarte —por ejemplo— de la afición al folklore o a la balada romántica, puede dar importantes claves interpretativas sobre el temperamento y las actitudes juveniles, aun si todas esas corrientes musicales son igualmente promovidas (o, alternativamente, omitidas) por los medios masivos de comunicación y la industria cultural. Más aún, precisamente debido al carácter "formal" de la cultura de masas, resulta irreemplazable la investigación del contenido sustantivo de los gustos, aspiraciones u objetos de identificación.

IV

Anomia

Según se ha dicho, la anomia implica siempre algún nivel de desintegración, ya sea cultural o normativa. El concepto pretende caracterizar todas las situaciones sociales en que, por diversos motivos, no existe una adecuada conformidad entre los sujetos y las expectativas de rol que les son asignadas en su función. Este "cortocircuito" proviene de inconsistencias o contradicciones en las pautas y estructuras de roles (anomia objetiva) o bien de una falta de correspondencia entre estas pautas y la estructura de motivaciones de los sujetos (anomia subjetiva).

Tal vez la formulación más conocida sobre la anomia sea la de Merton (1964), quien la define como la disociación entre las normas y objetivos culturales y las capacidades socialmente estructuradas de los individuos del grupo para obrar de acuerdo con aquéllas. El origen fundamental de la anomia radica en el conflicto entre las metas culturales y la posibilidad de emplear medios institucionalizados para alcanzarlas. La tipología mertoniana sobre conductas anómicas se basa en las distintas combinaciones entre la aceptación y el rechazo por parte de los sujetos de las metas y de los medios socialmente aprobados. Así, por ejemplo, la "innovación" indica generalmente internalización de los objetivos culturales, pero utilización de medios no legítimos para alcanzar dichos fines (ella abarca usualmente la conducta delictiva). Las conductas de "retraimiento" o "apatía", en cambio, expresan una cierta indiferencia o desprecio tanto respecto de los fines como de los medios institucionalmente establecidos. La "rebelión" también expresa este rechazo global a los objetivos culturales de la sociedad, pero se distingue del retraimiento en que este rechazo se consagra en nombre de nuevos o diferentes valores. Por último, el "ritualismo" es el inverso de la innovación: implica apego a los medios pero indiferencia respecto de los objetivos (conducta clásicamente asociada al burócrata). La tipología mertoniana supone, pues, que toda sociedad institucionaliza ciertos valores (en este caso sin duda la búsqueda del éxito) junto con legitimar ciertos medios para alcanzarlos y sancionar otros. El desequilibrio fundamental se produce cuando las posibilidades de movilidad se reducen, o cuando hay excesiva presión por el éxito, y los individuos tienden a sobrepasar los medios institucionalmente aceptados. Para Merton, la variedad anómica principal es la innovación: la primacía absoluta de los valores del éxito en la sociedad norteamericana y la secuela de conductas desviadas que tal situación trae consigo. Merton escribe en el marco de una sociedad que ha establecido las pautas y orientaciones de valor de la modernidad; la sociedad norteamericana suele ser caracterizada, en efecto —con razón o sin ella— como una sociedad definitiva y homogéneamente secularizada.

En la sociología latinoamericana, en cambio, la anomia fue estudiada casi siempre en la variedad del retraimiento. Como se dijo, el interés recaía en los procesos de transición y específicamente en las potencialidades de anomia social entre los migrantes de origen rural sin oportunidades de integrarse fácilmente en la sociedad urbana. Germani (1968) examinó detalladamente este proceso de transición del campo a la ciudad según el esquema de tránsito de estructuras tradicionales hacia estructuras modernas: a partir de un estado original de integración (tradicional) se produce ruptura, o desintegración y desplazamiento, de la estructura de roles y valores preexistentes. Las respuestas a este desplazamiento pueden ser dos: el retraimiento o la disponibilidad o movilización psicológica, para usar los términos de este autor. La movilización psicológica podría definirse como una propensión activa a restablecer el equilibrio entre el nivel psicosocial y otro (u otros) niveles normativo y ambiental; el retraimiento, en cambio, implica diversos grados de apatía o de resistencia frente a la nueva estructura de normas y valores. Como se dijo, el primer proceso (movilización psicológica) conduce a la integración; el segundo, a la anomia. El retraimiento anómico puede ser visto, a su vez, como apatía ("ausencia de participación" según la célebre definición de DESAL (1970) sobre la marginalidad urbana), o bien como restitución y predominio de los valores tradicionales. En esta última dirección se encaminan estudios como los del sociólogo belga C. Lalive (1968) sobre el pentecostalismo chileno. Según este autor, la comunidad pentecostal, que crece justamente en las zonas de frontera urbana (especialmente entre trabajadores no proletarizados, vale decir, migrantes que no han tenido acceso a la industria), constituye una recreación de la comunidad tradicional basada en relaciones primarias y valores religiosos compartidos. Lalive ha dado a su estudio sobre el pentecostalismo chileno el sugestivo título de "El Refugio de las Masas" indicando con ello un retraimiento respecto del mundo moderno producido por el desarraigo de masas a la vez migrantes y marginalizadas. Reiteremos, pues, que las situaciones anómicas fueron vistas en el marco de estos procesos de transición, es decir, del desmoronamiento de estructuras tradicionales y el acceso frustrado a la modernización. El estudio citado de Gurrieri sobre disposiciones hacia la movilidad social entre jóvenes marginales fue repetido varias veces (incluyendo varios trabajos del propio DESAL) entre migrantes adul-

tos, tratando de desentrañar precisamente la anomia potencial implícita en la marginalidad social.

El tema de la anomia, no obstante, ha vuelto a plantearse, en nuevos términos, en el curso de la última década. El desmembramiento de lo que podríamos llamar la cultura y las normas de una sociedad tradicional ha sido un proceso relativamente generalizado y establecido, y las dificultades de incorporación al mundo moderno subsisten y en muchos casos se han profundizado. La realidad del último decenio muestra la aparición de vastos y crecientes conglomerados de marginalidad no tradicional. Se trata sin duda, preferentemente, de la juventud urbana marginal, expuesta por un lado a intensos procesos de secularización (a través de la promoción escolar, la extensión y penetración de los medios de comunicación modernos y la propia experiencia de urbanización), y por otro, a una exclusión relativamente intensa y prolongada de los mecanismos de movilidad e integración (principalmente en el terreno del empleo, la vivienda y la participación social y política). Los efectos anómicos del tránsito, que antes se originaron en la desintegración de estructuras tradicionales, se han transformado aquí en los efectos anómicos de la crisis (por obra de un proceso de modernización fallido). La llamada frustración desarrollista se manifiesta en toda su amplitud, produciendo situaciones anómicas extraordinariamente intensas: muchos autores privilegian, en el último tiempo, el tema de la rebelión.

Retengamos algunos índices de anomia objetiva que se mencionan por doquier en los estudios actuales sobre juventud marginal: desintegración cultural de la familia popular (especialmente como resultado de la recomposición espuria de la familia extensa, la pérdida de las solidaridades internas y la decadencia del autoritarismo paterno); frustración de la movilidad por educación (escolarización ociosa); desindustrialización y marginalidad en el empleo (con predominio de los empleos informales y la ocupación por cuenta propia, que impide entre otras cosas la asociación de intereses); la exclusión política (que suele implicar eliminación del derecho a sufragio y variadas formas de represión). Todos estos índices, cual más cual menos, configuran un cuadro de desintegración normativa (atomización), exclusión respecto de la sociedad organizada (y restablecimiento de una percepción dicotómica de la sociedad en torno al eje incluidos-excluidos), degradación o pérdida de confianza en las oportunidades de movilidad social e incertidumbre respecto del futuro (o "crisis de futuro", como se la ha denominado en varios trabajos sobre los jóvenes de hoy).

La crisis de la modernización produce, pues, un efecto anómico que puede definirse en el sentido más propiamente durkheimiano. En efecto, Durkheim usa el concepto de anomia en su sentido etimológico, como ausencia de normas y de orientaciones de valor, como alienación y divorcio del individuo respecto de la sociedad, que conduce en su versión límite a la pérdida del sentido de la vida (esto es, al suicidio). Desde luego, estos procesos de desintegración tienen una intensidad variable, pero expresan en muchos casos los estados de frustración, desconfianza, agresividad y atomización que caracterizan a muchos sectores de la juventud latinoamericana de nuestros días.

La anomia no puede ser definida, sin embargo, como concepto límite, vale decir, como suicidio. Hemos mencionado ya varias clases de conductas anómicas empíricamente registradas en los materiales de investigaciones recientes sobre jóvenes. Tales conductas abarcan el retraimiento y la apatía, la innovación (el delito en el sentido de Merton) y la revuelta, cuyas definiciones generales hemos enunciado más arriba. Conviene hacer notar la existencia de nuevas formas de retraimiento anómico distintas de la actitud tradicional de apatía y el fatalismo (conformismo pasivo). La generalización del uso de drogas entre la juventud marginal se ha clasificado últimamente como una conducta de este tipo. En efecto, según algunos autores, la farmacodependencia y el uso y abuso de drogas ha perdido el carácter de práctica comunitaria que tuvo en el pasado (asociada al movimiento hippie) para transformarse en una experiencia menos densa culturalmente y también menos colectiva. Las drogas recuperan su efecto estrictamente evasivo: refugio en el placer inmediato frente a las penurias de la vida. Son una forma particular de huir del mundo real, pero ya no en nombre de una ética distinta, como en el caso de los hippies, sino como reacción frente a la frustración individual. Se trata, pues, de una práctica que no alcan-

za consistencia comunitaria (alternatividad), pero que ciertamente está lejos de los imperativos del orden normativo (en la medida en que sustituye el esfuerzo individual por el placer).

Otros autores (p. ej. Valenzuela, 1984) han examinado también formas específicas de rebelión anómica, como la revuelta de los jóvenes chilenos contra el régimen militar de aquel país. Se sostiene que la rebelión es originalmente inorgánica y agresiva: expresión de los grupos desestructurados de la sociedad chilena (sobre todo de los jóvenes afectados por tasas de desempleo abierto, o empleo mínimo, que superan el 70% en las poblaciones marginales), cuya manifestación es la revuelta descontrolada. En algunos niveles, las protestas nacionales chilenas (que se extienden en los barrios periféricos con gran intensidad represiva) hacen emerger una juventud débilmente organizada, que no reconoce liderazgos precisos en la oposición política y que se presenta, ante todo, como una fuerza de negación y asalto contra las instituciones sociales. A esto se le ha denominado rebelión anómica (o revuelta), lo que difiere de la acepción que da Merton al concepto de rebelión. En efecto, Merton incluye aquí la rebelión estructurada que se practica en nombre de una ética alternativa y que puede ser portadora de una normatividad muy rigurosa. Lo que caracteriza en cambio a la revuelta es su inorganicidad y agresividad, la ausencia de principios positivos de constitución y de referencia a proyectos sociales alternativos, en gran parte espejo de las agudas tensiones anómicas que atraviesan a la juventud marginal.

V

Alternatividad

Las conductas integrativas y las anómicas no abarcan todo el campo de la acción juvenil. Hemos reservado el término "alternatividad" para designar todas aquellas conductas que manifiestan cierto nivel de rechazo o resistencia organizada contra los modelos culturales establecidos. No nos estamos refiriendo aún al nivel de la organización corporativa o asociación de intereses (por ejemplo, la participación sindical o política), sino todavía al campo de las orientaciones de valor.

Al mencionar el marco analítico de las conductas de integración nos referimos al predominio y extensión de la racionalidad formal (y específicamente propusimos hacer hincapié en el estudio sobre la movilidad individual). En el examen de las conductas "alternativas", deben considerarse aquellas acciones que se realizan con arreglo a valores, que proponen sentidos que escapan a la lógica de la maximización de beneficios, y que adquieren, por esta misma razón, una dimensión colectiva y alternativa. En efecto, frente al dominio de la modernidad, que se presenta siempre como un orden formal de intercambios (mercado) y regulaciones (orden), los grupos sociales anteponen y reclaman orientaciones de valor. Esto se produce desde la inclusión dentro de los procesos de modernización (la clásica crítica de los movimientos estudiantiles contra la cultura del éxito y la promoción individual) o desde la exclusión y la necesidad de restablecer sentidos de identificación colectiva: en ambos casos, se otorga a la acción conforme a valores un papel central. Un ejemplo paradigmático en estos años ha sido la defensa de los derechos humanos como reacción contra los imperativos puramente formales de mantenimiento y reproducción del Estado. Otro es la respuesta comunitaria frente a la extensión y desarrollo de relaciones de mercado. En un caso, al principio de la seguridad se anteponen los derechos del hombre; en el otro, ante la competencia y la lógica de los intercambios privados, se opta por la cooperación y el restablecimiento del sentido de comunidad y solidaridad. En ambos casos, se exige el reconocimiento de valores que están fuera de la lógica institucional, vale decir, de la operación puramente formal del poder y de los intercambios.

Referencias Bibliográficas

DESAL (Centro para el Desarrollo Económico y Social de América Latina) (1970): *La marginalidad urbana: origen, proceso y modo.* O. Mercado, P. de la Puente y F. Uribe. Resultados de una encuesta en poblaciones marginales del Gran Santiago. Buenos Aires: DESAL-Troquel.

Durkheim, Emile (1932): *De la division du travail social.* Paris: Felix Alcan.

_____ (1967): *Le suicide.* Paris: Presses Universitaires de France.

Germani, Gino (1968): *Política y sociedad en una época de transición.* Buenos Aires: Editorial Paidos.

Gurrieri, Adolfo (1971): Situación y perspectivas de la juventud en una población urbana popular. *Estudios sobre la juventud marginal latinoamericana.* A. Gurrieri y otros. México D.F.: Editorial Siglo XXI.

Lalive, Christian (1968): *El refugio de las masas. Estudio sociológico del pentecostalismo chileno.* Santiago de Chile: Editorial del Pacífico.

Merton, Robert K. (1969): *Teoría y estructura sociales.* México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Torres Rivas, Edelberto (1971): Familia y juventud en El Salvador. *Estudios sobre la juventud marginal latinoamericana.* A. Gurrieri y otros. México D.F.: Editorial Siglo XXI.

Valenzuela, Eduardo (1984): *La rebelión de los jóvenes.* Santiago de Chile: Ediciones Sur.

REVISTA DE LA CEPAL Nº 29

La juventud como movimiento social en América Latina

*Enzo Falleto**

El autor ofrece en este artículo, a grandes rasgos, las principales orientaciones de los movimientos sociales juveniles en la historia latinoamericana de este siglo. Comienza esbozando los movimientos estudiantiles, militares y políticos cercanos a la década de los años veinte en que la juventud fue un actor principal —como el de la reforma universitaria— y algunos de sus principales contenidos doctrinarios como el antioligarquismo, el latinoamericanismo y los conceptos de pueblo y nación.

A partir de 1930 se producen cambios importantes en la organización y orientaciones de los jóvenes: cobran importancia las juventudes de los partidos políticos, los estudiantes universitarios se profesionalizan y adquieren relevancia los valores de modernización y desarrollo. Al principio los conflictos giran en torno a la oposición entre tradicional y moderno; posteriormente se refieren a la forma que debería adoptar la modernidad y a la manera de lograrla. Esta última configuración del conflicto alcanza en algunos países una virulencia y polarización extremas, cuya culminación trágica sirve de punto de partida a los años ochenta. En los últimos párrafos el autor plantea algunos de los interrogantes que encierra la situación actual acerca de orientaciones de los jóvenes a partir de su vinculación con el trabajo, la educación, la familia y la política, las posibilidades de participar o ser excluidos, y las reacciones que ello puede provocar.

*Funcionario de la División de Desarrollo Social de la CEPAL

"Las sociedades dependientes son sociedades de la palabra, donde el intelectual tiene el más grande de los papeles. A veces hablan a nombre de las masas campesinas u obreras situadas fuera de la vida política; pero lo más característico de estas sociedades es que los intelectuales, y más precisamente el medio universitario, actúa para y por sí mismo, como un actor de masa persiguiendo su propia política. El movimiento de reforma universitaria de Córdoba en Argentina y sus efectos en Perú, en Chile y muchos otros países de América Latina, han instaurado por medio siglo el rol de los intelectuales. En el instante mismo en que escribo, después del aplastamiento de los intelectuales revolucionarios brasileños en 1968-1970, de los tupamaros uruguayos a partir de 1970, de los chilenos en 1973, asistimos a la última batalla llevada a cabo por estos intelectuales radicalizados, aquella de los montoneros argentinos. En el país mismo donde tuvo lugar su primera gran victoria se acaba el ciclo de esta 'intelligentsia' populista".

Alain Touraine, *Les sociétés dependentes*,
Ed. J. Duculot, París, 1976.

El texto de Touraine en el epígrafe pone de relieve un conjunto de particularidades a menudo observadas respecto de la significación del movimiento juvenil —específicamente estudiantil y universitario— en América Latina. Suele señalarse su carácter de actor político, cuya relevancia es reconocida por la sociedad, y su capacidad para hablar en nombre de otros, postulándose de algún modo como un grupo o sector por encima de las clases. Además, puede comprobarse que el período histórico en el cual adquiere importancia se inicia aproximadamente en 1920, lo que coincide, en una serie de países, con la denominada crisis de la oligarquía, y que su fecha de término se ubica en la primera mitad de la década del sesenta, coincidiendo con el fin del ciclo populista. Durante el período así delimitado, se postula que la función de la juventud fue quizá semejante a la de la "intelligentsia" rusa del siglo XIX; se recurre incluso al mismo término para referirse a ella.

La comparación con la "intelligentsia populista" rusa resulta extraordinariamente atractiva, en parte porque los mismos jóvenes latinoamericanos en los inicios de su actuación reconocieron su influencia —en gran medida a través de la literatura— y también por ciertas similitudes en cuanto a algunos de los rasgos estructurales de las sociedades en que ambos actuaron, especialmente en lo que se refiere al carácter y papel de las distintas clases sociales. Si bien sería de interés detenerse en el análisis de las condiciones sociales de la existencia de estas "intelligentsias" latinoa-

mericanas, como también profundizar en el porqué de su declinación, en estas notas se ha preferido destacar los contenidos de sus construcciones ideológicas, o lo que podría denominarse la formulación de sus proyectos sociales, pues es esto en gran parte lo que las constituyó como movimiento social. Para tal finalidad se han elegido algunos momentos históricos de particular relevancia en la constitución de los proyectos sociales de los cuales la "juventud" se sentía portadora.

Tiende a señalarse a la "Reforma de Córdoba" (1918) como la fecha clave del surgimiento de una ideología juvenil. Es de interés anotar que, si bien la tónica estuvo dada por el movimiento estudiantil, también tuvieron lugar entre 1910-1930 otras movilizaciones, concretamente militares, que reinvindicaron el carácter y la condición de la juventud. Pueden citarse en ese sentido la "Revolución de los tenientes" en Brasil (1924) y aproximadamente en la misma fecha el denominado "movimiento de la juventud militar" en Chile.

La nota principal de ambos movimientos fue la del conflicto con la oligarquía, hecho que es importante puesto que la trayectoria del populismo latinoamericano está marcada por el enfrentamiento con la oligarquía y el intento de constituir un ordenamiento político-social capaz de reemplazar la dominación oligárquica. Este movimiento antioligárquico no fue privativo de la juventud; hubo una serie de movimientos políticos cercanos a la década del veinte que se caracterizaron por tal orientación. Se trataba de los que a menudo se identifican con la llamada irrupción de los sectores medios: el primer alessandrismo en Chile, el irigoyenismo en Argentina, el batllismo en Uruguay, los distintos momentos de la revolución mexicana hasta sus formas consolidadas con Obregón en 1920, y así muchos otros casos en los distintos países latinoamericanos.

El movimiento juvenil participó de estos hechos, pero no quiso asumirse a sí mismo como simple expresión de las demandas de los sectores medios. Los jóvenes prefirieron concebirse —al igual que sus congéneres rusos— como una "intelligentsia", esto es, "los que piensan por sí mismos" y no representan ningún interés social concreto. Dicho sea de paso, percibirse a sí mismos como grupo ubicado por encima de los intereses de los sectores particulares es un rasgo que el movimiento estudiantil compartió con el movimiento militar juvenil.

En la relación ambigua, e incluso en algunos casos distanciada, de los jóvenes respecto a las demandas de los sectores medios frente a las oligarquías pueden encontrarse quizás algunos elementos que explican el corte a veces evidente entre la juventud, el populismo y una concepción más liberal de la política. Los jóvenes se sintieron en cierta medida atraídos por una reivindicación liberal, entendida esta última palabra en sentido amplio; sin embargo, frecuentemente la consideraron sólo una reinvidicación política institucional, carente de otros contenidos, por lo que se distanciaron del liberalismo puro. No hay que olvidar además la trágica significación de la primera guerra mundial, que se verá como el hundimiento de los valores del liberalismo europeo.

Por otra parte, el movimiento de los jóvenes estudiantes se encontró no sólo con la crisis de la dominación oligárquica, sino además con un movimiento obrero que en muchos casos tenía una fuerte influencia del pensamiento anarquista, a la que tampoco era ajeno el movimiento estudiantil. Se señala este hecho porque influye en que se enfrentara a la oligarquía no mediante una oposición con la clase media, sino en términos de un conflicto entre oligarquía y pueblo, tema característico de la visión política del populismo.

Hay tres ejes centrales, vinculados entre sí, que caracterizaron el movimiento juvenil de la época y tuvieron fuerte influencia en la conformación de su ideología, así como amplia incidencia inmediata y posterior. Se trata de la noción de Latinoamérica y latinoamericanismo, y los conceptos de pueblo y nación.

De algún modo, el "latinoamericanismo" de la juventud se vinculó al enfrentamiento con la oligarquía. Esta se describía como haciendo gala de un cierto cosmopolitismo, en el sentido de identificación con lo europeo. El modelo europeo de civilización empezó a ponerse en entredicho a partir de la primera guerra mundial. Surgió por consiguiente una ideología que, frente a esa civilización en crisis, señalaba un nuevo papel para América. Es así que los estudiantes de Córdoba, al dirigirse a los estudiantes de Argentina y de América, decían: "... el nuevo ciclo de civilización que se inicia, cuya sede radicará en América, porque así lo determinan factores his-

tóricos innegables, exige un cambio total de los valores humanos y una distinta orientación de las fuerzas espirituales, en concordancia con una amplia democracia, sin dogmas ni prejuicios".

Es de interés apuntar dos hechos significativos. El primero, que la "conciencia americana" se formó en el exilio, y el segundo, que la toma de conciencia tuvo lugar a través de la literatura. El argentino Manuel Ugarte establecía lo siguiente: "Descubrimos dos verdades: primero que nuestra producción se enlazaba dentro de una sola literatura; segundo, que individualmente pertenecíamos a una nacionalidad única, considerando a Iberoamérica, desde Europa, en forma panorámica. Amado Nervo era mexicano, Rubén Darío nicaragüense, Chocano había nacido en Perú, Vargas Vila en Colombia, Gómez Carvallo en Guatemala, nosotros en la Argentina, pero una filiación, un parecido, un propósito, nos identificaban. Más que el idioma influía la situación y más que la situación la voluntad de dar forma en el reino del espíritu a lo que conscientemente designábamos con el nombre de la patria grande".

Esta ideología latinoamericanista tendrá, a partir de ese momento, varios desarrollos. Por una parte, habrá una búsqueda de la "autenticidad e identidad" de lo latinoamericano; por otra, un fenómeno en esos momentos en ciernes y más tarde decisivo en la ideología de las juventudes, el antimperialismo.

Respecto a las nociones del carácter de la nación y del pueblo, éstas se constituyeron en oposición a los valores implícitos de la idea de nación oligárquica. El pueblo se presentó como un modelo a partir del cual se formaban los nuevos valores de la nación; se constituyó casi como la forma histórica de una nacionalidad ideal, y muy a menudo fue en la literatura donde apareció con mayor claridad esta intención. Desde esa perspectiva, el pueblo posee una serie de condiciones éticas —solidaridad, honestidad— que permiten refundar la nación, frente a la corrupción oligárquica. El pueblo aparece como portador de dos objetivos que son fundamentales en la conformación de la nueva nación, la idea de justicia y la idea de socialismo. Incluso se concebía que sus formas tradicionales de organización eran protoformas del socialismo; de ahí toda la idealización ligada al indigenismo latinoamericano.

Era necesario alcanzar la unidad política de la nación, cuya debilidad la crisis oligárquica ponía de manifiesto, a través de un activo consenso popular. Esto llevaba, por paradoja, a sobredimensionar el valor puramente ideológico de la noción de pueblo. El concepto de pueblo adquiría, en esa perspectiva, casi un puro significado político: se identificaba y se agotaba en el concepto de nación, y sólo valía referido a ella. Se encuentra aquí también un elemento para explicar la sobrevaloración que adquirirá más tarde la noción de Estado, puesto que si el pueblo es el soporte de la nación y está constituido por grupos diversos y con distintos intereses, el Estado es quien constituye en la práctica la unidad nacional.

La crisis de 1929 fue determinante durante el decenio siguiente. Como muchos han señalado, además de sus efectos económicos, significó que en el plano de la ideología el liberalismo fuera considerado aún más negativamente que antes. El descontento ante este último tuvo ribetes paradójicos: abarcó tanto a los conservadores como a los innovadores. La década del treinta fue de fuerte politización, lo que en cierta medida determinó que la autonomía de lo juvenil fuera menos importante que la opción política global. El problema de la juventud se subsumía en las opciones políticas; a este período correspondió el surgimiento de las "juventudes partidarias". Incluso, en algunos casos, los movimientos juveniles se transformaron en partidos.

Hay que observar también como, a partir de 1930 y con mucho mayor intensidad desde la segunda guerra mundial, tuvieron lugar en la mayor parte de los países latinoamericanos transformaciones estructurales que, ligadas a los procesos de urbanización e industrialización, cambiaron la composición de las clases y grupos sociales, así como su peso y significación. En cierta medida los estudiantes, sin dejar de concebirse como la "intelligentsia revolucionaria" movilizadora del pueblo, tendieron a percibirse también en el papel de promotores del proceso de transformación y desarrollo; de algún modo, fueron los portadores de la nueva ciencia y de la nueva técnica. Si ciertamente hubo una ideología del desarrollo, sostenida por algunos sectores sociales y políticos, a menudo quienes la formularon, elaboraron y promulgaron fueron los intelectuales universitarios.

La propuesta de modernización, que encontraba amplia acogida, tuvo por consecuencia que el conjunto de la sociedad concibiera un nuevo papel de la universidad, la que ya no era vista simplemente como un foco revolucionario. Empezaba a formarse conciencia de que un Estado moderno requiere de una educación superior, y que era necesario crear nuevos intelectuales, científicos y profesionales. Estos deberían provenir del sector social de los grupos medios, los que adquirían así un privilegio especial. El Estado, la economía y la sociedad necesitaban a estos nuevos intelectuales y profesionales y los necesitarían aun más en el futuro; las generaciones viejas eran insuficientes, o se adaptaban mal a los requerimientos de la modernización. Los jóvenes sintieron, en este marco, que tenían cabida, y que su futuro era abierto y prometedor.

En cierta medida se abría el período de la "profesionalización" de los universitarios (aunque, claro está, en nuestro tipo de sociedades los profesionales no pierden ciertos rasgos intelectuales más amplios). Fueron ellos los que difundieron los nuevos valores de la modernización y el desarrollo, los formularon en términos de una ideología más o menos efectiva y lograron crear una imagen colectiva de sí mismos, uno de cuyos rasgos movilizadores fue el de la existencia de un futuro promisorio cuya base era la riqueza potencial de cada uno de los países de la región.

Estos énfasis en el futuro y en el carácter creador de la ciencia y de la técnica implicaron que los intelectuales del desarrollo, y con ellos varios jóvenes universitarios, empezaran a descubrir que ni los valores de la cultura tradicional ni los valores populares podían constituir una base firme para las opciones futuras. Esto marcó una diferencia con los "populistas" de los años veinte y treinta, que pensaban encontrar en el pueblo el modelo de la nación. Fue innegable una cierta orientación hacia el "exterior" que, aunque no significó una pérdida del "latinoamericanismo", implicó un cambio de tono, al que no estaba ajena la caracterización de la región en términos de subdesarrollo.

Aunque nunca fue total la profesionalización de los universitarios, comenzaron a señalarse como rasgos peyorativos el enciclopedismo, el dilletantismo y la retórica, y empezó a oponérseles la opción del especialista. El gran tema fue el progreso, y la ciencia y la tecnología los medios para alcanzarlo. Conviene subrayar que también se pensaba en la democracia como el marco político necesario para este fin, y que los valores de progreso y democracia aparecían interrelacionados y se apoyaban recíprocamente.

La ideología del desarrollo se difundió entre la juventud universitaria y desde ella trascendió. El desarrollo aparecía como una necesidad política urgente que ningún gobierno podía ignorar. Dicha ideología se constituía también en un punto de apoyo desde el cual se podía llevar a cabo la crítica social, muy particularmente en contra de la sociedad tradicional y sus representantes, a los que se acusaba de actuar como freno del ansiado desarrollo.

Si bien la idea de la alianza revolucionaria de "intelectuales, artistas, estudiantes y obreros" no aparecía ya con tanta fuerza, el desarrollismo intentaba constituirse en conciencia nacional, capaz de inspirar tanto a la élite como a las masas. El uso de tales términos es ya de por sí significativo.

En la década de los sesenta, el proceso de modernización ya no era en muchos lugares sólo una aspiración, sino un proceso real y en marcha. Los conflictos que desde ese momento surgieron estaban vinculados en gran medida a las contradicciones de la propia modernización. La forma clásica en que los conflictos se habían planteado antes partía de la contradicción entre lo tradicional y lo moderno; ahora lo que se discutía era la dirección de la modernización y los caminos para lograrla. En suma, había acuerdo sobre la necesidad de modernizar y sobre la necesidad de eliminar los obstáculos de las estructuras tradicionales, pero también una gran polémica en torno a las formas de la modernización. Uno de los temas más expresivos de los consensos, disidencias y confusiones fue el de la reforma agraria.

La opción por las vías de desarrollo, claro está, no fue sólo una discusión ideológica. La revolución cubana constituía una experiencia concreta; había otras alternativas, como las postuladas por la Alianza para el Progreso. Todo ello impactó fuertemente a la juventud, lo que no es de extrañar puesto que después de todo, estaban en discusión las posibilidades del futuro.

Si bien es cierto que se rechazaba la estructura tradicional pasada y se discrepaba respecto al futuro, conviene no olvidar que el presente planteaba los mayores problemas. En el mundo estudiantil las dificultades eran evidentes. Para algu-

nos, la educación secundaria y superior seguía siendo aún un canal de ascenso y movilidad; para otros, ya no lo era tanto. Algunos ponían sus expectativas en una modernización que podía darles un lugar como técnicos y profesionales; otros se daban cuenta de que las posibilidades ocupacionales empezaban a cerrarse.

El problema se planteó en el ámbito universitario en términos de una polémica entre "modernización" y "reforma". Los objetivos de la modernización eran principalmente adecuar la universidad a las finalidades del desarrollo, en especial en lo que se refiere a la asimilación y la creación tecnológica y científica. También se propiciaban cambios en las estructuras de la universidad: departamentalización, tiempo de dedicación, relación entre docencia e investigación, con miras a hacer posible una estructura más dinámica. Las palabras claves de este enfoque eran eficiencia y racionalización.

Los postulados de la reforma no evadían los temas de la modernización, pero ponían mayor énfasis en la democratización, en la búsqueda de una comunidad universitaria y, principalmente, en los temas de la función social de la universidad. Es interesante que constantemente aparecieran las palabras solidaridad y justicia, no ya sólo en relación a los desfavorecidos y en contra de la sociedad tradicional, sino también como un rechazo a la orientación competitiva, individualista y profesionalizante de la universidad moderna. La demanda de justicia era también una denuncia contra la forma que adquiría el estilo de desarrollo.

En este contexto, el movimiento estudiantil se sintió fuertemente conmovido por las transformaciones políticas globales que tenían lugar en la América Latina de esos años. La tendencia a llevar los planteamientos al extremo repercutió en la polémica sobre modernización y reforma. Para algunos, la Universidad "burguesa y reaccionaria" no podía correr mejor suerte que el ser destruida; para otros, la Universidad, "punta de lanza del caos y el comunismo" debía ser intervenida y fuertemente purgada.

Las proyecciones de este conflicto en el plano de la sociedad son conocidas y sus resultados, a menudo trágicos, varias veces han sido puestos de relieve. Sin embargo, conviene retomar al párrafo de Alain Touraine que ha servido de punto de partida a estas notas: en su planteamiento, la década del setenta marcaba las últimas batallas libradas por los jóvenes intelectuales radicalizados. Si así fuera ¿qué podría entreverse para el presente decenio?

Uno de los elementos de mayor preocupación actual es dilucidar el papel que pueden desempeñar los jóvenes en la consolidación o salvaguardia de un orden democrático estable en la región y en la actual situación de crisis. La preocupación se agrava por la evidente influencia de la coyuntura sobre la conducta juvenil: los efectos que pueden tener fenómenos como la marginalización del mundo del trabajo o la desocupación intelectual, son de innegable importancia para dicha conducta. Cabe preguntarse, además, en qué medida las conductas juveniles posibles se expresarán en cuanto movimiento juvenil.

Como se ha visto, el grupo que apareció como representativo de la juventud fue, por lo general, el movimiento estudiantil. En la actualidad es difícil pensar que se borrarán o desaparecerán las diferencias de clases o estratos sociales, para constituir un solo movimiento juvenil, pero sí es posible concebir la constitución de una identidad juvenil a partir de problemas específicos: se trata de una identidad en relación al estrato al que se pertenece y en relación a las instituciones sociales existentes. Ciertamente se es joven campesino, joven obrero o joven estudiante; importa determinar cómo, en cuanto joven, se establece la relación con la condición campesina, obrera o estudiantil.

En América Latina no sólo se han producido cambios en el seno de cada grupo social, sino también en las relaciones entre los distintos grupos y estratos sociales. La crisis del modelo industrializador se manifiesta también como crisis de la relación entre los distintos grupos sociales que lo componían. Tiene lugar por consiguiente un proceso de desestructuración social que implica ruptura con las viejas identidades, lo que se manifiesta incluso en el plano político y cultural.

Además de las transformaciones aludidas, es pertinente tener en cuenta las modificaciones en la relación que los jóvenes establecen con las instituciones sociales básicas, como la escuela, la familia y el trabajo. A este respecto, pueden subrayarse dos hechos que afectan a los jóvenes de los distintos estratos sociales; por una parte, la existencia de un cierto tipo de exclusión, y por otra, el que los jóvenes plantean nuevas demandas que

tales instituciones, tal como hoy existen, no están, por lo común, en condiciones de satisfacer. La incorporación a la escuela por ejemplo —o incluso a la universidad— no significa necesariamente inclusión en el ámbito de la cultura o del quehacer profesional. Incluso en ciertas esferas de la institución educacional se manifiestan los signos de una privación material y espiritual que afecta la condición juvenil. En relación a la familia, ella es, dada la crisis, a menudo un ámbito casi obligado de permanencia: esto se transforma en conflictivo, porque afecta las necesidades de independencia de los jóvenes. Respecto del trabajo, obviamente la crisis acentúa la exclusión; a menudo, la inclusión es sólo parcial o intermitente.

Puesto que las tres instituciones —trabajo, educación y familia— son los ámbitos privilegiados de la socialización, no es arbitrario pensar que la dificultad de inserción tenga como resultado previsible, en forma específica para cada estrato, una crisis de identidad y una cierta orientación antinstitucional. La pregunta es si no empieza a constituirse algo que podría denominarse "conciencia de exclusión", donde el conflicto se establece con el conjunto de los elementos político-institucionales que definen dicha exclusión. El distanciamiento respecto a las instituciones puede llevar a la elaboración de un tipo de comportamiento caracterizado por la pasividad o el retraimiento, o por el contrario a una demanda que intenta obtenerlo "todo y al momento". Como se puede colegir, es obvia la incidencia de tal tipo de actitudes en la estabilidad y permanencia de una opción democrática.

Se advierte que una situación de crisis como la actual implica para los jóvenes una cierta crisis de identidad, pero además una fuerte incertidumbre respecto al futuro. Es posible, en consecuencia, que los jóvenes intenten constituir una especie de subcultura adolescente casi como una identidad definitiva, cuando por definición la condición juvenil es algo transitorio, y más aún, inicial.

Es cierto que los problemas aquí reseñados afectan particularmente a los jóvenes, pero ciertamente son también problemas de toda la sociedad. La crisis por la que atraviesa la mayoría de los países latinoamericanos implica opciones y conflictos. En los distintos grupos y sectores sociales, éstos se manifiestan como conflictos de intereses concretos; en los jóvenes, en cambio, tienden a constituirse sobre todo en cuanto oposiciones y conflictos de sentido. Como se ha visto, de modo genérico el conflicto clásico en América Latina fue la oposición entre progresismo y tradicionalismo, con todas las variantes que plantearon. Sin embargo ¿es posible postular hoy en día que éste sigue siendo el eje de la diferenciación? Muchos dudan de esto, y tienden a plantear ese eje en términos de exclusión-inclusión[1]. Las orientaciones que se constituyen tenderían según este enfoque, a diferenciarse según se pertenezca a uno u otro sector.

Entre los incluidos se perciben a menudo orientaciones hacia la movilidad individual o hacia un conformismo pasivo; entre los excluidos, formas de anomia, conductas desviadas o, a veces, una fuerte tendencia a subrayar rasgos de solidaridad comunitaria, aunque frecuentemente hay en muchos de ellos orientaciones contrarias a las instituciones, o por lo menos distanciadas respecto a ellas. En un contexto económico difícil, es explicable que los jóvenes rechacen un sistema político-institucional que pueda aparecerles como puramente formal, pero también existe la posibilidad de la participación renovadora de los jóvenes en las instituciones. Es imposible predecir qué orientación predonominará, puesto que son muchos los elementos que puden influir en que se imponga la apatía y el rechazo o por el contrario, la participación; sólo pueden adelantarse algunos elementos que influyen en una u otra opción.

En América Latina, los jóvenes obreros y los de los estratos populares en general han tendido a comportarse más en términos de tales que como jóvenes. No obstante, la participación de los jóvenes en el movimiento sindical, por ejemplo, puede significar elementos de renovación. Hay diferencias entre viejos y jóvenes obreros; las distancias educacionales son a menudo grandes, y además sus experiencias sociales son distintas.

Innegablemente los estudiantes —especialmente los universitarios— han desempeñado tradicionalmente un papel importante, y entre ellos es mayor la tendencia a definirse como jóvenes. Sin embargo el papel de los estudiantes estuvo muy referido al valor simbólico que en nues-

[1]Véase el artículo de J. Martínez y E. Valenzuela sobre *Juventud popular y anomia* que aparece en este mismo número.

tros países se otorgó a la universidad, que se constituía en uno de los puntos obligados de referencia de la vida nacional, y esta situación ha empezado a modificarse. El mayor acceso a la universidad ha significado una pérdida de la condición de élite de prestigio de sus estudiantes. En la experiencia latinoamericana, la universidad cumplía el papel de "pensar la sociedad"; hoy día existen otras instancias que también cumplen esa función. La universidad, en cierta medida, ha dejado de ser el ámbito privilegiado del debate, lo que afecta el papel del movimiento estudiantil. Probablemente existe un doble movimiento: una mayor identidad juvenil en ámbitos en que tradicionalmente ésta era débil, y una incidencia menor, aunque siempre importante, de lo que era el movimiento juvenil por excelencia.

Muchas otras transformaciones podrían apuntarse, pero conviene retomar el eje de las preocupaciones actuales. Siendo los jóvenes en cierta medida actores sociales, el interrogante es cómo pueden definir con novedad el problema de la democracia, aun en condiciones de una coyuntura poco favorable. Un sistema democrático, además de lo que implica como forma institucional, es el reconocimiento del juego entre opciones posibles y diversas. Aquí el papel de la juventud es clave: podría decirse que es a ella a quien corresponde la elaboración de lo distinto, de lo diferente de lo que ahora existe. El tema de la democratización —desde la perspectiva de la juventud— no es tan sólo el de ampliar la posibilidad de inserción en lo existente, sino también el de abrir camino a nuevas opciones y modos de constituir la relación social. Evitando una especie de mesianismo juvenil, su propuesta tendría que ser capaz de formularse como propuesta social.

REVISTA DE LA CEPAL N° 29

La juventud universitaria como actor social en América Latina

*Henry Kirsch**

En los últimos años de la década de los sesenta era común que los analistas de las condiciones sociales de América Latina presentaran a la juventud universitaria como uno de los actores claves en los procesos de cambio. La historia de sus planteamientos y los resultados de sus acciones desde el movimiento de Córdoba forman un componente muy importante de la historia sociopolítica de la región. Sin embargo, el estudio sistemático de la situación del movimiento estudiantil universitario no ha sido actualizado y su papel en los procesos de cambio que enfrenta la región es una de las áreas menos conocidas del análisis social. Y es por ello que en la actualidad, y ante el vertiginoso proceso de transformación de las estructuras socioeconómicas y políticas que ha experimentado la región, se cuestiona hasta qué grado existe tal capacidad y potencial.

Dentro de este marco, el artículo interpreta la crisis actual de América Latina como un fracaso de hegemonía y acentúa la importancia de la búsqueda de actores sociales para impulsar la acción colectiva del futuro. Después examina algunos grandes ámbitos referentes a la juventud universitaria: la inserción social de la misma dentro del proceso de transformación social que ha experimentado la región, incluyendo el impacto de la crisis en la inserción ocupacional de los universitarios; la capacidad del intelectual para cumplir el papel de intermediario entre los líderes políticos, los tecnoburócratas del Estado y la sociedad civil en general; y, finalmente, los posibles modos de expresión y alianzas de la juventud universitaria frente al desafío que le presenta la crisis actual.

*Funcionario de la División de Desarrollo Social de la CEPAL.

I

La crisis contemporánea en América Latina: fracaso de hegemonía y búsqueda de actores sociales para impulsar la acción colectiva

La actual crisis de América Latina pone de manifiesto cada vez más claramente que en ella inciden no sólo factores externos, sino también otros internos propios de un estilo de desarrollo capitalista dependiente. No sólo los problemas económicos, sino también las contradicciones sociopolíticas inherentes a dicho estilo han llevado a la imposibilidad de lograr una alianza social relativamente estable y capaz de promover un desarrollo con equidad y participación. Se ha planteado el momento actual como una situación en la que los grupos y sectores que han ejercido el dominio atraviesan por un proceso de disgregación interna y de paralela pérdida de la legitimidad como estratos directrices de la sociedad, sin que se perfilen hasta el momento, entre los otros grupos, las condiciones necesarias para constituir una opción alternativa. Con esto se ha hecho común hablar de la carencia de imágenes sobre la dirección del cambio, o de la ausencia de alternativas precisas de desarrollo que sean tanto viables como deseables. En otras palabras, la búsqueda de mayor participación efectiva, de una democratización más amplia, en sociedades que enfrentan a la vez una crisis económica de proporciones jamás vistas, se ha relacionado cada vez más con la exasperación con el presente, con el deseo de salir de las condiciones agobiantes actuales, y menos con una imagen precisa de un proyecto futuro.

En alguna manera para gran parte de la región, respetando la diversidad de situaciones nacionales, la situación podría definirse como de diversos grados de fracaso, según sea la variedad de situaciones de las categorías clásicas, históricas o estructurales, en la tarea de lograr y mantener hegemonías necesarias para orientar y controlar

las diferentes evoluciones nacionales. Dicho de otra manera, el bloque que detenta poder político carece de la capacidad de dirección necesaria para resolver los problemas de la colectividad y para ejercer su papel de orientación, y la aceptación de su discurso decrece de tal manera que ya no basta para el funcionamiento unitario de ese bloque histórico (Broccoli, 1977).

Esta idea de fracaso de constitución de hegemonía ha sido descrita en otros términos por Brunner (1983) como lo que se produce en un momento histórico en que "una constelación político-cultural pierde su capacidad para producir: i) las legitimaciones requeridas por el sistema de distribución de los medios de producción cultural; ii) las legitimaciones requeridas por el sistema de integración al mercado simbólico". En el primero de los casos, se refiere a una crisis de control simbólico en la cual la clase dirigente se ve privada de su supremacía en el campo cultural. Aquí se trata de una crisis de autoridad intelectual y moral que no implica necesariamente que esa clase deje de ocupar una posición dominante. En el segundo caso, las crisis de integración pueden ocurrir mediante cambios significativos en algunas de las variables fundamentales que regulan la producción y consumo de los bienes del mercado simbólico. Entre estos cambios se encuentran muchas de las transformaciones fundamentales que la sociedad latinoamericana ha experimentado en forma vertiginosa durante las últimas tres décadas. Cabe anotar entre ellas la expansión del sector terciario moderno; la urbanización de la población; la industrialización; el surgimiento de una capacidad crítica masiva entre los grupos medios, por la extensión de la educación superior; la expansión de la educación primaria y secundaria, junto a las campañas de alfabetización urbana; la difusión de los medios de comunicación masiva en las áreas rurales y urbanas; la sustitución de la familia como agente central de socialización, y otras.

En muchos estudios recientes se ha planteado que la crisis económica actual ha puesto de relieve la crisis de los distintos sistemas sociales, cuyos efectos se habían hecho sentir desde mucho antes. Cabe preguntarse entonces —si se considera que la continuidad con leves modificaciones del modelo vigente no es una respuesta adecuada— cómo formular nuevas imágenes de desarrollo conducentes a sociedades democráticas y estables, que permitan la integración de las grandes mayorías sociales junto con la superación de la actual situación económica.

Tras esta búsqueda está la necesidad imperiosa de identificar los diversos grupos, clases o movimientos de la sociedad civil que podrían servir de soporte para estas nuevas imágenes y líderes, y para el proceso político-social y económico-social necesario para formular y aplicar políticas alternativas.

En los últimos años de la década de los sesenta era común entre los analistas de las condiciones sociales de América Latina presentar a la juventud universitaria como uno de los actores sociales claves en los procesos de cambio. En la actualidad, y ante el vertiginoso proceso de transformación de las estructuras socioeconómicas y políticas que ha experimentado la región, se cuestiona hasta qué grado existe tal capacidad potencial. Se sabe que el movimiento estudiantil articuló la participación de los jóvenes no sólo en las universidades, sino en la sociedad. La historia de sus planteamientos, así como los resultados de sus acciones desde el movimiento de Córdoba, son de gran importancia para la historia sociopolítica de la región. Hay diferencias significativas de matices según las sociedades nacionales y los diversos tiempos, especialmente cuando se toma en cuenta la acumulación de tiempos históricos que ha caracterizado el profundo proceso de transformación de las estructuras socioeconómicas y políticas de los países de la región. Las acciones de la juventud universitaria, además de constituir eventos de importancia en el pasado, han demostrado gran versatilidad, tanto en sus temas como en sus formas de expresión. Sin embargo, el estudio sistemático de la situación del movimiento estudiantil universitario no ha sido actualizado, y su papel en los procesos de cambio de la región es uno de los campos menos conocidos del análisis social.

Existen tanto indicios históricos como expresiones concretas recientes en varios países de la región de la capacidad efectiva y potencial relevante de ciertos sectores de la juventud universitaria, en determinadas condiciones, para definirse como actor político y social significativo. Este texto no pretende generalizar tal expectativa, analizándola en diversas situaciones nacionales e institucionales, sino presentar en torno a este punto de partida un conjunto de reflexiones que

puedan servir como marco de referencia para una profundización mayor al nivel nacional, por medio de estudios de casos específicos. Se examinarán cuatro grandes ámbitos referentes a la juventud universitaria: la inserción social de la juventud universitaria dentro del contexto del proceso de transformación social que ha experimentado la región, los efectos de la crisis en la situación ocupacional de esta juventud, la relación entre ella, los intelectuales y el cambio social, y, finalmente, sus posibles modos de expresión y alianzas frente al desafío que les presenta la crisis actual, tanto en el plano social y político como en el económico.

II

La inserción social de la juventud universitaria

En relación al problema específico de la inserción social de los estudiantes universitarios existen varios ejes sobre los cuales es necesario centrar el análisis.

En primer lugar resalta la magnitud de la expansión en la matrícula universitaria y la velocidad con la cual ésta ocurrió. Así, en el espacio de 20 años, entre 1960 y 1980, los jóvenes con 13 años y más de educación aumentaron 3 veces su número en Brasil, 9 veces en Chile, casi 10 veces en Panamá y 17 veces en Perú. En la gran mayoría de los países de la región alrededor de 1980, más del 10% de los jóvenes del grupo entre 20 y 24 años asistía a la educación superior, y en un gran número de estos países (alrededor de la tercera parte) había un estudiante por cada cinco o seis jóvenes entre 20 y 24 años. En países como Ecuador y Perú, los estudiantes universitarios son tan numerosos como los obreros industriales. Hay registro de otras cifras igualmente elocuentes como una matrícula universitaria en la región de entre 5 y 6 millones de estudiantes; 2 000 facultades que funcionan en Brasil, y 170 centros universitarios en Colombia. La presencia de la mujer en este proceso también es notable; la expansión de la matrícula femenina ha significado que hacia 1980 alrededor de dos de cada cinco estudiantes universitarios son mujeres jóvenes.

Es conveniente abordar en mayor detalle las cifras sobre esta vasta expansión de la enseñanza superior, porque un análisis más profundo de ellas revela disparidades internas tanto entre los países como dentro de la estructura del nivel superior de la enseñanza en cada país. En este sentido, se ha señalado recientemente que: "el registro más alto de escolarización terciaria es de Ecuador con 1 matriculado cada 3 jóvenes; con 1 o más de cada 5 jóvenes figuran, en orden decreciente, Costa Rica, Argentina, Panamá y Venezuela y con casi la misma relación Cuba y Perú; con 1 o más cada 8, Uruguay, Nicaragua, México y Chile; con 1 de cada 10 Brasil y Colombia, y los demás países con relaciones inferiores. Resulta difícil establecer una vinculación entre escolarización universitaria y características estructurales; el concepto y la calidad universitaria son diferentes según países y al interior de los mismos; las capacidades de selección de la educación preuniversitaria también son diferentes; la prioridad que tiene para las clases medias la educación superior parece ser similar, pero los sistemas de poder en unos casos han respondido positivamente a las demandas y en otros han valorado la calidad de la educación o más sencillamente han establecido una selección anterior al ingreso" (Rama, 1984).

La situación es ciertamente muy compleja, especialmente si se toman en cuenta los altos grados de exclusión de la juventud urbana marginal y rural que subsisten en un gran número de países, lo que se traduce en segmentación educacional y polarización social entre sectores significativos de la juventud (cuadro 1; CEPAL, 1983; Kirsch, 1984). Sin embargo, para considerar la inserción social de la juventud universitaria es necesario tener presentes los cambios cuantitativos, porque dan cuenta de una modificación cua-

litativa importante: los que antes eran niveles de élite se han transformado en niveles masivos. Dada la importancia del movimiento estudiantil en el pasado y el conjunto de transformaciones sociales experimentadas en estos momentos de crisis, se hace necesario averiguar en qué términos las juventudes universitarias pueden considerarse como potenciales recursos humanos de capacidad cultural innovadora, cuya participación tendría proyecciones para el fortalecimiento o la creación de la democracia y la constitución de alianzas donde se coordinan los intereses generales de los distintos grupos.

En la región, las expresiones concretas de esta potencialidad van a configurarse en buena medida según la importancia relativa que han tenido varios otros factores condicionantes de los procesos de inserción de los universitarios en la sociedad. Tradicionalmente, se ha considerado que existe una correlación directa y positiva entre la participación sociopolítica de la juventud universitaria y la proporción de estudiantes universitarios en la población joven y en la población total. Así, ha prevalecido el supuesto de que la importancia de los jóvenes universitarios como actor colectivo social aumenta en relación directa con su incremento relativo en los dos conjuntos poblacionales mencionados. Sin embargo, las evidencias muestran que la situación es mucho más compleja y diversificada. El proceso de expansión cuantitativa de la enseñanza superior se ha dado en forma concomitante con el conjunto de transformaciones sociales mencionadas anteriormente y otras, políticas y culturales, que modificaron los parámetros de participación de todos los sectores sociales. Es preciso considerar entonces factores tales como la consolidación de los partidos políticos como instancias de la pugna política en algunos casos, el surgimiento de estilos autoritarios de dominación y la reconstrucción de la democracia en otros, el desarrollo de nuevos ejes de creación e innovación en el conocimiento y en la cultura (desde las propias empresas hasta la actividad no formal), la "mercantilización" de los procesos culturales, etc. (Rama y Faletto, 1984). Este conjunto de factores obliga a replantearse las condiciones y formas de participación de los jóvenes universitarios en la conformación de los actores políticos de la región. Dicha necesidad se hace aún más imperiosa cuando se toman en cuenta, además, las múltiples transformaciones internas que han ocurrido en la educación superior.

En algunos países, el incremento de la matrícula universitaria implica un notable proceso de democratización que, sin embargo, no va más allá de los sectores inferiores de las clases medias, ya que la selección social se ha realizado en los niveles inferiores del sistema educacional. Desde la perspectiva sociopolítica se inicia una nueva relación entre las clases medias, el sistema de educación superior y la estructura del poder (Rama y otros, 1984).

Este proceso se vincula también con un cambio en el concepto de la universidad. Por un lado, la masificación de la universidad y la consiguiente producción de profesionales en gran escala, sin un crecimiento paralelo de puestos de trabajo afines con su calificación, ha dado lugar a una proletarización profesional que va en continuo aumento en muchos países. Por otro lado, tras los intentos de modernización de la universidad en las décadas de los sesenta mediante la incorporación de carreras técnicas y mutaciones en carreras existentes, según la aplicación de modelos de la educación superior de países del norte, las carreras se han ido diferenciando y especializando progresivamente. Además, desde principios de la década de los setenta hasta el presente, la expansión universitaria ha sido acompañada por una multiplicación grande de instituciones de tercer nivel de diversos tipos, tales como institutos profesionales, academias y centros de educación tecnológica.

Muchas veces esto se ha transformado en la adquisición de conocimientos cada vez más específicos por parte incluso de las capas más amplias y más bajas de las clases medias. Estas, por las credenciales educacionales obtenidas, son portadoras de demandas y crítica al orden social vigente, incapaz de satisfacer sus expectativas de movilidad, status ocupacional e ingresos.

La expansión de la matrícula y la modificación del origen social de la población universitaria favorecieron así una diferenciación cualitativa de las capas intelectuales, que con toda seguridad tendrán otros papeles y posiciones en las distintas alternativas políticas futuras. Esto nos lleva a la pregunta básica sobre el papel de la universidad en la reproducción ideológica y en la legitimación del sistema de valores de la sociedad.

Cuadro 1
ANALFABETISMO Y EDUCACION SUPERIOR EN AMERICA LATINA

	Tasa bruta de escolarización hacia 1980[a]		Analfabet. pob. 15 años y más (Porcentajes)		Analfabetos 15-24 años
	Universidades y similares	3er nivel	1950	1980	1970
Países con modernización acelerada					
Argentina	18.0	22.2	13.6	6.7	4.2
Chile	10.9	13.2	19.8	7.5	4.7
Uruguay	16.1	16.1[b]	9.5(1963)	6.1(1975)	...
Costa Rica	21.5	25.8	20.6	7.0	5.2
Cuba	19.5	19.5	22.1	3.9	...
Panamá	22.2	22.2	30.0	15.3	12.4
Venezuela	17.9	20.2	50.5	17.7	12.0
Total	*17.1*	*19.7*[c]	*26.1*	*9.7*	*7.7*
Países grandes con modernización acelerada y desequilibrada					
Brasil	11.7	11.7	50.5	26.0	24.5
México	12.2	14.0	43.2	16.0	16.4
Colombia	10.5	10.9	37.7	13.7	11.5
Total	*11.7*	*12.3*[c]	*43.8*	*18.6*	*17.5*
Países medianos y pequeños con modernización parcial					
Ecuador	36.6	36.6	44.3	18.7	14.2
Paraguay	6.7	6.8	34.2	14.3	9.6
Perú	15.4	19.2[b]	38.9(1961)	18.5	13.5
República Dominicana	7.5	7.5	57.1	26.4	21.1
Total	*18.0*	*19.9*[c]	*45.2*	*19.8*	*14.6*
Países con modernización incipiente					
Bolivia	9.3	9.3	67.9	36.7	17.3
El Salvador	2.9	3.9[d]	60.6	35.3	28.8
Guatemala	6.7	7.2	70.7	47.3	45.4
Haití	0.8	0.8[b]	89.5	71.3	...
Honduras	7.6	8.2	64.8	31.4	27.1
Nicaragua	13.7	14.1	61.6	33.5	35.1
Total	*6.2*	*6.6*[c]	*65.1*	*36.8*	*30.7*

Fuente: Germán W. Rama, *La evolución social de América Latina (1950-1980): transición y cambio estructural*, documento presentado al seminario sobre alternativas de desarrollo de América Latina, organizado por la Universidad de Los Andes y el Programa de Estudios Conjuntos sobre las Relaciones Internacionales de América Latina (RIAL), Cali, agosto de 1984.

[a] Se calculó como la relación entre la matrícula y la población del tramo de edad 20 - 24 años.

[b] Esos países fueron excluidos para establecer los promedios de las categorías de países.

[c] Promedios aritméticos simples.

[d] En 1979, los porcentajes de El Salvador eran de 7.4% y 8.1%, respectivamente.

Los procesos ya descritos condujeron al fenómeno bien conocido de la jerarquización y segmentación de la educación superior. La educación ha dejado de ser un agente de homogeneización cultural y social; se diferencia según el tipo de establecimiento donde se impartió, y los grupos de cúpula recuperan así el valor distintivo de sus conocimientos, restando jerarquía a los títulos educativos alcanzados por la enorme masa. En algunos países este fenómeno se ha manifestado en un sistema universitario caracterizado por una diferenciación y jerarquización de las universidades, por la privatización creciente de los estudios superiores de mayor prestigio y por

la transferencia de la formación más especializada y estratégica para la continuidad del orden social vigente a centros académicos y otros organismos extrauniversitarios, donde funcionan algunos de los más eficaces mecanismos de selección para las posiciones de élite. Se observa entonces una creciente tendencia elitista de un sector universitario pequeño, progresivamente autónomo, y una paralela devaluación de los estudios superiores para las masas, con una degradación evidente de su importancia funcional y prestigio social (CEPAL, 1983; Rodríguez, 1978; Parra, 1985; PIIE, 1984).

No obstante, a pesar de dichas contradicciones y de la consiguiente acentuación de la concentración de los ingresos, es innegable que, junto con la expansión del acceso a la educación superior, ha habido profundos cambios en la estructura del sistema de estratificación ocupacional, especialmente, en algunos casos, en lo que se refiere a la expansión del sector terciario moderno, en particular de los servicios estatales. Sobre todo en las épocas de crecimiento económico, durante los años sesenta y setenta, se vieron procesos de movilidad social que permitieron la incorporación de un mayor número de personas en la parte media y superior de la pirámide de estratificación, debido a la expansión y diferenciación de las posiciones ocupacionales correspondientes.

III

Efectos de la crisis en la situación ocupacional de los universitarios

En muchos sentidos se puede apreciar que la crisis de los ochenta está poniendo de manifiesto contradicciones no resueltas e inadecuaciones del estilo de desarrollo de la postguerra. En relación con los estudiantes universitarios y sus expectativas ocupacionales, es evidente que los grupos sociales que recientemente han adquirido educación superior se encuentran postergados en los mercados laborales, ya que se ha ido agotando el proceso de su incorporación a las ocupaciones de más alto prestigio.

Los problemas de empleo de los jóvenes con educación superior, al igual que su inserción social y, como se verá, su papel sociopolítico, tienen características complejas. Las dificultades ocupacionales no afectan de manera uniforme al universo de los egresados de universidades y otras instituciones del tercer nivel: hay una diferenciación interna entre estos jóvenes, que, por lo general, provienen de los estratos medios y altos de la sociedad. Los de estratos medios que logran incorporarse a los núcleos más dinámicos del sector terciario en expansión adquieren niveles de ingreso y status que los asimilan a los estratos altos de la sociedad. En cambio, otros jóvenes de ciertos sectores medios se ven obligados a aceptar puestos inferiores de trabajo. Dada la amplitud de la oferta y la creciente estrechez del mercado de trabajo, se observa un aumento permanente de las calificaciones educacionales para ocupaciones cuyo desempeño no las exige, como algunas de tipo administrativo o incluso manual. Los jóvenes con formación universitaria, especialmente los que provienen de las instituciones educacionales de masa, se han visto obligados a competir en segmentos del mercado laboral tradicionalmente reservados a los egresados de la educación secundaria, sin lograr tampoco con ello reducir las alarmantes tasas de desempleo abierto entre los jóvenes con educación superior, en particular las mujeres. El cuadro 2 presenta, a modo de ejemplo, las cifras para dos países de la región.

La dramática reducción de las posibilidades ocupacionales de gran parte de la actual generación universitaria, que se suma a la frustración brusca de las aspiraciones de otros sectores de la juventud, anuncia nuevas tensiones y problemas para los estudiantes universitarios. Dada la histórica actuación de los movimientos estudiantiles latinoamericanos como vanguardia de cam-

Cuadro 2

CHILE Y PANAMA: TASAS DE DESEMPLEO ABIERTO EN LA POBLACION DE 15 A 24 AÑOS DE EDAD SEGUN NIVELES DE INSTRUCCION Y SEXO, 1960, 1970 Y 1980

	1960			1970			1980		
	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres
CHILE									
Años de instrucción									
0 - 3	4.6	5.5	1.8	1.3	1.6	0.4	13.5	13.6	12.8
4 - 6	5.9	7.0	3.0	1.6	1.9	0.8	14.2	15.5	10.3
7 - 9	8.9	8.5	10.2	2.8	2.8	2.8	19.9	21.1	16.4
10 y más	10.4	10.9	9.4	6.1	7.0	4.7	25.3	24.8	26.0
Total	*6.4*	*7.5*	*4.4*	*2.5*	*2.6*	*2.0*	*20.6*	*20.7*	*20.5*
PANAMA									
Años de instrucción									
0 - 3	1.7	1.4	3.9	4.3	2.8	10.5	10.5	6.9	24.4
4 - 6	7.4	6.8	9.0	9.8	7.0	16.3	11.1	10.6	12.9
7 - 9	12.3	10.1	15.8	15.4	15.5	23.7	16.7	14.9	21.0
10 y más	10.6	9.0	12.1	9.6	8.5	10.8	19.2	18.6	19.9
Total	*6.5*	*5.3*	*10.1*	*9.3*	*6.5*	*15.3*	*14.7*	*12.9*	*18.4*

Fuente: CEPAL, *Situación y perspectivas de la juventud en América Latina* (E/CEPAL/Conf.75/L.2), 1983.

bio social, especialmente en coyunturas excepcionales, y considerando la generalización de las dudas respecto al verdadero valor de los modelos existentes y la incertidumbre ante el futuro, este sector podría ser uno de los actores sociales claves para la identificación de opciones alternativas.

IV

La juventud universitaria, los intelectuales y los procesos de cambio social

Como ya se dijo, es muy conocida la importancia histórica de los movimientos estudiantiles como agentes de transformación cultural y universitaria, como campos de selección de las élites y contraélites dirigentes de la sociedad, o como fuerzas que se integran en movimientos políticos amplios. Los estudiantes han participado activamente en los hechos sociales y políticos, y han sido así portadores de un proceso de cambio social y actores políticos (CEPAL, 1983; Forrachi, 1972; Montiel, 1984). En la actualidad, determinados grupos estudiantiles constituyen una especie de conciencia ideológica de la sociedad, tal como, guardando las diferencias, lo han sido los intelectuales en otras culturas y sociedades.

Esto tiene especial relación con la importancia de la fuerza creativa de los intelectuales en las distintas facultades de la universidad, especialmente en las ciencias sociales y en los estudios literarios, artísticos y pedagógicos, que puede medirse por su capacidad para intervenir ante los

líderes políticos tecnoburocráticos y los diversos estratos de la sociedad.[1]

Hay que recordar que la acerba crítica a la ideología del modelo de la sociedad tecnocrática comenzó y se desarrolló gracias a la importancia que fueron adquiriendo en la universidad los estudios de ciencias sociales. El análisis científico de la realidad social puso en evidencia las ambigüedades de las metas sociales, las contradicciones de principios, la rigidez de la estratificación, la concentración del ingreso, y las relaciones de poder y sus funciones en el mantenimiento de las estructuras sociales. Tanto las críticas como sus consecuencias políticas se hicieron más agudas cuando las facultades de ciencias sociales centraron su atención en las condiciones de dependencia latinoamericana y en el análisis de los problemas sociales como derivaciones de la estructura social.

Es cierto que a veces, debido a la represión y otras veces al mismo proceso de masificación, las universidades perdieron gran parte de su capacidad creativa. Sin embargo, ésta fue rescatada por centros académicos e institutos autónomos de investigación y enseñanza en economía, sociología, antropología y ciencia política.

Cabe recordar en este sentido que personas con antecedentes en las ciencias sociales y de otras áreas intelectuales son actualmente destacadas entre los líderes de movimientos políticos democráticos de varios países de la región. Tomando en cuenta este hecho, y además la masificación de la educación universitaria, especialmente entre los sectores medios, la alta matrícula universitaria y en otras formas de la educación superior de la población joven de América Latina, y la consiguiente intelectualización masiva de la población, el tema de los estudiantes universitarios pasa a vincularse al del papel de los intelectuales en la conformación de nuevos tipos de sociedad.

En la consideración del papel de los intelectuales en la sociedad se distinguen básicamente dos tendencias.[2] Una tiende a hacer más significativa la "posición diferencial del intelectual en la cultura"; la otra enfatiza su relación con el poder. La primera usará como referentes de análisis la escolaridad y la ocupación. La segunda se refiere fundamentalmente a la función del intelectual como productor e intermediario de ideologías, y su consiguiente inserción en las luchas de hegemonía que se libran en la sociedad. La primera de estas tradiciones tiene sus raíces en el pensamiento de Weber, seguido por Parkin, Alwin Gouldner y Mannheim (Brunner y Flisfisch, 1983).

La segunda interpretación conceptual se basa en el pensamiento de Gramsci. Para él, los intelectuales desempeñan una función central para lograr homogeneidad en el campo social y en el político. Ellos no forman una clase, sino que actúan como intermediarios del grupo dominante, tanto en la sociedad civil promoviendo el consenso de masas, como en la sociedad política o Estado, a través de los aparatos coercitivos de éste.

En los momentos de una crisis de hegemonía, los grupos dominantes pierden su capacidad de dirección y los grupos dominados logran criticar la cultura dominante y procuran elaborar una cultura alternativa en que alcanzarán su propia autonomía. En esta crisis de autoridad, que es nada menos que la crisis del Estado en su conjunto, se mueve la constitución de una nueva constelación de poder que prepara lo que Gramsci llama un nuevo bloque histórico. Lo nuevo en la preparación de esta alternativa es que se orienta a poner fin a la explotación, a hacer coincidir el interés burocrático con el interés público, y a alcanzar, mediante una opción democrática de participación electiva, la constitución de una interacción pluralista entre la sociedad civil y el Estado para resolver las tensiones entre tendencias universalistas y particularistas. En este plano, en América Latina es clave el papel de los intelectuales para constituir y lograr el consenso necesario en la sociedad. En este papel tienen gran importancia determinados sectores estudiantiles, comprendidos como movimientos sociales, en la medida que históricamente la difusión, el

[1] No se trata aquí de mistificar el papel de los intelectuales o de los estudiantes universitarios en los procesos confundiendo su actividad con las de los poderes de decisión, sino de reconocer la fuerza que en distintos momentos históricos de la región han tenido los que han creado y difundido una conciencia crítica de la sociedad e ideas nuevas que contribuyeron a formar el futuro.

[2] También existe una tercera vertiente, que considera a los intelectuales como élite modernizadora, e.g., Edward Shils; Parsons y John Friedman.

desarrollo y en algunos casos la elaboración de ideologías han estado muy ligados a ellos. Los temas que la sociedad latinoamericana en su conjunto ha planteado (revolución, democracia, modernización y otros) han tenido siempre en la juventud universitaria un ámbito privilegiado de discusión y acción concertada.

Touraine (1984) señala respecto de América Latina que "la producción ideológica no se localiza mayormente en los partidos. Está constantemente asociada a las universidades. La primera razón de esta autonomía es la ausencia en las décadas recientes de una cultura aristocratizante fuerte y estable". Esta ausencia y su consecuencia se explican así: "en América Latina el largo ciclo de conflictos que precedió la constitución del Estado y la sucesión de cambios económicos con la consiguiente renovación parcial o total de los grupos superiores, impidió —salvo excepciones— la permanencia de un grupo portador de una cultura superior, transmisible por vías familiares. Por el contrario, la cultura era una creación del sistema educativo, por lo tanto teóricamente accesible a todos" (CEPAL, 1983). El mundo universitario no está dominado ni por la tradición ni por un conflicto de generaciones y la autonomización de la juventud, sino más bien por productores de ideas y de ideologías.

V

Opciones de expresión y alianzas de la juventud con otras fuerzas frente a la crisis actual y hacia el futuro

Si bien es cierto que en el momento actual parecen abundar las perplejidades y desconciertos, y por lo general existe un vacío de ideas nuevas y precisas sobre las imágenes del futuro, también pueden hacerse algunas observciones tentativas en relación con el papel potencial de la juventud universitaria en una transición hacia otros estilos de desarrollo. Estudios recientes sobre las condiciones de la juventud en América Latina muestran coincidencias en torno a varios temas básicos que han preocupado a los jóvenes latinoamericanos. Entre estos problemas generales se plantean: la relación con el compromiso democrático, que está íntimamente ligado a una opción de "otro desarrollo"; la relación con la integración y cooperación latinoamericanas como respuesta al conjunto de problemas que plantea la crisis actual, y el tema del Estado-Nación en el momento que se encuentra en un proceso de redefinición.

Para evitar confusiones, es conveniente insistir en que no se trata de establecer una relación directamente proporcional entre la participación sociopolítica de la juventud universitaria y su peso cuantitativo en la población joven y en la población global. Es importante que actualmente sea mayor la proporción de jóvenes que pueden participar, gracias a su educación superior, en la racionalidad de la sociedad moderna y reaccionar a un lenguaje de mayor contenido intelectual que los discursos "carismáticos". Es igualmente importante reiterar que la situación actual es de gran complejidad y diversificación tanto entre los países de la región como dentro de cada uno de ellos. Esto se debe a que el proceso de expansión cuantitativa de la enseñanza superior ha sido acompañado por otros cambios sociales profundos, algunos de los cuales han modificado en forma significativa la configuración de la participación sociopolítica de todos los grupos sociales. Entre tales cambios, además de los relacionados con los procesos de urbanización y modernización de la economía y la estructura socioocupacional urbana, figuran otros directamente relacionados con la articulación sociopolítica de los estudiantes universitarios: la organización de los medios de producción cultural, la evolución de los partidos políticos y sus relaciones con la juventud, la existencia y naturaleza de los diversos

regímenes autoritarios, las formas variadas de reconstitución de la democracia, la diferenciación en la orientación dominante hacia las imágenes de sí mismos y de la sociedad que tengan los estudiantes según tipo de institución y las distintas facultades a las cuales asisten, etc. Todo lo anterior permite esperar modos de expresión diferentes y discrepantes frente a los grandes temas citados antes, según sean los diversos grupos que constituyen la categoría genérica "juventud universitaria", y en relación con las particularidades de los países.

Lo dicho plantea la necesidad de analizar casos nacionales para poder abordar con propiedad el tema del papel de la juventud universitaria en la conformación de las nuevas organizaciones sociales posteriores a la actual crisis sociopolítica y económica. Sin embargo, por el momento, y con debida consideración de la diversidad de situaciones concretas, las posibles respuestas de los jóvenes universitarios a los desafíos del futuro pueden agruparse en torno a cinco posturas básicas.

La primera de éstas puede denominarse "particularista". Puede preverse que, en algunos casos determinados, ciertos sectores de la juventud de la clase media buscarán, en la expansión del papel del Estado como empleador en la burocracia, una oportunidad para crearse espacios, y procurar también reafirmar su posición de intermediación en las organizaciones políticas, grupos de presión, sindicatos profesionales, etc. La identificación ideológica de estos grupos, puede ser heterogénea, como se ha visto en períodos recientes en Argentina o Uruguay. Se ha dado el caso de la identificación de los jóvenes con los sectores populares, pero no en proyectos nacionales específicos (Braslavsky, 1985; Franco, 1984).

En segundo lugar se puede detectar, en algunos países, un aislamiento de los jóvenes universitarios. Los jóvenes tienen una mala imagen de los partidos políticos existentes, y éstos a su vez no ofrecen mecanismos de continuidad (y no sólo de coyuntura electoral) mediante los cuales los jóvenes pueden participar efectivamente, formarse como cuadros y vincularse de una manera más orgánica. Debido en parte al agotamiento del modelo urbano industrial y del proceso de modernización, que comienza en varios países aun antes de la crisis actual, cundirá en algunos países un sentido de frustración política entre los jóvenes universitarios. Los movimientos estudiantiles, de gran auge en la década de los sesenta y primera parte de los setenta, han tendido a atomizarse en pequeños partidos de izquierda o en grupos que se desviaron hacia la actividad guerrillera (Leal, 1981). Las raíces fundamentales de este fenómeno son profundas y complejas. En el caso de Colombia, Rodrigo Parra señala que "la poca participación política de la juventud colombiana parece desprenderse de dos tipos de fenómenos y de la interrelación en que se presentan: la ausencia de una meta nacional, de un propósito que le dé un sentido a la acción del Estado y de los partidos políticos y dentro de la cual los jóvenes se vean como parte integral, la ausencia de un plan que defina hacia dónde va la sociedad (equivalente a la idea de industrialización, urbanización, modernización de los años cincuenta y sesenta), por una parte, y la consecuente pérdida de poder socializador de las instituciones sociales creadas con tal fin, como la familia, la escuela y los partidos políticos, por otra" (Parra, 1985).

En una tercera postura, otros grupos de estudiantes universitarios podrían optar por caminos más radicales, en la medida en que se encuentren sensibilizados hacia la situación de las clases populares y grupos subalternos y se preocupen por su participación en la sociedad. Su opción, de un estilo alternativo, intentaría rechazar una solución totalmente pluralista y movilizar a las masas para alcanzar el poder.

En cuarto lugar, con cierto parecido a la variante anterior, surgirán centros de iniciativa revolucionaria en las universidades durante regímenes en crisis o en períodos recesivos, con una expresión *sui generis* en países con una alta proporción de población indígena. Un ejemplo de esta postura ya existe por vía del fenómeno del Sendero Luminoso, que se originó entre los estudiantes de la Universidad de Guamanga, en Ayacucho, sin duda uno de los departamentos más pobres del Perú (Medianero, 1984), para después influir en universitarios de Cuzco y de Lima.

Finalmente, otros sectores de la juventud universitaria, sensibles a las contradicciones existentes en estilos democráticos excluyentes, buscarán probablemente establecer alianzas y lograr consensos con diversos grupos de la sociedad. Ejemplos de tales alianzas con sectores obreros o

campesinos se han dado en América Central. En otros países, las tendencias más recientes hacia la multiplicación de comunidades de base, cooperativas y otras formas de "organización popular" pueden ser muy significativas para las posibilidades de transformación de la sociedad. Dado el estado de continua tensión existente entre sociedad civil y Estado, los grupos de jóvenes universitarios portadores de ideas semejantes a las que Flisfisch (1983) ha denominado "orientaciones fundamentales" para una ideología democrática nueva podrían establecer acuerdos básicos y alianzas con estos sectores, representativos de sectores populares y la clase obrera.

La formulación de tales alianzas basadas en "orientaciones fundamentales" tendría según el esquema de Flisfisch cuatro ejes ideológicos:

"a) la idea de una difusión y consolidación de prácticas efectivas de autogobierno;

b) la idea de un proceso de expansión de los ámbitos sometidos a control personal;

c) la idea de la necesidad de un proceso de fragmentación o socialización del poder; y

d) la idea de restitución (que es a la vez superación) a la colectividad de capacidades y potencialidades personales que se encuentran perdidas en el juego de estructuras sociales, automatizadas en la relación con las mujeres y los hombres que las padecen".

Esta última postura posible de sectores de la juventud universitaria finalmente parece ser la única opción compatible con un intento serio de orientar la sociedad hacia una democracia pluralista y de romper la enajenación que hasta ahora ha caracterizado las relaciones sociales en América Latina.

Referencias bibliográficas

Braslavsky, C. (1985): *Juventud y sociedad en la Argentina* (E/CEPAL/R. 401). Santiago de Chile.

Broccoli, A. (1977): *Antonio Gramsci y la educación como hegemonía*. México, D.F.: Editorial Nueva Imagen.

Brunner, J.J. (1983): *Cultura y crisis de hegemonía*. Documento de trabajo N° 197. Santiago de Chile: FLACSO.

Brunner J.J. y A. Flisfisch (1983): *Los intelectuales y las instituciones de cultura*. Santiago de Chile: FLACSO.

CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (1983): *Situación y perspectivas de la juventud en América Latina* (E/CEPAL/ Conf. 75/L.2). Santiago de Chile.

Flisfisch, A. (1983): El surgimiento de una nueva ideología democrática en América Latina. *Crítica y utopía* N° 9. Buenos Aires: El Cid Editor.

Forrachi, M. (1972): *A juventude na sociedade moderna*. São Paulo: Universidade de São Paulo.

Franco, R. (1984): *Democracia a la uruguaya. Un análisis electoral del período 1925-1984*. Montevideo: Ed. El Libro Libre.

Kirsch, H. (1984): La modernización de la estructura socioeconómica y el empleo de la juventud urbana popular: evolución hasta el presente y panorama para el futuro. PIIE/UNESCO-PREALC, *Educación e ingreso al trabajo de jóvenes populares*. Santiago de Chile: UNESCO-PREALC.

Leal, F. (1981): La frustración política de una generación. La universidad colombiana y la formación de un movimiento estudiantil 1958-1967. *Desarrollo y sociedad* N° 6. Bogotá: Universidad de Los Andes, Centro de Estudios sobre Desarrollo Económico (CEDE), julio.

Medianero, D. (1984). Ayacucho: pobreza y distribución. *Socialismo y participación*. N° 26. Lima: Ediciones Socialismo y Participación, junio.

Montiel, E. (1984): *Participación juvenil, sociedad y política en América Latina*. Viena: Centro de Desarrollo Social y Asuntos Humanitarios de las Naciones Unidas.

Parra, R. (1985): *Ausencia de Futuro. La juventud colombiana*. Bogotá: CEPAL/Plaza y Janés.

PIIE (Programa Interdisciplinario de Investigaciones en Educación) (1984): *Las transformaciones educacionales bajo el régimen militar*. Santiago de Chile: PIIE

Rama, G. (1984): *La evolución social de América Latina (1950-1980): Transición y cambio estructural*. [Documento presentado al seminario sobre Alternativas de desarrollo de América Latina, organizado por la Universidad de Los Andes y el Programa de Estudios Conjuntos sobre las Relaciones Internacionales de América Latina (RIAL), Cali: agosto de 1984].

Rama G. y E. Faletto (1984): *Sociedades dependientes y crisis en América Latina: Los desafíos de la transformación político-social*. [Documento presentado al seminario sobre los escenarios políticos y sociales del desarrollo latinoameri-

cano, organizado por CEPAL/Universidad de Buenos Aires, 5 al 7 de noviembre de 1984].

Rama G. y otros (1984): *Universidad, clases sociales y poder*. Caracas: Editorial El Ateneo/CENDES.

Rodríguez, J. (1978): *El concepto de masificación. Su importancia y perspectivas para el análisis de la educación superior*. [Documento presentado al seminario sobre Situación actual de las universidades en América Latina, organizado por el proyecto UNESCO/CEPAL/PNUD sobre desarrollo y educación en América Latina y el Caribe, Bogotá, 26 al 29 de septiembre de 1978].

Touraine, A. (1984): *Actores sociales y pautas de acción colectiva en América Latina*. Santiago: PREALC.

Publicaciones recientes de la CEPAL

Estudio Económico de América Latina y el Caribe, 1984 (LC/G. 1398) Santiago de Chile: marzo de 1986. Vol. I (702 páginas) y Vol. II (en prensa). (Versión en inglés titulada **Economic Survey of Latin America and the Caribbean, 1984**).

Esta publicación es la versión definitiva y conjunta del Estudio Económico correspondiente a 1984, que durante 1985 apareció en distintos fascículos. Está dividida en dos volúmenes. El primero se refiere a América Latina y el segundo al Caribe.

El volumen dedicado a América Latina consta, a su vez, de tres partes. La primera está dedicada a un análisis de la evolución económica global de la región durante 1984 y en ella se examinan las tendencias principales de la actividad económica; el crecimiento de la producción; la evolución del empleo y el desempleo; los precios y las remuneraciones; los cambios en el sector externo y el proceso de renegociación de la deuda externa. En la segunda parte —mucho más extensa— se analiza por separado y en forma detallada la evolución económica de diecinueve países de la región. La tercera parte incluye un estudio especial sobre la evolución de la economía y la política económica en el Uruguay durante el período 1981-1984. En él se analiza, en primer lugar, la forma en que el marco externo condicionó la política económica y se examina, en especial, el programa de ajuste aplicado en el bienio 1983-1984; se describe, luego, la evolución global de la economía y se consideran, por último, los principales problemas macroeconómicos que las nuevas autoridades debían enfrentar a comienzos de 1985.

El segundo volumen, destinado a las economías del Caribe, tiene dos partes. En la primera se examina el marco internacional y se analizan los rasgos generales de la evolución de la producción, el sector externo, la inflación y el desempleo en la subregión. En la segunda parte se considera separadamente la evolución económica de quince países del Caribe en 1984.

El decenio de la mujer en el escenario latinoamericano: realidades y perspectivas (LC/G. 1372). Santiago de Chile: 1986. 216 páginas.

El año 1985 marcó el final del Decenio de las Naciones Unidas para la Mujer: Igualdad, Desarrollo y Paz, proclamado en la Conferencia Mundial de México. Sin embargo, puede decirse que el examen del tema, lejos de haberse agotado, está sólo empezando. La CEPAL ha participado en el esfuerzo por abordarlo sistemáticamente con miras a promover la integración de la mujer en el desarrollo desde los inicios del Decenio. Las actividades conexas que se han desarrollado en estos años en la región son numerosas: proyectos, reuniones y seminarios, apoyo a la creación de oficinas nacionales, avances en la acción de los gobiernos, surgimiento de numerosas organizaciones no gubernamentales dedicadas a los problemas de las mujeres, creación de nuevas corrientes de opinión pública, publicaciones y, por último, cambios legislativos entre los cuales tal vez uno de los logros centrales fue la entrada en vigencia de la Convención sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación contra la Mujer, apoyada y ratificada por la mayoría de los países de la región.

El tema de la situación de las mujeres en las sociedades actuales ha cobrado importancia. Emerge un cuerpo teórico y se profundiza el conocimiento de las situaciones específicas de las mujeres de los estratos populares urbanos, de las mujeres rurales, de las mujeres de los sectores medios; se estudia su inserción laboral, su situación educacional, sus formas de participación, sus aspiraciones y necesidades, y últimamente surge, estrechamente vinculado al tema de la juventud, el tema de la situación de la mujer joven.

Este Estudio se inserta en el marco de esas preocupaciones. Contiene estudios realizados por profesionales de la División de Desarrollo Social de la CEPAL y por expertos de la región, quienes han enfocado el tema desde diversos ángulos en un esfuerzo por contribuir a su examen y evaluar lo logrado durante el Decenio. Incluye también una extensa bibliografía especializada, que ha de ser de interés para quienes estudian estas materias.

Hacia nuevas modalidades de cooperación económica entre América Latina y el Japón. (LC/G. 1354). Serie de Cuadernos de la CEPAL N° 51. Santiago de Chile: 1986. 233 páginas.

Durante más de un cuarto de siglo las relaciones económicas entre América Latina y el Japón han estado ampliándose sin sufrir retrocesos graves. En los últimos años dichas relaciones se han estrechado aún más en diversos campos que interesan a ambas partes. Con todo, la simple persistencia de las tendencias pasadas tal vez no asegure el logro de objetivos convenientes para el futuro de ambos, en especial dados los problemas tanto internos como externos que ha estado confrontando la región latinoamericana en el último tiempo. El presente informe procura esclarecer la naturaleza de estos problemas con el fin de sugerir posibilidades de establecer nuevas formas de cooperación económica recíprocamente provechosas entre América Latina y el Japón. Pese a la enorme distancia geográfica que los separa, América Latina es una región importante para Japón, en especial en lo que respecta a su potencial de desarrollo futuro y a la posible diversificación del comercio y otras actividades de cooperación.

Las nuevas formas de cooperación deberán buscarse a la luz de un adecuado reconocimiento de lo que persiguen los países latinoamericanos al reestructurar sus economías para el futuro, así como de los problemas surgidos de su desarrollo económico pasado. Al respecto, hay que tener presentes a lo menos dos características —la etapa semindustrializada que en gran medida han alcanzado y su abundante dotación de recursos naturales. Asimismo, hay que definir cuidadosamente la capacidad de cooperación del Japón a la luz de la experiencia japonesa de desarrollo y la posibilidad de que dicha cooperación traiga consigo ventajas para dicho país, cuya etapa de plena industrialización le hace necesario contar con un abastecimiento diversificado y seguro de recusos naturales.

El contenido del presente informe proporciona buenas expectativas para fomentar la cooperación económica entre ambas partes por varias razones: el estudio fue llevado a cabo en forma conjunta por grupos de expertos seleccionados por ambas partes; las posibilidades de nuevas formas y campos de cooperación derivaron de un cuidadoso análisis realizado a lo largo de tres años; y la investigación comprendió determinados campos específicos de importancia, en vez de procurar abarcar superficialmente todos los aspectos del problema.

Trade relations between Brazil and the United States (LC/G. 1357). Serie Estudios e Informes de la CEPAL N° 52. Santiago de Chile: 1985. 148 páginas (Versión en inglés).

Este estudio sobre las relaciones comerciales entre Brasil y los Estados Unidos se elaboró dentro del marco del Acuerdo IPEA-CEPAL como parte de un programa conjunto de investigación. Ambas instituciones comparten el interés por analizar las tendencias recientes en las exportaciones del Brasil a los países industrializados y la importancia relativa de las restricciones de importación sobre estas corrientes de comercio.

Este estudio es el primero de una serie sobre este tema. Se centra en el conflicto y consenso de las relaciones comerciales entre Brasil y los Estados Unidos. El capítulo I proporciona un breve resumen de todo el estudio. El capítulo II presenta una descripción breve de las políticas comerciales de los Estados Unidos y el rol de los diferentes organismos gubernamentales. También analiza el conflicto entre comercio libre y proteccionismo y su impacto sobre las leyes comerciales de los Estados Unidos. El capítulo III comenta las tendencias recientes de las políticas comerciales de Brasil, a partir del inicio del programa de promoción de exportaciones en particular, y explica sus elementos esenciales considerando su trasfondo histórico además de los factores externos que han contribuido a producir cambios en la orientación de la política comercial de Brasil. El capítulo IV presenta un corto resumen de las tendencias recientes en el comercio bilateral entre Brasil y los Estados Unidos. También se examina el programa sobre Sistema Generalizado de Preferencias (SGP) de los Estados Unidos. El capítulo V proporciona información sobre las restricciones impuestas por Estados Unidos que afectan al Brasil, y calculan su cobertura comercial. En el capítulo final (VI), se extrae una conclusión principal: las relaciones comerciales de Brasil con Estados Unidos son tensas por una combinación de diferencias prácticas y de pensamiento; sin embargo, los esfuerzos para resolver estos problemas comerciales se llevan a cabo en una atmósfera más cordial que en ningún otro período durante el presente decenio. El estudio concluye presentando un conjunto de recomendaciones.

Políticas de promoción de exportaciones en algunos países de América Latina. (LC/G. 1370). Serie Estudios e Informes de la CEPAL N° 55. Santiago de Chile: 1985. 297 páginas.

Con un endeudamiento externo de US$ 360 000 millones, América Latina enfrenta una situación difícil en el presente y de graves proyecciones futuras. Los resultados parecen demostrar que la época de la política del comercio abierto ha terminado. El costo fue elevadísimo, pero aún se puede acrecentar, si se tiene en cuenta que la región atraviesa por un ciclo en el comercio exterior en el cual se acentúa el deterioro de los términos del intercambio. La caída en los precios de la mayoría de los productos básicos de exportación y, en algunos casos, del volumen de colocaciones, significa un recorte considerable de divisas para los países. Además, el aporte externo disponible para adquirir bienes y servicios en el mercado internacional es bastante reducido.

A este cuadro es indispensable agregar el pago de intereses y amortizaciones de la deuda externa que deben efectuar las naciones deudoras. Este aspecto es de gran importancia pues en las actuales condiciones los ingresos provenientes de las ventas en el mercado internacional apenas si alcanzan para atender el servicio de la deuda a corto y mediano plazos.

Enfrentados a esta situación, los responsables de las políticas económicas en América Latina han debido adoptar medidas de urgencia que en general apuntan a resolver situaciones coyunturales. Sin embargo, cada vez se hace más evidente la necesidad de imponer racionalidad a largo plazo y encontrar caminos que impulsen el crecimiento hacia adentro, fortaleciendo a la vez el flujo de bienes a los mercados internacionales.

Es por ello que la presente publicación, que forma parte del Proyecto de Promoción y Desarrollo de las Exportaciones de la CEPAL, tiene por objetivo central divulgar los principales antecedentes de los sistemas de promoción de exportaciones no tradicionales de algunos países latinoamericanos y está dirigida a la amplia gama de personas y entidades vinculadas al comercio exterior.

En ella se presentan las experiencias de la Argentina, Colombia, Costa Rica, Ecuador, Perú y República Dominicana. A cada país se le asigna un capítulo que contiene la evolución del instrumental de promoción de exportaciones, algunos resultados obtenidos y un esfuerzo de evaluación para determinar la bondad del sistema. La selección de países procura presentar un panorama amplio de los esquemas de promoción utilizados, en la región. Es por ello que se muestra tanto la experiencia de algunos países con sistemas débiles e incompletos, así como la de otros con una infraestructura promocional completa, fortalecida por resultados positivos a través de los años.

Las empresas transnacionales en la Argentina. (LC/G. 1377). Serie Estudios e Informes de la CEPAL N° 56. Santiago de Chile: 1986. 222 páginas.

Este estudio presenta una visión general de la presencia y significación de las empresas transnacionales en la Argentina en los diversos períodos de su historia económica, con especial atención a las décadas recientes.

En él se sostiene que ya hacia fines del siglo pasado uno de los rasgos característicos de la economía argentina era la fuerte presencia del capital extranjero. Su inserción en las actividades claves del modelo agroexportador (transporte, servicios vinculados al comercio exterior, frigoríficos, etc.) le otorgaba un rol protagónico en el desarrollo de la economía y, a la vez, una elevada potencialidad de acumulación.

El paulatino agotamiento del modelo agroexportador y los primeros indicios de un nuevo patrón de acumulación, sustentado sobre la base de la sustitución de importaciones, se corresponden con nuevas formas de inversiones extranjeras, donde los sectores vinculados a la exportación tienden a ser desplazados por actividades —esencialmente manufactureras— orientadas a atender la demanda interna.

Tanto bajo la primera fase del proceso sustitutivo —industrias livianas— como en la segunda, cuando comienza a encararse la sustitución de bienes intermedios y de consumo duraderos, el capital extranjero pasa a ocupar y controlar las áreas con mayor potencialidad de crecimiento. Al igual que bajo el modelo agroexportador, la presencia extranjera tiende a polarizarse hacia las actividades que constituyen los núcleos dinámicos de la acumulación de capital.

Elaborado con la colaboración de la Oficina de la CEPAL en Buenos Aires, este estudio forma parte de una serie de trabajos que está realizando la Unidad Conjunta CEPAL/CET sobre Empresas Transnacionales acerca de la presencia y efectos de las empresas transnacionales en los países de la región. Estudios similares de los casos de Chile, Brasil, Perú y Ecuador fueron publicados en la serie Estudios e Informes de la CEPAL N°s 22, 31, 36 y 41 respectivamente, y se están concluyendo actualmente trabajos similares sobre los casos de Colombia y Paraguay. Esta serie se complementa con el trabajo *Empresas transnacionales en la industria de alimentos. El caso argentino: cereales y carne*, Estudio e Informes de la CEPAL, N° 29, 1983.

El desarrollo frutícola y forestal en Chile y sus derivaciones sociales. (LC/G. 1378). Serie Estudios e Informes de la CEPAL N° 57, Santiago de Chile: 1986.

En el caso chileno, como en la generalidad de los países de ésta y otras regiones del mundo, la relación entre el Estado, la agricultura y la sociedad rural ha dependido del marco impuesto por un estilo de desarrollo. Los procesos recientes de modernización y los cambios profundos que han ocurrido en el campo son expresiones locales del modelo capitalista de desarrollo, fenómeno muy amplio, que se remonta a varias décadas, trasciende al continente americano, y sigue adelante pese a algunos desvíos, vacilaciones, e incluso retrocesos. La dirección que ha tomado, sin embargo, no ha sido exactamente la postulada por el paradigma inicial. Poco a poco, las distintas versiones nacionales, en general, y la chilena, en particular, se han apartado del modelo original de los países del centro y se ha ido formando un estilo de desarrollo distinto y dependiente que se ha denominado capitalismo periférico.

Dentro de ese marco, este estudio analiza las política encaminadas a estimular la fruticultura de tipo industrial orientada a la exportación a los países del hemisferio norte, así como el alcance de esas políticas, su capacidad de fomentar el crecimiento frutícola, y los instrumentos empleados con ese fin. Investiga los cambios ocurridos en el valor de la tierra y en su distribución, en la demanda de mano de obra y en el régimen de trabajo y de remuneración, así como los efectos de la estacionalidad del empleo agrícola y el nivel y la diferenciación de las remuneraciones.

Se presta especial atención a los productores dedicados a esta actividad, a las condiciones que llevaron a la formación de este tipo de empresario, y a los instrumentos financieros, comerciales y técnicos que los han sustentado. Por último, se evalúan las derivaciones sociales de esta modaidad de desarrollo frutícola y se proponen otros lineamientos con miras a que el crecimiento analizado pueda contribuir más directamente al desarrollo de las poblaciones rurales.

El comercio exterior de bienes de capital en América Latina. (LC/G. 1371). Serie Cuadernos Estadísticos de la CEPAL N° 11. Santiago de Chile: 1986. 288 páginas.

Se han realizado numerosos estudios y reuniones de expertos y empresarios en el marco de las actividades del proyecto CEPAL/ONUDI/PNUD sobre la situación y perspectivas de abastecimiento y producción de bienes de capital en América Latina. Sin embargo, hasta ahora el comercio exterior de bienes de capital de los países de la región no había sido abordado en forma expresa y sistemática, entre otras razones, por falta de información.

Las estadísticas del comercio exterior de bienes de capital de origen metalmecánico que se presentan en este Cuaderno dan respuesta a esa necesidad. Se las ha estructurado en forma relativamente resumida y en algunos cuadros detallados, con el propósito de brindar una base de información ágil para el estudio de este tema.

Los datos acerca de las exportaciones e importaciones de dichos bienes abarcan 16 países de América Latina, los once países miembros de la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI), más los cinco países del Mercado Común Centroamericano (MCCA) y al conjunto de ellos. La ausencia de los otros países de la región en esta publicación obedece a la falta de datos. Puede estimarse, sin embargo, que las cifras publicadas configuran en un porcentaje superior al 90% el panorama regional. Las estadísticas corresponden al período 1970-1982, y los bienes han sido seleccionados sobre la base de los criterios utilizados en la Clasificación según uso o destino económico (CUODE).

En el examen de las importaciones de bienes de capital según el tipo de productos se han utilizado series continuas para el período 1970-1982, y se han distinguido dos orígenes, esto es, aquellas provenientes del mundo y las de origen exclusivamente latinoamericano. Se ha procedido así con miras a mostrar la evolución del abastecimiento extrarregional e intrarregional. Por su parte, para el análisis de las exportaciones e importaciones según la naturaleza de los bienes y el área de origen o destino se han elegido determinados años. En el caso de las importaciones se han considerado los años 1970 y 1980 y en el de las exportaciones los años 1970, 1975, 1980 y 1982. Al respecto cabe hacer notar que aunque la combinación de las variables denominadas "tipo de producto" y "área de origen o destino" supone un enriquecimiento sustancial de la información, trae consigo una mayor complejidad en el ordenamiento de los datos; los cambios estructurales en este sentido son relativamente lentos en el tiempo, y en todo caso pueden analizarse sin recurrir necesariamente a series continuas.

Por último, el Cuaderno incluye cuatro anexos. En el primero figuran los títulos de los estudios realizados en el marco del Proyecto CEPAL/ONUDI/PNUD, y en los tres siguientes se procura precisar la naturaleza de la información estadística inserta en la segunda parte. Dichos anexos incluyen una lista de documentos relacionados con el tema elaborados en el proyecto aludido; el detalle de los bienes de capital considerados en el Cuaderno, clasificados según la Clasificación Uniforme para el Comercio Internacional Modificada (CUCI, Rev. 1) y la Nomenclatura Arancelaria de Bruselas (NAB); los nombres de los países que componen las zonas copartícipes del comercio; y las diferencias entre la definición del concepto bienes de capital adoptado en este trabajo y el que se utiliza en la Clasificación por grandes categorías económicas (CGE).

"Entre Rieles": una experiencia interdisciplinaria en video sobre juventud popular urbana. (LC/G. 1419). Serie Monografías N° 1. Santiago de Chile: 1986. 51 páginas.

Dentro del marco de las iniciativas relacionadas con la celebración del Año Internacional de la Juventud, la CEPAL encargó la elaboración de un documento de respaldo a una "investigación en imágenes" realizada en Santiago de Chile durante 1983, que versó sobre el comportamiento social de un grupo de jóvenes pertenecientes a un sector de estrato medio-bajo en deterioro.

Este documento describe las etapas seguidas en el desarrollo de la investigación que usó como instrumento de registro el video, y que dio lugar a un documental de 37 minutos titulado "Entre-rieles".

En pricipio se plantean los objetivos de "Entre-rieles" y se explica su carácter exploratorio, determinado por el trabajo interdisciplinario tentativo y la utilización experimental del video como instrumento de registro y medio de investigación social. Luego se dan a conocer los antecedentes teórico-conceptuales utilizados en la definición del área de estudio y se describe la metodología de acercamiento al lugar y al grupo de jóvenes "protagonista" de "Entre-rieles". Finalmente se analizan la forma de registro y el criterio de montaje empleado, y se realiza una evaluación, un diagnóstico y una proyección de la experiencia.

Lista de publicaciones de la CEPAL

PUBLICACIONES PERIODICAS

Revista de la CEPAL

La *Revista* se inició en 1976 como parte del Programa de Publicaciones de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, con el propósito de contribuir al examen de los problemas del desarrollo socioeconómico de la región. Las opiniones expresadas en los artículos firmados, incluidas las colaboraciones de los funcionarios de la Secretaría, son las de los autores y, por lo tanto, no reflejan necesariamente los puntos de vista de la Organización.

La *Revista de la CEPAL* se publica en español e inglés tres veces por año.

Los precios de subscripción anual vigentes para 1986 son de US$ 16 para la versión en español y de US$ 18 para la versión en inglés. El precio por ejemplar suelto es de US$ 6 para ambas versiones.

Estudio Económico de América Latina y el Caribe

1980, 664 pp. (US$ 29.00)
1981, 863 pp. (US$ 42.00)
1982, vol. I 693 pp. (US$ 42.00)
1982, vol. II 199 pp. (US$ 13.00)
1983, vol. I 694 pp. (US$ 44.00)
1983, vol. II 179 pp. (US$ 13.00)
1984, vol. I 702 pp. (US$ 25.00)
1984, vol. II (en prensa)

Economic Survey of Latin America and the Caribbean

1980, 629 pp. (US$ 29.00)
1981, 837 pp. (US$ 42.00)
1982, vol. I 658 pp. (US$ 42.00)
1982, vol. II 186 pp. (US$ 13.00)
1983, vol. I 686 pp. (US$ 44.00)
1983, vol. II 166 pp. (US$ 13.00)
1984, vol. I (en prensa)
1984, vol. II (en prensa)

(También hay ejemplares de años anteriores)

Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe
Statistical Yearbook for Latin America and the Caribbean (bilingüe)

1980, 617 pp. (US$ 29.00)
1981, 727 pp. (US$ 35.00)
1983, (correspondiente a 1982/1983) 749 pp. (US$ 40.00)
1984, 765 pp. (US$ 40.00)
1985, (en prensa)

(También hay ejemplares de años anteriores)

LIBROS DE LA CEPAL

Manual de proyectos de desarrollo económico, 1958, 5ª ed. 1980, 264 pp. (US$ 7.50)

Manual on economic development projects, 1958, 2nd. ed. 1972, 242 pp. (US$ 5.00)

América Latina en el umbral de los años ochenta, 1979, 2ªed. 1980, 203 pp. (US$ 6.00)

Agua, desarrollo y medio ambiente en América Latina, 1980, 443 pp. (US$ 9.00)

Los bancos transnacionales y el financiamiento externo de América Latina. La experiencia del Perú. 1965-1976, por Robert Devlin, 1980, 265 pp. (US$ 6.00)

Transnational banks and the external finance of Latin America: the experience of Peru, 1985, 342 pp. (US$ 6.00)

¿Se puede superar la pobreza? Realidad y perspectivas en América Latina, 1980, 286 pp. (US$ 6.00)

La dimensión ambiental en los estilos de desarrollo de América Latina, por Osvaldo Sunkel, 1981, 2ª ed. 1984, 136 pp. (US$ 5.00)

Women and development: guidelines for programme and project planning, 1982, 3rd. ed. 1984, 123 pp. (US$ 6.00)

La mujer y el desarrollo: guía para la planificación de programas y proyectos, 1984, 115 pp. (US$ 6.00)

Africa y América Latina: perspectivas de la cooperación interregional, 1983, 286 pp. (US$ 9.00)

Sobrevivencia campesina en ecosistemas de altura, vols. I y II, 1983, 720 pp. (US$ 12.00)

La mujer en el sector popular urbano. América Latina y el Caribe, 1984, 349 pp. (US$ 8.00)

Avances en la interpretación ambiental del desarrollo agrícola de América Latina, 1985, 236 pp. (US$ 10.00)

El decenio de la mujer en el escenario latinoamericano, 1985, 222 pp. (US$ 6.00)

SERIES MONOGRAFICAS

Cuadernos de la CEPAL

1. *América Latina: el nuevo escenario regional y mundial / Latin America: the new regional and world setting* (bilingüe), 1975, 2ª ed. 1984, 103 pp. (US$ 4.00)
2. *Las evoluciones regionales de la estrategia internacional del desarrollo*, 1975, 2ª ed. 1984, 73 pp. (US$ 4.00)

2. *Regional appraisals of the international development strategy*, 1975, 2nd. ed. 1985, 92 pp. (US$ 4.00)
3. *Desarrollo humano, cambio social y crecimiento en América Latina*, 1975, 2ª ed. 1984, 103 pp. (US$ 4.00)
4. *Relaciones comerciales, crisis monetaria e integración económica en América Latina*, 1975, 85 pp. (US$ 3.00)
5. *Síntesis de la segunda evaluación regional de la estrategia internacional del desarrollo*, 1975, 72 pp. (US$ 3.00)
6. *Dinero de valor constante. Concepto, problemas y experiencias*, por Jorge Rose, 1975, 2ª ed. 1984, 43 pp. (US$ 4.00)
7. *La coyuntura internacional y el sector externo*, 1975, 2ª ed. 1983, 117 pp. (US$ 3.00)
8. *La industrialización latinoamericana en los años setenta*, 1975, 2ª ed. 1984, 116 pp. (US$ 4.00)
9. *Dos estudios sobre inflación 1972-1974. La inflación en los países centrales. América Latina y la inflación importada*, 1975, 2ª ed. 1984, 57 pp. (US$ 4.00)
10. *Reactivación del mercado común centroamericano*, 1976, 2ª ed. 1984, 149 pp. (US$ 6.00)
11. *Integración y cooperación entre países en desarrollo en el ámbito agrícola*, por Germánico Salgado, 1976, 2ª ed. 1985, 62 pp. (US$ 4.00)
12. *Temas del nuevo orden económico internacional*, 1976, 2ª ed. 1984, 85 pp. (US$ 4.00)
13. *En torno a las ideas de la CEPAL: desarrollo, industrialización y comercio exterior*, 1977, 2ª ed. 1985, 64 pp. (US$ 4.00)
14. *En torno a las ideas de la CEPAL: problemas de la industrialización en América Latina*, 1977, 2ª ed. 1984, 46 pp. (US$ 4.00)
15. *Los recursos hidráulicos de América Latina. Informe regional*, 1977, 2ª ed. 1984, 75 pp. (US$ 4.00)
15. *The water resources of Latin America. Regional report*, 1977, 2nd. ed. 1985, 90 pp. (US$ 4.00)
16. *Desarrollo y cambio social en América Latina*, 1977, 2ª ed. 1984, 59 pp. (US$ 4.00)
17. *Estrategia internacional de desarrollo y establecimiento de un nuevo orden económico internacional*, 1977, 3ª ed. 1984, 61 pp. (US$ 4.00)
17. *International development strategy and establishment of a new international economic orden*, 1977, 3rd. ed. 1985, 70 pp. (US$ 4.00)
18. *Raíces históricas de las estructuras distributivas de América Latina*, por A. di Filippo, 1977, 2ª ed. 1983, 67 pp. (US$ 3.00)
19. *Dos estudios sobre endeudamiento externo*, por C. Massad y R. Zahler, 1977, 2ª ed. 1986, 72 pp. (US$ 4.00)
20. *Tendencias y proyecciones a largo plazo del desarrollo económico de América Latina*, 1978, 3ª ed. 1985, 144 pp. (US$ 4.00)
21. *25 años en la agricultura de América Latina: rasgos principales 1950-1975*, 1978, 2ª ed. 1983, 128 pp. (US$ 4.00)
22. *Notas sobre la familia como unidad socioeconómica*, por Carlos A. Borsotti, 1978, 2ª ed. 1984, 60 pp. (US$ 4.00)
23. *La organización de la información para la evaluación del desarrollo*, por Juan Sourrouille, 1978, 2ª ed. 1984, 66 pp. (US$ 3.00)
24. *Contabilidad nacional a precios constantes en América Latina*, 1978, 2ª ed. 1983, 69 pp. (US$ 4.00)
25. *Ecuador: desafíos y logros de la política económica en la fase de expansión petrolera*, 1979, 2ª ed. 1984, 158 pp. (US$ 5.00)
26. *Las transformaciones rurales en América Latina ¿Desarrollo social o marginación?*, 1979, 2ª ed. 1984, 165 pp. (US$ 5.00)
27. *La dimensión de la pobreza en América Latina*, por Oscar Altimir, 1979, 2ª ed. 1983, 95 pp. (US$ 3.00)
28. *Organización institucional para el control y manejo de la deuda externa —El caso chileno*, por Rodolfo Hoffman, 1979, 41 pp. (US$ 3.00)
29. *La política monetaria y el ajuste de la balanza de pagos: tres estudios*, 1979, 2ª ed. 1984, 67 pp. (US$ 4.00)
29. *Monetary policy and balance of payments adjustment: three studies*, 1979, 60 pp. (US$ 3.00)
30. *América Latina: las evaluaciones regionales de la estrategia internacional del desarrollo en los años setenta*, 1979, 2ª ed. 1982, 243 pp. (US$ 6.00)
31. *Educación, imágenes y estilos de desarrollo*, por. G. Rama, 1979, 2ª ed. 1982, 77 pp. (US$ 4.00)
32. *Movimientos internacionales de capitales*, por R.H. Arriazu, 1979, 2ª ed. 1984, 90 pp. (US$ 4.00)
33. *Informe sobre las inversiones directas extranjeras en América Latina*, por A.E. Calcagno, 1980, 2ª ed. 1982, 114 pp. (US$ 4.00)
34. *Las fluctuaciones de la industria manufacturera argentina*, 1950-1978, por D. Heymann, 1980, 2ª ed. 1984, 234 pp. (US$ 6.00)
35. *Perspectivas de reajuste industrial: la Comunidad Económica Europea y los países en desarrollo*, por B. Evers, G. de Groot y W. Wagenmans, 1980, 2ª ed. 1984, 69 pp. (US$ 4.00)
36. *Un análisis sobre la posibilidad de evaluar la solvencia crediticia de los países en desarrollo*, por A. Saieh, 1980, 2ª ed. 1984, 82 pp. (US$ 4.00)
37. *Hacia los censos latinoamericanos de los años ochenta*, 1981, 152 pp. (US$ 6.00)
38. *Desarrollo regional argentino: la agricultura*, por J. Martin, 1981, 2ª ed. 1984, 119 pp. (US$ 4.00)
39. *Estratificación y movilidad ocupacional en América Latina*, por C. Filgueira y C. Geneletti, 1981, 2ª ed. 1985, 172 pp. (US$ 6.00)
40. *Programa de acción regional para América Latina en los años ochenta*, 1981, 2ª ed. 1984, 69 pp. (US$ 3.00)
40. *Regional programme of action for Latin America in the 1980s*, 1981, 2nd. ed. 1984, 66 pp. (US$ 3.00)
41. *El desarrollo de América Latina y sus repercusiones en la educación. Alfabetismo y escolaridad básica*, 1982, 254 pp. (US$ 6.00)
42. *América Latina y la economía mundial del café*, 1982, 104 pp. (US$ 4.00)
43. *El ciclo ganadero y la economía argentina*, 1983, 168 pp. (US$ 6.00)
44. *Las encuestas de hogares en América Latina*, 1983, 130 pp. (US$ 6.00)
45. *Las cuentas nacionales en América Latina y el Caribe*, 1983, 109 pp. (US$ 4.00)
45. *National accounts in Latin America and the Caribbean*, 1983, 97 pp. (US$ 4.00)
46. *Demanda de equipos para generación, transmisión y transformación eléctrica en América Latina*, 1983, 201 pp. (US$ 6.00)
47. *La economía de América Latina en 1982: evolución general, política cambiaria y renegociación de la deuda externa*, 1984, 113 pp. (US$ 4.00)

48. *Políticas de ajuste y renegociación de la deuda externa en América Latina*, 1984, 112 pp. (US$ 4.00)
49. *La economía de América Latina y el Caribe en 1983: evolución general, crisis y procesos de ajuste*, 1985, 106 pp. (US$ 4.00)
49. *The economy of Latin America and the Caribbean in 1983: main trends, the impact of the crisis and the adjustment processes*, 1985, 104 pp. (US$ 4.00)
50. *La CEPAL encarnación de una esperanza de América Latina*, por Hernán Santa Cruz, 1985, 84 pp. (US$ 4.00)
51. *Hacia nuevas modalidades de cooperación económica entre América Latina y el Japón*, 1986, 240 pp. (US$ 6.00)
— *Canada and the foreign firm*, D. Pollock, 1976, 43 pp. (US$ 4.00)
— *United States — Latin American Trade and Financial Relations: Some Policy Recommendations*, S Weintraub, 1977, 44 pp. (US$ 4.00)
— *Energy in Latin America: The Historical Record*, J. Mullen, 1978, 66 pp. (US$ 4.00)
— *The Economics Relations of Latin America with Europe*, 1980, 2nd. ed. 1983, 156 pp. (US$ 6.00)

Cuadernos Estadísticos de la CEPAL

1. *América Latina: relación de precios del intercambio*, 1976, 2ª ed., 1984, 66 pp. (US$ 3.00)
2. *Indicadores del desarrollo económico y social en América Latina*, 1976, 2ª ed. 1984, 179 pp. (US$ 8.00)
3. *Series históricas del crecimiento de América Latina*, 1978, 2ª ed. 1984, 206 pp. (US$ 8.00)
4. *Estadísticas sobre la estructura del gasto de consumo de los hogares según finalidad del gasto, por grupos de ingreso*, 1978, 110 pp. (Agotado, reemplazado por N° 8)
5. *El balance de pagos de América Latina, 1950-1977*, 1979, 2ª ed. 1984, 164 pp. (US$ 8.00)
6. *Distribución regional del producto interno bruto sectorial en los países de América Latina*, 1981, 2ª ed. 1985, 68 pp. (US$ 6.00)
7. *Tablas de insumo-producto en América Latina*, 1983, 383 pp. (US$ 8.00)
8. *Estructura del gasto de consumo de los hogares según finalidad del gasto, por grupos de ingreso*, 1984, 146 pp. (US$ 6.00)
9. *Origen y destino del comercio exterior de los países de la Asociación Latinoamericana de Integración y del Mercado Común Centroamericano*, 1985, 546 pp. (US$ 12.00)
10. *América Latina: Balance de pagos 1950-1984*, 1986, 357 pp. (US$ 12.00)
11. *El comercio exterior de bienes de capital en América Latina*, 1986, 288 pp. (US$ 8.00)

Estudios e Informes de la CEPAL

1. *Nicaragua: el impacto de la mutación política*, 1981, 2ª ed. 1982, 126 pp. (US$ 6.00)
2. *Perú 1968-1977: la política económica en un proceso de cambio global*, 1981, 2ª ed. 1982, 166 pp. (US$ 6.00)
3. *La industrialización de América Latina y la cooperación internacional*, 1981, 170 pp. (US$ 5.00) (Agotado, no será reimpreso)
4. *Estilos de desarrollo, modernización y medio ambiente en la agricultura latinoamericana*, 1981, 4ª ed. 1984, 130 pp. (US$ 5.00)
5. *El desarrollo de América Latina en los años ochenta*, 1981, 2ª ed. 1982, 153 pp. (US$ 6.00)
5. *Latin American development in the 1980s*, 1981, 2nd. ed. 1982, 134 pp. (US$ 6.00)
6. *Proyecciones del desarrollo latinoamericano en los años ochenta*, 1981, 3ª ed. 1985, 96 pp. (US$ 4.00)
6. *Latin American development projections for the 1980s*, 1982, 2nd. ed. 1983, 89 pp. (US$ 4.00)
7. *Las relaciones económicas externas de América Latina en los años ochenta*, 1981, 2ª ed. 1982, 180 pp. (US$ 6.00)
8. *Integración y cooperación regionales en los años ochenta*, 1982, 2ª ed. 1982, 174 pp. (US$ 6.00)
9. *Estrategias de desarrollo sectorial para los años ochenta: industria y agricultura*, 1981, 2ª ed. 1985, 100 pp. (US$ 4.00)
10. *Dinámica del subempleo en América Latina.* PREALC, 1981, 2ª ed. 1985, 101 pp. (US$ 4.00)
11. *Estilos de desarrollo de la industria manufacturera y medio ambiente en América Latina*, 1982, 2ª ed. 1984, 178 pp. (US$ 6.00)
12. *Relaciones económicas de América Latina con los países miembros del Consejo de Asistencia Mutua Económica*, 1982, 154 pp. (US$ 6.00)
13. *Campesinado y desarrollo agrícola en Bolivia*, 1982, 175 pp. (US$ 6.00)
14. *El sector externo: indicadores y análisis de sus fluctuaciones. El caso argentino*, 1982, 2ª ed. 1985, 216 pp. (US$ 6.00)
15. *Ingeniería y consultoría en Brasil y el Grupo Andino*, 1982, 320 pp. (US$ 10.00)
16. *Cinco estudios sobre la situación de la mujer en América Latina*, 1982, 2ª ed. 1985, 178 pp. (US$ 6.00)
16. *Five studies on the situation of women in Latin America*, 1983, 2nd. ed. 1984, 188 pp. (US$ 6.00)
17. *Cuentas nacionales y producto material en América Latina*, 1982, 129 pp. (US$ 6.00)
18. *El financiamiento de las exportaciones en América Latina*, 1983, 212 pp. (US$ 6.00)
19. *Medición del empleo y de los ingresos rurales*, 1982, 2ª ed. 1983, 173 pp. (US$ 6.00)
19. *Measurement of employment and income in rural areas*, 1983, 184 pp. (US$ 6.00)
20. *Efectos macroeconómicos de cambios en las barreras al comercio y al movimiento de capitales: un modelo de simulación*, 1982, 79 pp. (US$ 4.00)
21. *La empresa pública en la economía: la experiencia argentina*, 1982, 2ª ed. 1985, 134 pp. (US$ 6.00)
22. *Las empresas transnacionales en la economía de Chile, 1974-1980*, 1983, 178 pp. (US$ 6.00)
23. *La gestión y la informática en las empresas ferroviarias de América Latina y España*, 1983, 195 pp. (US$ 6.00)
24. *Establecimiento de empresas de reparación y mantenimiento de contenedores en América Latina y el Caribe*, 1983, 314 pp. (US$ 6.00)
24. *Establishing container repair and maintenance enterprises in Latin America and the Caribbean*, 1983, 236 pp. (US$ 6.00)
25. *Agua potable y saneamiento ambiental en América Latina, 1981-1990 / Drinking water supply and sanitation in Latin America, 1981-1990* (bilingüe), 1983, 140 pp. (US$ 6.00)

26. *Los bancos transnacionales, el Estado y el endeudamiento externo en Bolivia*, 1983, 282 pp. (US$ 6.00)
27. *Política económica y procesos de desarrollo. La experiencia argentina entre 1976 y 1981*, 1983, 157 pp. (US$ 6.00)
28. *Estilos de desarrollo, energía y medio ambiente: un estudio de caso exploratorio*, 1983, 129 pp. (US$ 6.00)
29. *Empresas transnacionales en la industria de alimentos. El caso argentino: cereales y carne*, 1983, 93 pp. (US$ 4.00)
30. *Industrialización en Centro América, 1960-1980*, 1983, 168 pp. (US$ 6.00)
31. *Dos estudios sobre empresas transnacionales en Brasil*, 1983, 141 pp. (US$ 6.00)
32. *La crisis económica internacional y su repercusión en América Latina*, 1983, 81 pp. (US$ 4.00)
33. *La agricultura campesina en sus relaciones con la industria*, 1984, 120 pp. (US$ 4.00)
34. *Cooperación económica entre Brasil y el Grupo Andino: el caso de los minerales y metales no ferrosos*, 1983, 148 pp. (US$ 6.00)
35. *La agricultura campesina y el mercado de alimentos: la dependencia externa y sus efectos en una economía abierta*, 1984, 201 pp. (US$ 6.00)
36. *El capital extranjero en la economía peruana*, 1984, 178 pp. (US$ 6.00)
37. *Dos estudios sobre política arancelaria*, 1984, 96 pp. (US$ 4.00)
38. *Estabilización y liberalización económica en el Cono Sur*, 1984, 193 pp. (US$ 6.00)
39. *La agricultura campesina y el mercado de alimentos: el caso de Haití y el de la República Dominicana*, 1984, 255 pp. (US$ 6.00)
40. *La industria siderúrgica latinoamericana: tendencias y potencial*, 1984, 280 pp. (US$ 6.00)
41. *La presencia de las empresas transnacionales en la economía ecuatoriana*, 1984, 77 pp. (US$ 4.00)
42. *Precios, salarios y empleo en la Argentina: estadísticas económicas de corto plazo*, 1984, 378 pp. (US$ 6.00)
43. *El desarrollo de la seguridad social en América Latina*, 1985, 348 pp. (US$ 6.00)
44. *Market structure, firm size and Brazilian exports*, 1985, 104 pp. (US$ 4.00)
45. *La planificación del transporte en países de América Latina*, 1985, 247 pp. (US$ 6.00)
46. *La crisis en América Latina: su evaluación y perspectivas*, 1985, 119 pp. (US$ 4.00)
47. *La juventud en América Latina y el Caribe*, 1985, 181 pp. (US$ 6.00)
48. *Desarrollo de los recursos mineros de América Latina*, 1985, 152 pp. (US$ 6.00)
49. *Las relaciones económicas internacionales de América Latina y la cooperación regional*, 1985, 230 pp. (US$ 6.00)
50. *América Latina y la economía mundial del algodón*, 1985, 128 pp. (US$ 4.00)
51. *Comercio y cooperación entre países de América Latina y países miembros del* CAME, 1985, 96 pp. (US$ 4.00)
52. *Trade relations between Brazil and the United States*, 1985, 154 pp. (US$ 6.00)
53. *Los recursos hídricos de América Latina y el Caribe y su aprovechamiento*, 1985, 144 pp. (US$ 6.00)
53. *The water resources of Latin America and the Caribbean and their utilization*, 1985, 142 pp. (US$ 6.00)
54. *La pobreza en América Latina: dimensiones y políticas*, 1985, 162 pp. (US$ 6.00)
55. *Políticas de promoción de exportaciones en algunos países de América Latina*, 1985, 304 pp. (US$ 6.00)
56. *Las empresas transnacionales en la Argentina*, 1986, 228 pp. (US$ 6.00)
57. *El desarrollo frutícola y forestal en Chile y sus derivaciones sociales*, 1986, 234 pp. (US$ 6.00)

Estas publicaciones pueden obtenerse más rápida y económicamente enviando sus órdenes de compra desde:

Argentina, Brasil, Bolivia, Chile, Ecuador, Perú, Paraguay y Uruguay a:
Unidad de Distribución
CEPAL
Casilla 179-D
Santiago, Chile

Resto de América, Asia y Oceanía a:
Sección Ventas, DC-2-866
Naciones Unidas
Nueva York, NY 10017
Estados Unidos de América

Europa y Africa a:
Sección Ventas
Naciones Unidas
Palais des Nations
1211 Ginebra 10, Suiza

o adquiriéndolas directamente en las librerías siguientes:

Argentina: Riverside Agency SAC. Av. Belgrano 2786, 1096 Buenos Aires. **Bolivia**: Gisbert y Cía. SA. Comercio 1270, La Paz. **Brasil**: Moster Importadora y Exportadora Ltda. Caixa Postal 07-1129, Brasilia. **Chile**: 1.- Librería Editorial Universitaria. Edif. Naciones Unidas, Santiago. 2.- DIPUBLIC. Av. Antonio Varas 671, Piso 2, Santiago. **Colombia**: Editorial Tercer Mundo Ltda. Carrera 30, 42-32, Bogotá, DE. **Costa Rica**: Librería Trejos SA. Apartado Postal 1313, San José. **México**: 1.- CEPAL. Presidente Masari 29, 11570 México, DF. 2.- Distribuidora Literaria SA. Puebla 182, Local D. México, DF 7. **Panamá**: Librería Cultural Panameña. Vía España 16, Panamá 1. **Perú**: 1.- Enrique Cappelletti Ltda. Av. República de Panamá 22199, Lima 13. 2.- Librería Studium SA. Plaza Francia 1164, Lima. **República Dominicana**: Librería Blasco C por A. Av. Bolívar 402, Santo Domingo. **Venezuela**: Librería del Este. Apartado 60337, Caracas 1060-A.

Los precios arriba indicados no incluyen costos de envío. Sólo se aceptan cheques en dólores pagaderos en bancos de los Estados Unidos de América.

INDEC

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA Y CENSOS
REPUBLICA ARGENTINA

PRIMER CONCURSO "CARLOS NORIEGA" - 1986

El INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA Y CENSOS, con el auspicio de la Secretaría de Ciencia y Técnica, llama a concurso para la presentación de ensayos y/o trabajos de investigación en las siguientes áreas temáticas:

- Contabilidad nacional
- Contabilidad regional
- Indicadores socioeconómicos

Cierre del concurso: 30 de septiembre de 1986

- Este concurso tiene el propósito de promover la elaboración de trabajos tendientes a desarrollar y adecuar esquemas de indicadores que permitan diagnosticar la realidad económica y social de los países en desarrollo. Por lo tanto, se pretende estimular la discusión en temas de contabilidad nacional y regional y en lo referente a indicadores socioeconómicos.
  Se espera recibir contribuciones en temas tales como:
  - Adecuación de las cuentas nacionales a la situación de los países en desarrollo.
  - Integración de información económica y social.
  - Esquema de cuentas e indicadores para el análisis regional.
  - Los usos de las cuentas nacionales y la planificación.
  - Indicadores de bienestar y calidad de vida.
- Se han establecido dos premios:
  1er premio $ A. 600
  2° premio $ A. 300
  Los trabajos premiados se publicarán y formarán parte de las series que edita habitualmente INDEC.
  El Instituto Nacional de Estadística y Censos se reserva el derecho de publicar los restantes trabajos aprobados por el Jurado, previa comunicación a sus respectivos autores, dentro de un lapso de 9 meses de producido el dictamen. Asimismo se notificará a los autores la libre disponibilidad de las contribuciones no seleccionadas.
- El concurso se halla abierto a la participación de especialistas, cualquiera sea el país de residencia y sin límite de edad.
  Los trabajos podrán ser individuales o en equipo y deberán ser originales.
- Los trabajos podrán ser exclusivamente metodológicos; no obstante, el Jurado valorará las presentaciones que también incluyan el uso de información disponible, aun cuando ello se haga con el sólo objeto de ejemplificar propuestas.
  El plazo de presentación del trabajo se extenderá hasta el 30 de septiembre de 1986.
  La extensión del trabajo, mecanografiado a doble espacio en papel tamaño carta, no deberá exceder las 100 carillas en total, incluyendo cuadros y apéndices.
  El trabajo deberá estar escrito en idioma español.
  El trabajo —con tres copias— podrá ser enviado por correo o entregado personalmente en la sede del INDEC, observando las siguientes normas: a) al frente del sobre se consignará: Señores del Jurado / Concurso. "Carlos Noriega" / INDEC / Hipólito Yrigoyen 250 / Código 1310 / Buenos Aires / Argentina; b) el trabajo será firmado con seudónimo, evitándose en lo posible toda identificación del autor; c) dentro de un segundo sobre contenido en el anterior y perfectamente cerrado, el autor deberá aclarar: nombre y apellido, domicilio particular, dirección profesional y fecha de nacimiento (Este segundo sobre será abierto una vez producido el dictamen del Jurado y ante la presencia de escribano público).
- El Jurado está integrado por:
  Oscar ALTIMIR — Clemente PANZONE
  Manuel BALBOA — Juan SOURROUILLE
  Alberto FRACCHIA
  Las resoluciones del Jurado serán de carácter inapelable.
  El dictamen del Jurado será dado a conocer el 30 de noviembre de 1986.

Este concurso lleva el nombre de CARLOS NORIEGA, en homenaje a quien —desde el seno de esta institución— cumplió una destacada labor, por su actuación y por sus contribuciones científicas, en el desarrollo del sistema estadístico tanto argentino como latinoamericano. Carlos Noriega cursó estudios en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires; fue funcionario del Consejo Nacional de Desarrollo entre 1962 y 1968 y luego pasó a desempeñarse como Jefe del Censo Nacional de Población, Familias y Vivienda 1970.

Fue consultor de la Organisation for Economic Cooperation and Development (OECD), de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y de UNICEF; participó además en numerosas reuniones y seminarios de organizaciones tales como CEPAL, IASI, IARIW, OEA y ONU.

Por sus méritos personales y académicos fue propuesto para ejercer la Dirección del Instituto Nacional de Estadística y Censos, cargo que ocupó desde agosto de 1973 a mayo de 1976.

ENCUENTRO 40

SELECCIONES PARA LATINOAMERICA

ARTICULOS DEL NUMERO CUARENTA

- SOCIEDADES DEPENDIENTES Y CRISIS EN AMERICA LATINA: LOS DESAFIOS DE LA TRANSFORMACION POLITICO SOCIAL / G. RAMA, E. FALETTO / *REV. DE LA CEPAL*
- MONETARISMO Y CRISIS INDUSTRIAL. LA EXPERIENCIA ARGENTINA RECIENTE / D. AZPIAZU B. KOSAKOF / *PENSAMIENTO IBEROAMERICANO* / ESPAÑA
- COMERCIALIZACION DE PRODUCTOS BASICOS / G. RAMA, F. SANCHEZ ALVABERA / *PENSAM. IBEROAMERICANO*
- LA TRANSNACIONALIZACION DEL SISTEMA ALIMENTARIO EN AMERICA LATINA / R. RAMA / *PENSAMIENTO IBEROAMERICANO*
- 40 AÑOS DE PAZ: GUERRAS POR CENTENARES / A. SAMUEL / *CROISSANCE* / FRANCIA
- GASTO Y PRODUCCION MILITARES EN EL MUNDO / SIPRI / *COMERCIO EXTERIOR* / MEXICO
- LA GUERRA EN EL ESPACIO EXTERIOR / E. VIELIKOV, J. RUINA / *COMERCIO EXTERIOR*
- OCDE: EVALUACION Y PERSPECTIVAS DE LA ECONOMIA INTERNACIONAL AL 31 DE JUNIO DE 1985
- URSS: EL SISTEMA SALARIAL EN CUESTION / M.A. CROSNIER / *PROBLEMES D'AMERIQUE LATINE* / FRANCIA
- PECULIARIDADES Y CONSECUENCIAS EN EL APRENDIZAJE DE ADULTOS / GUNTER DOHMEN / *EDUCACION*
- LA INTIMA INMENSIDAD DE HUGO / J. MAMBRINO / *ETUDES*/ FRANCIA
- LA VIDA Y SU HISTORIA / ENNIO BROVEDANI / *AGGIORNAMENTI SOCIALI* / ITALIA
- PAUL RICOEUR: ETICA Y POLITICA / *ESPRIT*
- "ESCRITURA Y TIEMPO", ULTIMA OBRA DE P. RICOEUR / HENRI JACQUES STIKER / *ESPRIT*
- FILOSOFIA Y RELIGION EN LA OBRA DE P. RICOEUR / C. LAVAUD / *ETUDES*
- FESTIVAL DE CANNES 1985 / *ETUDES*
- FICHAS DE CINE: RAMBO II: LA MISION, LOS GOONIES, LA ROSA PURPURA DEL CAIRO, BUSCANDO DESESPERADAMENTE A SUSANA, RAN, STEAMING, ALAMO BAY, etc.
- EL MINISTERIO DEL PAPA DESPUES DE LOS DOS CONCILIOS VATICANO / *LA CIVILTA CATTOLICA*, VIDA NUEVA
- A LOS VEINTE AÑOS DEL VATICANO II / J. KERKHOFS / *PRO MUNDI VITA* / BELGICA
- SINODO EXTRAORDINARIO DE ROMA A LOS 20 AÑOS DEL CONCILIO VATICANO II (29-11 AL 8-12 DE 1985): RELACION FINAL / *VIDA NUEVA*

Editado por el **CENTRO DE PROYECCION CRISTIANA**, Jr. Aguarico 586, Breña, Lima - PERU; Telf.: 232609

SUSCRIPCIONES PERU

ENCUENTRO (1-11, 12-22, 23-33, 34-44): S/. 660,000

SUSCRIPCIONES AMERICA LATINA

Vía superficie, correo certificado, ENCUENTRO (1-11, 12-22, 23-33): 55 $ USA; (34-44): 64 $ USA.

Vía aérea, correo certificado, ENCUENTRO (1-11, 12-22, 23-33): 65 $ USA; (34-44): 80 $ USA.

REVISTA MEXICANA DE SOCIOLOGIA

Director:
Dr. *Carlos Martínez Assad*
Coordinador de la Revista:
Lic. *Ignacio Marván Laborde*

Organo oficial del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, Torre de Humanidades II, séptimo piso, Ciudad Universitaria 04510, México D.F.

Año XLVII/ VOL. XLVII / Núm. 4 Octubre-Dic. 1985

ACTORES SOCIALES Y DEMOCRACIA

I. MOVIMIENTOS SOCIALES

Actores socio-políticos y democratización por Manuel Antonio Garreton • *Movimiento popular, conflicto social y democracia* por Eugenio Rivera Urrutia y Ana Sojo • *Nuevos movimientos sociales, cultura, política y democracia (Brasil y Argentina en la década de 1980)* por Scott Mainwaring y Eduardo Viola • *Movimiento campesino y política agraria en México* por Luisa Pare.

II. BUROCRACIA Y POLITICA

México moderno: espacio de una protesta pasiva por parte de la burocracia política por Bertha Lerner de Sheinbaum • *La lucha por transformar el aparato burocrático de la Secretaría de Educación Pública* por Susan Streer.

III. EMPRESARIOS

Una nueva voluntad política: los empresarios en los inicios del gobierno de Miguel de la Madrid por Matilde Luna, René Millán y Ricardo Tirado.

IV. BIBLIOGRAFIA

Bibliografía de movimientos sociales en México: selección de estudios de caso por entidad federativa por Elke Koppen.

EL TRIMESTRE ECONOMICO

Comité editorial honorario: Emilio Alanís Patiño, Emigdio Martínez Adame, Raúl Ortiz Mena, Felipe Pazos, Raúl Prebisch y Raúl Salinas Lozano. **Comité editorial**: *México*: Gerardo Bueno, Edmundo Flores, José A. de Oteyza, Leopoldo Solís M., Carlos Tello y Manuel Uribe Castañeda. *Brasil*: Celso Furtado y Francisco Oliveira. *Colombia*: Constantine V. Vaitsos. *Chile*: Jacques Chonchol, Fernando Fajnzylber W., Alejandro Foxley y Osvaldo Sunkel.

Director: Carlos Bazdresch P.

Secretario de Redacción: Guillermo Escalante A.

Vol. LIII (2) México, abril-junio de 1986 Núm. 210

SUMARIO

Artículos: Víctor A. Beker, *Asimetría y teoría económica* • Moisés Naim, *¿Por qué una empresa invierte en otro país? Análisis crítico de algunas teorías sobre los determinantes de las inversiones extranjeras directas* • Alcides José Lasa, *La neutralidad de la política económica en los modelos de expectativas racionales* • Gustavo Maia Gomes, *Monetaristas neoestructuralistas e inflación brasileña en 1985* • María Nelli Acevedo C., *La pobreza en Colombia. Una medida estadística* • Philip Musgrove, *Distribución del ingreso familiar en la República Dominicana, 1976-1977: La Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos Familiares* • Juan M. Rivera, *Desarrollo, crecimiento y estrategia gubernamental. Los modelos de Formosa y Corea del Sur como posibles respuestas a la crisis económica de México* • **Documentos**: *Evolución y perspectivas del problema de la deuda latinoamericana* • *Argentina: Segunda etapa del Plan Austral* • *Argentina : Proyecto de crecimiento con estabilidad.*

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

FONDO DE CULTURA ECONOMICA
Avda. de la Universidad 975 Apartado Postal 44975, México 12, D.F.

Integración Latinoamericana

REVISTA MENSUAL
DEL INTAL

Año 11, N° 112 - Mayo 1986

Editorial: *Transferencia de tecnología entre empresas latinoamericanas* • **Estudios**: *Exportaciones de tecnología de países semindustriales*, por Francisco C. Sercovich • *Exportaciones de tecnología e inversiones directas desde Argentina*, por Ricardo J. Soifer • **Comentarios**: *Tecnología de punta*, por Alberto Aráoz • *Características de las empresas exportadoras de tecnología de Brasil*, por Graciela C. Schamis • *Manual de INTAL para la transferencia de tecnología entre empresas latinoamericanas*, por Carlos Del Bello.

Información de América Latina y el mundo • Documentación • Estadísticas • Bibliografía

Instituto para la Integración de América Latina
Esmeralda 130
1035 Buenos Aires, República Argentina

CONTRIBUCIONES

Estudios interdisciplinarios sobre desarrollo y cooperación internacional

Publicación trimestral de la Konrad-Adenauer-Stiftung A.C. - Centro Interdisciplinario de Estudios sobre el Desarrollo Latinoamericano CIEDLA

Año III - N° 2(10) - Abril-junio, 1986

Artículos: Joseph Card. Höffner, *Orden económico y ética económica. Lineamientos de la doctrina social católica* • Arístides Calvani, *Reflexiones en torno a la cooperación internacional* • Wolfgang Vogt, *El valor del trabajo en la sociedad postindustrial* • Windfried Steffani, *La democracia parlamentaria en la República Federal de Alemania. Un análisis comparativo de sus elementos representativos y plebiscitarios* • Gerhard W. Wittkämper, *Una mayor descentralización de las decisiones políticas. Fundamentada en la teoría política del federalismo* • **Temas**: Jaime Campos y Eduardo White, *Breve nota sobre la transferencia internacional de tecnología por pequeñas y medianas empresas* • Juan Carlos Crespo, *La pequeña y mediana empresa en el Uruguay de 1986* • Ramón O. Frediani, *El rol del empresario mediano en el desarrollo argentino* • Rosa Gálvez de Martines, *Rol de las pequeñas empresas manufactureras* • Nelson Gomes Teixeira, *La importancia económica y socio-política de la pequeña y mediana empresa en el Brasil* • José Antonio Lanusse, *La pequeña empresa en el Ecuador: situación y perspectivas* • Nicolás Z. Szafowal, *CIEDLA y la pequeña y mediana empresa*

Notas • Documentos • Comentarios de libros • Personas y hechos • Publicaciones recibidas en la biblioteca del CIEDLA

Suscripción anual - US$ 32. Cheques a la orden de:
Konrad Adenauer Stiftung A.C.

Redacción y Administración: CIEDLA, Suipacha 1380 - 10 piso
1011 Buenos Aires, República Argentina.

Desarrollo Económico
Revista de Ciencias Sociales

Vol. 26 | Abril-junio 1986 | N° 101

ANGEL FLISFISCH: Reflexiones algo oblicuas sobre el tema de la concertación.
ARTURO A. O'CONNELL: La fiebre aftosa, el embargo sanitario norteamericano contra las importaciones de carne y el triángulo Argentina-Gran Bretaña-Estados Unidos en el período entre las dos guerras mundiales.
GUIDO DI TELLA: La estrategia del desarrollo indirecto veinte años después.
ROSALIA CORTES y ADRIANA MARSHALL: Salario real, composición del consumo y balanza comercial.
JORGE RAUL JORRAT: Las elecciones de 1983: ¿desviación o realineamiento?
CARLOS M. VILAS: Sobre la estrategia económica de la Revolución Sandinista.

Notas y Comentarios
CATALINA SMULOVITZ: El sistema de partidos en la Argentina: modelo para armar.

Crítica de Libros - Información de Biblioteca

DESARROLLO ECONOMICO —Revista de Ciencias Sociales— es una publicación trimestral editada por el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES). Suscripción anual: R. Argentina, A 16.00; Países limítrofes, U$S 36; Resto de América, U$S 40; Europa, Asia, Africa y Oceanía, U$S 44. Ejemplar simple: U$S 10 (recargo por envíos vía aérea). Pedidos, correspondencia, etcétera, a:

INSTITUTO DE DESARROLLO ECONOMICO Y SOCIAL
Güemes 3950 / 1425 Buenos Aires / República Argentina.

comercio exterior

revista mensual del
BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR, S.N.C.

Vol. 36, Núm. 4 México, abril de 1986

Las empresas transnacionales y los servicios: la última frontera, Frederick F. Clairmonte y John H. Cavanagh • **Sección nacional**: *La industria petrolera en 1985* • *Recuento nacional* • *Disminuye el número de empresas paraestatales* • *El contexto económico internacional de la deuda: implicaciones para México*, Saúl Trejo Reyes • **Sección latinoamericana**: *Reflexiones sobre la industrialización de América Latina* • *Informe de la integración* • *Recuento latinoamericano* • *El endeudamiento externo del sector privado de México. Expansión y renegociación*, Roberto Gutiérrez R. • **Sección internacional**: Estados Unidos / *Déficit fiscal: ¿cambio de estrategia?* • Promoción de exportaciones / *La política de comercio exterior y el cambio estructural* • Bibliografía • Sumario estadístico.

CENTRO LATINOAMERICANO DE DEMOGRAFIA
PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Boletín demográfico

Edición bilingüe, contiene estimaciones y proyecciones de población, tasas de natalidad, de mortalidad, etc., de la región.

Suscripción anual (2 números): ..... US$ 10

Presenta estudios y resultados de investigaciones, eventos que se están desarrollando y, además, comentarios de libros y documentos de actualidad.

Suscripción anual (3 números): ..... US$ 20

Notas de Población

Resúmenes sobre Población en América Latina

Resúmenes sustantivos en español de la literatura: citas bibliográficas con títulos en español e inglés: índices temáticos, geográficos y de autores.

Suscripción anual (2 números): ..... US$ 20

CELADE Edificio Naciones Unidas, Avenida Dag Hammarskjöld - Casilla 91 Santiago, CHILE

COLOQUIO INTERNACIONAL PARA CONMEMORAR EL BICENTENARIO DE LA REVOLUCION FRANCESA 1789-1989

Organizan: La **Maison des pays Iberiques** (Universidad de Burdeos, Francia) conjuntamente con el **Latin American Center** (Universidad de California, Los Angeles, EE.UU.)

Tema: **Las revoluciones ibéricas y latinoamericanas desde el siglo XIX hasta hoy: historia, política y cultura**

El coloquio se realizará en dos sesiones: la primera se efectuará en Burdeos durante el segundo trimestre de 1989 y el tema central, pero no exclusivo, girará en torno a España y Portugal. La segunda, tendrá lugar en Los Angeles, California, durante el cuarto trimestre del mismo año y tratará principalmente de latinoamérica. Se espera publicar una selección de las ponencias presentadas en las dos sesiones.

Una información más detallada aparecerá en revistas académicas durante los años 1988 y 1989 o se enviará a quienes lo soliciten. Las preguntas y propuestas de ponencias deben dirigirse a:

Prof. Joseph Pérez
Maison des pays Iberiques
Université de Bordeaux III
Domaine Universitaire
33405 TALANCE CEDEX
France

Prof. Robert M. Maniquis
Latin American Center
10343 Bunche Hall
University of California
Los Angeles, CA 90034
USA

ESTUDIOS INTERNACIONALES

Publicada por el Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile

Fundador: Claudio Véliz
Director: Luciano Tomassini
Consejo de Redacción: Pilar Armanet, Raymundo Barros, Felipe Herrera, Enrique Iglesias, Helio Jaguaribe, Alberto van Klaveren, Gustavo Lagos, José Matos Mar, Alister Mc Intyre, Cándido Mendes, Heraldo Muñoz, Francisco Orrego Vicuña, Cleantho De Paiva Leite, Carlos Pérez Llana, Germánico Salgado, Walter Sánchez, Osvaldo Sunkel, Luciano Tomassini, Víctor Urquidi, Claudio Véliz.

Año XIX | Enero-Marzo 1986 | N° 73

Carlos Pérez Llana, *Relaciones internacionales y transición política* • Riordan Roett, *Panorama de las relaciones políticas y de seguridad en el área del Atlántico como consecuencia del transtorno económico* • Marcelo de Paiva Andrey y Winston Fritsch, *Un estudio sobre la graduación* • Ignacio Walker, *Las armas nucleares y el carácter de las relaciones internacionales* • Jaime Estévez, *Crisis de pagos y políticas de ajuste en América Latina* • Yves Berthelot, *Perspectivas económicas para 1985-1990: algunas inquietudes.*

PENSAMIENTO IBEROAMERICANO

Revista de Economía Política

Revista semestral patrocinada por el Instituto de Cooperación Iberoamericana (ICI)
y la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)

Esta edición de Pensamiento Iberoamericano ha sido patrocinada
por el Ministerio español de Agricultura, Pesca y Alimentación

Junta de Asesores: Raúl Prebisch (Presidente), Rodrigo Botero, Fernando H. Cardoso, Aldo Ferrer, Enrique Fuentes Quintana, Celso Furtado, Norbeto González, David Ibarra, Enrique V. Iglesias, José Matos Mar, Andreu Mas, Francisco Orrego Vicuña, Manuel de Prado y Colón de Carvajal, Luis Angel Rojo, Santiago Roldán, Germánico Salgado, José Luis Sampedro, María Manuela Silva, José A. Silva Michelena, Alfredo de Sousa, Osvaldo Sunkel, María C. Tavares, Edelberto Torres Rivas, Juan Velarde Fuertes, Luis Yáñez, Gert Rosenthal y Emilio de la Fuente (Secretarios).

Director: Aníbal Pinto

Consejo de Redacción: Adolfo Canitrot, José Luis García Delgado, Adolfo Gurrieri, Juan Muñoz, Angel Serrano (Secretario de Redacción), Carlos Bazdresch y Augusto Mateus.

Nº 8 (624 páginas) **Julio-Diciembre 1985**

SUMARIO

EL TEMA CENTRAL «AGRICULTURA. PROCESOS Y POLITICAS»

- *Transformaciones, tendencias y perspectivas*: Luis López Córdovez
- *Sistemas alimentarios y opciones de estrategia*: Alexander Schejtman
- *La opción campesina en las estrategias agrícolas*: Emiliano Ortega
- *Presencia y efectos de la inversión extranjera*: Ruth Rama
- *Alcances y opciones en la realidad agraria argentina*: Alfredo Eric Calcagno y Francisco Gatto
- *A industrialização, incompleta da agricultura brasileira: a questão da heterogeneidade tecnológica*: Ana Celia Castro
- *La agricultura colombiana en un contexto de crisis*: Jesús Antonio Bejarano
- *Estructuras agrarias y políticas de reforma en España*: José María Sumpsi
- *Caracterización de la industria agroalimentaria en España*: Manuel Rodríguez Zúñiga y Rosa Soria
- *La experiencia española reciente: situación y acciones*: Rodrigo Soto Ortiz
- *Características y efectos sociales de la política agraria española*: Felisa Ceña Delgado, Manuel Pérez Yruela y Eudardo Ramos Real
- *Estructuras da produção agrícola: panorama do meio seculo em Portugal*: Fernando Oliveira Baptista
- *Extroversão e internacionalização do sistema rural portugues*: Armando Trigo de Abreu
- *A agricultura portuguesa no limiar da adesão a CEE*: Francisco Avillez
- *O latifundismo em Portugal*: Afonso de Barros

Intervienen en el Coloquio: Carlos Abada, Antonio Barros de Castro, Pablo Campos, Emilio de la Fuente, Raúl Iturra, Juan Martínez Alier, Rodolfo Martínez Ferraté, Augusto Mateus, José Manuel Naredo, Aníbal Pinto, José Portela, José Reis y Manuel Villaverde Cabral.

Y LAS SECCIONES FIJAS DE:

- **Reseñas temáticas**: examen y comentarios —realizados por personalidades y especialistas de los temas en cuestión— de un conjunto de artículos significativos publicados recientemente en los distintos países del área iberoamericana sobre un mismo tema. Se incluyen quince reseñas temáticas en las que se examinan 182 artículos realizadas por: Celia Barbato, Lysette Henríquez, Patricio Meller, Rafael Rengifo, Eliana Villar, etc. (latinoamericanas), José Luis García Delgado, Francesc Mercadé, Antonio Vásquez Barquero, etc. (españolas), Carlos Gouveia, Antonio Pacheco, Mario Vaigaba (portuguesas).

- **Resúmenes de artículos**: 150 resúmenes de artículos relevantes seleccionados entre los publicados por las revistas científico-académicas del área iberoamericana durante 1984-85.

- **Revista de Revistas Iberoamericanas**: información periódica del contenido de más de 140 revistas de carácter científico-académico, representativas y de circulación regular en Iberoamérica en el ámbito de la economía política.

- **Suscripción por cuatro números**: España y Portugal 3.600 pesetas o 40 dólares; Europa 45 dólares; América y resto del mundo 50 dólares.
- **Número suelto**: 1.300 pesetas o 15 dólares.
- **Pago** mediante talón nominativo a nombre de Pensamiento Iberoamericano.
- **Redacción, administración y suscripciones**:

INSTITUTO DE COOPERACION IBEROAMERICANA
Dirección de Cooperación Económica, Revista Pensamiento Iberoamericano
Teléf. 244 06 00 Ext 300 - Av. de los Reyes Católicos, 4 - 28040 MADRID

OPCIONES

(Ex Alternativas)
Nº 8 - Enero - Abril 1986

Revista del Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea (CERC) de la Academia de Humanismo Cristiano.

Director: Heraldo Muñoz, **Comite Editorial**: Rodrigo Alvayay, Carlos Bascuñán, Enrique d'Etigny, Cristián Gazmuri, Carlos Huneeus, Heraldo Muñoz, Cristián Parker, Carlos Ruiz, Sol Serrano.

I. ROBERT DAHL EN CHILE: Robert Dahl, *Capitalismo, socialismo y democracia.* Robert Dahl, *Taller de cientistas sociales con Robert Dahl sobre la transición y consolidación de la democracia en América Latina y Chile.* Lucía Santa Cruz, Entrevista a Robert Dahl. *Democracia: ¿por qué y para qué?*

II. PROBLEMAS DE LA DEMOCRACIA EN EUROPA Y AMERICA LATINA: Christian Bay, *El caso del individualismo liberal en el mundo occidental.* Atilio A. Borón, *Democracia y reforma social en América Latina: reflexiones a propósito de la experiencia europea.* Carlos Huneeus, *Autoritarismo, cuestión sucesoria y transición a la democracia: España, Brasil y Chile.*

III. ARTICULOS: Alan Angell y Rose Marie Thorp, *El efecto de la depresión en 1929 sobre América Latina.* Carlos Portales, *Las relaciones internacionales de las FF.AA. chilenas: de la guerra fría a los años 80.*

IV. RESEÑAS: Roberto Durán, *Chile y el mundo durante 1970-1973.* Hernán Godoy, *Cinco estudios sobre cultura y sociedad.*

Dirigir correspondencia a: Academia de Humanismo Cristiano, Catedral 1063, 5º piso
Santiago - Chile

NUEVA SOCIEDAD

MARZO/ABRIL 1986 — Nº 82

Director: Alberto Koschuetzke — **Jefe de Redacción**: Daniel González V.

COYUNTURA: **Guillermo Molina Chocano**: Honduras: ¿elecciones sin ganador?; **Paulo Cannabrava**: Brasil: la oligarquía otra vez; **Adolfo Gilly**: México: crisis y modernización del capitalismo; **Oscar R. González**: Argentina: la transición alfonsinista.

ENTREVISTA: **Diálogo con Frei Betto**: "En búsqueda de una alternativa popular".

POSICIONES: **Michael Manley**: Jamaica y EE.UU.: intervención o cooperación; **SELA**: Declaración de Caracas.

ANALISIS: **Suzy Castor**: Haití: de la ruptura a la transición; **Alberto Bastías-Leopoldo Benavides**: La rebeldía primitiva de los hambrientos; **Alois Möller**: Las ciencias económicas y las alternativas de desarrollo; **Héctor Apezechea**: Uruguay científico.

TEMA CENTRAL: RELIGION, CREENCIAS Y SOCIEDAD: **Enrique Correa**: Cristianismo de izquierda e Iglesia popular; **Abraham Pimstein**: Cristianismo y lucha de clases; **Emilio Fermín Mignone**: Iglesia y dictadura; **Felipe Carrera Damas**: Sexo, religión y creencias; **Clodomiro Almeyda**: La democracia cristiana en América Latina; **Iván Auger**: Estados Unidos: "La nación conforme a Dios"; **Gustavo Martín**: Magia, religión y poder: los cultos afroamericanos; **Rogelio García Lupo**: El poder de las tinieblas: la secta Moon; **Andrés Serbin**: Los rastafari: entre mesianismo y revolución.

SUSCRIPCIONES (Incluido flete aéreo)	**Anual (6 números)**	**BIENAL (12 números)**
América Latina	US$ 20	US$ 35
Resto del Mundo	US$ 30	US$ 50
Venezuela	Bs 150	Bs 250

PAGOS: Cheque en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD. Dirección: Apartado 61.712 - Chacao - Caracas 1060-A - Venezuela. Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones.

cuadernos del claeh

revista uruguaya de ciencias sociales

Nº 36 1985/4

SUMARIO

Francisco Panizza, *La política del signo: Los códigos y símbolos de la épica tupamara* • Pablo Mieres, *Concertación en Uruguay: Expectativas elevadas y consensos escasos* • José Arocena, *Desarrollo local: El caso francés y perspectivas de investigación en Uruguay* • Lincoln Bizzozero, *Las empresas transnacionales y los códigos internacionales de conducta. Relación entre la crisis y la negociación* • Carlos Zubillaga, *Historia oral: La voz de los protagonistas* • Entrevista a Héctor Béjar: *Perú ante un nuevo ciclo histórico*

Crónica

Guía bibliográfica

Suscripción 1986 - 4 Cuadernos del CLAEH (incluye flete vía aérea). Uruguay... N$ 1.500. Argentina, Bolivia, Brasil, Chile y Paraguay... U$S 25. Resto de América (excluidos Canadá y EE.UU.)... U$S 30. Canadá, EE.UU., Europa, Asia, Africa y Oceanía... U$S 35

CENTRO LATINOAMERICANO DE ECONOMIA HUMANA

Casilla postal 5021

Montevideo - Uruguay

Fundación Mediterránea publica:

Estudios

Revista trimestral que difunde los trabajos de investigación sobre política económica elaborados por el IEERAL (**Instituto de Estudios Económicos sobre la Realidad Argentina y Latinoamericana**).

El número correspondiente a enero/marzo 1986 contiene:

Las industrias metalmecánica y siderúrgica en la Argentina. Comparación de sus precios con los de Estados Unidos de América e hipótesis sobre las diferencias encontradas, Jorge E. Fernández Pol y Juan J. Llach.

Los efectos de la política comercial sobre el tipo de cambio real de "equilibrio" y sobre los precios relativos: la experiencia Argentina 1960-1984, Adolfo C. Sturzenegger.

El precio de la suscripción anual y de los números sueltos es el siguiente:

Suscripción anual	**Precio por ejemplar**
A 9 / u$s 20	A 2,40 / u$s 5
Recargo por envío al extranjero:	
u$s 12	u$s 3

Los interesados pueden solicitar su suscripción enviando sus datos y el cheque o giro a:
FUNDACION MEDITERRANEA - Casilla de Correo 1311 - 5000 CORDOBA - Argentina.

centro de investigación y docencia económicas, a.c.

NOVEDAD EDITORIAL

ECONOMIA DE AMERICA LATINA, Núm. 13

- *Problemas de empleo: una agenda abierta para América Latina* por el Comité Editorial.
- *Argentina 1970-1984: la dinámica del empleo en un período de inestabilidad económica y social* por Luis Beccaria y Alvaro Orsatti.
- *Efectos políticos y sociales de los cambios en el mercado de trabajo en Argentina (1950-1983)* por Héctor Palomino.
- *Agricultura, subempleo y distribución del ingreso. Notas sobre el caso brasileño* por Octavio Rodríguez.
- *El empleo manufacturero en México: Crisis y perspectivas en el corto plazo* por José I. Casar, Sergio Kurczyn, Carlos Márquez y Susana Marván.
- *Variables asociadas a la demanda de mano de obra del sector construcción en Panamá* por Miguel del Cid.
- *El empleo en Uruguay (1981-1984): Antecedentes y perspectivas* por Benito Roitman.
- *Venezuela: política de estabilización y mercado de trabajo en 1984* por Ricardo Hausmann y Gustavo Márquez.
- *Revolución tecnológica y empleo* por Oscar Tangelson.
- *Salarios y empleo en la economía española durante la crisis* por José Luis Malo de Molina.
- *La orientación de la capacitación y la productividad y los problemas de empleo y subempleo en América Latina* por Mary Julia Meschiani.

Precio de la suscripción
(Contiene 2 revistas al año e incluye el envío por correo aéreo)

México	$ 2,520.00 M.N.	$ 4,480.00 M.N.
Continente americano	$ 34.00 U.S.	$ 60.00 U.S.
Europa y resto del mundo	$ 40.00 U.S.	$ 72.00 U.S.

Difusión y Distribución CIDE
Apartado Postal 116-114
01130 México, D.F.

كيفية الحصول على منشورات الامم المتحدة

يمكن الحصول على منشورات الامم المتحدة من المكتبات ودور التوزيع في جميع انحاء العالم . استعلم عنها من المكتبة التي تتعامل معها أو اكتب الى : الامم المتحدة ،قسم البيع في نيويورك او في جنيف .

如何购取联合国出版物

联合国出版物在全世界各地的书店和经售处均有发售。请向书店询问或写信到纽约或日内瓦的联合国销售组。

HOW TO OBTAIN UNITED NATIONS PUBLICATIONS

United Nations publications may be obtained from bookstores and distributors throughout the world. Consult your bookstore or write to: United Nations, Sales Section, New York or Geneva.

COMMENT SE PROCURER LES PUBLICATIONS DES NATIONS UNIES

Les publications des Nations Unies sont en vente dans les librairies et les agences dépositaires du monde entier. Informez-vous auprès de votre libraire ou adressez-vous à : Nations Unies, Section des ventes, New York ou Genève.

КАК ПОЛУЧИТЬ ИЗДАНИЯ ОРГАНИЗАЦИИ ОБЪЕДИНЕННЫХ НАЦИЙ

Издания Организации Объединенных Наций можно купить в книжных магазинах и агентствах во всех районах мира. Наводите справки об изданиях в вашем книжном магазине или пишите по адресу: Организация Объединенных Наций, Секция по продаже изданий, Нью-Йорк или Женева.

COMO CONSEGUIR PUBLICACIONES DE LAS NACIONES UNIDAS

Las publicaciones de las Naciones Unidas están en venta en librerías y casas distribuidoras en todas partes del mundo. Consulte a su librero o diríjase a: Naciones Unidas, Sección de Ventas, Nueva York o Ginebra.

La *Revista de la CEPAL* —tanto en español como en inglés— se publica *tres* veces por año, en abril, agosto y diciembre.

Precios de la suscripción (dólares estadounidenses):

Revista en español 16.00 Revista en inglés 18.00

Las suscripciones son por año calendario. Los pagos se reciben solamente en la moneda indicada.

Para obtener la *Revista* así como las demás publicaciones de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, dirigirse a los distribuidores locales, o directamente a:

Publicaciones de las Naciones Unidas
Sección de Ventas - DC - 2 - 866
Nueva York, N.Y. 10017
Estados Unidos de América

Unidad de Distribución
CEPAL - Casilla 179-D
Santiago Chile

Publicaciones de las Naciones Unidas
Sección de Ventas
Palais des Nations
1211 Ginebra 10. Suiza